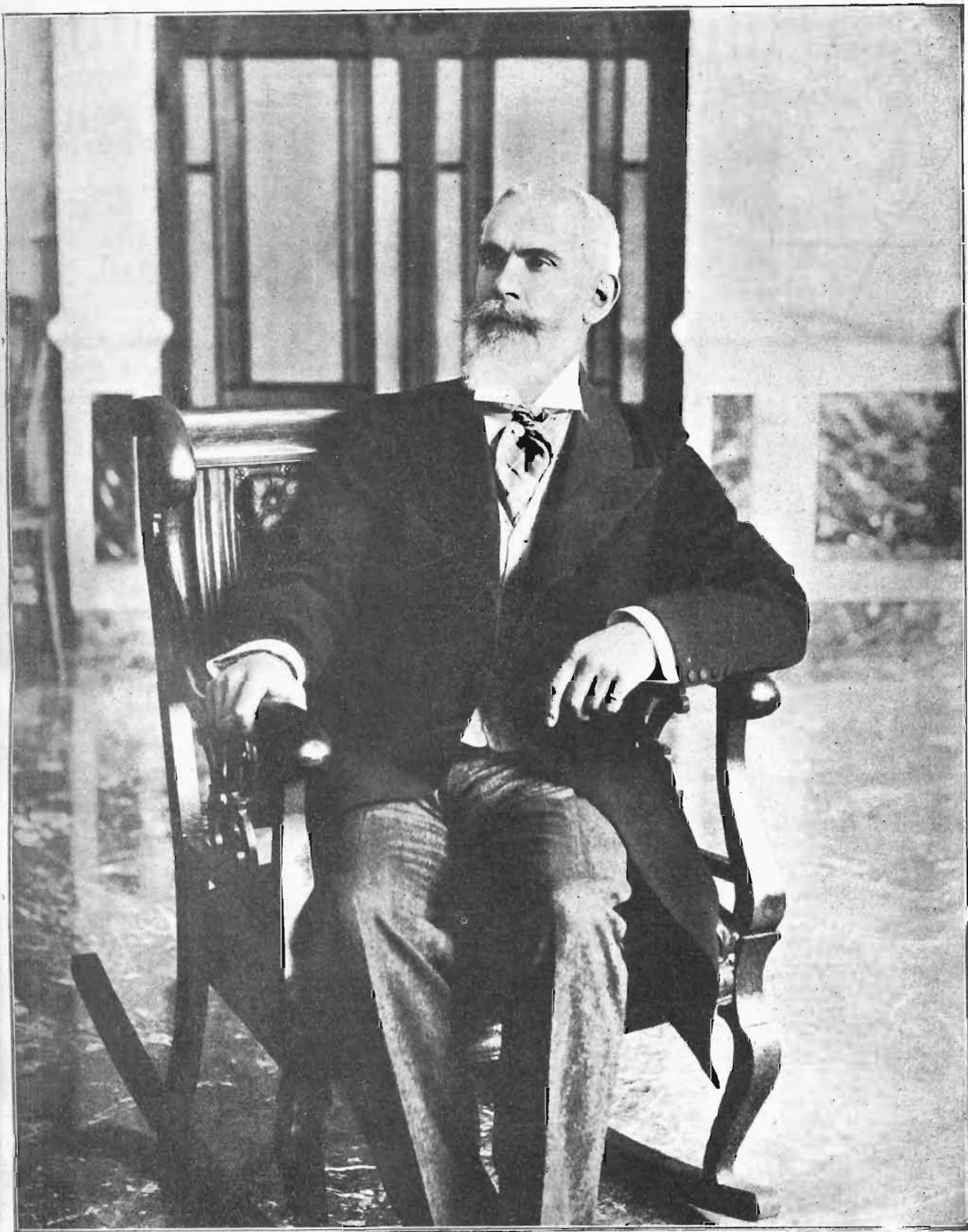


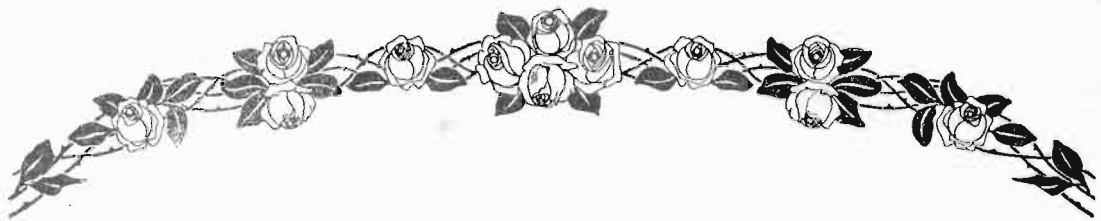
Libri 536786

Donativo de la familia de D. Gerardo Berjano y ... recuerdo de D. Gerardo Berjano ... Catedrático, que fue, de Derecho Mercantil de la Universidad de Oviedo.



D. Rafael Altamira y Crevea,

CATEDRÁTICO DE «HISTORIA DEL DELICITO» EN LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO, ILUSTRE DELEGADO QUE ÉSTA ENVIÓ Á AMÉRICA
CON MOTIVO DE INICIARSE EL «INTERCAMBIO UNIVERSITARIO» Y QUE TAN GRANDES ÉXITOS HA TENIDO EN SU INFATIGABLE
Y PATIÉTICA CAMPAÑA AMERICANISTA.



ESBOZO DE UN PROGRAMA (1)

A PARTE de su obra interna, nacional, las Universidades españolas deben tener en cuenta que España no es un pueblo aislado en el mundo, último vástago de una familia agotada, sino que, por el contrario, tiene descendencia en otros muchos pueblos hijos de ella por la sangre y por la civilización, en quienes alienta el mismo espíritu fundamental de la gente hispana, y que poseen de común con ella cualidades útiles que desarrollar, defectos que corregir é intereses que poner á cubierto de extrañas absorciones. Semejante solidaridad empieza á ser comprendida ahora, á la vez en España y en las naciones hispanoamericanas, por el elemento culto y director, que sabe sobreponerse al recuerdo, indiscreto é ilógico, de pasados errores. Los testimonios que pudiera aducir en prueba de esta afirmación son muchísimos, particularmente del lado de América (2), y bastan para reducir el valor (dema-

siadamente acentuado á veces por nosotros mismos) de manifestaciones contrarias, casi siempre emanadas de las capas sociales que con más persistencia guardan los sentimientos de hostilidad y recelo, aunque hayan desaparecido las causas y sea locura pensar en su renovación. Baste decir como síntesis de lo que en nota se indica, que esta corriente alcanza á todos los órdenes de la vida nacional, desde el político al científico. Mas á nosotros sólo nos corresponde examinar aquí las relaciones del orden intelectual y educativo, las que se refieren á la defensa y desarrollo del espíritu de raza, aunque, en rigor, todo se halle íntimamente relacionado é influido en la vida de los pueblos.

Así como hay una política pequeña, mezquina, que atiende sólo á los problemas menudos y de momento, para «vivir al día», ó se nutre de suspicacias, envidias y conjunciones utilitarias pasajeras, hay una política elevada que tiene por norte los grandes intereses de la civilización, y, sin mezclarlos con ambiciones territoriales, ni con el espíritu de rapiña internacional que para ejercerse sobre seguro busca el recurso de alianzas «naturales» más ó menos fundadas, atiende á la agrupación de los elementos afines, con el propósito de asegurar la permanencia y la colaboración fructífera del genio de la raza ó del grupo en la obra común humana, evitando que la arrollen otros factores y que se pierda la independencia substancial de cada uno de sus órganos, diferenciados en nacionalidades y Estados jurídicos. Esta política ideal que mira á lo futuro é impone á veces sacrificios al amor propio actual de los elementos afines, es quizá más lógica y necesaria tratándose de España y de naciones surgidas de sus antiguas colonias, que en ningún otro caso de troncalidad étnica y espiritual que el mundo moderno pueda ofrecer. Para ellas y para nosotros, representa el grado más alto y puro del patriotismo, puesto que mira á intereses eternos y parte de la afirmación y reconocimiento de todas las personas sociales que á ellos responden. Se comprende bien, sin embargo, que las nuevas naciones

(1) Fragmento de un discurso de apertura leído por D. Rafael Altamira en la Universidad de Oviedo, el año 1898.

(2) V., por lo que toca á Chile, el artículo dedicado por la Revista *El Ecuador* á conmemorar el LXXXVII aniversario del grito de independencia chilena, y el más importante del Sr. Letelier, publicado en *La Ley* de 22 de Septiembre 1897 y extractado en la *Rev. crit.* (Enero 1898). Por lo que se refiere á la Argentina, los dos artículos de Rubén Darío en *La Nación*, de Buenos Aires (12 Junio 97, pág. 5), y en *El Tiempo* (12 Mayo 98), y la conferencia de D. Alberto del Solar (publicada en *El Correo Español* de 22 Junio 98, comentada por D. Calixto Oyuela en *El Tiempo*, de igual fecha). En punto á Méjico, v. la carta inserta en *La Época* (de Madrid), en uno de sus números de Julio 1898. De la iniciación de iguales corrientes en Bolivia testimonian un artículo de *El Comercio*, de Cochabamba, reproducido por *El Imparcial*, de Madrid; y de las favorables disposiciones del Perú, júzguese por la firma del tratado adicional de paz y amistad, firmado en 18 Junio 98, y por los actos realizados con nuestro ministro plenipotenciario. Sabido es también el entusiasmo con que las Repúblicas hispano-americanas concurrieron á los actos todos del Centenario del descubrimiento en 1892. Con posterioridad á las fechas de estos datos, nuevas manifestaciones públicas y privadas (de que nos haremos eco en otro capítulo), han venido á confirmar más y más las corrientes de aproximación.

americanas —cuya lucha por la independencia política duraba todavía á fines del primer tercio de este siglo,—necesitaran muchos años para dar al olvido los odios que la guerra crea, aún entre hermanos, y poder pensar en relaciones que una más serena visión de los grandes intereses de la raza impone de suyo. En España obraron las mismas causas, quizá en parte con mayor fuerza, por haber sido la vencida en el combate. De los mutuos prejuicios, reservas y suspicacias que semejante estado había de producir entre las dos fracciones del espíritu español, el europeo y el americano, nació la pequeñez y apocamiento de la política internacional de uno con otro, pequeñez refejada en las mismas relaciones de los estados americanos entre sí. Semejante limitación de miras descarrió el sentido del patriotismo en los países hermanos. España, como nación más formada y de mayor granazón de espíritu, pecó sin duda mayormente, puesto que la conciencia y el cumplimiento de los deberes con tanto más rigor se debe exigir cuanto más elevado es el desarrollo de la persona. Faltaron entre nosotros verdaderos patriotas prácticos (1) que, dándose cuenta del interés que para todos tiene la intimidad hispano-americana, la preparasen, apartándose de los peligrosos caminos de la política ordinaria, para fundarla y hacer obra patriótica en lo no político, que es, al cabo y en el fondo, mucho más político que lo llamado estrictamente así (2). No debe extrañar, pues, que desde el Tratado de 1836 con Méjico, que inauguró la reanudación de las relaciones diplomáticas, transcurrieran nueve años antes que los celebrásemos con otras repúblicas, y aún fuese posible el conflicto con el Perú y sus aliados. Hasta 1879 no empieza el verdadero período de los Tratados de España con las naciones americanas, (3) numerosos de 1880 á la fecha. Pero no basta mantener relaciones de esta clase como se mantienen con otras naciones. Las repúblicas hispano-

americanas son y deben ser para nosotros algo más que Francia é Italia, y muchísimo más que Inglaterra ó Rusia; y, por tanto, nuestra relación con ellas ha de ser, en todos órdenes, de un género distinto, de una intimidad infinitamente más honda, fundada de una parte en aquel común espíritu y aquellos análogos intereses de que antes hablábamos, (1) y de otra en la existencia de numerosísima población, directamente peninsular, que existe en muchas de las citadas naciones y que tan vivo mantiene (como recientemente se ha visto) el sentimiento patriótico.

Que semejante necesidad la sienten ya muchos espíritus elevados, lo demuestran las manifestaciones de aproximación que antes de 1892 comenzaron á producirse en el orden de la industria, de la ciencia y de la literatura (personal docente y profesional español buscado por los gobiernos americanos; creación de las Academias correspondientes de la Española y de la legislación y Jurisprudencia), y, sobre todo, por las que hubieron de producirse, en el orden intelectual con motivo del Centenario del descubrimiento de América. Reunidas las conclusiones de los Congresos Jurídico, Mercantil, Geográfico, Literario y Pedagógico, entonces celebrados, ofrecen un programa amplísimo y fecundo para el patriotismo ideal de la dilatada familia hispánica, y una serie de *sugestiones* y proyectos *gacetales*, para dirigir y aplicar el indeciso entusiasmo de los que, con la mejor intención del mundo, no aciertan, después de mucho hablar, á traducir en «acción» sus propósitos de reforma y su propaganda de caminos y horizontes amplísimos, pero á menudo brumosos. Bastaría dedicar con ahinco todas las energías nacionales á la realización de las conclusiones citadas, para que esta parte esencialísima del patriotismo de raza se lograse en pocos años. A la Universidad, y en general á los elementos propiamente intelectuales, corresponde buena porción de la obra: ya dedicándose á estudiar especialmente (para concretar las cuestiones y educar á la juventud en el interés y la reflexión de tales problemas) los puntos de derecho internacional señalados por el Congreso Jurídico de 1892, y singularmente el proyecto de Código que había de iniciarse en Octubre de 1897 y que la guerra de Cuba vino á estorbar, y haciendo lo propio con las cuestiones de Derecho mercantil que el Congreso correspondiente indicó y con él su coetáneo de Geografía; ya excitando á la realización de la Asamblea diplomática hispano-americana planeada en 1892 y de la Unión Geográfica española, portuguesa

(1) No debe llevarnos esto á desconocer, como con frecuencia desconocen algunos americanos, v. gr., el colaborador del *Mercure de France*, P. E. Coll, en su artículo *Lettres latino-américaines* (Octubre 1897), la excelente acogida que aquí han merecido siempre los buenos literatos americanos, y los elogios y la propaganda que de ellos han hecho escritores tan notables como Valera, Menéndez y Pelayo y otros.

(2) Si nuestros *filisteos* (los hombres del comercio y de la banca) pensasen despacio acerca de lo que influyen en los intereses positivos, en la venta del vino y las telas, en el tipo de los cambios, etc., las uniones intelectuales entre los pueblos, ¿cómo habrían de despreciar esas aparentes «utilidades», ni escatimar su dinero para los gastos que á ellas se refieren y que dan luego ciento por uno? Pero el egoísmo es tan ciego que no ve lo grande mediato, distraído por la mezquindad de lo pequeño más próximo.

(3) V. un resumen de los datos referentes á este punto en el discurso del Sr. Labra sobre *La intimidad ibero-americana* (Madrid, 1894.) pág. 16

(1) La afirmación de esta unidad es frecuente en los autores modernos. Un político norteamericano, Burgess, afirma resueltamente en su *Ciencia Política*, cap. I, el carácter de nación que fundamentalmente tiene la familia ibero-americana.

ó hispano-americana, planteada también entonces; y sobre todo, prestándose ó tomando la iniciativa para que se hiciesen efectivos aquellos «vínculos de estrecha unión entre todos los centros de Instrucción pública, Ministerios, Universidades, Institutos y Sociedades oficiales y particulares de España y los estados hispano-americanos», que proclamó como necesarios el Congreso literario de 1892; organizando aquella Normal donde habían de formarse maestros aptos para las escuelas americanas, y aquella otra dedicada á recoger los huérfanos de ambos sexos de los maestros americanos, portugueses y españoles y darles educación, proyectos ambos votados por el Congreso pedagógico; y preparando, finalmente, la constitución de aquella Sociedad de Instrucción pública, educación popular y divulgación científica que, propuesta por el señor Labra, fué aclamada por todos los representantes del mencionado Congreso (1).

Como se ve, hay un ancho campo de actividad, sancionado por el voto de importantísimas personalidades científicas desde 1892, para que la universidad pueda, sin otras deliberaciones preliminares, aplicar fructíferamente su concurso á esta grande y trascendental obra de patriotismo. Pero claro es que no se agotaron entonces, ni la enumeración ni la determinación concreta de los medios de fortificar y desarrollar, merced á la intimidad de relaciones, el espíritu común de la civilización y de la raza peninsular y americana. Otros quedan, más modestos, por referirse á la iniciativa individual, pero tan importantes como los que tocan á la inteligencia entre las grandes corporaciones y los poderes públicos.

Las repúblicas hispanoamericanas han emprendido resueltamente la obra de su educación mediante la reforma de la enseñanza. Confíensanse sin rebozo, aún las más adelantadas—¡y ojalá nunca se olvidase el valor in-

menso que para la regeneración de un país tiene esta franqueza en acusar la realidad del estado actual!—necesitadas de la ayuda de elementos intelectuales extraños, como pueblos nuevos y débiles todavía que son. Buscan, para esto, no sólo profesores extranjeros, sino la comunicación íntima y constante con la literatura científica de los países adelantados, con el fin de orientarse en la dirección y en el estado actual de todos los problemas intelectuales. Pues bien: el deseo unánime de los hombres más cultos y más entusiastas por el mejoramiento de su país, es de hallar en el movimiento científico español pasto adecuado y suficiente para su cultura (1). Comprenden todos ellos que, viniéndoles por conducto de inteligencias españolas, asimilados según el genio de la raza y expuestos en la lengua troncal de Castilla, los conocimientos modernos han de serles de más fecundo y fácil aprovechamiento, sin peligro de contaminarse con ciertas direcciones del pensar que, no siendo más que extravagancias de espíritus extraños, excrecencias de la indiosincrasia nacional de otros pueblos, repugnan y pueden torcer la dirección sana del propio genio intelectual. Esta verdad, de clarísima evidencia en unos, obscuramente dibujada en la conciencia de no pocos, y mezclada á la natural simpatía que arrastra hacia lo español aún á los más reacios, les hace acoger con aplausos nutridos todo libro nuestro que les permite ahorrar la lectura de otros extranjeros y les impulsa á pedir la repetición de tales envíos. Pues en nuestra mano se halla aprovechar estas naturales inclinaciones, este medio de provechosa y elevada influencia. Sistematicémosla, trabajemos para producir libros á la altura de la ciencia contemporánea, esforcémonos por perfeccionar nuestra literatura científica, pensando no sólo en nuestro propio adelanto, pero también en el de nuestra familia de América; ocupémonos,

(1) «..... una Sociedad de carácter permanente y seria organización, con plan meditado y recursos positivos, abierta á todas las aspiraciones y á los hombres de todas las escuelas y de todos los partidos, y en cuyo programa debería figurar, en primer término, así el facilitar el conocimiento mútuo de los pensadores, publicistas, oradores y pedagogos de la América latina, Portugal, y España como el poner las obras de todos esos servidores de la civilización y de la paz universal al alcance de la masa general de aquellos países... y en previsión de grandes y no lejanos acontecimientos, de carácter internacional, superiores á los medios exclusivos de la personalidad aislada de cada uno de los grupos en que se divide la vigorosa familia que puebla la América del Sur y la Península occidental europea, determine la formación y el desarrollo de una poderosa fuerza, punto menos que imprescindible para la armonía de aquellos grandes elementos directores de la sociedad política de nuestra agitada época.» (*La intimidad ibero-americana*, págs. 35 y 36). En el mismo discurso se hallarán especificadas las conclusiones de los congresos de 1892 á que me he referido.

(1) V., por ejemplo, el citado artículo de Letellier y el publicado en *La Lei* de 31 de Mayo de 1895, en que hay párrafos como los siguientes, que van contra nuestro pesimismo: «No hay pueblo más patriota que el español; pero tampoco hay pueblo cuyos escritores hayan vivido más empeñados en desacreditar la cultura nacional, movidos por un espíritu descontentado y anheloso de mayor progreso. Es difícil encontrar desde Quevedo adelante algún crítico español que no haya lamentado una ó más veces el estado de las letras, de las ciencias y de las artes.—Estas continuas detracciones (se nos perdonará la rudeza de la palabra en mérito de la bondad de la intención) han sido parte á que los extranjeros, convencidos del atraso de España por los autores españoles, hayan apreciado comunmente las obras del ingenio ibérico en mucho menos de lo que valen, eu poco más que nada.—No sería tiempo de que los escritores peninsulares, antes de pensar en desacreditar la cultura patria, hicieran un balance más justiciero de la producción nacional?»—Sirvan estas declaraciones, también, para rectificar algunas afirmaciones demasiado absolutas de Rubén Darío en el primero de los artículos suyos citados.

incluso, de las cuestiones especiales de aquellos países, iniciando publicaciones que han de ser aquí más fáciles que en cualquier Estado americano, por la mayor posibilidad de centralizar elementos y de allegar relaciones con países que á veces se comunican mejor con nosotros que con sus próximos vecinos, y por otras circunstancias que, aún dada nuestra decadencia, nos favorecen; y veremos en poco tiempo cómo termina la tutela—en muchos respectos peligrosa—que el pensamiento francés, el yanqui y otros heterogéneos con el de nuestra raza, ejercen sobre el espíritu hispanoamericano. ¡Hermosa obra la que se ofrece al profesorado español! Ante su grandiosidad y transcendencia, deberían desaparecer el temor de unos y la pereza de pesimista de otros, que tantas hermosas aptitudes inutilizan. Y como al fin y al cabo el trabajo científico, al igual de todos, vive en parte de la recompensa material á que tiene justísimo derecho, piensen los escritores incluso en el amplio campo de difusión que se abrirá á sus publicaciones si llegaran á América tal cual las desean los naturales de aquel mundo, apoyadas en buenos tratados (no egoístas, sino simplemente evitadores del fraude) y en una metódica y amplia organización del comercio de librería.

Y séame permitido creer que si no podemos ni debemos cejar en el esfuerzo por nuestra perfección, antes bien hemos de redoblarlo cada día para colocarnos al par de las naciones más cultas, y si en punto al personal docente con dificultad podemos desprendernos hoy del verdaderamente útil, porque todo lo necesitamos para la reforma nuestra, en la producción literaria todavía nos es posible—en medio de nuestro relativo atraso—ofrecer á las naciones americanas, no sólo buenos resúmenes del saber ajeno, inventarios del estado actual de la ciencia en otros países (como v. g., la Historia del Derecho Romano, de don Eduardo de Hinojosa; la de la Propiedad, de Azcárate, y otros libros análogos), sino también puntos de vista originales, iniciativas henchidas de contenido, como algunas que todos conocéis, pertenecientes al orden de las ciencias jurídicas, de la economía, de la experimentación fisiológica, de los estudios de educación y enseñanza, de la misma modernísima sociología, particularmente en lo que se roza con los problemas penales. Séanos lícito creer en estas señales de potencialidad científica, tan modestas como se quiera, ya que los mismos extranjeros—más veces fiscales adustos que jueces humanos respecto de nosotros—nos certifican de ellas.

Limitándome á las disciplinas que mejor conozco, porque es mi deber conocerlas, ¿quién duda que la redacción de una Enciclopedia jurídica hallaría hoy en España elementos bastantes para su realización, y que esta obra

expresiva del pensamiento, en no pocos puntos original, de la escuela española, sustituiría con ventaja aquí y en América á la ya vieja, aunque meritísima, de Ahrens, y á otras extranjeras menos divulgadas entre nosotros? ¿Quién dudará que los estudios demóticos y de economía social, orientados según la originalísima y potente iniciativa del Sr. Costa por el camino de la realidad consuetudinaria, han de ser venero riquísimo para nosotros y para los americanos, que no podrán hallar en ningún libro extranjero esta corriente genuinamente española? ¿Quién no ha de esperar, en fin, que libros de historia y geografía, libros elementales, libros de cultura general, escritos según la orientación constante del espíritu español—desde Ambrosio de Morales y Páez de Castro, por un lado, y los exploradores de América por otro—, sustituirán con ventaja á las historias de la civilización y los manuales de geografía extranjeros, escritos desde un punto de vista nacional y que escatiman ó desfigurán á menudo todo lo que se refiere á España? (1) Coadyuvaría grandemente á este fin que los libros pueden llenar, la publicación de Revistas científicas dedicadas al estudio combinado de las cuestiones propiamente españolas y de las hispano-americanas, y á cuya redacción concurriesen escritores de ambos mundos. La imperfección de algunos ensayos hechos antes de ahora (abandonados á veces con sobrada precipitación cuando empezaban á granar), las dificultades con que se tropieza para organizar las relaciones (y de que yo puedo dar fé en la modestísima esfera de mi *Revista crítica*), y aún la resistencia pasiva que algunos elementos americanos suelen todavía oponer á las más amplias y sinceras peticiones de concurso, son accidentes que no deben hacernos desmayar en el camino, porque á fuerza de luchar con ellos, entusiasta y constantemente, han de allanarse al cabo. España, por una porción de condiciones históricas, se halla en más franca posibilidad de crear estos órganos de relación intelectual entre todas las naciones hispano-americanas y con la antigua madre común, que cualquiera de ellas. Esto lo saben bien muchos espíritus cultos de Ultramar; pero el esfuerzo ha de partir de nosotros, esfuerzo combinado de todos los que realmente se interesen por el porvenir de la civilización española; pues por muy resistentes y tenaces que sean las energías

(1) Nadie habrá elogiado tanto como yo los libros admirables de Seignobos, Crozals, Langlois, Rambaud, y aún los de Hellwald y otros positivistas alemanes. Sin embargo, los que han manejado estas obras y han tratado de aplicarlas á la instrucción de nuestra juventud, saben bien las lagunas que para todo lector español tienen, y aún el peligro que su exclusiva lectura encierra para los niños españoles en cuanto á la formación de un concepto de la historia de la humanidad y del lugar de nuestra raza en el mundo.

de uno ó dos hombres aislados, es seguro que acaban por rendirse al peso de labor semejante.

No cede en importancia como lazo de unión, sino que, en sentir de muchos grandes pensadores (Fichte, por ejemplo) (1), excede á todos, la lengua. Sean cuales fueran nuestras ideas respecto de la conveniencia de una centralización y reglamentación del castellano como las que representa la Academia Española, y aunque nos coloquemos en el punto de vista más radical que cabe en este orden, no podemos negar los españoles que el mantenimiento y desarrollo de nuestro idioma conforme á su propio espíritu, en las naciones que con él despertaron á la vida de la civilización moderna, y que lo hicieron suyo (y aún en las de idioma nacional distinto, si á ellas llega nuestra acción; v. gr., Marruecos), es una base indispensable para la influencia y la intimidad intelectual. Los franceses, que no tienen una Academia de la Lengua caracterizada como la nuestra con un programa centralizador, ni poseen un Diccionario oficial, no por eso abandonan la suerte de su idioma en los países con que mantienen alguna relación de raza, política ó comercio. Antes al contrario, cuidan de ella, ya mediante instituciones oficiales, ya por el esfuerzo de Asociaciones privadas; y hasta en pueblos donde no se dá ni es posible que se dé, el motivo de la colonización ó de la comunidad de origen, crean órganos de difusión de la lengua nacional, de que es ejemplo reciente la *Revista francesa de Edimburgo*, fundada por el profesor de Literatura francesa y romance en aquella Universidad, M. Saroléa, y dirigida, con profundo sentido, á sostener, sobre la base del idioma, el prestigio intelectual de Francia en el extranjero y la difusión de su literatura (2).

Mirando así las cosas, elevadamente, aún los mismos antiacadémicos han de reconocer la necesidad de velar por la conservación del castellano en América; y aunque sea ley de las lenguas vivas el movimiento y la variación,

(1) *Discursos á la nación alemana*. Discurso IV. Hay traducción castellana, editada por *La España Moderna* (1900).

(2) Son muy instructivas, para los lectores españoles, las advertencias que Saroléa hace en el prospecto de su Revista y en el artículo del primer número, titulado: *Commerce des idées entre la France et l'Angleterre*. «Preciso es tener el valor de decirlo y de repetirlo sin cansancio: hace un cuarto de siglo que la Francia sufre un eclipse, y en ninguna parte con mayor intensidad que en Inglaterra. Ya no se conoce á Francia, ó mejor dicho, se la desconoce, es decir, se la conoce mal. Se ignora los grandes hombres que posee, las grandes cosas que produce; no se estudian ya sus movimientos de ideas, sus corrientes de opinión.» «Francia ha cesado de ser un factor en la evolución literaria. Desde Sadowa y Sedan, la corriente de los estudios, el éxodo de los estudiantes se verifica, cada día más, del lado de Alemania; Carlyle, Froude y Freeman saludaron con

las diferencias dialectales y locales, sabido es que esto se produce, cuando la función es normal, sin negar el fondo y el carácter substancial de aquéllas, fondo y carácter que ha de persistir bajo el peligro de muerte del idioma entero. En este sentido, las academias correspondientes de América y cualquier otro órgano ó corriente de relación que las Universidades españolas creen, han de ser de fundamental influencia en la vida intelectual, para la que es la lengua un medio de expresión menos accidental é indiferente de lo que piensa el vulgo. Para esta obra, los peninsulares que viven en el continente americano pueden ser un elemento eficacísimo, y el serlo constituye sin duda uno de sus mayores deberes, superior quizá al de los auxilios materiales de que en tiempo de guerra han sido pródigos.

Pero la comunicación á distancia, por muy frecuente que sea, está muy lejos de llegar al ideal en este punto. Haría falta algo más: el trato directo, la convivencia más ó menos larga entre las personas que por su cultura pueden constituir elementos directores, y, en fin, el comercio inmediato de españoles y americanos respectivamente, con el público de América y la Península. A este fin se dirigió aquel proyecto del Sr. Güell y Renté, encaminado á convertir la Universidad de la Habana en un centro común de elevadísima cultura para todos los grupos de la gran familia hispana, y, en su vista, también comenzó á tantear el efímero misterio autonómico de Puerto Rico el establecimiento en la isla de una Universidad ó Escuela superior, á la que hubiesen concurrido temporalmente (por un curso ó dos) profesores peninsulares é hispanoamericanos, para dar enseñanzas monográficas de

gozo el rebajamiento de Francia y vieron en este hecho el advenimiento de la hegemonía política de Alemania, y en esta hegemonía la expresión de otra intelectual y moral.»—En 1888, Agustín Filon se expresaba de igual manera: «Los franceses que viven en el extranjero saben demasiado en qué medida se desprecia en Europa la cultura francesa. Ya no se nos cita, ya no se cuenta con nosotros; nuestros verdaderos libros no pasan la frontera, y los diarios extranjeros no dejan llegar á sus lectores más que los ecos teatrales ó de los tribunales de justicia. No parece sino que fueron nuestros escritores, y no nuestros generales, los vencidos en Sedan y Reichshoffen. No les basta con apiadarse hipócritamente de nuestra decadencia, sino que tratan de olvidar ó de ignorar que hemos poseído la hegemonía intelectual y pensado para la humanidad entera.»—Véanse los comentarios que á esto hace H. Mazel en *L'Ermitage* de Nov. 1896. Sobre el mismo asunto, véanse las declaraciones de Fouillée, en su *Psychologie du peuple français* contra el desaliento y pesimismo de los que predicán la decadencia del pueblo francés; las quejas de Franck d'Arvet, *loc. cit.* por «la falta de fe en sí misma, como nación», que tiene Francia, y las censuras de H. Bérenger en su reciente libro *La Conscience Nationale*.—Una conclusión útil sale de todo esto, y es que las decadencias nacionales son muy relativas y no siempre se dan en la totalidad de las funciones y órganos sociales.

las respectivas especialidades, y constituir un fecundo punto de encuentro de los elementos cultos de España y América. La pérdida de las Antillas que nos ha impuesto la dura ley de una guerra injusta, ha destruído toda posibilidad de realizar uno ú otro proyecto. Su ejecución en territorio continental ha de ser mucho menos fácil; pero entiendo que el profesorado español debe estar dispuesto á responder á toda iniciativa de este género, á todo llamamiento de colaboración en la obra común educativa. Confiemos en que la conciencia de la necesidad de un concierto íntimo—que comienza á despertarse en España y en las repúblicas americanas—inclinará cada día más, si no á la aplicación de un medio tan costoso como el apuntado, al aprovechamiento de los congresos, de las conferencias, de las comisiones científicas mixtas, cada vez más fáciles de reunir, merced á la creciente rapidez de las comunicaciones, tanto en la Península como en el continente americano; porque ya es hora de que nuestra juventud intelectual pierda el miedo á los viajes por el Atlántico bajo la presión de un fin de tanta trascendencia, como á menudo lo pierde para procurarse, al otro lado del mar, un porvenir económico menos seguro en verdad que la influencia que podría ejercer organizando debidamente la comunicación. Esto aparte, la Universidad y todos los centros de enseñanza españoles deben allanar el camino para lograr aquel fin mediante el reconocimiento de los títulos profesionales, dando el ejemplo (si es que al principio hubiera repugnancias ó coqueteos en punto á la reciprocidad, como los hubo en Portugal,) ya de una manera absoluta, (1) ya con ciertas condiciones cuando se tratase, v. gr., de una profesión como la de abogado, que requiere el conocimiento especial de la legislación del país al lado de la cultura general jurídica que en todos sitios puede lograrse, y salvo siempre el límite que la ciudadanía impone. (2) Los ánimos asustadizos, que arguyen inmediatamente con los peligros de la competencia económica en las profesiones, pueden tranquilizarse sabiendo que, ni en América

(1) Como en el decreto de 6 de Febrero de 1869, respecto de Portugal.

(2) La legislación vigente, que forman el decreto-ley de 6 de Febrero de 1869, la Real orden de 22 de Febrero de 1888 y otras de ese año, la de 10 de Mayo de 1889, la de 7 de Junio de 1894, la de 12 de Marzo de 1896 y el Real decreto de 12 de Marzo de 1897, ofrace base para esta medida, aunque principalmente se refiere á los títulos profesionales de médicos, farmacéuticos y sus análogos, y á la posibilidad de cursar los alumnos extranjeros en los centros docentes de España. Hay otras disposiciones complementarias. La Real orden de 10 de Mayo de 1889, que precisamente se refiere á estudios hechos en la facultad de Medicina de Cochabamba, es importante por lo que toca á la convalidación de asignaturas sin necesidad de nuevo examen.

hay tanto furor como aquí en punto á las carreras liberales de medicina y derecho—que son las de personal superabundante,—ni en todas las repúblicas americanas están organizados todos los estudios que en la instrucción pública de España figuran. Por otra parte, sabido es que los españoles de carrera que van á aquellos países, no huelgan, antes bien hallan más fácilmente ocupación que aquí, lo cual indica falta de personal (1).

La atracción de alumnos americanos á nuestras Universidades y Escuelas superiores, desviando la corriente que les lleva, con exclusión de España, á otros países europeos, debe preocupar seriamente al profesorado y á los centros administrativos de la enseñanza, como uno de los más seguros medios de conservar en aquéllos la unidad de espíritu de la raza y preservarlos de influencias que los desnaturalicen, en daño suyo y nuestro.

Pero ni la atracción de alumnado, ni la misma reciprocidad de títulos, serán efectivas y fecundas, si no tienen por base una reforma (antes interna que de programa y aparato), ó más bien un desarrollo vigoroso de la iniciada en nuestra enseñanza superior, porque el legítimo interés de su cultura se sobrepondrá siempre, y con razón, en el ánimo de los americanos, al amor ó la simpatía hacia España; y si no hallan en nuestros establecimientos docentes, por lo menos las mismas condiciones de estudio que en los extranjeros, seguirán apartados de nosotros para buscar en otro lado lo que aquí no podemos ó no sabemos darles. Yo quiero creer que en algunos puntos los americanos rinden parias todavía á la leyenda que hace mayor de lo que es nuestro atraso; pero nadie podrá negar que en muchos otros su perjuicio responde á una realidad dolorosa. No tengamos reparo en confesarla y en darnos completa cuenta de ella. Imitemos en esto á los prusianos de la época de Fichte, á los patriotas franceses de 1871 y á los mismos chilenos, que por boca de un ilustre profesor, el Sr. Letelier, dieron no hace mucho ejemplo de amor á su nación confesando que tenían «muy pocos profesores que supieran enseñar sus asignaturas» y «ninguno, absolutamente ninguno, que hubiera demostrado idoneidad para formar maestros con arreglo á los preceptos de la pedagogía científica» (2). Afortunadamente

(1) Hago caso omiso del argumento, algunas veces usado en esta cuestión, y referente al valor científico de los estudios hechos en el extranjero. Sin pretensión de hacer una comparación completa, grado por grado, lo que sí afirmaré es la superioridad que respecto de España tiene en algunas repúblicas de América la organización de la primera y segunda enseñanza, y aún la de párvulos. Un bachiller chileno que haya aprovechado sus estudios, bien se la puede apostar con un español.

(2) Pág. 416 del libro *La lucha por la cultura* (Santiago de Chile, 1895), capítulo titulado «El Instituto

nuestra penuria no es ni con mucho igual á la de Chile. Y siendo el mal menor, ¿hemos de reluir el esfuerzo para anularlo del todo?

Véase, pues, cómo la resolución de todos estos problemas viene á condensarse en el perfeccionamiento de la enseñanza, en la «política pedagógica», que aún no ha sabido inscribir en su programa ningún partido español, pero que innumerables voces, salidas de la minoría intelectual, piden sin descanso. ¡No sin profundo sentido señalaba en ella la raíz de toda grandeza el alemán Fichte, cuyas profecías tan grandiosamente ha realizado la Alemania moderna!

La Universidad de Oviedo, como uno de tantos órganos de expresión de esa corriente, ha iniciado ya en la práctica (de la manera modestísima que su situación le permite) el establecimiento de relaciones intelectuales permanentes con los centros de enseñanza de América; y al recibir la grata sorpresa de ver aplaudido y patrocinado su esfuerzo por el Ministerio de Instrucción pública (1), confía en que no ha de ser éste el último acto oficial de política pedagógica americanista. Con el propósito de impulsarla, varios catedráticos de la Universidad acaban de dirigir al Congreso hispano-americano una Memoria comprensiva de las siguientes conclusiones, relativas á los problemas que espongamos en este capítulo:

Adopción de una ley común de propiedad literaria y artística que proteja uniformemente los derechos de los autores en España y las repúblicas hispano-americanas, suprimiendo los derechos de Aduanas y cualesquiera otra traba puesta á la libre introducción en los países indicados de libros impresos en lengua castellana.

Creación (de conformidad con el voto emitido por el Congreso pedagógico hispano-portugués-americano de 1892) de un Instituto pe-

Pedagógico ante sus detractores» Las recientes desgracias nacionales han producido análogo efecto en algunos de nuestros verdaderos patriotas, como lo demuestra el sincero y hermoso artículo publicado por D. P. de Alcántara García, con el título de «Llamamiento», en el número de julio de 1898 de su Revista *La Escuela Moderna*.

(1) El documento que á esto se refiere, ha sido publicado, de Real orden, y con frases muy laudatorias para la Universidad, en la *Gaceta de Madrid* de 23 de Julio último.

dagógico, en el cual se eduquen maestros uniformemente preparados para la enseñanza de los españoles de ambos continentes. —Para evitar dilaciones posibles si la organización de este Instituto se deja á la acción exclusiva del elemento oficial, se constituirá desde luego una Comisión compuesta por individuos de los diferentes órdenes de la enseñanza en España y América, á la cual se confiará la redacción de las bases oportunas, previa inteligencia especial con los centros docentes hispanoamericanos que no puedan tener representación constante en la Comisión referida.

Establecimiento de una enseñanza superior internacional ibero-americana, que permita la frecuente comunicación con el personal docente de los países convenidos, sin afectar la organización de los respectivos establecimientos oficiales. —Para este efecto pudiera servir de norma el Centro internacional de enseñanza de las ciencias sociales, recientemente proyectado en París, confiándose el cumplimiento de este acuerdo á la iniciativa del mismo profesorado.

Completa reciprocidad de títulos profesionales.

Establecimiento de lecciones y cátedras de Historia y Geografía de Portugal y de América en las Escuelas primarias é Institutos de España, siguiendo el ejemplo dado por el ministro de Instrucción Pública al reorganizar el Doctorado de los estudios históricos; y adición á las actuales materias de la Facultad de Derecho, de una asignatura referente á Instituciones jurídicas, principalmente políticas, de Portugal y América. Recíprocamente, creación en los diversos grados de la enseñanza pública portuguesa y americana, de estudios referentes á la Geografía, Historia é Instrucciones actuales de España.

Organización del cambio permanente de publicaciones entre los centros docentes de las naciones congregadas, conforme lo ha solicitado de los de América la Universidad de Oviedo en carta circular inserta en la *Gaceta* de 23 de Julio del año 1900 (1).

(1) Estas y otras conclusiones de distinto carácter, han sido impresas con un preámbulo ó exposición de motivos, en un folleto de 8 págs. —Oviedo, 1900. Complemento de ellas puede considerarse mi ponencia especial presentada á la Sección 1.^a del Congreso.



LA UNIVERSIDAD HISPANOAMERICANA ⁽¹⁾

A fines de 1904 comenzó á agitarse esta idea por iniciativa del ilustre argentino Doctor Cobos. A su discusión acudimos varios españoles, y he aquí la expresión de mi pensamiento, tal como lo formulé en Diciembre de 1904 y Enero de 1905.

Creo tener derecho á que nadie dude de mi patriotismo. He dado de él pruebas palpables, positivas, de hecho, ajustando siempre mi conducta á mis palabras, al revés de otras gentes que en todo momento hacen lo contrario de lo que dicen. En punto á la necesidad de las relaciones intelectuales entre América y España, bastantes años antes que muchos americanistas de nuevo cuño pensasen en estas cosas, venía yo predicándolas y procurándolas por todos los medios de que podía disponer, como lo atestiguan la *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas é hispanoamericanas*, mi discurso de Octubre de 1898 en la Universidad de Oviedo, mis artículos en *El Liberal*, de Madrid, el libro *Cuestiones Hispanoamericanas*, los *Anales* de la Universidad ovetense.... Evoco todos estos hechos, no por el placer de citarme á mí mismo—pues nunca fui *yoquista*, y abomino de los que lo son, aunque se escuden tras de teorías filosófico-pedagógicas inventadas *ad hoc*—, sino para asentar sobre esa base (que aleja de mí toda sospecha de indiferencia ó pesimismo en asuntos patrióticos y de relación iberoamericana) la buena intención y el profundo españolismo de las observaciones que me propongo hacer al proyecto de Universidad hispanoamericana. Es ya un truísmo decir que el buen patriota no se conoce por la adulación, sino por el sincero reconocimiento de los defectos y errores y por el esfuerzo vehemente para corregirlos.

Comienzo por declarar que no soy, en

manera alguna, contrario á que se funde una Universidad de fines análogos á la que ahora se proyecta en Salamanca. Mis citados escritos responden de que semejante pensamiento me fué siempre simpático y de que á su realización—en la forma que me pareció viable—encaminé no pocas de mis excitaciones y trabajos. Más diré: cuando en 1898, en aquella efímera autonomía antillana, algunos espíritus generosos de Puerto Rico pensaron en realizar lo que constituyó un sueño dorado de Güell y Renté, lo que en 1892 había recomendado calurosamente Labra en el Congreso Pedagógico, yo fui uno de los profesores españoles que se prestaron á ir allá, para trabajar fraternalmente en la obra común y pacífica de la cultura con los profesores americanos. Júzguese, con esto, si no he de encontrar bien lo que ahora parece hallarse en camino de ser realidad; si la iniciativa del Doctor Cobos y de la Unión Iberoamericana no ha de tener en mi espíritu un eco de ardiente simpatía.

Pero el problema no está en hacer las cosas, sino en hacerlas bien; y como después de hechas ya no tienen remedio, creo que este es el momento oportuno para que todo buen patriota exponga sus ideas, por si pueden ser útiles para prevenir errores ó para enderezar rumbos.

Yo bien sé que en la Unión Iberoamericana figuran personas de alta respetabilidad científica, de probada experiencia en este y otros asuntos; pero también sé, y sabemos todos, que las hay tan idealistas, soñadoras y arrebatadas en sus entusiasmos ó en sus proyectos, que es lícito temer el *trap de zéle* que un gran diplomático temía.

De lo que se trata, es, no de fundar un establecimiento docente mejor ó peor, sino de atraer á la juventud americana que viene á Europa para completar sus estudios. ¿Por qué esa juventud ha preferido hasta ahora las Universidades alemanas y francesas? Por dos razones: porque en ellas ha encontrado una organización en armonía con los dictados de la

(1) De «España en América»—Obra publicada por D. Rafael Altamira.—Un volumen.—Barcelona, 1909.

ciencia moderna, una abundancia de medios de trabajo (grandes laboratorios, espléndido material de enseñanza, métodos realistas) que en España faltan, y porque le han seducido (con razón) los nombres de fama universal, que su profesorado ofrece.

En este punto, la masa estudiantil americana ha repetido el naturalísimo fenómeno que dió nacimiento á las Universidades en la Edad Media: se ha agrupado alrededor de los hombres de gran prestigio, de autoridad reconocida en el mundo entero.

Ahora bien; no nos hagamos ilusiones: si la futura Universidad hispanoamericana no ofrece esos mismos atractivos, esas mismas condiciones á que la juventud estudiosa tiene derecho, démosla por fracasada. No se puede obligar por Real orden á que estudien en España los que no hallen aquí lo necesario para dar satisfacción á sus anhelos científicos. Un año de experiencia les bastaría; luego volverían á Francia y Alemania. No cabe exigir á quien desee trabajar seriamente, verbigracia, en Economía, en Derecho civil, en Historia, que cambie los nombres de Schmoller, de Gierke, de Lamprecht, de Monod, por otros menos famosos y autorizados. Repítanse los ejemplos con relación á las demás materias de la enseñanza, y se advertirá el grave peligro con que puede tropezarse.

¿Cabe evitarlo?

En lo que se refiere á la organización y al material, así lo creo; á condición, claro es, de que no se ponga tasa en los gastos y de que se confíe la determinación del plan general y el establecimiento de los diferentes laboratorios, seminarios, escuelas prácticas, etc., no á políticos más ó menos entusiastas, á jurisperitos más ó menos habilidosos, sino á los hombres que tienen verdadera autoridad pedagógica y larga experiencia didáctica. Y en este punto, lo primero que, á mi parecer, necesitará el futuro centro de estudios, será un rector, un verdadero rector que no haga más que dirigir (y va es bastante) un pedagogo de gran cultura y de *carácter*, entendiendo por tal, no un hombre esquinado, autoritario y agresivo — condiciones que algunos tienen como las propias para este puesto, aunque les condenen á esterilidad perpétua —, sino un hombre que, dispuesto á no consentir debilidades en el cumplimiento del deber ni desviaciones en la marcha general del establecimiento, posea el don de gentes, la doble cualidad, rara, de atraer y de dominar, de hacerse respetar y querer: el difícil arte de la vida que requiere una gran ductilidad de espíritu, un gran respeto á todo lo que vale, un ten con ten esencial para los éxitos de esta clase.

¿Se puede evitar también el peligro en lo que se refiere al profesorado? Seamos en esto completamente sinceros. Seámoslo en el pro

y en el contra. Yo lo he sido siempre, cuando he hablado de este asunto, confesando nuestra inferioridad general, de una parte, y quejándome, á la vez, de que muchos americanos menosprecien totalmente nuestra producción intelectual é ignoren lo que en ella hay de útil, de estimable, de parejo con los rumbos modernos de la ciencia. Esto mismo debemos hacer ahora: ni optimistas ni pesimistas.

En conjunto no podemos presentar un profesorado capaz de hacer la competencia á cualquiera otro extranjero (hablo de las naciones que van á la cabeza de la civilización, de las que atraen á los estudiantes americanos); pero no carecemos de nombres que puedan, legítimamente excitar el interés y asegurar la confianza de los más exigentes. Recordaré sólo tres: Cajal, para la Histología; Giner, para el Derecho; Hinojosa, para la Historia.

Hay que hacer, sin embargo, una primera reserva en este punto. No todos (aunque sí la mayoría) los hombres de autoridad que serían prenda segura para que los americanos viniesen á España, pertenecen al profesorado. Será preciso, pues, en primer término, que á la formación del cuadro de profesores de la Universidad hispanoamericana presida una gran amplitud de criterio, sustrayéndolo al espíritu de clase.

No bastaría lo que dispone el artículo 16, número 5, del Proyecto de ley de autonomía universitaria (1), porque son muchos sus trámites y escollos, en que se estrellarían, á veces, algunos nombramientos, y porque aún hace falta más amplitud. Por de contado, habría que aplicar: 1.º, el establecimiento de cursos especiales á cargo de profesores extranjeros, que temporalmente serían llamados para desempeñar cátedras de las materias en que son autoridad reconocida, particularmente si su especialidad no tiene similar entre nosotros; 2.º, el cambio de profesores con Universidades de otros países, como ya se hace

(1) Dice así este número del artículo 16, al terminar las funciones del Consejo universitario: «5.º Elevar á éste (el Ministerio), cuando las circunstancias lo aconsejen, propuesta extraordinaria para el nombramiento de catedrático numerario, en caso de vacante, á favor de alguna persona de notoria reputación y aptitudes especiales para el desempeño del cargo, justificadas por obras ó trabajos de méritos relevantes. Esta propuesta habrá de hacerse por iniciativa de la Junta de Facultad á que pertenezca la vacante, y estará autorizada por el voto favorable de las dos terceras partes de los individuos de dicha Junta y del claustro.

«Cumplidos estos requisitos y previo informe favorable del Consejo de Instrucción Pública y de la Real Academia correspondiente, quedará formalizada la propuesta al ministro para el nombramiento.

«En ningún caso podrá cubrirse de este modo más que una de cada cuatro vacantes en la Facultad respectiva.»

Como se ve, todo esto es demasiado limitativo para el caso de que se trata.

en la Sorbona (1); 3.º, muy singularmente, el cambio con profesores de la América española, con el fin de que en Salamanca (ó donde se implante la futura Universidad) trabajen juntos los hombres de ciencia de ambos mundos y de que **los nuestros intimen con el espíritu americano yendo allá, á vivir en el seno de las sociedades de que proceden los alumnos que se buscan.**

Respecto de nuestro profesorado oficial, excuso decir que necesitaríamos echar toda la carne en el asador, tomándola de donde esté y contando con que la que tenemos está muy dispersa. Si para ello hace falta dislocar los cuadros actuales de todos los centros docentes superiores, se dislocan; vá en ello el éxito de la empresa, porque sólo así — y con el auxilio de los nuevos profesores á cuyo nombramiento aludí antes—se podrá formar un núcleo que atraiga y que **retenga á los americanos.**

Sin embargo, yo me inclino más bién á seguir otro sistema, por dos razones: 1.ª, que no cabe obligar á ningún profesor á que abandone contra su voluntad el establecimiento en que presta sus servicios; 2.ª, que no es prudente destruir núcleos ya formados —hay algunos— que hacen sentir su acción favorablemente por el hecho de ser tales núcleos, y que cuplen la función de centralizar y difundir por varias partes de la Península la reforma educativa. El sistema que obviaría estos inconvenientes, podría ser el de las cátedras temporales, ambulatorias, sistema que en Inglaterra se ha experimentado con excelente éxito. No hay profesor—de los que verdaderamente aman la enseñanza—que se niegue á salir unos meses de su Universidad, para dar en otra un curso ó dirigir un Seminario. Se podría, pues, contar con personal suficiente hasta donde cabe en nuestra penuria actual. Se conseguirían con esto otras ventajas: dar una variedad grande á las cátedras de la nueva Universidad, remozarla continuamente, hacerla más atractiva con la renovación del interés que cada nombre, cada tema de explicaciones y trabajos despertaría en los alumnos.

Al decir esto, pienso, naturalmente, en que la futura Universidad no va á seguir el monótono—y falso—sistema español del «programa completo» en cada *asignatura* y de las asignaturas diferentes en cada curso, sinó el monográfico y clínico, que es ya general en todo el mundo y que se presta mejor á la enseñanza práctica y al dominio de las materias.

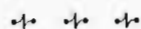
Por de contado, la manera de reclutar el personal docente que he referido antes, exige, si el Gobierno ha de intervenir en los nombra-

mientos, una discrección suma: no vayamos á convertir el nuevo centro en asilo de medianías ó de necesitados, que es en lo que suelen parar las cosas entregadas á la facultad discrecional de los políticos. Mejor sería dar gran autonomía á la Universidad hispanoamericana, por lo menos la que reconoce el Proyecto de ley citado antes.

El asunto parece ser que ha quedado sometido al estudio y ponencia de tres ministros: el de Estado (por el carácter internacional de la institución), el de Instrucción Pública y el de Agricultura. Hagamos votos porque acierten. El ministro de Instrucción Pública ha dado ya muestras de ser hombre de muy buen descao y que sabe ir á buscar en su rincón á los trabajadores de mérito positivo. El de Agricultura es persona muy amante del saber, abierta de espíritu, anhelosa de acertar. Si se sustraen á las corruptelas de la política, á los consejos de los bullidores, podrán hacer obra sólida y vividera, correspondiendo á los afanes simpáticos, al entusiasmo irreductible del Doctor Cobos, y á la buena acogida que la idea parece haber tenido en muchas repúblicas americanas (1).

Pero sobre todo, no olvidemos que vale más no acometer la empresa, aunque es muy halagadora, que exponerse á un fracaso que no tardaría en producirse y sería de irreparables consecuencias para el prestigio de España.

No comprometamos el porvenir de nuestras relaciones americanas con precipitaciones que, á lo sumo, brillarían breve tiempo con el engañoso resplandor de los fuegos fatuos.



Mas sobre la Universidad hispanoamericana.

Hace pocos días, *El Mundo Latino* publicó un artículo de D. Arturo G. Cardona y reprodujo una carta del Sr. Unamuno, dirigida al *Heraldo de Madrid* en 27 de Diciembre próximo pasado. Artículo y carta se refieren al proyecto de Universidad hispanoamericana. Uno y otra coinciden en considerar irrealizable el aludido proyecto. El Sr. Cardona le llama «ridículo»; el Sr. Unamuno «fantástico y absurdo». ¿Por qué? Fundamentalmente, porque la enseñanza americana es laica y científica, y la nuestra está dominada por la preocupación religiosa; cuando menos, por la reliquia de intolerancia que aquella preocupación ha dejado en la mayoría de los espíritus.

El Sr. Unamuno lo dice de este modo terminante: «Ni creo que la cosa es de dinero, dinero y dinero, como se dice. No; es de es-

(1) Acaba de implantarse también en España, con la venida de profesores de la Universidad de Burdeos á las de Madrid, Oviedo, Salamanca, Valladolid y Zaragoza y las conferencias dadas en Burdeos por los catedráticos ovetenses y zaragozanos.

(1) Esto se decía en Diciembre de 1904 y con referencia al Gobierno de entonces, naturalmente.

píritu, espíritu y espíritu, y el espíritu significa, ante todo y sobre todo, libertad de conciencia, sinceridad y ánimo viril para osar discutirlo todo, libres de imposiciones doctrinales.»

Juzgo innecesario detenerme á mostrar mi conformidad absoluta con este modo de ver el problema. No sólo va incluido en las varias razones que expuse antes para convencerme de lo difícil que sería crear una Universidad hispanoamericana que no fuese una «mentira convencional», destinada á morir de rápida anemia, sino que ese ha sido mi punto fundamental de vista en cuanto á nuestra política con los pueblos americanos. Hace años, en ocasión solemne (cuando la visita de los marinos argentinos) hice constar que la condición requerida, como base para una intimidad de relaciones, por los americanos, era una franca orientación liberal por nuestra parte (1).

Apoyábame en declaraciones recientes de varios escritores de América, entre ellos Ricardo Palma y Valentín Letelier, quienes, «con la España inculta, estancada en su progreso y reaccionaria en su política, nada quieren, porque otra cosa sería contradecir los mismos principios de vida de las repúblicas americanas». Temen los americanos que España no acierte á entrar de lleno en el camino de la verdadera libertad, en los hábitos de tolerancia de los pueblos cultos; y esto crea, aún en los hispanófilos mejor dispuestos, suspicacias y reservas en punto al establecimiento de una franca é íntima unión internacional. No hay para qué decir lo que me complace y fortifica en mi apreciación ver que coincide por completo con ella el Sr. Unamuno, que es, nada menos (téngase muy en cuenta), el rector de la Universidad que quiere tomarse por base para la hispanoamericana.

Pero en cosas como esta, que envuelven una acusación colectiva, hay que hacer muchos distingos, para no dar pié á que continúe el *quid pro quo* en que se funda el exceso de desconfianza del mundo americano respecto á nuestra vida intelectual.

En la carta del Sr. Unamuno hay el siguiente párrafo:

«Antes de pensar en atraer á nadie de fuera, debemos cuidarnos en modificar nuestro ambiente, liberalizándolo del todo; y para poder merecer un día el que vengan á estudiar aquí americanos, es menester, entre otras cosas, llevar á cabo lo que propongo en la última de las conclusiones de mi ponencia para la próxima asamblea universitaria de Barcelona, y es la derogación solemne y formal de los artículos 295 y 296 de la ley de Instrucción Pública y del 2.º del Concordato, en que se establece la inspección de la enseñanza por los señores obispos y demás prelados diocesanos.

No olvidemos que en la América española toda, el laicismo es la ley de la enseñanza.»

Quien no conozca de cerca nuestras Universidades, podrá creer que el profesorado de ellas vive cohibido por los artículos 295 y 296 de la ley de Instrucción Pública de 1857 y por el 2.º del Concordato. Pero no hay nada menos cierto.

Legalmente, esas disposiciones están derogadas por la Constitución de 1876 y por las declaraciones ministeriales de Albareda y el conde de Romanones. Consuetudinariamente (y esto vale más) hace mucho tiempo que cayeron en desuso, y ningún obispo se atrevería á restaurar el vigor de ellas sin estrellarse, no digo ya contra la protesta del país, sino contra la negativa á reconocerle ese derecho de parte de los ministros más conservadores. Cuando un obispo de Salamanca buscó la manera de expulsar del profesorado al catedrático de Derecho penal, señor Dorado Montero (uno de nuestros radicales más radicales de veras), Cánovas del Castillo le atajó el paso con toda resolución. Lo mismo ocurriría hoy; y la consigna común de todos los partidos es reconocer la intangibilidad de la cátedra y evitar toda cuestión sobre esto. El mismo marqués de Pidal—el espíritu más estrecho que hay en nuestra política, por lo que se refiere á estas cosas—sabe bien que durante muchos años estuvo cerrada la puerta del ministerio de Instrucción Pública (de Fomento antes) porque sus jefes no querían ni siquiera promover el movimiento de desconfianza que la presencia de aquel político en tal departamento suscitaría; y si luego fué á él, fué con las manos atadas para ciertas iniciativas, enterado de que no podría permitirse el menor desconocimiento de la libertad de la cátedra.

Los profesores sabemos hoy perfectamente que podemos exponer con toda franqueza nuestras ideas científicas, nuestras dudas y negaciones; y si todos no son sinceros, será porque no les conviene serlo, pero no por el temor á un expediente. La primera Asamblea Universitaria, celebrada en Valencia en Octubre de 1903, y á la cual concurren profesores de todas las tendencias, aprobó por unanimidad una conclusión que dice: «Todo profesor oficial debe ejercer libremente su función docente, y esta libertad, *solo limitada por los preceptos del Código penal*, supone la del criterio en cuanto al fondo de la doctrina y la del plan y método de investigación. Los ponentes que presentaron esta conclusión á la Asamblea, fueron dos profesores que nada tienen de radicales: el señor Olóriz y el señor Calvo Madroño. La segunda Asamblea, que acaba de celebrarse en Barcelona, ha ratificado este criterio, con el cual están conformes los mismos asambleístas que se retiraron de ella, más bien asustados por la ponencia del

(1) Véase el libro *Cuestiones hispanoamericanas*

señor Unamuno—la cual, como hemos visto, pretende matar una cosa muerta—, aprovechando ese *motivo* para exteriorizar divisiones de otro carácter que existen en el claustro de Barcelona, y algunos obedeciendo á presiones no oficiales. Pero además de que, repito, están de acuerdo con la conclusión apuntada, conviene hacer notar que entre los profesores asistentes á la Asamblea y que dieron sus votos á la conclusión, los había de todos los matices.

¿Quiere esto decir que nuestras Universidades viven realmente ese espíritu de libertad científica indispensable para entrar de lleno en la corriente de la civilización moderna? De ningún modo; y en eso estriba la corteza de la dificultad que muchos vemos para que sea posible crear un centro común de estudios á españoles y americanos. La mayoría de nuestro profesorado es intransigente, es *naa*: y lleva su neismo hasta el punto de extender el dogma á cuestiones perfectamente libres entre los católicos de otros países. Baste decir que esa mayoría tiene como sospechoso á Menéndez y Pelayo, y que ve con gran temor las recientes investigaciones del señor Asfí (un presbítero, profesor de árabe en la Universidad Central) sobre el averroísmo de Santo Tomás de Aquino.

Comienza á manifestarse esa intransigencia en las oposiciones á cátedras. Los más de los jueces de ellas van con el deliberado propósito de juzgar á los candidatos, no por lo que saben y por sus aptitudes para el magisterio, sino por *sus ideas*. El candidato que huele á liberal, á racionalista, ó tiene la más ligera concomitancia con el krausismo (todavía es *bu* de ciertas gentes el krausismo!), puede contar de antemano con el voto en contra de esos jueces. Si todos los profesores que van saliendo no son neos, es porque tuvieron la suerte de dar con un tribunal en que predominaban los liberales, ó los *católicos* que, como Menéndez y Pelayo y Codera, anteponen á toda otra consideración el espíritu científico y de justicia. No hace mucho tuve ocasión de ver una carta de cierto flamante catedrático en que, al felicitar por su ingreso en el profesorado á otro, que él creía ser neo á su modo, exponía como uno de los motivos de regocijo que, con aquel refuerzo, ya no podrían ser profesores de cierta asignatura los *liberales*, puesto que la casi totalidad de los jueces de oposiciones serían *católicos*. Cito este hecho—conocido de muy pocas personas—como prueba de esa primera dificultad que halla la juventud no dogmatizada para penetrar en las Universidades españolas.

Con este precedente, no hay para qué decir lo que será la enseñanza en la mayoría de las cátedras, y por tanto, lo fundado que es el temor de que los alumnos americanos no en-

cuentren aquí el ambiente de libre exámen de las cuestiones á que vienen acostumbrados. No es que yo crea mucho en la libertad científica de otros países europeos, que es muy relativa. Sin llegar el caso de expulsión del profesor francés Hervé y del escándalo producido por el libro de Moral de Bayet, habría mucho que decir sobre el verdadero espíritu científico de no pocos profesores extranjeros y sobre la mayor ó menor independencia de su pensamiento, ya que, ante la ciencia, no sólo son *prejuicios* rechazables los religiosos—como vulgarmente se cree—, sino también los patrióticos, los políticos, los económicos y los pseudo científicos (1). Hay más dogmatismos que los de las religiones positivas. Pero esto á parte, no cabe duda de que, en otras naciones, los estudiantes encuentran, en general, una enseñanza más abierta, más apta para formar su intelecto á la manera que requiere la despreocupada investigación de la verdad, y menores recelos en el profesorado por las ideas que aquéllos puedan tener. Esto basta, por lo pronto, para crear á la enseñanza de otros países una superioridad sobre la nuestra. Esa superioridad se advierte en las mismas enseñanzas católicas, debido en parte á la influencia del medio, en parte á la mayor cultura; porque muchos de nuestros espíritus cerrados lo son más que en parte alguna del mundo porque saben poco, aún de lo de su cuerda.

Dicho se está, con todo lo que antecede, que en las Universidades españolas hay una minoría—muy numerosa en ciertos sitios—liberal, tan liberal y abierta de espíritu como la de cualquier otro país. La tristeza que produce contemplar cómo la mayoría es de otro modo, no debe llevarnos á desconocer la existencia de aquel elemento (con el cual pueden los americanos entenderse perfectamente) ni á formular juicios condenatorios absolutos. Y sin embargo, esos juicios se formulan; encuéntrase con gran frecuencia en escritos americanos, y sirven para extraviar la opinión, haciendo que rebuce en bloque toda la producción científica española y crea inútil establecer relaciones con ella. En ese error incurre el señor Cardona, al decir en uno de los párrafos de su carta: «España educando á la juventud americana y dándole lecciones, ¿de teología, sin duda? Pues de otra cosa es imposible que España pretenda dar culturas modernas á otros pueblos más cultos que ella y formar inteligencias de progreso con sus añosos hombres de mentes catolizadas».

Verdad es que el señor Cardona se rectifica

(1) En mi reciente viaje por Alemania y Austria (1908), he podido comprobar este hecho. Maravillábanse los profesores de aquellos países de que los nuestros de ideas republicanas pudiesen discutir la monarquía y los actos del rey sin exponerse á perder acto continuo la cátedra.

á sí propio, al añadir: «Sin embargo, nada tendríamos que decir, y hasta lo aplaudiríamos también el proyecto de Universidad hispano-americana en Salamanca, si se le diera un verdadero carácter internacional, haciendo que su cuerpo docente fuera netamente laico y constituido, en un personal de profesores por designación de España y América, de suerte que, por ningún motivo de consideración de favor ó de secta, entrase como maestro de ninguna asignatura el que no reuniese, á una idoneidad á toda prueba, la de ser un espíritu completamente despreocupado y libre de viejas rutinas; es decir, profesores que estuviesen, en todos sentidos, á la altura de la época.» El Sr. Cardona reconoce que puede haber en España de esos profesores, y por tanto, que no todos son espíritus «añosos» y enemigos de la investigación libre. Así es lo cierto.

El Sr. Cardona establece una condición que siempre me ha parecido fundamental: que el profesorado sea mixto; es decir, que en él entren americanos y españoles, como en Puerto Rico hubo de proyectarse.

En lo que me parece equivocado es en el supuesto de que un acuerdo internacional de los gobiernos sería garantía bastante para la acertada selección del profesorado. Mucho lo dudo, á no ser que los americanos se impusiesen; en los gobiernos de España no fio un ápice. Ejemplo reciente hay en que, tocándoles á ellos escoger, han escogido «por motivo ó consideración de favor ó de secta», en vez de atender á las condiciones que la función pedía. Lo único viable, hoy por hoy, y mientras no cambien las condiciones políticas de España, es que, si quieren aproximarse los intelectuales libres de uno y otro mundo y colaborar en la obra común de la cultura, lo hagan sin contar con el Estado. ¿Hay iniciativas *sociales* bastantes para acometer la obra? A los americanos toca contestar en primer término (1).



Lo que debe hacer y lo que ha hecho España

Que España no puede permanecer cruzada de brazos en esta lucha por la influencia intelectual, se deduce claramente de todo lo expuesto. ¿Y qué debe hacer España para defender su acervo ideal en América, para librar á sus mismos ciudadanos colonos en aquellos países de una absorción que redundaría en perjuicio de ellos mismos y de la madre patria?

Lejos de mí la pedantesca patriotía de creer que nuestras Universidades, nuestros Institutos y nuestras Escuelas pueden competir

con los establecimientos de enseñanza yanquis, alemanes ó franceses, ni irradiar una influencia extensa comparable á la que éstos ejercen ó son capaces de ejercer. Lo que he dicho antes á propósito de la Universidad para los hispano-americanos, marca bien mi criterio en este punto. España no puede, hoy por hoy, atraer así las corrientes escolares de América, á pesar del fondo común de espíritu, que haría más homogénea con el sentir nacional hispano-americano y más fácil la educación de la juventud de aquellas tierras.

Puede, sin embargo, aún en este orden de acción, ofrecer algunos nombres y algunas instituciones que legítimamente merecen atraer á los americanos y cuyo conocimiento no dejaría de aprovecharles. ¿Quién duda que la cátedra de Cajal, la cátedra de Giner de los Ríos, la cátedra de Simarro, la de Hinojosa, la de Menéndez Pidal, la de Azcárate, la de Cossio, la de Dorado, la de Posada y algunas más, serían de provechosa frecuentación para los jóvenes hispanoamericanos, y que, en las respectivas especialidades de cada una, bien podrían sustituir á otras extranjeras análogas ó complementarlas? (1)

Pero si en la enseñanza oficial, y en la no oficial, tiene España poco que ofrecer—aunque algo tiene, como vemos—y no puede hoy luchar con ventaja y menos colocarse á la cabeza de los elementos que legítimamente, por su fuerza propia, han de contribuir de ese modo á la formación del espíritu americano y han de vivir en permanente é intensa comunicación con él, nadie negará que tenemos derecho á un lugar en la obra de la cultura americana, y que constituye un deber para nosotros no abandonar ese puesto, antes bien defender su posesión á todo trance y con las mejores armas que nos sea dado utilizar.

Por muy heterogénea que sea la inmigración en los países americanos, no cabe duda que en ellos predomina la sangre española, que de ésta participan en considerable proporción sus naturales, y en fin, que no en balde y á la ventura se les llama, considerados geográficamente y étnicamente como un conjunto, «Hispano-América». Sin que haga falta renovar aquí las memorables discusiones acerca de la *superioridad* de estas ó las otras razas (*sic*) de origen europeo, y por mucho que nuestra humildad confiese en punto á las excelencias de otros pueblos modernos, todos hemos

(1) Algo de esto ha comenzado ya á realizarse. En un discurso que luego citaré, el presidente de la Universidad de La Plata, doctor González, ha hecho constar la venida á España de algunos estudiantes argentinos para recibir las lecciones de Cajal, quien —añade el orador— ha hecho distinciones con algunos argentinos que no las hacía con los de ningún otro país, aceptándolos en sus laboratorios, para poder ofrecer al nuestro los resultados de investigaciones personales.»

(1) Véase el Apéndice IV.

de reconocer (para que la sinceridad no se convierta en afectada ó resolvamos la cuestión á golpes de sentimentalismo pesimista) que entre las condiciones fundamentales del espíritu español hay algunas buenas al lado de las otras malas, y á la vez que buenas, características, propias y exclusivas de él, que no tan sólo por patriotismo, sinó por humanidad —dado que en la obra trabajosa de la civilización, ningún factor útil puede ni debe perderse—, necesitamos salvar de la ruina. Estas cualidades que nadie nos regatea; que aún los políticos y los sociólogos menos confiados en la situación actual de la colectividad española admiten; que acaba de reconocer una vez más la crítica inglesa por boca del escritor Havelock Elli en la *Fortnightly Review*, las posee substancialmente el alma americana, forman parte de su fondo étnico, que sería loco y suicida anular para sustituirlo con otro de pura importación extranjera. Educarse es perfeccionarse, sobre la base de las cualidades propias, no enajenar el espíritu cambiándolo por el ajeno. De aquí que, en muchos sentidos, trabajando nosotros por el mantenimiento de nuestra influencia espiritual, trabajamos en pro del alma americana en lo mejor y más genuino que ésta tiene. En el orden concreto de la mentalidad, el corte de unos y otros es el mismo y continuará siéndolo mientras hablemos todos el romance castellano, que, como todo idioma, no es sólo un conjunto de palabras, un éxito, sinó una serie de ideas orientadas de un modo especial. De aquí que nosotros, los españoles, seamos los que mejor podemos entendernos, en el comercio de la inteligencia, con nuestros hermanos del Nuevo Mundo.

¿Podemos actualmente ofrecerles algo de lo que piden la ciencia y el arte modernos, de lo que ellos van á pedir á Francia, á Alemania, á Inglaterra? Diferentes veces, en publicaciones americanas, he procurado desvanecer el prejuicio que considera todas las manifestaciones intelectuales españolas como reaccionarias, arcaicas, repeticiones de un saber viejo y manido, de una religiosidad estrecha, hosca, misonicista. He citado las corrientes ideales, científicas que en diversas ramas de estudios representan en España, no sólo la conjunción con el movimiento moderno en su sentido más progresivo, sinó orientaciones originales que, cuando menos, tienen derecho á ser estimadas y discutidas, al par de otras de origen extraño. Los americanos cultos lo saben: y cuando citan con elogio los nombres de Cajal, Menéndez Pelayo, Costa, Giner, Calderón, Posada y otros muchos, sancionan esa representación de la intelectualidad peninsular. ¿Y abandonaremos esas armas con que podemos defender la continuación de la influencia española? ¿Dejaremos, por pereza, por desconfianza, por

pesimismo, que se olviden esos hombres, que en las Universidades, en los libros, en la prensa, lleguen á no citarse y aprovecharse más que doctrinas firmadas por nombres franceses, ingleses, alemanes y yanquis?

Capaces somos de tal demencia, comparable á la de quien, por no ser millonario, renunciara á colaborar con sus modestos ahorros en empresas industriales que pueden requerir su concurso y aumentar á la vez sus riquezas; ó á la de quien, por no ser un Rousseau, un Kant ó un Savigny, se creyese incapacitado para cultivar la ciencia del derecho y para coadyuvar á la formación de la conciencia jurídica de su época y de su país.

¿Qué base tiene España para realizar esa obra de influencia en América? Tiene varias.

En primer lugar, la de su emigración, que en las Repúblicas hispanoamericanas —Argentina, México, Cuba— es la más numerosa y potente, excediendo en mucho á las de otros pueblos de Europa, y en todas ellas significa un factor considerable que no sólo trabaja en el orden económico, mas también en el intelectual. La fuerza enorme de la semilla española en aquellos países, la conocen bien todos los que allí han estado y los que con algún interés siguen desde aquí la vida de nuestros colonos de América.

En segundo lugar, tenemos á nuestro favor —y con toda la trascendencia que ya hice notar y que para nadie es un misterio—, el idioma. El nos permite obrar, más directa y profundamente que ningún otro pueblo extraño, sobre la masa y entendernos con ella: cosa no despreciable nunca, menos hoy día, en que la obra de la educación popular ha tomado tan poderoso vuelo y figura entre las acciones más fecundas de los intelectuales; también ha de hacer más fácil y más íntimo el intercambio, con los profesionales americanos, de los más altos, sutiles y substanciales frutos del espíritu, que suelen perder algo de sus cualidades más exquisitas y fecundantes cuando se traducen á un idioma extraño. Siempre hallará más eco y resonará más hondo en el alma americana la voz de las ideas que dicen relación á las cuestiones superiores de la vida individual y social, cuando esa voz vibre con los acentos del decir castellano, que cuando se engalane con otros ajenos. En los más graves trances de la existencia, el individuo —mil observaciones lo comprueban— vuelve instintivamente á usar el idioma que empleó en su niñez, el de su terruño, aunque haga muchos años que lo tenga pospuesto; y es que ese idioma representa la forma propia de su mentalidad, el extracto más profundo y ancestral de su espíritu, el solar sobre que se levanta el edificio de sus ideas y en que mejor las dice. Tal es también la fuerza que el castellano sig-

nifica para nosotros en nuestras relaciones con los hermanos de América.

Por último, tenemos otra base de influencia intelectual directiva, mucho mayor de lo que nos figuramos. Bastantes de nuestros *americanos* de prestigio los vemos emplearse en profesiones intelectuales: son en Cuba, México, en Argentina, en toda la América Central, en muchos otros países, profesores, abogados, médicos, literatos, ingenieros, periodistas, factores educativos del país y removedores de ideas. Agréguese á esto que algunas Repúblicas han solicitado profesionales españoles para regentar, dirigir, organizar su enseñanza, ó ciertos ramos de ella, y su ejército (1), y que esos profesionales han acudido al llamamiento y están realizando su función. En costa Rica es tradicional este contacto con los educadores españoles; ha tenido, durante muchos años, á los doctores hermanos Ferraz trabajando en sus establecimientos de Instrucción pública; tiene ahora, al frente de su Colegio Nacional, á un catedrático de la Universidad de Oviedo, Arturo Pérez Martín (2). En Nicaragua representa á España el doctor Entío, profesor auxiliar que fué de la Facultad de Ciencias oventense. Guatemala ha puesto al frente de sus Academias y Colegios militares y pedagogos españoles. En el Colegio Nacional de Buenos Aires hay profesores que son compatriotas nuestros... En suma; contamos con un número considerable de españoles que actualmente representa núcleos de difusión personal de nuestra influencia científica y literaria.

No concluye esta aquí. En las Universidades ó centros superiores de enseñanza de Cuba, México, Perú, Chile, Uruguay, Argentina y otras naciones ya nombradas, figuran entre los libros base de la obra docente y de la cultura de los alumnos, bastantes libros españoles modernos. Hay ciertas clases de estudios que están total ó predominantemente orientadas por ellos; y basta leer el reciente discurso pronunciado por el ilustre doctor González, presidente de la Universidad de La Plata, al informar en el proyecto de celebración del Centenario de la Independencia de la Argentina, discurso en que se citan los nombres de Posada, Buylla, Cajal, Canella, Piernas, Torres Campos y algunos más, para ver que, aún allí donde nuestra influencia lucha (ó mejor dicho, *no lucha*, pero tropieza) con la de otros pueblos mejor preparados, no es insignificante ni mucho menos.

En lo que toca á la literatura bella, hay

también que rectificar un error muy extendido. Es cierto que la influencia francesa y la de los autores europeos del Norte tiene gran importancia y se ejerce poderosamente sobre las generaciones jóvenes de las Repúblicas americanas; cierto que algunos escritores de esa juventud, arrastrados por la moda *modernista* y desorientados por prejuicios de otro orden, han llegado á abominar de las más altas producciones del genio castellano ó á declararlas inútiles ó nocivas para la formación de un espíritu moderno; pero ni estas condenaciones han sido siempre sinceras, ni aún siéndolo, cuando se formularon en el ardor de un neofitismo que los años amenguan ó apagan del todo, subsisten sin haber sufrido muchas rectificaciones, ni, en fin, cabe negar que, por encima de todas las influencias extrañas, las de nuestros autores clásicos y contemporáneos siguen siendo un factor importante en la educación de los literatos americanos (y lo será siempre, por la fuerza irresistible del idioma), continúa provocando la admiración de los espíritus de buen gusto y representa un fondo importantísimo en las lecturas de todos los que escriben usando la lengua común. La difusión que en América tienen nuestros novelistas, poetas y dramaturgos; el aplauso con que son acogidas allí las buenas producciones de nuestro teatro contemporáneo ó antiguo; la constante preocupación gramatical que lleva á los filólogos americanos á estudiar el castellano y á ahondar en él hasta producir monumentos como las obras de Bello y de Cuervo, son pruebas más que suficientes de que contamos en ese orden de la vida intelectual con un arraigo considerable. Ese arraigo se ha fortalecido con influencia inversa que una parte de la literatura contemporánea americana, especialmente la poesía, ha ejercido sobre nosotros. La boga alcanzada en nuestra juventud por Ruben Darío y por otros escritores de América, ha creado lazos nuevos entre ambas literaturas, interpolando elementos de una y otra, creando corrientes de recíproca influencia, y á la postre uniéndolas más y más y asegurando la penetración de la nuestra.

Por otra parte, el sentido de la relación hispanista se ha despertado ya, y comienza á actuar de una manera sistemática en los centros profesionales de algunas naciones americanas. Obsérvese lo que dice el doctor González en el citado discurso:

«En los dos últimos años se acentúa otro género de relaciones de intimidad y acercamiento entre los dos pueblos; me refiero á las de carácter intelectual en el campo de los estudios superiores. También tengo ocasión, muy honrosa por cierto, de mantener correspondencia con algunos de sus principales maestros, buscados por mí como tales y como fuente de intensa simpatía. Se ha radicado en

(1) Sobre las misiones militares á América, véase el razonado artículo de D. J. Ibáñez Marín, *Nuestro ejército en la América Latina*, publicado en la revista *Faro*, núm. de 31 de Enero 1909.

(2) Véanse detalles de este hecho en el tomo IV de los *Anales de la Universidad de Oviedo*. Oviedo, 1907.

una Universidad nueva, nueva por su tendencia, aunque trisecular (me refiero á la Universidad de Oviedo) la moderna tendencia destinada, sin duda, á hacer germinar para el porvenir la semilla que todo buen español y amigo de España desea ver fructificar en obras de regeneración y de engrandecimiento para la madre patria... Por otra parte, el reputado economista y maestro en esta ciencia, el señor Buylla, daba el 17 de Octubre de 1907, en la Unión Iberoamericana, una notable conferencia relativa á los ensayos que en nuestro país se realizan en el sentido de la legislación obrera, consagrando un tiempo que otros no hubieran dedicado á un país como el nuestro, que en esas materias empieza apenas á dar los primeros pasos.»

Después de consignar, como ya hemos dicho antes, que en los centros argentinos de enseñanza superior figuran como «textos de consulta y de estudio» libros de varios profesores españoles, se refiere á la idea del intercambio y concluye diciendo: «No es extraño entonces que consideremos como una ventaja y un progreso efectivo para nosotros la presencia de esos profesores, que vendrían á enseñar á nuestros alumnos, no sólo su ciencia propia, sino el arte de aprender y enseñar, que es acaso la mayor deficiencia de nuestras Universidades.» Añádase á esto lo que en el Senado español ha dicho el Sr. Labra recientemente, confirmando la cita anterior: «Yo sé de qué manera en estos mismos momentos uno de los estadistas más eminentes de Buenos Aires, el doctor González, ministro que ha sido varias veces, y en la actualidad director de la gran Universidad de La Plata, por mi modestísimo concurso viene á solicitar y procurar la federación universal de España con América.»

Obsérvese que ya en algunas revistas americanas, y desde luego otras españolas (1) figuran lado por lado, en fraternal colaboración, escritores de aquellos países y del nuestro, que trabajaban así unidos en la obra común de cultura.

Véase, por último, que aparte todo lo dicho, la iniciativa tomada en 1900 por la Uni-

versidad de Oviedo (1) para establecer relaciones permanentes con los centros de enseñanza superior de América, y desde luego el intercambio de publicaciones está produciendo efectos y va lentamente aproximándose á una parte del profesorado español y el de las naciones hispanoamericanas.

Pues bien; lo que corresponde hacer ahora es ampliar, sistematizar y completar todos esos medios de acción con que ya contamos, hasta donde sea posible.

El de traslado permanente, ó por largas temporadas, de profesores españoles, no lo podemos utilizar en gran medida: de un lado, por el escaso número de personas suficientemente preparadas de que hoy por hoy disponemos para esa función, y de otro por la resistencia que ponen á emigrar muchos de los intelectuales de positivo valer que tenemos retenidos por el patriotismo, que les exige gastar sus mejores fuerzas en la educación del propio país de origen, y por otros lazos no menos fuertes que les atan á España.

Pero si no podemos ahora valernos de este medio en gran escala, podemos y debemos organizar expediciones á manera de la de Shepherd y otros profesores norteamericanos, enviando nuestras Universidades, nuestro Gobierno, nuestras Sociedades patrióticas ó de cultura, catedráticos y hombres de saber á las Repúblicas americanas, para que frecuenten los medios intelectuales de esos países, aprendan en ellos todo lo que pueda ser útil, den conferencias sobre temas científicos y artísticos que hagan conocer en América los resultados y las direcciones de la vida intelectual española de nuestros días, y establezcan amistades y comercio de ideas con los colegas del Nuevo Mundo. Lo que en poco tiempo puede conseguir la presencia personal, el trato diario, la conversación oportuna de un hombre de autoridad y de condiciones sociales, supera en gran medida á todo lo que se logra, al cabo de mucho tiempo, con sociedades que radican en España, conferencias que se dan en Madrid y revistas que la pereza de las más de las gentes, para la lectura, deja casi inéditas. Es preciso, repito que los hombres que tienen alta representación, á la moderna, en la cultura española y amor á la obra educativa, y los que sienten con fuerza y con sinceridad el *problema hispanoamericano* (esta última condición me parece indispensable), vayan á conocer esos centros docentes de las Repúblicas hermanas, á estrechar amistades con los compañeros de profesión, á comunicarse con aquellos pueblos y á decirles, sin jactancias, lo que creemos poder ofrecerles de útil para la obra común del espíritu y lo que de ellos esperamos y necesitamos recibir; pero hay que cui-

(1) Entre las americanas, herbigracia, la que lleva por título *Archivos de pedagogía y ciencias afines*, que publica la Universidad de La Plata; entre las españolas, varias hoy, y durante muchos años, la *Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas é hispano-americanas* que fundé expresamente, como ya he dicho, para establecer relaciones intelectuales directas con las naciones hermanas. Citaré en otro respecto, y como nueva muestra de la orientación hacia España que ya se advierte en muchos centros americanos, los informes referentes á las ciencias históricas, morales y políticas, á la pedagogía y á la literatura en nuestro país, que al suyo envía, por orden de su gobierno, el escritor mexicano Amado Nervo, y que se publican en el *Boletín de Instrucción Pública* de aquella nación.

(1) Véanse las páginas 26 al 29 de esta Revista.

dar mucho de que esas visitas se organicen como es debido, escogiendo para cada viaje y cada género de propaganda, verdaderos especialistas que lleven por delante, como título principal de recomendación, su propio nombre. Porque claro es que si hacemos granjería de esa idea y no enviamos de cada vez un «best man for work», más valdrá tener los cejos quedos y consentir en que todo el mundo nos gane por la mano y se hundan cada vez más en el desconocimiento y en el olvido de los pocos elementos de influencia mental que legítimamente podemos ofrecer á los americanos, y que hasta ahora no hemos sabido utilizar. Y como (sin pesimismo) nada ó muy poco cabe esperar de los Gobiernos, creo que ha llegado la hora de que los españoles patriotas se unan para organizar por sí, previamente, esa acción ideal y difundir por América nuestros «conocimientos intelectuales» (1).

Sobre la base de esas visitas, se podría establecer sólidamente el intercambio de profesores, en que ya se piensa en la Habana y en La Plata, que ya se ha iniciado prácticamente entre Burdeos y varias Universidades españolas y que vendría á completar nuestra obra de mutua correspondencia científica y literaria, para la que no bastan el libro y la revista.

Aunque con las expediciones referidas y con el intercambio no lográsemos producir una corriente de influencia intelectual tan poderosa como quizá algunos sueñan, es indudable que se reforzaría la que existe y que, además, lograríamos sin duda algo muy capital para nosotros: la destrucción de la leyenda hispanófila que aún subsiste en muchos, relativa al orden intelectual. Bien manifiesto está en todo lo que antecede (y no vacilo en repetirlo) lo lejos que estoy de decir, como alguien ha dicho en pleno parlamento, que España está en materias de cultura y enseñanza á la altura, si no es á *más altura*, que Inglaterra ó Bélgica. Todos sabemos que esto no es así y luchamos por remediarlo. Pero también se dice que España sigue siendo un pueblo del cual nada tienen que aprender los otros y que se limita á perpetuar el tipo de cultura de su decadencia, ñoño y atrasado en lo científico, intransigente, cerrado y misonésta en todas las manifestaciones de la inteligencia.

Contra ese error — que á muchos en América hace desdeñar la literatura científica espa-

ñola y aún la amena literatura—, son principalmente los profesionales de la enseñanza los que tienen el deber de reaccionar. Es preciso que vayan á realizar en América, en el orden intelectual, lo que nuestros *americanos* hacen en el económico: reivindicar el buen nombre de nuestro pueblo.

No debe guiarse en este intento—hay que repetirlo—ninguna idea de vanidad, que sería ridícula; no han de pretender ir como *maestros* ni Aristarcos de nadie; pero sí como testimonios vivos de que hay una España intelectual que sabe lo que se piensa y se trabaja en el mundo, que se esfuerza por caminar al paso de éste, y que si no puede, dentro de su modestia, hombrarse con él, puede, sí, ofrecer algunos elementos útiles, semejantes á los que dan el tono en la ciencia y el arte modernos, y por los cuales tiene derecho legítimo á la simpatía (ya demostrada en varios casos) de los hermanos de América, encarrilados en el ideal y en lo práctico de la vida progresiva. Es obra de reivindicación la que habrán de hacer los que allí vayan, á la vez que obra de fraternidad con sus colegas de allende el Atlántico, cuyo espíritu está fundido en el molde de la soberana lengua cervantina.

Para una obra así, lícito es confiar en el apoyo de los españoles de América; y como no hay nada que más una y apacigüe los ánimos que el trabajo intelectual en común, esperemos también que esas visitas y esos intercambios colaboren en la obra de concordia entre americanos y peninsulares, avanzadísima ya en todas partes, pero aún no completa. Y mientras esos dos grandes medios de influencia intelectual se organizan, no olvidemos fomentar el de relación interuniversitaria que inició Oviedo en 1900 y de imitar, en nuestras revistas españolas (al lado de la colaboración mixta, peninsular y americana) el ejemplo de la *Revue Internationale de l'Enseignement* y de la *Revue historique*, reforzando cada día más la difusión en España del movimiento bibliográfico americano (como ya hacen *Cultura Española*, *Nuestro Tiempo*, *La Lectura*, etc.); ni descuidemos tampoco la creación en nuestra enseñanza de cátedras de historia, geografía y economía americana, en correspondencia de las cuales (de tan gran utilidad para los españoles que emigran) no tardarían en crearse en América otras que difundirían científicamente, sin prejuicios, el conocimiento de la España presente y pasada. Esas cátedras podrían nutrirse en gran medida, mucho más eficazmente que con trabajos librescos hechos sin salir de Europa, con el fruto de la experiencia y de la impresión personal alcanzadas en América por los profesores y especialistas enviados allá. Así lo hacen los norteamericanos, entre los cuales citaré el ejemplo del profesor Shepherd, quien, como consecuencia de

(1) La celebración del Centenario de la Independencia en la Argentina y en otras Repúblicas americanas, parece haber despertado la conciencia de esta necesidad, incluso en algunos de nuestros políticos. A ella responden la gestión emprendida por el Club Español de Buenos Aires, los proyectos de la Unión Iberoamericana para 1910, el reciente discurso del Sr. Palomo en el Senado, el viaje del señor Malagarriaga y otras manifestaciones análogas recientes.

su viaje, dió en la Columbia University varias lecciones sobre las Repúblicas sudamericanas que tuvieron base intuitiva, real, negada á los trabajos que solo se fundan en los libros.

Acompáñenos en toda esa labor la confianza, que ya no puede faltarnos, de que un gran número de profesionales de la América latina, educadores, juristas, sociólogos, historiadores, literatos, geógrafos, etc., advierten en nuestra cultura moderna, en nuestra producción científica, elementos aprovechables de verdadera utilidad para su obra intelectual. Destruiremos así nuestro propio pesimismo, que suele ser dificultad mayor que las exteriores y ajenas para una acción decidida y fervorosa en el trabajo de la civilización mundial.



NUESTRA ENSEÑANZA

La Extensión Universitaria

Uno de los hombres de talento más varonil y profundo que en España tenemos, conecedor como nadie de nuestra Historia interna en sus manifestaciones más íntimas, en sus elementos psicológicos más fundamentales—Joaquín Costa, para decirlo de una vez—, estima que entre las leyes del alma nacional debe considerarse como probada la del cansancio rápido en toda empresa, en todo esfuerzo, individual ó colectivo. Este cansancio prematuro hace infructuosas las iniciativas del espíritu español que, por ironía de la suerte, es al propio tiempo uno de los más despiertos y agudos que se conocen, dotado de viva intuición con que se adelanta á los tiempos y siembra ideas y novedades cuyo fruto nunca es él quien recoge.

Costa apoya su afirmación con grandísimo número de ejemplos, en su mayoría indiscutibles. Séalo ó no también la conclusión que de ellos saca, no cabe duda que la opinión general piensa como Costa y confía poquísimo en el *esprit de suite*, en la *firme y constante* voluntad y afición de los españoles de España, en punto á cualquier empeño, ya ideal, ya práctico. Siempre que aquí se inicia algo plausible, las gentes se preguntan recelosas: ¿«Durará mucho?» Y como los hechos les dicen á menudo que no, el pesimismo aumenta de día en día. Con esto, es mucho más grato comprobar que, algunas veces, el pesimismo general se equivoca; y una de esas equivocaciones parece darse ahora en lo que se refiere á la Extensión universitaria.

Cuando la inició, en 1898, la Universidad de Oviedo, pudo creerse que seria un ensayo de vida corta por falta de ambiente y desde

luego, sin probable difusión en el país (1). La creencia fué afirmándose en los años siguientes, por lo que toca á esto último, con excepción de lo que hacían esperar las conferencias de Barcelona y Zaragoza. En cambio, nuestro medio regional se mostró favorable á la novedad. Las clases intelectuales, la burguesía, los obreros, entraron resueltamente en la Extensión y la ayudaron con su simpatía, y lo que vale más, con su asistencia, cada vez más numerosa. ¡Había público! Y ese público era constante, era entusiasta, acudía á oír lecciones y conferencias, haciendo esfuerzos para asimilarse lo que, á veces, su falta de preparación no le permitía entender de lleno; y no sólo acudía á los requerimientos de la Universidad, sino que pedía él mismo y amenudo indicaba hasta los temas que más habían de interesarle. En 1899 ya no fué sólo el público regional el patrocinador de la Extensión.

Una benemérita sociedad bilbaina, la *Asociación de defensa y fomento del Comercio y de la Industria*, se adhirió al pensamiento de la Universidad ovetense y llamó á sus profesores para que iniciasen en la industrial villa cantábrica la misma obra que en Asturias. Bilbao respondió admirablemente: y como en Oviedo, como en Gijón, como en Avilés, etc., los oyentes de las lecciones fueron, mezclados en fraternal muchedumbre, burgueses grandes y pequeños, obreros y patronos, intelectuales y hombres incultos ganosos de remediar su incultura. Y nótese que, tanto en Bilbao como en Asturias, la mujer constituyó buena parte del público de la Extensión del primer momento.

Sin embargo, el ensayo bilbaíno no arraigó, y por ese lado los pesimistas hallaron materia para sus lamentaciones. Empeño especial de los representantes de la Universidad que acudieron al llamamiento de la *Asociación del Comercio y de la Industria*, fué que continuasen las conferencias con elementos de la localidad, para que no se perdiese la iniciativa y para que la Extensión se convirtiera en una

(1) La institución, tenía, sin embargo, algunos precedentes en España, que si no respondían al espíritu mismo de la Extensión,—que es cosa muy especial y característica—obedecían á un deseo de difundir la enseñanza superior en el público no universitario y constituían una preciosa base para todo empeño de esta índole. Basta confirmar las conferencias dominicales que se dieron en la Universidad de Madrid siendo rector D. Fernando del Castro. La de Zaragoza inauguró en 1893 «Cursos de conferencias universitarias», que continuaron varios años (aún después de 1898). La de Barcelona dió conferencias dominicales en 1897-98 y las continuó en 1898-99. En la misma de Oviedo no faltaban los precedentes de cursos de relativa vulgarización dados por catedráticos. (Véanse las Memorias publicadas por el secretario de la Extensión Universitaria de Oviedo, señor Sela. Están reproducidas en todos los tomos de *Anales de la Universidad*.)

obra estable, nutrida con las fuerzas propias del país. Algo se hizo, pero sin que el *esprit de suite* lograra triunfar. Asturias quedó sola nuevamente, hasta 1901. En ese año la semilla depositada enpezó á brotar á la vez en muchas partes. En Salamanca, en Valencia, en Santander, en Madrid, profesores universitarios y hombres de cultura emprendieron el establecimiento de la Extensión. En Santander se hizo efectivo (ya en 1902) sobre la base del público especial del Centro Obrero y con el concurso de algunos catedráticos del Instituto, de médicos, abogados y otras personas profesionales. En varios pueblos de Cáceres, Guadalajara, Castellón y Salamanca, el ejemplo fué imitado en forma de cursos populares dados por las personas más ilustradas de la localidad. En Oviedo, los obreros, además de acudir á las conferencias generales y á las de su Centro, respondieron de una manera altamente satisfactoria al ensayo de Universidad popular que comenzó en Octubre de 1901 con el establecimiento de seis cursos breves, de matrícula cerrada y gratuita, que permitieran una acción más directa é íntima sobre los oyentes que las conferencias públicas hasta entonces dadas, sin matrícula y ante una concurrencia heterogénea y variable. El sistema de cursos—en vez de lecciones sueltas—se extendió rápidamente por Asturias.

En el curso de 1902 á 1903, la obra cundió por otros lados. En Valencia, el profesorado Universitario estableció definitivamente la Extensión, y el insigne novelista Blasco Ibáñez creó una especie de Universidad popular inaugurada por Azcárate. La Asociación de Amigos de la Universidad de Granada se dispuso á hacer otro tanto en aquella capital. En Baijajoz y en Huelva, otros elementos trabajaron en el mismo sentido, y en Barcelona, donde las conferencias dominicales habían cesado, una sociedad escolar que contó desde los primeros momentos con el entusiasta apoyo del ilustre rector de la Universidad, doctor Rodríguez Méndez, y de varios profesores, dió el primer paso, que bien pronto se tradujo en la organización de secciones en la capital y en los Ateneos obreros de Gracia, Badalona y Mataró. Cataluña ha respondido de un modo admirable á esta iniciativa. Los centros á ella adheridos aumentaron de 1903 á 1904 y han dado nacimiento á una federación, que, presidida por el Sr. Rodríguez Méndez, no sólo asegura el porvenir de esta obra educativa, sino que la ha organizado de un modo que hace más fáciles y efectivas sus tareas (1). Los

obreros de Bilbao, los universitarios de Sevilla y Salamanca, han entrado también en la corriente, y es de presumir que la seguirán en el curso que ahora empieza, ya inaugurado en Barcelona y Oviedo (séptimo año).

Cierto es que al lado de estos aumentos, se han producido algunas bajas. La Universidad popular de Valencia y la Extensión universitaria, propiamente dicha, de aquella capital, han cesado, quiero creer que sólo momentáneamente. Zaragoza no continúa sus conferencias. Pero el hielo está roto; la clase obrera—en quien primeramente pensaron los que pueden llamarse progenitores de la Extensión en Europa, los profesores y alumnos de la inglesa Oxford—acoge cada día con más entusiasmo esta empresa de cultura. Tomándola en conjunto, su progreso es evidente, y la ley de la Historia de España que el Sr. Costa formuló, no parece cumplirse respecto de ella.

Regocijémonos y levantemos el ánimo á la esperanza, que pudiera desfallecer al considerar lo mucho que falta para que nuestra Extensión llegue á lo que es en Inglaterra, en Francia, en Italia. Con relación á Francia, recordaba el señor Sela, en su Memoria de 1902-1903 (1) que en ese mismo curso se explicaron más de 177.000 conferencias, con tres millones y medio de oyentes. ¡Cuánto camino nos queda todavía por andar!

* * *

Esta comparación debe servir para que no nos enorgullecamos excesivamente de nuestra obra, cuya modestia hemos de reconocer en todo momento. Quienes deseen hacer la comprobación de una manera fácil, tiene en la misma España literatura que les suministrará todos los datos necesarios. En primer término, el precioso libro de Buisson. *La educación popular de los adultos en Inglaterra*, traducido por mi compañero el profesor Adolfo Posada; luego, las Memorias ya citadas del señor Sela y la del pensionado de la Universidad Oviedo en Francia y Bélgica, doctor Palacios, que estudia preferentemente la enseñanza postescolar (2); por último, el reciente libro del catalán señor Cebriá, *Instrucciones de cultura social*, notable, no sólo por las muchas noticias que contiene, sino también por las reflexiones con que el autor las acompaña.

Pero en el extranjero, como aquí, no es oro todo lo que reluce, y conviene darse cuenta

(1) Extensión Universitaria de Oviedo. Memoria del curso de 1902 á 1903, leída en el acto de la apertura del curso de 1903 á 1904.

(2) Capítulos de esta interesantísima Memoria se han publicado en los *Anales de la Universidad de Oviedo*, tomo II, y en varias revistas de Madrid. Véase también el libro del Sr. Palacios, *Las Universidades populares*.

(1) Todo este gran movimiento de educación popular, ha desaparecido casi por completo en Cataluña, ó por lo menos se halla aletargado y moribundo. Las causas de esto, dícese que son políticas. Si así fuese, ¡gran favor ha hecho la política al pueblo!

exacta de las cosas para apreciar su justo valor y aprender en los éxitos y en los fracasos del prójimo; quizá, también, para sacar de ello aunque sólo sea una chispa que nos conforte y anime en el propio camino.

Es indudable que—como ya apunté más arriba—las instituciones (muy variadas) en que ha ido cuajando la Extensión, tuvieron su origen en los *settlements* de Oxford, esencialmente populares. Los elementos universitarios que por primera vez se acercaron al pueblo de Londres para ofrecerle aquellas condiciones de vida espiritual que podían darle y que al pueblo le eran sustancialmente necesarias, se dirigieron sin vacilación al público que creyeron más necesitado: al de los proletarios, al de los indigentes, á esa masa de los «barrios bajos» de Londres, cuya miseria pintó más de una vez con frase misericordiosa el novelista Dickens.

La Extensión universitaria empezó, pues, siendo una obra de intención popular, y su público, fundamentalmente, el público obrero. Para que así fuese, había razones por completo ajenas á todo interés de partido, á toda posesión doctrinal en las cuestiones sociales y económicas que hoy dividen al mundo. Se escogió, simplemente, á los más necesitados, á los que menos podían, con medios propios, colmar las lagunas de la instrucción y la educación recibidas en los primeros años, si es que habían recibido alguna. Al propagarse la Extensión universitaria, tanto en Inglaterra como en el Continente, se produjo, sin embargo una variación notable.

Acudió á ella la burguesía, la pequeña burguesía, cuya cultura es escasa y que, después de los años de escuela (y si acaso de Instituto ó Liceo), no encuentra modo de continuar su instrucción ó de afianzar la ya recibida. En algunas partes acudió también la alta burguesía, y la Extensión se convirtió en una obra común, que de igual modo servía á todos los anhelosos de saber. Hubo países y localidades en que la diferenciación se produjo espontáneamente, en seguida: los obreros propiamente dichos acudieron á unos cursos ó conferencias; los burgueses á otros; pero hubo también sitios en que el público fué mezclado desde el primer momento, sin que se notasen lo más mínimo las diferencias de clase. Oviedo fué uno de esos sitios (1).

(1) Se refiere esto á las conferencias que se dan en la Universidad y en algunas localidades de Asturias y también las de Santander; pero tomado en conjunto, nuestro público de la extensión es predominantemente obrero y en muchas de las formas que aquella institución reviste en Asturias, es *exclusivamente* obrero, cosa que conviene repetir por lo mismo que algunos escritores españoles, ó por defecto de información ó por malicia, lo han callado ó negado. Véase lo que á este respecto dijo en un discurso leído ante la Universidad de Oviedo, en las fiestas de su tercer Centenario, el delegado de la

Pero sin negar en manera alguna que en la clase media de todos países hay muchas gentes necesitadas de la instrucción y la educación postescolar, no puede menos de reconocerse que la necesidad sigue siendo mayor en los que carecen de medios materiales para obtener—aunque la deseen—la cultura, faltos también de la preparación escolar, que no es tan infrecuente en los que ocupan posiciones sociales superiores. De aquí que los *settlements* ingleses continúen con su carácter originario; que en el Continente se crearan las llamadas Universidades populares y que, alentando en todo momento la formación de los públicos mixtos (que tanta influencia han de tener en la creación de los hábitos de tolerancia y en el progreso de los sentimientos de solidaridad), el profesorado de la Extensión piense también en crear instituciones *especiales* para los obreros. Ahora bien; esas instituciones atraviesan por una grave crisis en algunos países de Europa. Esta crisis consiste en lo siguiente: el obrero *no va* á los cursos de Extensión universitaria, ó va en número reducidísimo.

En Inglaterra—aparte de los *settlements* mencionados—la Extensión ha sido, hasta mediados de 1903, exclusivamente burguesa. En Agosto de ese año se reunieron por primera vez, en Oxford, representantes de las *Trade unions*, de las cooperativas y de la *University Extension*, para constituir una asociación cuyo fin ha de ser «desarrollar la instrucción superior entre las clases obreras» (1). En Viena, la mayoría del público es burgués. En Francia, las Universidades populares languidecen. Nótese en ellas dos cosas, de que se lamentaba no hace mucho un joven profesor parisiense, á quien he tenido de huésped este verano (aunque por poco tiempo) en San Esteban de Pravia: el público que á ellas asiste no es propiamente obrero, sino de la *petite bourgeoisie*, y á lo sumo tiene algunos elementos de las clases obreras más cultas (verbigracia, los cajistas de imprenta); ese mismo público no acude con entusiasmo más que á las conferencias y cursos de carácter político ó *social*. Resultado: el obrero que más necesita de instrucción, no asiste á la Universidad, y los temas de cultura general atraen muy poco á los que van á aquélla. Lo primero es grave y hay que remediarlo, si no se quiere que todo el movimiento social de la Extensión pierda su eficacia. Lo segundo tiene explicación obvia: en el individuo y en las colectividades, el interés intelectual comienza siempre por las cuestiones que más afectan á la

Universidad de Oxford. Mr. Armstrong, quien comparó el carácter democrático, popular de nuestra Extensión, con la falta de público realmente obrero en la de Inglaterra.

(1) Véase el artículo de V. H. Friedel, *La crise des U. P. hors de France* (núm. de Diciembre 1903, de la *Revue intern. de l'enseignement*).

vida propia, á las luchas de momento. Cultivando discretamente ese interés se puede llegar á lo otro: á la instrucción desinteresada, ideal ó técnica.

Yo estoy seguro de que los franceses salvarán esa crisis y de que la reunión de Oxford dará sus frutos en Inglaterra (1). Peor sería que el doble fenómeno citado se hubiese producido en España. Pero ¡oh misterios de la psicología colectiva! nuestro pueblo, más ignorante que el francés y el inglés, ha respondido muy de otro modo á la Extensión á lo menos en las regiones cantábrica y mediterránea. Lo lógico parece que debió ser lo contrario. Las necesidades intelectuales se sienten en razón directa de la cultura; es sumamente difícil interesar en un tema que no sea muy *práctico* y muy ligado á los problemas del oficio ó profesión, á un obrero que sólo sabe leer y escribir, y á veces ni eso. Pues aquí á ocurrido todo lo contrario. La inmensa mayoría del público catalán de la Extensión es obrera, y no sólo de la *aristocracia* de la clase. En Asturias sucede lo propio. A las clases populares ó «Universidad popular» de Oviedo acuden los alumnos apenas salidos del taller y la fábrica, con la blusa del trabajo y las manos manchadas todavía del hierro ó de la cal. Son canteros, albañiles, metalúrgicos, carpinteros... de todos los oficios. En Trubia, en Mieres, en Sama, en la Felguera, en Gijón, ocurre lo mismo. En algunos de esos sitios los mineros acuden en gran número á oír las conferencias. ¿De qué temas? De todos: ciencias naturales, geografía, historia, literatura, economía, derecho... Hay más. Los profesores han tenido especial cuidado en que el programa de las lecciones lo formasen los mismos obreros, excitándoles á que indiquen las materias que más pueden interesarles; y hay que ver el resultado de esa selección en las Memorias del señor Sela. El *desinterés* de los asuntos es constante, y de él se deduce que los obreros quieren formar su cultura en todos los órdenes.

(2) Los ha dado ya, en este sentido democrático. Véase el reciente libro *Oxford and Working-Class education*, Oxford, 1908, y el artículo *Oxford for the masses* publicado en *The Standard* de 24 Octubre 1908.

¿Cómo explicar esto: Yo se lo preguntaba, sinceramente sorprendido, al profesor francés de quien he hablado antes. ¿Cómo explicarse que una masa obrera cuya instrucción y educación ha estado casi totalmente abandonada durante tanto tiempo, responda mejor y más pronto que la de otros países al llamamiento de los intelectuales? Mi amigo aventuró hipótesis: quizá las condiciones del trabajo, que aquí permiten al obrero dedicar, con menos fatiga que en otras partes, algunas horas á las labores de la inteligencia; quizá ese mismo hecho de haber contado directamente con la clase obrera, excitando su iniciativa para organizar las enseñanzas; tal vez (en esto insistió) el carácter dado á estas mismas, elemental, apropiado al estado del público y lo más parecido posible al carácter de una enseñanza primaria... de tipo europeo. Mi amigo comparaba el cuadro de los cursos de nuestra Universidad popular con el de otros países; lo encontraba más ajustado á la posición de un público ayuno de cultura y con el cual hay que empezar... por el principio (1).

No sé. Pero el hecho, es hecho. Se ha producido, perdura... Es un dato animador. ¿Para cantar victoria?

Locos seríamos si tal hiciéramos. Nos falta una segunda comprobación de que en la masa obrera existe realmente la *perpetua y constante* voluntad necesaria para que la obra no se malogre. Si, como creo, las reformas intentadas en Inglaterra y Francia prosperan, veremos pronto que el público obrero crecerá allí en progresión enorme, sobrepasando los millones de oyentes actuales, en su mayoría de la clase media. Hay que ver si en España ocurre lo mismo, ó si el movimiento se detiene en una minoría (con relación á la masa total) que tiene conciencia de su estado y quiere ponerle remedio. Aunque así fuese, no cabe duda de que esto ofrecería una base admirable para despertar á los más y traerlos á la obra de cultura de la Extensión.

(1) Esta es también la opinión resuelta de E. Kahn en su libro *La question des Universités populaires* (París, 1902), en que habla de la extensión universitaria de Oviedo.





PROPOSICIONES

que presentan al Congreso Hispanoamericano algunos catetedráticos de la Universidad de Oviedo

AL CONGRESO HISPANOAMERICANO

TRATÁNDOSE de relaciones con la América que fué española, Asturias tiene quizá más que ninguna otra provincia el derecho y el deber de contribuir intensamente á la obra de estrechar esas relaciones, fundadas en la existencia de muchos elementos comunes en la vida de las naciones hispanoamericanas y de su antigua metrópoli.

Nacen ese derecho y ese deber, no solo de la mucha sangre asturiana que constantemente va nutriendo el cuerpo social de los pueblos americanos, mas también de la tradición que el pensamiento de Asturias—representado por hombres de gran relieve histórico—tiene en los problemas que ahora se agitan. Asturianos fueron Alonso de Quintanilla, el protector de Colón; Alonso de Noreña, compañero del generoso padre Las Casas, y, tras muchos otros gobernantes, legisladores, capitanes, el ilustre Argüelles, defensor de la igualdad política de americanos y españoles, y el ilustre Flórez Estrada, que vaticinó con admirable precisión la pérdida de nuestra supremacía en América, señalando los grandes errores de nuestro gobierno colonial.

Y si esto cabe decir en general de Asturias, no parecerá extraño que se afirme también la singular obligación en que la Universidad de Oviedo se halla de contribuir á la obra de fraternidad que ahora tratamos de llevar á feliz término, para de este modo responder á la gloriosa memoria de los que fueron sus hijos y vivieron con lucidez y amplitud de miras, por nadie superadas, lo que á España cumplía hacer en su misión tutelar sobre los pueblos americanos de ella nacidos.

Penetrados de este deber los que suscriben, profesores de la Universidad de Oviedo y miembros del Congreso Hispanoamericano, tienen el honor de presentar adjunta una serie de proposiciones, cuya adopción creen firmemente que pueden contribuir en gran medida al fin perseguido por todos los congresados en esta Asamblea.

Por de contado, los firmantes, conocedores de la gran complejidad que encierra el problema total de las relaciones cuyo afianzamiento se busca (complejidad que, naturalmente, pide el concurso de muchas y diversas competencias especiales), han limitado el campo de sus consideraciones á los puntos que más particularmente se relacionan con su profesión y con sus estudios favoritos, sin pretender excederse á trazar un plan completo de las cuestiones que abraza la convocatoria.

Natural parecía comenzar por una declaración que, no obstante hallarse implícita en los actos todos de quienes abordan hoy el problema hispanoamericano, conviene formular de un modo concreto para sellar públicamente un compromiso que es de honor y de razón en los españoles, imposibilitando así ciertas suspicacias que pudieran suscitar contra nosotros gentes interesadas en que fracasase este Congreso para levantar sobre sus ruinas otra empresa de fines enteramente contrarios. La idea de dominación se halla, por otra parte, tan arraigada en el vulgo, que son contados los que no la involucran con las de unión, alianza y otras semejantes: é importa desvanecer este prejuicio que tantas aproximaciones provechosas ha malogrado en nuestros días.

Esta consideración nos lleva á tratar de los posibles conflictos internacionales; y en este punto párecenos que entre pueblos de una misma raza, de una misma ó de muy análogas lenguas, y con intereses y aspiraciones comunes, nada puede existir que se oponga al establecimiento de un tribunal de arbitraje permanente que resuelva por medios de derecho las cuestiones litigiosas. Por mucho que se extienda la vista, no se alcanza á ver ni en la más lejana lontananza la posibilidad de conflictos de aquellos que, en opinión de los tratadistas de Derecho internacional, no pueden hoy someterse al juicio de árbitros, por referirse á la vida, la dignidad ó el honor de los Estados. Todas las cuestiones que entre España y Portugal de una parte, y los Estados americanos de otra, pueden presentarse, son de las que se han sometido siempre, y continuarán sometándose cada día en mayor número, al fallo del tribunal arbitral. Y en cuanto á las cuestiones de los tribunales americanos entre sí, ellos mismos han elegido ya este camino en aquellas que parecían revestir mayor gravedad, hasta el punto de que la sumisión de las contiendas internacionales al juicio de árbitros puede pasar como Derecho positivo en la América latina. Nada contribuirá tanto á estrechar las relaciones entre los pueblos como el convertir en permanente la acción de estos tribunales, siguiendo el ejemplo que hace algunos años nos han dado las dos grandes potencias anglosajonas.

Para dar base amplísima á la relación iberoamericana, pedimos la igualdad de derechos civiles, que tantas facilidades ha de traer en la comunicación de los pueblos americanos con el nuestro, sobre todo en lo que respecta á la vida mercantil, base de las naciones modernas.

De esta proposición deriva inmediatamente el grupo de las señaladas con el número 4, que reclaman el establecimiento de una serie de convenciones ó uniones hispanoamericanas, referentes á los medios de comunicación esenciales para la vida intelectual y comercial. Séanos lícito apoyar algunas de ellas con breves consideraciones.

El establecimiento de un cable directo hispanoamericano responde á una necesidad de primer orden y de grandísima trascendencia. Actualmente, todas las noticias de Europa—y por lo tanto de España—se transmiten á los periódicos iberoamericanos, y al público en general, por cables de compañías anglosajonas, naturalmente siempre propicias á facilitar la circulación de las novedades que puedan favorecer á la política y al comercio de su raza, tanto como á callarse ó disminuir el valor de las que cabalmente servirían para estrechar las relaciones entre América y España. Numerosos ejemplos recientes confirman esto que, después de todo, podrían afirmarse *a priori*, por muy leve que fuera nuestro conocimiento de la historia y la psicología de los pueblos que por propia confesión representan un factor contrario al de los llamados latinos. Por esto creemos—en unión de muchos americanos—que no se podrán establecer en firme las relaciones apetecidas sin disponer de un cable propio, dependiente de una compañía ibero-americana y debido exclusivamente al dinero de los que han de aprovecharlo.

Por lo que toca á la introducción de libros americanos en España, la proposición correspondiente tiende á suprimir dificultades que nuestras Aduanas, legal, pero no racionalmente, oponen. No hace mucho que un centro oficial sudamericano envió un importante donativo de libros á otro centro español, por más señas docente. De cada obra venía un solo ejemplar; pero como estaban escritas en castellano (aunque en rigor fuesen extranjeras), para su introducción se exigió, de conformidad con las leyes vigentes, un permiso especial, cuya condición primera consistía en entregar al Estado *dos ejemplares* de cada libro. Siendo esto materialmente imposible, el donatario hubo de renunciar á la donación. Trabas semejantes es necesario que desaparezcan si se quiere fomentar en serio la comunicación intelectual entre España y América.

A la tendencia exageradamente proteccionista que ha repercutido hasta en Inglaterra y sus colonias (acentuando la idea de constituir la Federación imperial por motivos principalmente económicos), y que también se extrema en los Estados Unidos de América, no cabe responder de otro modo, sin peligro serio para los intereses económicos de nuestra raza, que abroquelándose en una política aduanera de la misma especie. Para procurar, pues, la extensión del mercado, y por consiguiente de la producción americana y española—disminuida á consecuencia de un exagerado proteccionismo—, nada mejor que el gradual decrecimiento de los derechos de importación en los países respectivos, poniendo en esto la prudencia que exigen la situación industrial de cada uno de ellos y los sistemas de ingresos públicos dominantes.

Nadie puede desconocer tampoco el valor y la importancia que el trabajo de todo género ejerce en la industria, pues que sin él sería imposible la creación del capital, que es simplemente materia, ó cuando más, instrumento de aquella; como nadie ignora que el obrero, á más de colaborador de la industria, y por encima de esto, es hombre que resulta, por circunstancias muy notorias, desvalido y necesitado de la tutela oficial. La comunidad de raza, de lengua y de costumbres, determina una corriente constante de emigración de la Península á los países iberoamericanos, y precisamente de gentes que buscan en el trabajo material el medio de subvenir á sus necesidades. Por eso creemos de

suma conveniencia la adopción por los Estados de común origen, de una legislación igualmente protectora del obrero, que puede y debe ser la más favorable para éste; y coadyuvando á este propósito, la creación de una Oficina internacional encargada de reunir todos los datos y noticias relativos á la situación del mercado del trabajo y de realizar la labor informativa conducente al planteamiento de las normas legales de que queda hecho mérito.

En cuanto á las proposiciones quinta á novena, creemos excusado motivarlas, por no ser sino repetición de acuerdos muy conocidos del Congreso Pedagógico hispano-portugués-americano de 1892, ó reflejar iniciativas de la Universidad de Oviedo, aprobadas por el señor ministro de Instrucción Pública, y doctrinas formuladas más de una vez por algunos de los profesores firmantes.

Réstanos tan sólo llamar la atención del Congreso hacia un punto de capital interés para el efecto práctico de la obra que se intenta. En ella, como en tantas otras de carácter social, hay puntos que la iniciativa de los individuos y de las asociaciones privadas puede resolver y realizar desde luego, sin otro auxilio, por parte del Estado, que la prestación de aquellas condiciones de Derecho indispensables para la desembarazada aplicación de la actividad humana. Pero hay otros que, aún logrando el unánime asentimiento de los congresistas, serán letra muerta en las actas si los Gobiernos de las naciones aquí presentes no les dan inmediata realización en virtud de compromisos mútuos; sin que pueda bastar el propósito, por nuestra parte, de producir una fuerte corriente de opinión para que estas soluciones se impongan á los poderes públicos, tanto por la dificultad, bien sabida de todos, de levantar corrientes de ese género en cuestiones cuya trascendencia sólo ve hoy por hoy una minoría exigua, como por la urgencia extraordinaria de establecer cierta clase de relaciones, anticipándonos á iniciativas extrañas que seguramente se nos adelantarán de aguardar nosotros á que se cumpliera tarde el proceso de una opinión impulsora de la acción gubernamental. Si los Gobiernos de la Península ibérica y de la América latina no tienen conciencia clara de la gravedad de las circunstancias y no desean sinceramente llegar á la unión en aquellos órdenes en que es posible efectuarla; las aspiraciones del Congreso, muy altas y generosas, serán completamente inútiles. Debe, pues, el Congreso, á nuestro juicio, excitar directamente á los poderes públicos; y pues éstos tienen en él digna representación, recabar de los que la constituyen el compromiso de realizar lo que á los Gobiernos corresponde, única manera de que su concurso no quede en pura forma y aparato y de que no se malogren los deseos de una fructífera intimidad iberoamericana.

PROPOSICIONES

PRIMERA. Las relaciones de aproximación y confraternidad que España persigue con los pueblos hispanoamericanos, jamás entrañarán el propósito de obtener ningún género de supremacía política.

SEGUNDA. Las cuestiones que surgen entre las naciones representadas en este Congreso, se resolverán por un tribunal arbitral, constituido de modo permanente sobre bases que el mismo Congreso establecerá.

TERCERA. Debe proclamarse la igualdad de condición jurídica civil entre los ciudadanos de todos los Estados iberoamericanos.

El Congreso declara conveniente la conclusión de un tratado de carácter general entre los mismos Estados, en el cual se consignen, además de la equiparación precedente, principios uniformes de Derecho internacional privado, aprovechando en lo posible los trabajos del Congreso de Montevideo de 1888.

cuyos acuerdos fueron suscritos por España en 11 de Noviembre de 1893.

CUARTA. Establecimiento inmediato de uniones internacionales de España, Portugal y las Repúblicas latinas de América, referentes á

I. Comunicación postal y telegráfica, fijando tarifas inferiores á las de la Unión Postal Universal, de un modo análogo á lo convenido entre España y Portugal.

Para hacer más fácil la comunicación telegráfica, y para dar independencia á las relaciones entre los pueblos referidos, se deberá proceder, en el más breve plazo posible, al establecimiento de un cable directo entre la Península y América. Para esta empresa se constituirá una Compañía con capitales exclusivamente iberoamericanos.

II. Propiedad literaria, artística é industrial, garantida por una ley común que proteja uniformemente los derechos de los autores é inventores en todos los Estados convenidos, suprimiendo los derechos de aduanas y cualesquiera otras trabas puestas á la libre introducción en todos ellos de los libros escritos en sus lenguas respectivas.

Para el mejor éxito de esta unión, el Congreso cree necesario recomendar á los señores editores y libreros el estudio de los medios conducentes á la regulación de precios, para conseguir el mayor abaratamiento posible de las publicaciones que se venden en América.

III. Política aduanera que tienda á disminuir gradualmente los derechos de importación de las mercancías procedentes de los países referidos, hasta lograr una positiva protección del comercio americano y español.

IV. Legislación obrera, unificándola sobre la base de la más proteccionista del operario y estableciendo una Oficina internacional iberoamericana del trabajo.

QUINTA. Se reitera el voto del Congreso Pedagógico hispano-portugués-americano de 1892, sobre la fundación de un Instituto Pedagógico en el cual se eduquen maestros uniformemente preparados para la enseñanza de los españoles en ambos continentes.

Para evitar dilaciones posibles si la organización de este Instituto quedara confiada exclusivamente al elemento oficial, se constituirá una comisión compuesta por individuos de los diferentes órdenes de la enseñanza en España y América, á la cual se encargará la redacción de las bases oportunas, previa inteligencia especial con los centros docentes hispanoamericanos que no puedan tener representación constante en la comisión referida.

SEXTA. Establecimiento de una enseñanza superior internacional iberoamericana, que permita la frecuente comunicación del personal docente de los países convenidos, sin afectar á la organización de los respectivos establecimientos oficiales.

Para este efecto, pudiera servir de norma el Centro internacional de enseñanza de las ciencias sociales, recientemente proyectado en París, confiándose el cumplimiento de este acuerdo á la iniciativa del mismo profesorado.

SÉPTIMA. Completa reciprocidad de títulos profesionales.

OCTAVA. Establecimiento de cátedras y catedras de Historia y Geografía de Portugal y de América en las Escuelas primarias é Institutos de España, siguiendo el ejemplo dado por el ministro de Instrucción Pública al reorganizar el docerato de los estudios históricos, y adición, á las actuales cátedras de la Facultad de Derecho, de una asignatura referente á las instituciones jurídicas, principalmente políticas, de Portugal y América. Recíprocamente, creación en los diversos grados de la enseñanza pública portuguesa y americana, de estudios relativos á la Geografía, Historia é Instituciones actuales de España.

NOVENA. Organización del cambio permanente de publicaciones entre los centros docentes de las naciones congregadas, conforme lo ha solicitado de los de América la Universidad de Oviedo, en carta circular inserta en la *Gaceta* de 23 de Julio de 1900.

Félix de Aramburu. — Fermín Canella. — Adolfo Buylia. — Leopoldo Alas. — Adolfo Posada. — Rogelio Lora. — Aniceto Sela. — Rafael Altamira. — Melquiades Alvarez.

Oviedo y Octubre de 1900.

II

Comunicación-circular enviada por la Universidad de Oviedo

Á LOS CENTROS DOCENTES DE AMÉRICA:

Universidad literaria de Oviedo.—Coincidiendo con las corrientes modernas que tienden á establecer una relación cada vez más íntima entre España y los pueblos hispanoamericanos, la Universidad de Oviedo tiene el honor de dirigirse á los centros docentes de América, saludándolos en nombre de la comunidad de raza y de la fraternidad intelectual, y ofreciéndose á ellos para el planteamiento de un cambio efectivo de servicios y de iniciativas en el orden académico.

Nuestra Universidad, que ha procurado siempre cumplir en el mayor grado posible sus funciones científicas, no limitándose al cuadro de las enseñanzas y de los deberes oficiales (como lo demuestra la noticia adjunta), aspira á ensanchar todavía más el campo de su acción, mediante el acrecentamiento de sus medios educativos, á cuyo propósito ha solicitado el concurso de los españoles de América. Si esta gestión patriótica, y desinteresada en lo que respecta al personal docente, lograra el éxito apetecido, la Universidad podría ofrecer desde luego á sus hermanas del Nuevo Mundo el envío permanente de publicaciones corporativas de carácter científico, y aún la creación de una revista en que figurasen las firmas de los profesores de Oviedo y de sus colegas americanos, unidas en labor común y mutua correspondencia de ideas.

Mientras esto llega, y aún cuando no llegase, la Universidad cree necesario para el establecimiento de las mencionadas relaciones, y para la mayor cultura de sus catedráticos y alumnos, solicitar de los centros á quienes se dirige las publicaciones que tuvieren hechas ó en lo sucesivo hicieran, tanto ellos como sus profesores. Ofrece en cambio la remisión, no sólo de todos los impresos análogos de que sea posible reunir ejemplares, mas también de cuantos libros españoles logre obtener al efecto.

De este modo, cree la Universidad de Oviedo dar el primer paso en la intimidad intelectual con sus hermanas de América.

Si atreverse á ofrecer hoy por hoy otros servicios, ni á solicitar otro género de relaciones—concedora de la pequeñez de sus medios y de sus esfuerzos—, la Universidad se consideraría altamente honrada si alguna vez por ventura recibiese la visita de profesores y alumnos americanos, á quienes se complacería en dar la cordial acogida que sus ideales y su tradición le imponen, asociándolos, aunque fuese brevemente, á su vida académica, humilde, pero henchida de altos deseos y aspiraciones.

La Universidad de Oviedo se congratularía mucho de que esta iniciativa suya fuese bien acogida, y esperándolo así de sus colegas de América, les anticipa las gracias, reiterándoles su más fraternal saludo.

Oviedo, . . . de Julio de 1900.

III

A las colonias españolas de los Estados hispanoamericanos (1).

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

Muy señor nuestro: Penetrados de su alta misión y deseosos de cumplirla en el mayor grado posible, los profesores de la Universidad de Oviedo—celosos también de mantener la gloriosa tradición de una Escuela cuyas aulas honraron Feijóo, Campomanes, Jovellanos y tantos otros hombres ilustres—han organizado *motu proprio* instituciones de enseñanza y educación anejas á sus dos Facultades de Derecho y Ciencias, y no comprendidas en los cuadros impuestos por el Estado como deber estricto del personal académico.

Con ese carácter funciona desde hace cinco años una Escuela práctica de estudios sociales y jurídicos, especie de Seminario á la usanza de los que en todos los países cultos de Europa constituyen obligado complemento de la enseñanza universitaria. En sus tres secciones actuales, de Política y Sociología, Cuestiones internacionales é Historia del Derecho, los alumnos realizan trabajos personales de investigación y de crítica que los adiestran en los procedimientos de la ciencia rigurosa.

Contemporáneamente con esta fundación, nació, también por iniciativa de algunos catedráticos, la de las *Colonias escolares de vacaciones*, que anualmente llevan á respirar los aires de las playas asturianas y á seguir una vida higiénica y reconfortante, á grupos de alumnos pobres de las escuelas primarias de Oviedo.

En 1898 se completaron ambas instituciones con la *Extensión universitaria*, tan popular en toda Europa é iniciada en España por catedráticos de Oviedo. Mediante ella hácese partícipes de los beneficios de la enseñanza, tanto en el grado superior como en el de cultura general, gentes que no concurren ni pueden concurrir á las clases universitarias, ni aún á las de los Institutos. De manera enteramente gratuita, como en las anteriores fundaciones, los profesores de la Universidad, con el concurso de otros de diferentes centros educativos, abren clases públicas de variadas materias (Historia, Arqueología, Música, Literatura, Astronomía, Zoología, Agricultura, Química, Higiene, Sociología, Filosofía, etc.) en la Universidad, y organizan cursos breves en otros sitios de la capital (como la Escuela de Artes y Oficios), en varias localidades de la provincia (Avelés, Gijón, distrito minero de Langreo) y aún fuera de ella (Bilbao). Conforme á este plan, se han dado durante el curso de 1898-99 más de 53 lecciones ó conferencias, y en el de 1899-1900 más de 60.

Pero la Universidad de Oviedo no puede con

gran dolor suyo, desenvolver esas fundaciones—y crear otras análogas en que piensa—por falta de recursos. Merced á una de esas anomalías tan frecuentes en España, nuestra Universidad, que trabaja tanto, por lo menos, como cualquier otra, hállase peor atendida que las restantes. El presupuesto de material que le concede el Estado, es de 3.000 pesetas anuales, la mitad menos que el de la peor dotada; el dedicado á libros, mapas, etc. está en igual proporción, y hasta sus empleados subalternos cobran menos sueldo que los de otros centros iguales. Y no cabe siquiera que la Universidad pueda llenar estas deficiencias con el auxilio del Ayuntamiento de Oviedo y de la Diputación de Asturias, pues ambas corporaciones hacen bastante con sostener la Facultad de Ciencias, que depende de ellas exclusivamente, bien que de modo harto eventual y precario y con insuficiente dotación para los trabajos experimentales, tan necesarios en los estudios científicos.

Dada esta situación, y deseosa la Universidad de mantener sus actuales instituciones complementarias y extender la esfera de su acción social, acude á los españoles de América, y muy especialmente á los asturianos—en quienes el espectáculo de naciones que ven sus centros de enseñanza protegidos con amor por la iniciativa particular, expresada en donativos cuantiosos, ha de haber creado ideas y costumbres ante las cuales esta petición pierde todo carácter de desusada é indiscreta—, solicitando su concurso para el mejor cumplimiento de los fines educativos que se proponen, y cuyos beneficios recaen en primer término sobre la misma Asturias.

La Universidad de Oviedo debe hacer constar que estos auxilios que solicita destinanse para y exclusivamente á los gastos materiales de sus diversas fundaciones, tales como compras de aparatos para las lecciones prácticas y de libros, mapas, fotografías, etc.; instalación de gabinetes para investigaciones científicas y mejoramiento de los locales que actualmente se utilizan al efecto; impresión de programas y listas bibliográficas que se reparten gratis á los oyentes; excursiones con grupos de alumnos; viajes de profesores á localidades distintas con el objeto de dar conferencias; publicación de una revista de la Universidad; gratificaciones á especialistas extranjeros ó nacionales llamados para explicar cursos breves: sin que en ningún caso hayan de destinarse al pago del personal docente de Oviedo, que ha prestado hasta ahora y seguirá prestando su esfuerzo de manera totalmente desinteresada.

En estas condiciones, no dudamos obtener el concurso de todos aquellos que consideran el progreso de la educación popular como la base de prosperidad efectiva de las naciones.

Considerando á usted en este número, tenemos el honor de dirigirle la presente circular, anticipándole las más expresivas gracias y ofreciéndonos de usted atentos servidores Q. L. B. L. M.

Oviedo, . . . de Julio de 1900.

Sr. D. . . .

(1) Esta circular y la anterior fueron objeto de una N. O. legislativa, fecha 27 de Julio de 1900 é inserta en la *Gaceta del miércoles*.





EXTENSIÓN E INTERCAMBIO

HE aquí dos palabras simpáticas y de extrema actualidad. Las dos han nacido bajo las bóvedas de nuestra Universidad; ambas son por lo tanto, algo muy íntimo, parte integral de la vida de nuestro primer centro docente.

De la Extensión universitaria, me ocupé en distintas ocasiones; es obra que se lleva mis más ardientes entusiasmos; es una institución de tanta trascendencia y de tan palpante interés, que nunca se ensalzará como merece, el altruismo de sus ilustres iniciadores. Porque es preciso tener en cuenta, que tan admirable sistema de enseñanza fué adoptado por nuestra Universidad el año 1898, de triste recordación, por ser de grandes y dolorosas pérdidas para España, de desastres y mutilaciones en nuestro territorio, pero de enseñanzas muy provechosas, no siendo aventurado asegurar, que de aquél gran desastre, severo espectro, juez acusador de nuestros desaciertos, de nuestras imprevisiones y eterna apatía..... resurgió esta España nueva con ansia de saber, con verdadero afán de abrirse camino con la ciencia y el trabajo. Hay que confesar que el castigo fué rudo; pero si como todo hace suponer fué eficaz, debemos congratularnos de él, pues ante tan poderoso acicate la nación que creían muerta renace con nuevos bríos, con fuerza viril bastante para volver á elevarse sobre el nivel de las más altas...

A raíz de aquellos amargos días de tristeza para España, fué cuando el Claustro universitario que presidía nuestro ilustre paisano don Félix de Aramburu, acordó con gran entusiasmo y llenos todos de fe por su obra, la creación de la Extensión universitaria.

No creo existan en la provincia de Asturias muchas personas que desconozcan los inmensos beneficios, los frutos copiosos que la

hermosa labor de la Extensión produjo en los doce años que cuenta de existencia, porque de casi todos es conocida dicha institución, y muchos, muchísimos, los que directamente reciben el beneficio, bien como oyentes ó como discípulos de las clases populares, anejas á la Extensión universitaria.

La creación de esta trascendental obra corresponde á Inglaterra, que en materia de enseñanza parece ser quien tome siempre la iniciativa; y fué su fundador Mr. James Stuard, profesor de la Universidad de Cambridge, quien le dió el título de «Extensión de la enseñanza universitaria», siendo adoptada por diferentes centros docentes ingleses, con programas razonados, el año 1872.

Desde esta fecha, se fué extendiendo rápidamente, no sólo en Inglaterra, sino en Alemania y Francia, donde pronto se dieron cuenta de los excelentes servicios que había de prestar á la cultura de las naciones, puesto que sus nobles intentos se dirigen especialmente á instruir al pueblo, á los que por carecer de recursos ó por dedicarse desde edad temprana á un oficio, se ven privados de todo medio de poder ampliar los conocimientos á veces mal arraigadas—y por lo tanto fáciles de olvidar—, adquiridos en la Escuela de primeras letras.

El Ateneo de Madrid hace bastantes años tiene implantado un sistema de enseñanza que tiene muchos puntos de contacto con la «Extensión universitaria»; pero no es, según el ilustre D. Rafael M.^a de Labra, una obra completa de Extensión, con ser la labor del Ateneo meritisima y digna de todo encomio.

A la Universidad de Oviedo es á quien cabe la honra y la satisfacción de ser la primera de España que estableció la «Extensión universitaria», no sólo en la capital, sino en casi toda la provincia.

Acaso sus dignos iniciadores no se hicieron la ilusión de que su obra viviría mucho tiempo, pues por experiencia sabemos que en nuestra patria lo bueno dura poco, no sé si debido á la apatía de nuestro carácter ó á la poca fe que guía nuestras iniciativas, pero si tenían recelo de que su labor no había de perdurar, grande debe ser la satisfacción de todos al ver el entusiasmo que después del tiempo transcurrido despierta la sola evocación de institución tan benéfica. ¡Benéfica, sí, obra de verdadera beneficencia, obra de intenso amor á la humanidad, obra redentora y sublime, digna de los aplausos y del apoyo de todos los amantes de la patria, de todos cuantos deseen el engrandecimiento de la nación!...

¿Podrá nadie poner en duda los excelentes servicios prestados por todos los profesores y colaboradores de la «Extensión universitaria?»

Por si hubiera, cosa que dudo, algún espíritu mezquino incapaz de reconocer todo el valor de tan admirable institución, voy á dar unos datos tomados al azar,—como pálido reflejo de tan magna obra—, en la Memoria presentada por el Secretario de la Extensión ó ilustre profesor de Derecho internacional don Aniceto Sela, y que se refieren al curso de 1904 á 1905.

Temas de las conferencias

La cultura popular: (El Ateneo de Madrid, Las Sociedades Económicas y la Institución libre de la Enseñanza).—Martínez Marina y su tiempo.—El concepto de la vida.—La guerra ruso-japonesa.—La cuestión de Marruecos.—La Bibliografía de Homero.—La música de cámara.—La vida de las plantas.—Lecturas de Homero.—Los primeros tiempos de Química.—La Universidad de la Justicia.—Las ondas hertzianas.—La vida en el fondo de los mares.—El individualismo y la Revolución francesa.—Las razas superiores y las razas inferiores.—Los sistemas de alumbrado.—Viajes por España: Salamanca.—El eclipse de 1905.

Fueron conferenciantes los señores Labra, Canella, Aramburu, Sela, Marqués de Valero de Urriá, Adellac, Altamira, Mur, Pérez Bueno, Brañas, Rioja, Albornoz, Pérez Martín y Fernández Echevarría.

De la labor de estos últimos años ¿qué he de decir? En la memoria de todos están los temas de las conferencias y los nombres de

todos los conferenciantes. El entusiasmo parece ir en aumento y de ello debemos felicitar-nos todos.

La «Extensión universitaria» prosigue su labor, no sólo en Oviedo, sino en toda la provincia. En tan humanitaria tarea ayudan á la Universidad algunos particulares amantes de la cultura y los Centros obreros y algunos Ateneos y Casinos de las villas más importantes, que saben agradecer los esfuerzos de este grupo de obreros de la inteligencia que dirige el ilustre rector D. Fermín Canella.

Las puertas de nuestro primer centro docente están abiertas de par en par para todo el que de buena voluntad desee instruirse. En los días de conferencia se llena por completo el salón Paraninfo, que á veces resulta insuficiente para tantas personas como acuden á escuchar la autorizada palabra de los doctos conferenciantes.

Recientemente se estableció con muy buen acuerdo un sistema de conferencias de viajes, ayudándose con un aparato de proyecciones, (como ha tiempo se hace en la culta Inglaterra) sistema que alcanzó un gran éxito. Después de oír los datos históricos y geográficos explicados clarísimamente por el conferenciante, con ayuda del aparato de proyecciones, en cuyo lienzo se transparentan los monumentos más notables, calles, plazas, etc., la ilusión es completa, y al salir de la conferencia se conoce la población visitada espiritualmente, como si en realidad hubiéramos hecho un viaje á ella.

Este sistema de conferencias es de gran utilidad; de este modo se consigue que se queden gravadas aún en los cerebros más oscurecidos, las noticias y los datos de más relieve escuchados en la lección.

Y ahora llegamos á un punto interesantísimo y de gran actualidad: el intercambio. ¿Cómo nació éste y qué fin persigue?... El intercambio universitario es una forma nueva de vulgarización científica. Nació en nuestra Universidad cuando las solemnidades del III Centenario. El Ilmo. rector Sr. Canella, de acuerdo con todos los dignísimos delegados que nos honraron con su presencia, y de sus compañeros de Claustro, inició la idea llevada á la práctica, con tan admirable resultado entre las universidades de Burdeos y Oviedo primero, y más tarde con el viaje del docto historiador Sr. Altamira á las repúblicas de la América latina.

Algunas personas no se dan cuenta, ó no quieren dársela, de las grandísimas ventajas que ha de reportar el intercambio universitario, pero á poco que se medite, saltan á la vista. Claro está que los beneficios no los hemos de recibir todos los españoles particularmente; pero recordando que en las repúblicas americanas hay en la actualidad millones de hermanos nuestros á quienes la necesidad, ó el deseo de trabajar y luchar para crearse una posición ha llevado á tan astartadas regiones, ¿no hace comprender inmediatamente que el intercambio es una hermosa obra de aproximación y fraternidad digna de todo encomio?

Por eso es necesario mantener vivo el entusiasmo despertado en toda América con motivo del viaje triunfal del Sr. Altamira, pues sería doloroso que en aquellas hermosas y fértiles tierras se prestara protección á ingerencias extrañas con detrimento de la raza latina, y particularmente de la española, ligada con América por los vínculos de la sangre, del idioma y de la religión.

El viaje del ilustre enviado de la Universidad ovetense, ha sido una serie continuada de triunfos; la prensa americana da idea de los

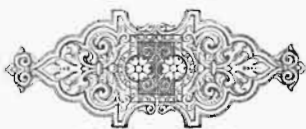
agasajos y recepciones brillantísimas de que fué objeto en cuantos lugares paso sus plantas.

¡Fué una hermosa prueba de amor á la patria común la que dieron las jóvenes repúblicas, que emancipadas del viejo solar Hispano, con vida propia todas ellas, aún vuelven sus ojos amorosamente á la madre que les dió sus leyes, su lenguaje y su alma valiente y generosa, y reciben con explosiones de cariño y siembran de flores el paso del embajador de la Universidad asturiana primero, y más tarde, con mayor entusiasmo si cabe, á la egregia enviada de España en la Argentina, á su alteza la infanta Isabel, que fué allá á celebrar con los americanos el primer Centenario de la Independencia de la República del Plata!...

Es preciso mantener vivo el fuego sagrado de confraternidad y que americanos y españoles, dando al olvido las pequeñas diferencias y las asperezas que pudieran existir entre unos y otros, nos unamos en estrecho abrazo y trabajemos por la paz y prosperidad de España y América, haciéndolas grandes por virtud de la cultura y el trabajo.

S. Martínez Illá

Julio, 1910





EL INTERCAMBIO UNIVERSITARIO ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

Discurso de recepción del Sr. Altamira en la Universidad

de La Plata (1)

CUANDO se realizan estos actos en calidad de protagonista, se viene resignado á escuchar alabanzas personales sin defensa posible contra ellas. Así me ocurre especialmente en este caso, pues además de que el único que no puede protestar ni discutir la alabanza es quien la recibe, estoy aquí bajo el peso de la autoridad académica de quienes las formulan. El Doctor Alvarez y el Doctor Carrillo han usado y hasta diré que han abusado de su posición como jefes de esta casa (y como jefes míos desde hoy), y sería, no solo inútil, sino indisciplinado resistirles. Cierto es que yo podría vengarme diciendo ahora todo lo bueno que pienso de esta Casa y de los hombres que la dirigen; pero creo que el comenzar mi vida en la Universidad con un acto de venganza, sería predisponeros á una mala idea de mi persona.

Tendré, pues, que limitarme á dar las gracias más expresivas por la acogida que he encontrado en la Universidad, en la cual he podido apreciar desde el primer momento un ambiente intelectual y moral congénere con el de la Escuela de que procedo, y que me produce la grata ilusión de continuar viviendo con mis amigos y colegas de toda la vida.

A los estudiantes, representados en este acto por la voz entusiasta del Sr. Irizarri, he de decirles que estimo profundamente su sa-

ludo y la entrega de la insignia con que me vinculan á la sociedad universitaria. Es tanto más grato para mí esto, cuanto que tengo la convicción sólida, ratificada en mi reciente viaje á Alemania, de que la diferencia de valor en cuanto á la producción intelectual y á las consecuencias en el país, entre unas universidades y otras, estriba, más que en la sabiduría de los profesores, en la buena voluntad, en la cooperación de los estudiantes. De ellos principalmente, depende el éxito de la obra educativa, y yo confío en que esta juventud tan llena de fe y de entusiasmo, tan consciente de su papel futuro en la dirección intelectual de la patria argentina, sabrá llevar á su perfecto cumplimiento los propósitos de los fundadores de esta Casa.

Es costumbre simbolizar los recuerdos gloriosos, entrelazando una rama de laurel y otra de roble. Vosotros habríais podido escoger para vuestro símbolo la rama de laurel, y esto hubiera sido explicable en la juventud, que piensa sobre todo en el momento del éxito. Habeis escogido, sin embargo, la rama de roble, y habeis hecho bien; porque si ahora os seduce la perspectiva del día del triunfo, cuando adelanteis en edad comprendereis que lo más hermoso de la vida no está en la llegada, sino en el camino, en el esfuerzo constante por perseguir la verdad y abrir cada día nuevos horizontes á la inteligencia y á la sociabilidad en serie inacabable.

Y ahora señores, he de hacer algunas de-

(1) Publicado en *El Diario Español* de Buenos Aires.

claraciones que considero precisas para determinar claramente en el concepto público, el carácter de la misión que traigo á América.

Y en primer lugar, debo decir que la Universidad de Oviedo no envía un conferenciante para que se le admire; no pone escaparate, no hace alarde de buenas ni lujosas mercancías. Si hubiese podido pretender esto, no sería yo, ciertamente, el delegado. Ha querido enviar sencillamente un profesor á visitar las Universidades hispano-americanas y á compartir con vosotros, profesores y alumnos, por cierto tiempo, vuestra vida docente. Ése enviado (que no lo olvideis, es un puro representante) aspira á lograr dos cosas en su misión: establecer, ó por lo menos sugerir, el cambio internacional de profesores, y en su día el de alumnos; conoceros y estudiaros. Ambos, pues, vienen á converger, en un resultado único de suscitar afectos, que es al fin y al cabo lo que importa más despertar en la vida.

Hablemos ahora especialmente del cambio internacional de profesores. Hay en materia de educación dos posiciones contrarias: la de la poca suficiencia que lleva el aislamiento (como en la famosa pragmática de Felipe II) y á la patriotería en las naciones, á la vanidad en los individuos, y la que corresponde á la idea de que la formación espiritual es tanto más rica cuanto más influencias recibe y que la educación humana se cumple así y se ha cumplido en todos tiempos por constantes y mutuas influencias, en que no siempre el factor de más peso es el que parece más poderoso. Así como es verdad que solo se redime y solo se educa un pueblo por propio esfuerzo, sudado en sangre y en angustias infinitas, no por redentores de afuera, es cierto también que para que el esfuerzo se cumpla necesita nutrirse con el resultado de obra de los demás. A esta segunda posición corresponde el cambio internacional de profesores establecido ya entre varias naciones europeas y entre éstas y la gran República Norte Americana. Sin pensar en superioridades ni inferioridades, Alemania, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, España, han comenzado á cambiar sus profesores seguros de que en cada caso las partes contratantes saldrán gananciosas. Y la Universidad de Oviedo, que ha sido recibida ya en Francia, que va á serlo en Norte América, que vió honrado su tercer centenario con la pre-

sencia de numerosos delegados ingleses, franceses, italianos, alemanes, norteamericanos y también hispano-americanos, pensó que había mayor obligación y más íntimo interés en establecer el cambio con vosotros que con las demás naciones del mundo, porque con vosotros tenemos una solidaridad superior á todas las otras: la de la lengua, que no es solo expresión, sinó también pensamiento. Si nos relacionamos con los extraños, ¿no es más natural que nos relacionemos con los afines? Todo con ellos es más fácil. La obra de asimilación con que se va nutriendo nuestro espíritu se cumple mejor cuando se produce en el campo afín, y hasta las mismas ideas que cada cual ha tomado de otras fuentes, traducidas á la común idiosincracia, son más luminosas y aprovechables.

Por otra parte, las principales naciones europeas y americanas redoblan hoy sus esfuerzos legítimos por intimar con vosotros intelectualmente en la esfera universitaria. España no había hecho nada en este sentido. Cree tener derecho á ello; más que derecho, tiene un deber á que le llaman, no solo esa afinidad á que antes he aludido, mas también la masa de españoles que aquí viven incorporados á vuestro esfuerzo. Quiere, pues, contribuir, en la medida de sus posibilidades, á la formación del espíritu de esta hidalga nación argentina.

Pero se engañaría quien viese en este deseo nuestro una obra de patriotería nacionalista, ni de competencia. Aparte de que ambas cosas están reñidas con la significación científica de la Universidad, nosotros consideramos nuestra influencia, no desde el punto de vista estrechamente patriótico, sinó desde el punto de vista humano. Creemos que la obra de la civilización es demasiado trabajosa, está demasiado llena de dificultades y de problemas, para que sea lícito ni sensato suprimir de ella un solo factor útil, por modesto que sea; y que cada uno de ellos carece también del derecho á sustraerse de la lucha común. Por el contrario, cada uno debe aportar á ella su propia idiosincracia, dando su nota característica, valga lo que valiese. Nosotros, pues, repito, no queremos avasallar, ni competir. Queremos simplemente ocupar nuestro puesto en la obra de la cultura humana, para que de hoy más, ni vosotros, ni los espa-

ñoses que viven en América, nos llamen de serlores. Si servimos y para qué servimos, eso lo dirá la obra misma.

El otro propósito á que me refería antes, es el conocernos mutuamente. Vosotros visitais poco España y no siempre con la amplitud y la atención que desearíamos. Nosotros sabemos muy poco de vuestra vida. Necesitamos, pues, estudiarnos unos á otros, y para eso no bastan los libros, hace falta la impresión personal.

Para conseguir ambas cosas, precisa que nosotros vengamos acá, y que vosotros vayáis á España. Lo primero comienza ahora; lo segundo, creo que he de salir de América con la esperanza de que se realizará en breve.

Todas estas consideraciones han constituido durante muchos años una de las mayores preocupaciones de la Universidad de Oviedo. Signos de ellas han sido nuestras comunicaciones circulares de 1900 á las Universidades hispanoamericanas, los libros de Posada referentes á vuestros países, las conferencias de Buylla del mismo carácter, y algunas de mis publicaciones; pero nadie se había atrevido á dar el gran paso y á formular concretamente la manera práctica de realizar nuestro deseo. Ese paso y esa firmeza las ha dado el entusiasta espíritu de nuestro rector Canella, el primero elegido por un claustro de España, verdadera alma de esta expedición, y para quien os pido un recuerdo simpático.

Esas iniciativas nos daban cierto derecho á ser los primeros. No las invocamos, sin embargo. Si no hemos aguardado á 1910 para

venir, no ha sido por anticiparnos á otros elementos, sinó simplemente porque hemos pensado que la ocasión de las grandes fiestas que celebraréis, no es la propicia para conseguir una comunicación intelectual reposada é íntima como la que deseamos. Las buenas amistades gozan más y se acendran mejor que en los esplendores de una recepción pública de un banquete aparatoso ó en las explosiones, de un regocijo popular, en el rinconcito del hogar sosegado, donde puede aislarse al dueño de la casa y mantener con él una larga y entretenida conservación en que van saliendo poco á poco las cosas más profundas y sustanciales del espíritu.

Pertenece á un grupo que rehuye por sistema para la obra científica, todo lo aparatoso y de pura exterioridad. No despreciamos la oratoria, porque conocemos su fuerza emotiva, la positiva palanca que ella és; pero la limitamos á su función propia y le prohibimos la entrada en el campo de la investigación serena, donde puede perturbar.

Mi acción entre vosotros se ha de caracterizar, pues, por la ausencia de toda retórica y aparato y por el tono familiar y sencillo de nuestra comunicación intelectual.

Vuestra acogida, que nunca agradeceremos bastante, demuestra que aprobáis nuestra iniciativa y nuestros propósitos. Lo he visto así desde el primer día en el gesto sincero con que habéis adelantado vuestra mano para estrechar la que os ofrecemos afectuosamente.



Discurso del Presidente de la Universidad de La Plata

Dr. Joaquín V. González.

Excmos. Sres. Ministros de Chile, Perú y España:

Señoras: Señores:

Por última vez en este año feliz de nuestros jóvenes anales académicos, vamos á vivir la vida escolar en compañía del maestro de Oviedo, que por tres meses—tan fugaces como la vida misma—ha sido también maestro propio de la nueva Universidad argentina: la cual, albergándolo en su seno más íntimo con la doble ansiedad del saber y del afecto, ha realizado por su intermedio una comunión ideal con la más alta civilización europea, y con el espíritu inmortal de la raza materna, encarnado en él como en su más ligitima personificación. Es la nación entera la que ha oído en su palabra el **mensaje** calido y vibrante de la vieja patria española; y esa armonía unánime en el sentimiento y en la opinión, que lo ha amado como amigo y lo ha admirado como maestro, no es más que la misteriosa y recóndita salutación de la sangre á la sangre, á través de un océano que separa dos continentes y de un siglo de historia que separa dos hogares que un tiempo fueron un solo hogar. Las vicisitudes políticas que perturban el alma de las razas, y las dividen y separan en nacionalidades distintas, pueden crear fronteras materiales, y aún aparentes de semejanzas y divergencias entre los hijos de un común origen; pero las corrientes de aproximación y cohesión naturales vuelven siempre por las vías de la inteligencia á reconstituir la unidad primitiva, la afinidad immanente, la consustancialidad indestructible. Ese es el privilegio de la ciencia: ella no sólo descubre y resuscita lo ignoto y lo desaparecido, sino que suprime las desigualdades, y ha comenzado ya á construir el futuro hogar común de la humanidad hoy dispersa y desacorde.

En una época como esta, en la cual se nota la viva inquietud de todos los pueblos por acercarse, compenetrarse y sentir sus palpitaciones más íntimas, como si se convencieran al fin de que lo que falta en simpatía sólo es falta de conocimiento, nació en un simultáneo impulso, en las dos Universidades de Oviedo y de La Plata, como había ya existido entre las de otras distintas razas y naciones: en la una, la idea de enviar hacia los países de América, en política noble y legítima expansión espiritual sus propios maestros, en misión de amor y solidaridad científica; y en la otra, ansiosa de vida y del saber de aquellos que fueran origen y conductores de la secular cultura europea, el propósito de llamar á sus aulas recién abiertas, á manera de consagración, los más sabios exponentes de aquella ciencia acumulada, que las sociedades jóvenes sólo pueden obtener á costa de enormes sacrificios y con resultados y con sacrificios siempre incompletos é incoherentes.

Sobre la torre de la casa trisecular de Oviedo brillaba la antorcha anunciadora del mensaje esperado, y al propio tiempo guía de los nuevos senderos por los cuales se busca una anhelada liberación;

y en sus claustros de venerable antigüedad, por los cuales circulan hoy torrentes de sangre juvenil, para España y para la ciencia, fuimos á llamar á la celda del que había de respondernos. Una secreta simpatía, acaso una tácita inteligencia sobre comunes ideales, nos condujo á unos y á otros, y al mismo tiempo que el ilustre rector Canello enviaba á Altamira hacia América, la Universidad de La Plata pedía á Altamira en Europa, el concurso de su saber, su experiencia y su arte inimitable de cautivar los espíritus para impulsar y enaltecer la ardua labor de cultura emprendida en esta región del continente.

De esta aspiración de **recíproco estudio** é inteligencia, y de asimilaciones **educativas** de unos pueblos á otros, han nacido un hecho y una institución nuevos: la interdocencia universitaria y social por medio de estos agentes que el lenguaje contemporáneo ha designado ya con el título **irreemplazable** de «embajadores académicos», adquirido en **nobles misiones** de una diplomacia nueva, por profesores como Murray Butts, van Dyke, Bliss, Perry—el sucesor de Longfellow en la cátedra literaria de Harvard,—Coolidge y Smith en Francia y Alemania; y Oviedo en España sobre la misma época con su misión en Burdeos, confiada á su ilustre rector Sr. Canello y á su huésped de ahora, á nuestro doctor y compañero de hoy en adelante, á D. Rafael Altamira, de quien puede decirse lo que un escritor americano habla de uno de sus profesores: «que con su entusiasmo genial, su talento de «raconteur», su espíritu escolar y su personal encanto, es de suponerle de la más alta cultura y genio de la raza».

Breve en la conferencia de Mohonk, y Asquith en el Congreso Nacional de la Paz, de Londres, han coincidido en la misma observación de que en este sincero deseo de la paz que anima á todas las grandes naciones, la mejor vía para obtenerla es la inteligencia recíproca que suprime dudas, desconfianzas y temores hijos de la ignorancia; y los más eficaces medios de realizar ese conocimiento es el del intercambio de profesores, como lo será en medida más amplia é intensa en día no lejano, el de alumnos universitarios, de uno á otro país, según lo atestigua y confirma en su magno discurso de apertura de la 79ª conferencia anual de Winnipeg, de la Asociación Británica para el progreso de las ciencias, el sabio profesor de Cambridge, Mr. Joseph Thompson, quien, al señalar la valiosa experiencia de la vida interuniversitaria para aquellos estudiantes que se dedican á la vida pública dentro de los países del Imperio, agrega que nada puede considerarse más aparente para conducir hacia un conocimiento más exacto de los sentimientos, las simpatías, y lo que es no menos importante, los prejuicios de unos países respecto de otros, que el hecho de núcleos juveniles de unos y otros pasen juntos una parte de su vida estudiantil. Y si esta vida en común, de los internados de adolescentes y de las residencias universitarias, ha creado entre las generaciones de una misma nacionalidad vínculos tan estrechos como fecundos en resultados

políticos, no puede dudarse que el mismo afecto en la más vasta esfera internacional, hará que pueblos distintos se liguén por afectos indestructibles, por las almas de sus hijos, que más tarde serán desde el gobierno, conductores de sus destinos colectivos. Sus maestros llevarán la ciencia que docta á los espíritus para la acción y para el progreso efectivo de la sociedad humana, y los estudiantes transmitirán más tarde á todos los ámbitos, con la enseñanza y el recuerdo de sus maestros y la convivencia escolar, ese dulce y prolífico calor de alma que funde, iguala y fraterniza los caracteres y tendencias más diversos, se sobrepone á todos los prejuicios, rutinas é ideas mas petrificadas, y es el único capaz de destruir fronteras y lanzar a los pueblos á las grandes empresas solidarias por la civilización y el ideal.

Un concepto incompleto de su propio valer, y mas imperfecto aún de su posición intrínseca en el mundo, suele inspirar á las jóvenes sociedades americanas sentimientos de orgullo y suficiencia tales, que se sienten capaces de bastarse á sí mismas para las luchas y las tareas de la alta enseñanza, y á proclamar la preferencia de maestros nativos, y aún la exclusión sistemática de los extraños. Olvidan que la ciencia no tiene límites visibles, y que la cultura es planta que vive del influjo del medio universal, por más que sus raíces infinitas procedan de todos los lugares de la tierra; desconocen el proceso modelador de la verdadera ciencia sobre el carácter y la conducta, y los efectos de afinamiento, sensibilidades y amplitud de todas las impresiones y juicios, que el espíritu científico produce en el alma colectiva de una sociedad; ignoran que no pueden desvincularse los productos del medio, propio y congénito, y que los espíritus superiores, como «flores de cultura», son el coronamiento de un largo é invisible proceso de experiencias sin cesar renovadas, de generación en generación, hasta que un día el jardín ostenta la flor deseada, la flor perfecta de forma, color y perfume.

Y bien; cada una de las vastas regiones morales en que la civilización se difunde y elabora, ostenta al fin sus propias «flores de cultura», tras una lenta y á veces mutisecular evolución; y á menos de poder fijar sin solución de continuidad el pasado con el presente, las naciones nuevas de América, desprendidas por crisis violentas de sus viejos troncos ancestrales, no tienen el tiempo mínimo requerido para completar un cielo de cultura homogénea y estable. Nuestros hermanos del Norte tuvieron más suerte que nosotros á pesar de sus grandes y profundas crisis, al reanudar sin intervalos apreciables la corriente educativa de la madre patria, sobre el suelo propio, y bastaría para demostrarlo la sucesión continua de su historia política, representada por sus presidentes desde Washington á Taft, por la vida interrumpida y robusta de su constitución, y el crecimiento y floración espléndida de sus escuelas y universidades en el mismo período de tiempo. Entretanto, nosotros, surgidos de una cruenta revolución á la vida independiente, caídos en la anarquía fratricida y sangrienta, generadora de barbarie y regresiones, apenas podemos, á fuerza de sacrificios y agotamiento, bosquejar un organismo constitucional, no hace aun medio siglo; ¿y habremos de pretender ser poseedores de una tradición científica é intelectual suficiente para formar esos espíritus superiores, de último y afinado tipo, dignos de llamarse «flores de cultura?»

La más amable muestra de buena inclinación que podemos ofrecer al mundo civilizado, en medio de la vertiginosa carrera de prosperidades materiales que seguimos, será reconocer la posición exacta que nos corresponde en el conjunto de los progresos científicos; declararnos con valiente decisión en la edad de la adolescencia, susceptible de todas las virtudes, como accesible á todos los peligros; inscribirnos en la categoría de los estudiantes, llenos de esperanzas, anhelos y ambiciones, y de fuerzas inescrutadas para

satisfacerlas en la lucha del trabajo y el estudio; abrir nuestra inteligencia y nuestro corazón á las mejores influencias del espíritu humano, venga de donde viniere, y venga, más que todo de su fuente y foco secular y excelso, de la novilísima tradición científica é ideal de la Europa occidental, cuyas universidades é institutos libres, herederos del caudal de saber de la humanidad, lo conservan, lo enriquecen, lo depuran y renuevan sin cesar, para difundirlo en las sociedades nuevas de los otros continentes, en los cuales su energía consciente é invencible va ensanchando el imperio de la civilización y de la libertad, y abriendo cauces y surcos nuevos á la expansión y á la renovación de la vida del género humano.

En esta labor colosal y luminosa, las nacionalidades nuevas de América llevan una mínima parte, y la suya es apenas suficiente para habilitarse á sí mismas en sus luchas interiores, en sus necesidades inmediatas, en sus deberes más premiosos ante la ley de la universal convivencia; sus escuelas y universidades son incompletas cuando no informes; sus labores son inconstantes, inestables é intermitentes, con las intermitencias que la gestación orgánica y política les impone, y con las inquietudes que la inseguridad de sus destinos mantiene en las conciencias; los métodos certeros, que solo una larga y sabia experiencia afirma y comprueba, no existen ni pueden existir en ellas, y así sus enseñanzas, si algo realizan por la virtud del esfuerzo y la voluntad, carecen de esa eficacia final y concluyente, que conduce al descubrimiento de nuevas verdades y de nuevos caminos en la interminable labor de perfeccionamiento del espíritu. En este concepto, la vocación patriótica por excelencia en nuestro país, como en los demás de su misma condición en América, deberá ser la de mejorar las condiciones en que la auto-educación se elabora, elevando el nivel moral y material de sus maestros, con enseñanzas superiores á ellos que nunca podrán surgir de sí mismos, sino del seno de civilizaciones y focos científicos más altos, los únicos que podrán alzarlos de la línea media, para conducirlos á un plano más elevado, desde el cual puedan divisar, como se contempla una llanura desde una cumbre, horizontes ilimitados, senderos no descubiertos, lejanías no presentidas.

Creeríase al oírme hablar de esta manera, que en esta política universitaria de interdocencia ó intercomunicación de ideas, entre universidades ó públicos de diversos países, nada podrían las nuestras aportar á la labor colectiva, y menos en las aulas de las viejas y célebres casas de estudios de Europa; pero no es esa la consecuencia de mis juicios, porque si éstos nos traen su alta é intensa enseñanza con el prestigio y la virtud irresistibles de la experiencia y la penetración de la idea científica, aquéllas en retribución les ofrecerían un elemento del más elevado valor en la información exacta, inmediata y palpitante del sujeto americano, incomprendible aún para el investigador europeo,—sujeto exótico, múltiple, complejo, mezcla á veces uniforme de lo antiguo y de lo nuevo, donde el observador más avezado se extravía, por falta de la continuidad de la observación de los fenómenos inherentes á la masa. El profesor americano, dotado de relativas actitudes de expresión y de método, puede llevar á la universidad europea una riqueza inmensa de material experimental para someterlo al procedimiento analítico de la alta ciencia; y así, el genio, los caracteres y variantes propios de estas sociedades tan mal conocidas y tan mal estudiadas, revelados á la opinión científica de Europa por hombres capaces de describirlos y representarlos, contribuirán á desvanecer errores, prejuicios y aversiones cristalizadas, y fundar una nueva corriente de relaciones sociales, políticas y económicas entre Europa y América, de la cual sólo ventajas recogerían las naciones de uno y de otro continente; y no sería la menor, sin duda, la convicción que allí

se formaría sobre la capacidad de ésta para la vida civilizada en el campo de la política y de la ciencia, y la mayor afirmación de los conceptos de la justicia internacional, de la solidaridad y la ayuda recíproca entre pueblos de las razas y las situaciones geográficas más diferentes; y ya se vé cuanto camino realizaría con esta sola conquista, la causa de la paz del mundo, del bienestar permanente de todos los hombres.

Si la civilización sudamericana reconoce sus orígenes y fuentes directas, y se alimenta sin cesar en las sociedades europeas, no puede desconocerles el derecho de reclamar una más íntima vinculación con la que fué su cuna materna, la noble, estrozada é hidalga raza hispánica, que mantiene viva por la sangre y el idioma la coherencia de estas jóvenes nacionalidades, con su común descendencia europea. Es más que una imágen literaria, una verdad histórica y científica, la afirmación de que el océano no divide, sino que sigue uniendo á España con sus antiguas colonias; porque ni los rasgos étnicos y espirituales idénticos han desaparecido entre ellos por el transcurso de un siglo, ni los efectos fisiológicos del trasplante han sido de debilitamiento, sino más bien de afirmación de los geniales de la raza, que como vigorosos é incisivos, se han grabado y reforzado en sus descendientes en el nuevo suelo, bajo las influencias físicas de un ambiente social tan distinto. Se han alzado fronteras políticas irrevocales entre la metrópoli y sus colonias, pero la sangre y el alma de la raza siguen consolidando los cimientos del viejo hogar castellano, más fuerte é inexpugnable quizá, ahora, con los prestigios de la libertad, que antes bajo la coerción de la obediencia; y siendo así indestructible la unidad genial originaria, lo más posible será acaso que el nuevo ambiente americano contribuya á rejuvenecer y fortalecer los elementos vitales de la raza, por la influencia refleja de los retoños sobre los viejos troncos; y este afecto será tanto más real y visible cuanto más activa é intensa sea la corriente emigratoria de uno con otro núcleo social, muy al contrario de lo que creyese la vulgar preocupación patriótica que midiera la integridad nacional por cabeza de habitante, y no parase mientes en la debilitación orgánica progresiva, por el círculo vicioso de la savia, sin el riego fecundante de la luz exterior y de la gota de agua de las fuentes lejanas.

La embajada académica enviada por la Universidad de Oviedo á América, inicia una reconstrucción profunda, ideal, y un movimiento de simpatía é inteligencia actual é inmediata, entre las almas de dos pueblos consanguíneos, separados por una inevitable querrela da familia, en la cual ha faltado una palabra de unión paterna para reanudar el viejo afecto doméstico, bajo la sombra tutelar de los antepasados comunes. Si estas misiones, según Bryce, tienden á consolidar la paz entre pueblos antagónicos por el conocimiento recíproco, ¡cuánto más honda no será su virtud unificadora, cuando se ejercen entre miembros de una sola familia, hijos de una misma tradición y cultivadores de la misma lengua! Si ha podido ser en el corazón de Europa, en uno de los centros del saber universitario de Francia, tan viva la impresión del pensamiento español, y de sus progresos científicos y docentes, por la palabra cálida y á la vez reposada, metódica y reveladora de Altamira, ¡cómo no será ella en el corazón de los hijos de América, que comprenderán sus más recónditas vibraciones y adivinarán en el proceso apenas perceptible de la elaboración mental, en el gesto y la mirada, en la cadencia de la frase y en el timbre de la voz, los signos misteriosos de la confianza de un sentimiento ancestral, cuyas raíces seculares hacen llegar hasta nosotros con la frescura de una hoja verde, algo como la sensación de la dulce caricia materna!

El claustro ovetense ha elegido por su embajador en América al más apto para la misión de afecto y enseñanza; surgido, como sus compañeros del nú-

cleo, del alto origen de una escuela á la cual habrá de deber España nuevos días de gloria, trae en su espíritu fuerzas invencibles,—la pasión por el ideal humano, vocación científica acendrada, y esa gloria inmensa que es la conquista de almas por el sentimiento y la revelación intelectual. Las cualidades dominantes de este espíritu se hallan reflejadas en su obra; el culto de la literatura y el arte en sus más amables formas, afirmaron su percepción y su poder afectivos, con los cuales sentirá la aproximación simpática del interlocutor, y abre sus poros á la plena absorción de la idea científica. Su dominio de la historia le ha puesto en comunicación con el espíritu de otras edades y culturas, y á veces superiores á la contemporánea, y el conocimiento de las fuentes y de la evolución jurídica de su pueblo y de la humanidad, ha hecho de su vida como una consagración á los ideales de justicia y de igualdad, que acercan y funden las clases en que se divide aún, en su ficticia organización democrática, la sociedad moderna. Altamira como Ruskín, ha absorbido en el «huerto cerrado» de la ciencia, esa vocación evangélica de la educación que inclina su alma con fuerza irresistible hacia los niños, los humildes y los ignorantes de toda condición, seguros de que la verdad los levantará de la servidumbre ó el envilecimiento, y que el equilibrio perfecto de la vida solo podrá establecerse cuando todos los hombres puedan respirar libremente el aire puro de la ciencia.

La suma de su labor intelectual, más intensa y específica que abundante, revela un espíritu abierto á todas las corrientes impregnadas de verdad ó elementos de progreso, así propio como nacional; sobre la base firme del rico legado patrio, ha construido un monumento de ciencia impersonal y humana, y lo ha enriquecido y acrecentado como un hijo amante que ayuda á aumentar el patrimonio paterno. La ciencia española, puesta en contacto con el mundo exterior, en acción generosa de afinidad y complacencia, ha desplegado nuevas virtudes expansivas; y expuesta ahora en forma tan persuasiva por el más elocuente de sus apóstoles, en el seno mismo del saber extranjero, como lo hiciera en Francia y Alemania y lo realiza en América, no solo aparecerá como una resurrección de antiguos tesoros, sino que será una enseña efectiva por el prestigio que le añade el suave imperio intelectual del maestro de Oviedo. El puro y noble brillo y el timbre inconfundible de la grande alma latina se difundirán por esos vastos continentes, donde se consuma desde hace cuatro siglos la misteriosa transformación de una raza, que fué generadora de naciones, y será árbitro en el futuro de una vasta porción del humano destino.

Señoras: Señores:

Cuando la Universidad de La Plata resolvió establecer su nueva sección de Filosofía, Historia y Letras, para completar la idea orgánica primitiva, comprendió que iniciaba una labor destinada á cayar muy hondo en el alma de la juventud que asistiera á sus aulas. Iniciaba al propio tiempo una evolución en la enseñanza nacional, relativa al ordenamiento general de los estudios, que hace mucho tiempo venía imponiéndose en formas diversas é imprecisas: la creación de un ciclo académico de alta preparación y pulimento, en el cual las jóvenes inteligencias, nutridas de nociones generales é incompletas sobre todas las ramas del saber, necesitan coordinarlas armonizarlas, condensarlas y ponderarlas antes de emprender la jornada superior, como el viajero de las montañas, que antes de emprender el último repecho, revista su montura, ajusta sus cinchas y dispone sus fuerzas para la ardua ascensión. La enseñanza histórica debía ser, con la Filosofía y la Literatura, la base triangular del nuevo edificio; y al fin la Universidad integraba su complicado organismo, colocando al lado de las altas ciencias experimentales, las aguas

lustrales de las ciencias éticas, donde vayan todas como á unirse del perfume ideal que embellece y sublima todo esfuerzo y toda conquista de la fuerza ó de la inteligencia. En cuanto á la historia—creo —haberlo dicho otra vez— reducida entre nosotros en lo constructivo, á la acción espontánea del patriotismo, no menos grande por ser empírica, y en lo docente, á la repetición de las narraciones escritas, reclamaba una fundación definitiva, en la cual pudiera estudiarse como ciencia, como literatura y enseñanza, y en la propia historia patria, entregada hoy á todos los vientos de la dispersión en sus fuentes y en sus métodos.

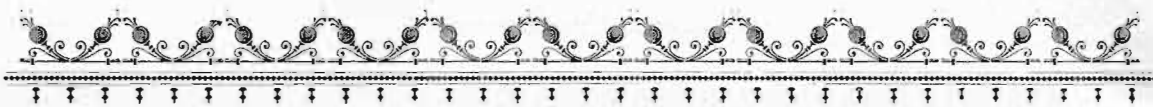
El sabio autor de la «Historia de la civilización española,» y maestro de Historia del Derecho en Oviedo, conductor casi exclusivo en lengua castellana de las ideas modernas de enseñanza histórica, en libros de universal renombre, era el constructor ideal de la nueva disciplina; y es motivo de orgullo, el más legítimo de todos; para esta Universidad, haber podido conducir hasta la cátedra argentina al artífice único de la obra, porque no sólo ha limitado su influjo á sus propias aulas y alumnos, sino que lo ha extendido á todos los que se hallasen al alcance de sus palabras. Sus teorías sobre el concepto fundamental, didáctico y constructivo de la historia eran las que aquí debían de ser enunciadas; y las naturales referencias á las demás disciplinas, en particular las relativas á la enseñanza científica, convirtieron su cátedra de método histórico en didáctica y ética general, por las inevitables aptitudes de un pensamiento tan vasto y libre, y por la insuperable lección personal de la labor y de la conducta del maestro con sus discípulos, que lo fuimos todos, y con el país entero, que lo ha contemplado con creciente simpatía y admiración durante el desarrollo del plan de trabajo más vasto é intenso que ningún hombre haya realizado entre nosotros.

Creo justo observar aquí este aspecto de la misión de Altamira en América; me refiero á la enseñanza objetiva del ejemplo, en un medio en el cual esos casos de consagración son desconocidos. Sus conferencias, lecciones y consejos orales podrán acaso perderse en parte de la memoria de sus oyentes, pero nunca se perderá la influencia directa de la labor misma, porque quedará el recuerdo de esta magna tarea desempeñada por un maestro, sin fallecimientos, sin quejas, sin inútiles intermitencias, sin asperezas, sin vanidades y sin ostentaciones; de esta prueba viviente de la enorme potencialidad productiva, del esfuerzo disciplinado y nutrido de amplia preparación anterior; de esta palabra serena, sobria, elegante y ungida de un cierto perfume místico, de ese misticismo afecto que nace de las almas delicadas, que se consagran á una vocación definitiva é ideal; de ese maestro amigo y compañero, que se infiltra en el corazón á la primera entrevista, y que posee, por eso mismo, la virtud invencible de la persuasión por el afecto y la confianza; de este sembrador incansable de la semilla sana y robusta, cálida y desbordante, que va por el mundo abriendo surcos, regando con palabras de amor las almas de-

siertas, dejando en cada una un grano fecundado de ciencia, ó la flor simbólica de un consuelo jubiloso, ó un aliento de la vida ó de esperanza, ó un eslabón de la infinita cadena de la humana probidad.

Aquí quedará una impresión imperecedera del espíritu del maestro y del amigo de todos los que en esta casa enseñan y estudian; la Universidad nueva, que ha abierto su alma, como una gran flor tropical, á todas las influencias de la cultura ambiente, ha declarado y declara desde ahora, su maestro permanentemente al profesor de Oviedo; su cátedra quedará vacía de su persona, pero penetrada de su recuerdo y de su pensamiento, y como los órganos de las cátedras, abandonados por el artista, sorprenden de pronto en la noche con la resonancia de los acordes errantes, así el eco elocuente de las lecciones oídas, resuena en las horas propicias en nuestros corazones para hacer revivir la pasada confianza espiritual. Aquí queda la cátedra por él consagrada á una de las más nobles ciencias de la vida; sus discípulos, y compañeros de una hora, mantendrán la tradición con culto de intensa amistad y respeto, hasta el día en que su dueño quiera volver á ocuparla con su propia personalidad, y entretanto, la semilla será fecunda en el surco; las ideas brotarán en generaciones sucesivas sobre la tierra por él regada, y esperamos que el jardinero no olvidará su huerto, y que los aromas de sus propias flores le atraerán muchas veces á conversar con ellos en espíritu y en verdad.

Señor profesor Altamira: El título de doctor «honoris causa» que hoy os confiere la Universidad, es la más alta de las distinciones que caben en sus fueros. Hasta ahora lo llevan sólo espíritus dignos de compartir con el vuestro las más puras glorias de la inteligencia; y así como ellos trajeron á estas aulas el noble prestigio del saber de las cultas naciones que representan, así este pergamino es un símbolo para nosotros muy querido, el de un amor sincero de esta patria nuestra por su augusta y noble madre España, y de un sentimiento nuevo de fraternal afecto por la escuela de Oviedo; y ya que nada puede agregar este documento á los títulos que os ha conquistado vuestra sabiduría y dotes personales de maestro y escritor, nadie podría personificar mejor esta estrecha comunión de dos Universidades, una argentina y otra española, que el hombre que lleva en la suya el alma misma de aquel hogar de ciencia y de virtud. Al alejaros hoy de nuestra compañía, con la esperanza de volver á recibir un día vuestras sabias y fraternales enseñanzas de doctrina y de ejemplo, podéis ir satisfecho de la misión altísima que habéis desempeñado de embajador académico y efectivo de la ciencia: de la cultura y del alma de España, la cual ha podido compenetrarse con la argentina y la americana en la más íntima comunión y descubrir en ella el santuario secreto de un afecto nacional inmarcesible, que sólo la confianza de los grandes espíritus como el vuestro, revela y exterioriza, para traducirse en francas expansiones, en armonías políticas efectivas, ó en conquistas reales para la causa de la cultura, que es la consagración de toda vida superior.



Discurso contestación del Sr. Altamira

Señor Presidente;

Señor Decano;

Señores Profesores:

Estudiantes de la Universidad de La Plata

Señoras y señores:

Se ha abusado tanto en nuestra época de los honores personales y de los adjetivos encomiásticos, que el público comienza ya á mostrarse indiferente é incrédulo por lo que á esas manifestaciones se refiere, y aún los mismos interesados (cuando no padecen de una mortal vanidad pronta á nutrirse hasta de las más impalpables fantasmas de la lisonja), comienzan á perder la facultad de sentirse halagados por lo que, en forma de prodigarse, tiene debilitadas y borrosas las líneas y colores de su significación. Para no caer en el extremo á que por ese camino se llegaría, preciso es atender á otra cosa que lo puramente exterior de los honores y elogios: á la persona de quien emanan, al sentimiento de que proceden y al fondo de sinceridad y afecto que en ellas incide. Ésto último, sobre todo, es lo que vale, y lo que puede sacarlos de la masa vulgar de los homenajes sinceros, de los cuales murmuran por lo bajo los mismos que los proporcionan. Por eso hay honores y honores, como hay, según la célebre expresión francesa, «fagots et fagots.»

El que acabais de otorgarme, es de los que valen y de los que se agradecen; porque yo sé que si me otorgáis el honor de ser doctor de vuestro claustro, es porque creéis francamente que lo merezco, y aunque sepa también que hay en esa creencia un error de sobreestimación que procede de un fantasma del sentimiento, eso no me amarga nada la alegría, ya que lo importante para mí es que exista el sentimiento, el cual forzosamente se equivocará tanto más cuanto más grande é ingenuo sea. Me basta que os figuréis que yo soy digno de sentarme á vuestro lado, porque eso me da la medida de vuestro afecto y vuestro afecto es lo que más puede interesarme lograr de vosotros. El amor es algo egoísta siempre; y de igual modo que en la esfera intersexual cierra

los ojos sin gran esfuerzo para no ver exageraciones de la realidad en que tal vez se funda el cariño que se nos otorga (feliz el que lo recibe no más que con ser amado), en la esfera de las relaciones generales sociales, el espíritu cede fácilmente á la sugestión de dejar que corran las ilusiones cuando ve que ellas nacen de un afecto que apetece despertar. Hartas veces notamos que el amor de los padres forja en la persona de los hijos cualidades que éstos no tienen y borra defectos que realmente sufren; pero ¿quién es el censor rígido que no sepa apreciar la fuente purísima de que aquellos errores brotan y que halle placer en turbar la onda límpida con su rectificación? ¿Ni cuál el hijo que arriesgue, no digo la pérdida á la admiración más tenue del santo amor, que para él es vida, con el empeño de convencer á los padres de las equivocaciones con que lo enaltecen? Nó. Sería preciso ser un héroe extrahumano para renunciar al afecto que la suerte nos depara ó destruirlo por meticulosidad de justicia. La mayoría de los hombres lo aceptan, y es él cosa tan grande, que hasta tiene el poder de reformar y de hacernos menos imperfectos, pues evoca en nosotros el afán de ser iguales, hasta el último pormenor, á la imagen que de nosotros se ha formado quien nos quiere, y así es como el amor, aún por sus mismos errores, regenera y va mejorando el alma humana.

No discutamos, pues, en el acto de hoy su justicia que, después de todo, yo sería el menos llamado á discutir, y dejadme gozar de su significación afectuosa. Ella ha nacido fundamentalmente, creo yo, del reconocimiento de un fondo común de ideal entre la Universidad de La Plata y la Ovetense. Cuando yo leía en España los escritos del doctor González, que exponen vuestro concepto de la Universidad y de su amplia función educativa, me parecía estar repasando los ensueños pedagógicos que durante muchos años han alimentado las esperanzas y han guiado en la lucha á los que en mi país ansian que la enseñanza española sea digna de esta época y de las altas necesidades antropológicas, intelectuales y morales de la patria. Y así, cuando se esbozó el plan de mi viaje, yo pude pensar, por lo que se refiere

á la Argentina, por de pronto: «Voy á vivir entre hermanos de ideal, cuya casa no me será extraña, porque en ella oiré repetirse los ecos amables de las mismas voces que aquí suenan como de clarines de nuestra batalla educativa». Y así ha sido, por lo que á mí toca, aumentado ese confortador prejuicio con la observación de que ese mismo espíritu nuevo retoña en todo vuestro país y sacude no solo la planta joven de la Universidad platense, sinó también el tronco añoso de sus hermanas mayores, que reconociéndose como colaboradoras en una santa labor común, patriótica y humana al propio tiempo, han unido sus manos, se han abierto recíprocamente sus puertas, hacen acto de afectuosa solidaridad y basta para mayor y más honda relación, tienen profesores comunes: ejemplo único que yo sepa en el mundo universitario.

No bastaba que yo advirtiese esa comunidad de aspiraciones y de sentido de la enseñanza, que existe entre las instituciones progresivas de mi país y la vuestra; era preciso, para el éxito de la obra que me encomendó Oviedo, para la realización del proyecto generoso de su rector D. Fermín Canella, que también vosotros, tras el ropaje modesto del modesto enviado percibiéseis la característica de la España de que procede, de que el rodar de la vida le ha hecho circunstancialmente representante. Ahora bien; eso lo creo conseguido. Creo que, después de haberme escuchado lo que en ocasiones variadas he dicho, de nuestros anhelos, de nuestros pensamientos, de nuestras prácticas, de la obra fructífera de nuestros intelectuales, vosotros habéis llegado á esta conclusión: «En España hay hombres que hablan nuestro mismo idioma ideal, con los que podemos entendernos, que son de los nuestros». Pues bien: esto nos basta, esto satisface la aspiración que perseguíamos. Porque no nos ocultemos, señores, (nuestra intimidad permite toda franqueza sin molestia de nadie) que aquí como en todas partes existía el recelo de que, fuera de las cualidades personales de Fulano ó Zutano, la mentalidad española vivía cien años atrás, hablando un lenguaje arcaico, sin que bastase á desvanecer esa general creencia el conocimiento de dos ó tres autores, porque la mayoría de los que florecen en la España actual no se han difundido en tierra americana, probablemente más por negligencia nuestra y de nuestros libros, que por otra causa.

Ese reconocimiento que considero como la primer consecuencia práctica de la iniciativa de la Universidad ovetense, era necesario para llegar á la segunda, es decir, á la aceptación y establecimiento del cambio de profesores, por de pronto; de alumnos, más tarde. No bastaba el amable acogimiento que aquí en La Plata, en Buenos Aires, en Córdoba (á la que rendiré

visita muy pronto y con cuyo rector está Oviedo en franca inteligencia) y en Santa Fe se había hecho al delegado español, incorporándolo temporalmente á los claustros respectivos y comenzando, pues, á realizar desde luego el intercambio en su persona; era preciso que de ese caso particular se pasase á la generalización que permitiría la venida en años sucesivos de otros profesores españoles y la correspondencia de los argentinos; y esa generalización no podía reposar sinó sobre el desvanecimiento de aquel prejuicio á que aludí y que igualmente he hablado antes de ahora y he visto desvanecerse en otros países.

Felizmente, repito, esa consecuencia se ha producido. No tengo la vanidad de creer que por mi solo esfuerzo. Ella ha sido, principalmente, el fruto de gérmenes que estaban ya en el ambiente intelectual de vuestros hombres de estudio y que yo he notado desde el primer día.

Por una parte, existía en vosotros, como una aplicación en lo universitario de la amplitud humana de vuestra constitución política, no sólo la costumbre general, ya vieja, de incorporar trabajadores extranjeros á la labor docente, sin recelo ni suspicacia, sinó el propósito concreto de establecer de un modo sistemático, estadías temporales de especialistas, profesores ó investigadores de otros países, en vuestras Universidades. Vuestro Presidente consignó ya esa idea en uno de los capítulos de la Memoria en que fundamentaba el proyecto de creación de esta Universidad, y hace pocos meses, la de Buenos Aires, confiaba á mi cariñoso amigo el doctor Bidau la misión de contratar en Europa cursos especiales, de profesores de aquel continente. El terreno estaba pues, en este particular, excelentemente preparado.

Por otra parte, —y á pesar de aquel prejuicio á que antes aludía— también estábais preparados sentimentalmente á una inteligencia particular con nosotros; sabíamos cuán hispanófilo es el doctor González, cuyo amor al viejo solar tan persistentes muestras de vida ha dado y cuyo empeño por traer aquí, á su Universidad, profesores españoles en visita más ó menos larga, se había insinuado en muchas ocasiones, incluso en la solemne de un discurso parlamentario. Al venir aquí, yo he visto que lo que sabíamos allá unos pocos, lo sabían aquí todos los españoles, quienes no planean manifestación pública de su patriotismo en que le sea lícito participar á un ciudadano de la Argentina, sin dirigir la mirada á ese hombre, que tiene corazón bastante para amar intensamente á su patria y á la patria de sus antepasados; pero he visto también que había, difuso y latente en el país, un sentimiento de tierna simpatía hacia España, una excelente disposición á intimar con ella, y, sobre todo, ¿por qué

no decirlo? el deseo de que ella misma se adelantase á destruir el prejuicio tocante á su vida intelectual, y con algún acto, con alguna iniciativa, diese motivo á la exteriorización de lo que en el fondo de vuestras almas se agitaba, ganoso de ser confirmado por una positiva realidad. He creído ver, en fin—¿me habré engañado?—que vosotros sufríais también un poco, como nosotros mismos, de ese prejuicio, y que deseábais convenceros de que no era merecido, como desea uno que se desvanezca la sospecha desfavorable que recae sobre alguien á quien apetecemos contemplar siempre grande y puro.

Así ha sido tan fácil la victoria de la Universidad de Oviedo en su propaganda de intercambio y de la ciencia moderna española, cuya significación, por otra parte, ha cuidado bien de no sacar de sus límites, ni de exagerar con pedanterías de trompa épica, á nadie más nocivas que á la misma España. Y naturalmente, sin discusión, sin violencia, sin convenio expreso, el intercambio ha comenzado á vivir desde el primer día y se ha anudado entre vosotros y nosotros, el lazo que ambas partes apetecíamos y que es ya irrompible, porque no es lazo de protocolo, sino de brazos hermanos que se anudan al cuello del amigo y contra él se estrechan en cordial apretamiento y saludo.

La obra, sin embargo, no está más que comenzada. Por lo que al intercambio de profesores concretamente se refiere, asegurada ya su continuación (puesto que otros profesores españoles hállanse dispuestos á venir y cuento con la promesa de alguno de los vuestros que nos visitarán en años próximos), queda por establecer formalmente la institución, resolviendo algunos pormenores que se relacionan sobre todo con detalles económicos. No ocultaré que doy poca importancia á la reglamentación y mucha al espíritu y la buena voluntad, y que temo algo á los artículos que traban con límites infranqueables la vida de las instituciones, cambiante al compás de las circunstancias; pero, en fin, alguna regla habrá que establecer, y esa no la creo difícil, de una parte, porque la autonomía de vuestras universidades les permite un amplio juego de actividad, y los frecuentes viajes de vuestros profesores á Europa ofrecen ocasiones aprovechables para el intercambio sin imponer el sacrificio—no siempre posible—de un traslado especial, largo y costoso; de otra, porque si las nuestras no gozan de aquel beneficio, podrán hallar apoyo, así lo espero, ya en nuestra institución de las comisiones y pensiones de estudio, ya en un concurso especial del Estado, cuya necesidad he de encarecer en mi patria y que les permitirá recibir dignamente á sus visitantes. No tengo el menor recelo tocante á soluciones de este orden; vosotros poseéis un alto sentido de la vida que se llama práctica, y nosotros un vivo

anhelo de que arraigue el intercambio; unidas ambas fuerzas, el acuerdo se impondrá, ya general, ya particular con algunas ó alguna de nuestras universidades.

Por lo que toca al fondo científico del asunto, los principios á que ha de responder me parecen claros y, por otra parte, los intercambios ya establecidos en Europa ofrecen su experiencia concluyente: preferir el curso más ó menos largo y monográfico, á las conferencias sueltas, y enviar siempre cada centro lo que tenga de útil, no empeñándose en una correspondencia exacta de materia por materia, para la que no es seguro que haya siempre hombre á propósito.

Pero las relaciones intelectuales no pueden limitarse á esto, ni aún dentro del campo docente. Es preciso también que nuestros estudiantes, que nuestras juventudes se conozcan y convivan. Hace once años, en un discurso leído ante la Universidad de Oviedo (1) exhortaba ya á nuestros jóvenes estudiosos á venir á América, no en busca de fortuna, sino de contacto, en viaje de enseñanza, de experiencia y de fraternidad, y aún más lo he de hacer hoy, que os conozco mejor que os conocía entonces. Las pensiones de estudio en el extranjero á que aludía antes y que entre nosotros se aplican lo mismo á los profesores que á los alumnos de cierta preparación, pueden ser orientadas en buena parte (yo por lo menos he de intentar que lo sea) hacia la visita á países americanos, y ellas nos permitirán—mientras más amplias formas no se determinen—enviaros anualmente jóvenes españoles que ensancharán y nutrirán su espíritu en la relación con el vuestro. Por vuestra parte, todavía creo más fácil la ida á España de estudiantes ó recién egresados de vuestras universidades, no sólo porque vosotros careceis de timidez para los trasportes á tierras lejanas, sino también porque, con buen criterio, sois generosos para vuestro presupuesto de cultura. El establecimiento de pensiones de trabajo en Europa sería entonces un seguro medio de animar á vuestra juventud para que conceda á nuestro país algo de la atención que les atrae hacia el continente viejo. En que límites modestos nuestra enseñanza superior puede satisfacer necesidades intelectuales de los hombres de otros países, yo lo se bien y con honrada franqueza lo he dicho en letras de molde; pero el «cuanto» es «cuanto» no más y está lejos de la negación. Lo que nosotros deseamos es que aproveche lo que tenemos, por poco que sea, en vez de pasar por su lado desconociéndolo en absoluto.

Hay además de España algunos elementos de estudio únicos para los hispano-americanos.

(1) Reimpreso en *Cuestiones Hispanoamericanas*.

Digalo; por lo menos, el Archivo de Indias. Pues bien, ¿no es lícito pensar que, así como la mayoría de las naciones europeas han establecido en Roma escuelas ó institutos históricos para estudiar y aprovechar los innumerables documentos del Archivo del Vaticano que encierran noticias de historia mundial, las naciones americanas de tronco español pueden crear en Sevilla otro instituto histórico, para investigar sistemáticamente el archivo más grande de su historia, en que duermen noticias sin cuento, no sólo eruditas, sino de aplicación práctica en problemas palpitantes de su política nacional? ¿Y me negaréis á mí la posibilidad de que vosotros, argentinos, comprendiendo la importancia de la idea, como vuestro espíritu avizor la ha de comprender al instante, no sean quienes rompan la marcha por ese nuevo camino de la obra intelectual y de la tradición americana?

Como éste, hay muchos puntos de contacto entre nosotros, que ofrecen la seguridad de un programa concreto de relaciones intelectuales, desde el cambio de material de enseñanza y estudio para los respectivos museos de historia y pedagogía, (á la manera que he dicho en alguna de mis lecciones), á la fundación de centros ó asociaciones internacionales de investigación científica, como el reciente Instituto Ibero-Americano de derecho comparado en que figuran, por lo que á España toca, los más ilustres jurisconsultos que con tanta simpatía han sido recibidos en las naciones americanas. Sobre la base de una absoluta libertad científica, de una independencia que los haga impenetrables á toda limitación del amplio espíritu moderno, centros de ese ó análogo carácter, pueden ir juntando, en la esfera común y neutral de la investigación á los hombres estudiosos de habla castellana, como ya juntan en Europa empresas internacionales de carácter científico, á los trabajadores intelectuales de diversos países.

El mismo idioma que nos es común, nos impone una acción conjunta, de recabar en todos los congresos internacionales, el reconocimiento, á nuestra lengua, de igual categoría que se concede consuetudinariamente á otras. Al congreso de historiadores de Berlín llevé, hace pocos meses, el proyecto redactado de una moción á eso encaminada; pero la ausencia de delegados americanos, la pequeñísima mayoría de número en que estábamos los congresistas de nuestro idioma, me detuvo. ¿No es exigido que trabajemos unidamente á la primera ocasión, en esa empresa que, estoy seguro, no ha de hallar grandes dificultades, puesto que no supone un espíritu de exclusión respecto de otras lenguas, sino sencillamente de adición de la nuestra?

Y como éstas que digo, tantas otras cosas, en que sin menoscabo de nadie, sin chauvinis-

mos negadores de otras inteligencias y de otros influjos, podremos relacionarnos y hacer obra común con nosotros y vosotros.

Y la haremos, ¿no es verdad? Por lo que á vosotros se refiere, estoy seguro de ello, porque tengo fe en vuestra vitalidad intelectual. Ésa fe en vuestro porvenir, que alumbra vuestra vida presente y es su mayor fuerza, me la habéis comunicado, y soy creyente firmísimo con vosotros. Mi creencia participa de los caracteres todos de un verdadero acto de fe, puesto que parte de muy poco conocido y afirma todo lo que no ha podido ver.

Porque, en efecto, señores, yo he visto muy poco de vuestra complejidad nacional. De tal manera he querido vivir universitariamente con vosotros, que la Universidad me ha absorbido por entero y he vivido, casi exclusivamente dentro de sus muros durante mi estadía aquí. Me he dado por entero á la cátedra, sin reserva, sin espíritu de cicatería, incluso prodigándome, tal vez con exceso en la opinión de algunos que piensan que prodigarse es gastarse para el efecto sobre el público y la intensidad de la sorpresa intelectual; pero como yo no he pensado en esas cosas, ni poco ni mucho, no he temido tampoco gastarme.

Ahora bien; lo que sí se ha producido es, que durante esos tres meses, yo no he vivido para mí, ni he podido observar más que una parte de la vida argentina; y he aquí por qué me abstengo de contestar á los que me pedían, ó visiones de conjunto, ó sentencias firmes sobre el país y sobre la enseñanza. Vosotros no podéis satisfaceros ni con generalidades que están al alcance de todo el mundo, ni con impresiones parciales, ni menos con lisonjas. Yo soy por mi parte, inepto para éstas, y contrario á a quéllas. He censurado mil veces á los viajeros que, con quince días de recorrido por España ó un contacto parcial con algunos de sus factores sociales, formulan tranquilamente nuestra psicología y dan sentencia absoluta sobre nuestras virtudes y nuestros defectos; y no voy á incurrir ahora en lo mismo que censura. De hacerlo, no sólo me pondría en contradicción con mis principios, sino que defraudaría vuestros derechos. Tenéis vosotros, como España ahora y como otros muchos países de nuestro tronco, la ansiedad de conoceros, de auscultaros, de penetrar en las recondideces de vuestro espíritu; y no contentos con vuestra propia observación, pedís la ajena. Está bien; con tal de que sea una verdadera, reposada, nutrida observación.

Por otra parte, yo soy tímido para los juicios, y aún diré que, pedagógicamente rehuyo las más de las veces su exteriorización, por miedo de equivocarme y de causar un efecto contraproducente. Porque el juicio de un pueblo es cosa difícil, aún poseyendo todos los datos necesarios. Hay para él, por de pronto, dos

grandes obstáculos: en primer lugar, no se puede juzgar el conjunto sinó haciendo abstracción de las excepciones; y entonces éstas se quejan, no sólo «personalmente» (esto se puede salvar en todo caso), sinó patrióticamente, porque se ven como representación del todo dentro del que han sido posibles; pero si se atiende por el contrario á este criterio, la masa queda absorbida en la minoría, cuando precisamente, el problema de una nación está en la masa y ésta es la que en los momentos graves decide con su peso. Aún dentro de las minorías, no se puede juzgar del mundo intelectual de un país tomando como exponente los que bullen y los que trasponen con su obra las fronteras, por lo cual, conocer un pueblo á través de los libros es sólo conocerlo á medias. Hay que contar también con los retraídos, con los oscuros, con los modestos que laboran calladamente, y con aquellos cuya acción por su propia naturaleza es silenciosa; una suma grande de trabajadores que es preciso sorprender en su rincón, que desde afuera no se ve, y de que yo he sorprendido algunas muestras acá entre nosotros.

Pues bien; observar todo esto, diferenciarlo, aquilatarlo, necesita tiempo y ocasiones múltiples; y yo no he tenido ni lo uno ni lo otro.

Pero supongamos un viajero que esté en situación de formar su juicio. ¿Cómo debe hacerlo? Los interesados suelen pedir absoluta franqueza, sinceridad sin límites. Sin duda, esto es bueno; pero ¿es siempre objetivamente recomendable? Notad que digo objetivamente, es decir, pensando no en el provecho de un hombre, sinó en el de un ideal, pongo por caso el de influir intelectualmente, el de cooperar á la obra de educación. Mirando á esto, creo que conviene proceder con detenimiento.

Claro es que si la franqueza sólo denuncia virtudes y grandes cualidades, no habría más peligro si acaso, que excitar la vanidad; por lo cual algunos educadores suprimen ó reducen á estrechos límites el elogio de los educandos.

Cuando se trata de defectos—¿y quién no los tiene?—la cosa es más grave. Sin duda, es fácil decir: «yo expongo la verdad y nada importa que recoja en pago resquemores y tal vez odios». Pero el caso no es ese, no es el personal del censor, sinó el de servir de la mejor manera posible el fin educativo que se persigue. Por eso lo que debe uno preguntarse es «qué procedimiento» será el más útil para el propio censurado. Yo dudo mucho que para un pueblo le sea el del yunque, el de la crítica descarnada, por lo menos sistemáticamente; porque en esa crítica, el pueblo mejor dispuesto á oír verdades, no puede evitar la reacción molesta, y es que toda censura tiene aire de lección y, en el fondo supone superioridad, que hiera; y de ahí que esa forma no pueda usarse sin peligro más que individualmente y cuando une al crítico con el criticado una rela-

ción educativa en que la subordinación procede de la edad ó de la entrega voluntaria del espíritu con propósito de corrección. Por lo demás, uno de vuestros escritores ha dicho esto mismo recientemente: «Nuestros países no reclaman censores rudos que ahoguen en germen todas las tentativas, sinó cronistas conciliantes que teniendo en cuenta las imperfecciones, acojan á los que luchan con una palabra afectuosa y un saludo «cortés». Todavía un connacional puede alguna vez atreverse á ser «censor rudo»; pero quien no lo sea y aspire á colaborar en la obra de cultura, corre riesgo de comprometer el mejor servicio que puede prestar al país amigo.

¿Hay que renunciar pues á revelar defectos y á corregirlos, en la medida posible? No sin duda; pero hay otras formas de conseguir eso. Para mí, la eficaz es la advertencia muda, que consiste en hacer como que no se ve el defecto, y en realizar la acción contraria, la buena, en presencia del defectuoso, dejándole entender que se le cree no sólo capaz de repetirla, sinó advertido de que así es cómo debe hacerse. Si se trata de espíritus vivos, despiertos, anhelosos de subir, entenderán al momento ó á las pocas veces; si se trata de espíritus cerrados, no vale la pena gastar tiempo en intentar una reforma que jamás les hará mella.

Pero dejando estas generalidades y volviendo á mi caso, sospecho que alguno preguntará si me voy de la Argentina sin ninguna observación y carente de todo criterio respecto del presente y del porvenir de su enseñanza. Claro que no. Los que hayan seguido mis lecciones en La Plata y en Buenos Aires, habrán advertido, por lo contrario, que he omitido más de una opinión sobre puntos concretos, de modo que, sumadas todas, algo podrían componer, aunque no fuese un juicio del conjunto. Si á esas observaciones de pormenor—observaciones de vacíos y observaciones de aciertos y de iniciativas plausibles—quisiérais que añadiese otras más generales, yo os diría que vuestra enseñanza tiene, sobre todas, una gran necesidad que es urgente satisfacer, y vuestro pueblo una buena cualidad tocante á la cultura, que es preciso alentar.

La necesidad, perfectamente advertida por vosotros mismos—y que yo no digo nada nuevo al señalarla, no indica sinó que es muy aparente—consiste en formar vuestro profesorado de una manera sistemática, técnica, profesional, poniendo en esto todo vuestro empeño y ayudando esa formación con la seguridad de un porvenir económico que os dé derecho á exigirle todo el trabajo útil que debe rendir. Es el mismo problema que tenemos nosotros en todos los grados de la enseñanza y que en vosotros es más agudo en unos que en otros; pero en todo caso, no podéis continuar reposando sobre las excepciones aunque tengáis muchas,

y confiando en la fuerza heroica de la vocación pura, porque ambas cosas son contingentes, y la segunda, de poco aguante. Es preciso acabar de una vez con la improvisación y con el sacrificio superior á las ordinarias fuerzas del hombre.... y de la mujer, así como con la dispersión de energías, agotadora y enemiga de la intensidad.

Y esto es tanto más necesario cuanto que existe en vosotros, en la masa y en los intelectuales, aquella buena cualidad á que aludía hace poco. Es el afán vehemente, la aspiración calurosa de la cultura en unos, de la alta ciencia y la investigación en otros. No dejéis, los que dirigís el país—os lo digo porque os amo—que se agote esa fuerza de vida intelectual que con emoción he observado más de una vez en vuestras maestras y en vuestros maestros, en los niños y en los estudiantes universitarios, en la masa de los obreros manuales, en los círculos más altos de vuestra intelectualidad. Ella es al fin la que importa que exista en un pueblo, porque es la prenda de grandes acciones. Su fructificación en copiosos resulta los, que impacientemente solemos pedir todos antes de tiempo, se alcanza de un modo seguro á fuerza de experiencia, de años, de consolidación de ideas propias y de asimilaciones de trabajo ajeno, que van dando el tipo adecuado, la solución original para cada necesidad y cada momento de ella. Lo que habéis hecho ya, y me apresuro á decir que no es poco, vale como indicio de lo que haréis, y que, como es vuestro deseo, sabréis libraros del peligro de la demasiada Boccia, que los pueblos ricos y fáciles en la civilización material tienen siempre suspendido sobre su cabeza.

Temo que discurriendo sobre mi imposibilidad de contestar á vuestra pregunta, ésta me haya sugestionado, haciéndome decir más de lo que me proponía. Sospecho que así ha sido, pero vosotros lo perdonaréis á fuer de causantes.

Y ahora, despedámonos, señores. Pero no lo hagamos con tristeza. Bien considerada la cosa, las despedidas deben de ser alegres, porque ellas son prueba de que dejamos tras de nosotros amigos y quizá, en el corazón de éstos algo de obra hecha, de surco de vida. ¡Desgraciado el hombre que no tiene de quien despedirse!: ese sí que debe estar triste. ¡Pero nosotros!

Por lo que á mí toca ¿cómo he de irme

triste si la perspectiva de la ausencia está superada por la seguridad de que aquí quedan gentes que pensarán en mí, hombres que hace tres meses eran desconocidos en mi vida y que ahora tengo unidos á ella por el afecto y por la comunidad de ideales? Mi mundo se ha ensanchado puesto que en él figuran más amigos que antes, y el anónimo casi absoluto que representaba para mí el pueblo argentino ha tomado nombres que podré repetir en mis recuerdos, que haré conocer á los que en España forman mi mundo, uniéndolos también á su espíritu y á su acción. Porque cada amigo nuevo es una fuerza en nuestra vida, que actúa aunque no queramos; y si queremos, ¿cuánto más y más hondamente!

Y vosotros habéis tenido además, la delicadeza de rodearme de todos los motivos que pueden elevar este momento de adiós á la categoría de algo inolvidable para mí. Habéis querido que esta fiesta, en que se celebra mi adscripción honorífica á la Universidad, tenga por escenario la nueva casa de vuestro colegio, y que sea como un bautizo su inauguración para que yo lleve en el alma la idea de esta experiencia interesante en que os habéis empeñado, y que con justicia miráis como capital en vuestra obra educativa. Luego, habéis asociado á este acto la voz de los estudiantes con quienes he vivido durante unos meses, y cuya simpatía tan grata suena en mis oídos de impenitente soñador de un mañana más grande que el día de hoy, y en que nuestros defectos sean corregidos, por obra de aquellos ante quienes los confesamos para apartarlos de que los repitan. Hasta habéis consentido que resuene acá el eco de aquella casa ovetense de que salí y por cuyo encargo vengo juntando de ese modo (en forma que por lo no calculada parece más henchida de significación y simbolismo) aquel primer momento de mi llegada á Buenos Aires, en que me ví rodeado de antiguos discípulos españoles, representación viva de la bandera ideal de la España nueva, con este último de mi actuación universitaria platense, en que también los veo á mi lado, comulgando en el santo ideal con vosotros. Y, en fin, la intervención de los señores Ministros de Chile y del Perú. A todos y por todo, gracias infinitas. Habéis robustecido mis esperanzas en el mañana y mi fe en el esfuerzo bien intencionado; y eso es todo lo más que los hombres pueden dar á un hombre.

El Señor Rafael Altamira recibe el Título de Doctor «honoris causæ»
de la Universidad de La Plata.

ACTO OFICIAL

La Plata, Septiembre 13 de 1909.

Sr. profesor Altamira Cerevea.

Me es grato comunicar á Vd. que el Honorable Consejo Superior, en sesión de fecha 20 de Agosto próximo pasado, previa una proposición de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en atención á sus altos méritos y valiosísimos servicios prestados por Vd. á la causa de la cultura de los pueblos de habla castellana, como un testimonio de reconocimiento por la sabia enseñanza que ha dado á nuestros alumnos durante su permanencia en el país, y al propio tiempo como una forma de estrechar aún más los vínculos intelectuales y amistosos que unen á esta Universidad con la muy ilustre de Oviedo, ha resuelto otorgarle el título de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales *honoris causæ*.

Se ha dispuesto que el correspondiente diploma le sea entregado en acto público, en el salón de fiestas del Colegio de la Universidad, el día 4 del próximo mes, de Octubre, á las 2 p. m.

Agustin Alvarez,

Vice-Presidente.

E. Del Valle Ibarlucea,

Secretario General y del Consejo Superior.

Buenos Aires, 18 de Septiembre de 1909

Señor Doctor Joaquín Carrillo, Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata.

Muy distinguido señor: He recibido la atenta comunicación de Vd. fecha 13 del corriente participándome que el H. Consejo Superior de esa Universidad, á instancias del Consejo Académico de la Facultad que Vd. preside se ha servido honrarme con el título de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales «honoris causæ».

Tan alta distinción excede con mucho á los anhelos que yo pudiera tener de ver, de modo ostensible, que mi labor modesta en las aulas de esa Universidad, era tenida en algo por mis compañeros los profesores y por mi superior el Consejo Académico; por ello mi agradecimiento es grande, profundo y vivo, y consideraré la distinción que se me otorga, como la más alta y estimable que jamás recibiré.

Agradezco también, tanto como el honor concedido, para mi tan estimable, el vínculo espiritual con que el título de Doctor me une más estrechamente á esa Universidad de La Plata que desde que me recibió en su seno he amado como aquella de Oviedo cuyo enviado soy, como á *mi Universidad*.

Sírvase, señor Decano trasmitir al H. Consejo Superior, al Consejo Académico y á los señores Consejeros la expresión de mi más sentido reconocimiento; y Vd., bondadoso iniciador de la honrosa distinción, reciba con las gracias el cariñoso homenaje de respeto y simpatía de su afmo. s. s.

Rafael Altamira

Homenaje al Doctor Altamira del Profesorado Argentino

Por subscripción se ha adquirido un bronce «La Historia» que se entregó junto con un álbum, al Dr. Rafael Altamira, á su vuelta de Montevideo. El álbum tiene la siguiente dedicatoria:



Bronce «La Historia»

«**H D. Rafael Altamira.**— *Los Profesores argentinos que suscriben, en representación de sus colegas de toda la república y en su propio nombre, quieren dejar constancia en las páginas de este Album, de la gratísima impresión que ha producido en ellos la personalidad del ilustre maestro español D. Rafael Altamira, cuyas sabias lecciones y nobles cualidades le acreditan como una honra para el gremio en el mundo civilizado. En su breve permanencia en la República Argentina, ha abierto surcos nuevos á la enseñanza, ha atraído y elevado los corazones con el influjo de su entusiasmo y vocación por la ciencia y su amor á la verdad, y ha hecho revivir aún más acendrado, el nativo cariño y respeto por la madre patria España, cuya grande cultura é indeclinable hidalguía han tenido en él su más digno heraldo. Este recuerdo que desean tan duradero como lo humano, sus amigos, los miembros del profesorado nacional, se lo dedican con votos por el mayor florecimiento de la benemérita Universidad de Oviedo, por los más brillantes triunfos de su inteligencia y su labor, y por su dicha personal y la de los suyos.*»

Esta feliz iniciativa del profesorado nacional argentino ha sido secundada con entusiasmo por todos los miembros del personal docente.

El Dr. Joaquín V. González dirigió la palabra al obsequiado.

Llegada de Altamira á Montevideo = Lo que dice la Prensa

EMBAJADA INTELLECTUAL (1)

UN nuevo y poderoso factor de cultura europea á venido á nuestro país á conocernos y á hacerse conocer, por más que nosotros le conocíamos en sus obras y á él estábamos vinculados por solidaridad intelectual. —El Sr. Altamira, de la célebre Universidad de Oviedo, uno de los centros más prestigiosos del profesorado universal, se halla entre nosotros, aunque por pocos días, y nos ofrece con una gentileza remarcable, una serie desgraciadamente breve de lecciones sobre derecho, sobre filosofía histórica, sobre pedagogía superior, etc. —España, desde hace mucho tiempo, no nos había enviado intelectualidades tan excelsas, para visitar sus antiguas posesiones, siempre devotas á su recuerdo glorioso, á pesar de los siglos y de los sucesos corridos desde que en los dominios de la madre patria no se ponía el sol. Altamira, en este caso, es un verdadero enviado extraordinario de la cultura magistral de España. —Viene sin credenciales diplomáticas, establecidas por la vanidad protocolar de las ficciones consagradas; pero viene con prestigios de ideas que imponen el respeto y la consideración de un nombre ilustre. Esto nos bastaría para hacerle grata la estadía en nuestro país, tan grata como sabe hacerla nuestro pueblo, sin petulancia y sin «réclame», cuando hay sinceridad en el propósito de la visita y la facultad de apreciarla en el que recibe semejante honor.

Y si decimos todo esto, por algo lo decimos. —De un tiempo á esta parte, el Río de la Plata atrae, por lo menos, la curiosidad de muchos hombres superiores del ingenio europeo, en el orden científico, literario, etc. — Hemos tenido entre nosotros á Ferrero, el eximio y sagaz filósofo de la historia de Roma; á Ferri, el gallardo y simpático apóstol de las ideas nuevas, sociólogo de empuje revolucionario; á Anatole France, el ironista rebelaisiano, novelador de hondas perspicacias, observador profundo de la vida. — Todos nos han

hecho ver, oír, sentir las vigorosas manifestaciones de sus respetivos talentos; los hemos admirado y aplaudido; los hemos rodeado de todos los homenajes merecidos. — Nadie podrá culparnos de frialdad é indiferencia con huéspedes ilustres.

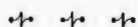
Pero es necesario decirlo: no hemos experimentado delante de ellos (sobre todo delante de Ferrero y de France) la impresión completa, perfecta, integral de sus intelectualidades, mucho más prestigiosas para nosotros á la distancia que entre nosotros mismos. — ¿Por qué razón? — No nos lo explicamos de otra manera que por el hecho de que tanto unos como otros, no habían venido á América á realizar un propósito puramente intelectual, de propaganda, de asimilación, de observación ó de estudio. — Habían venido á América contratados para decirnos mucho de lo que ya les habíamos leído, mucho de lo que no podían enseñarnos, mucho de lo que nosotros sabíamos mejor, gracias á ellos mismos y gracias á otros. — Abstrayéndonos un momento de sus disertaciones, veíamos en ellos el «modus operandi» de empresarios preocupados del movimiento de boletería, mientras nos hablaban de arte, de literatura y de historia. — No criticamos, entiéndase bien el procedimiento. Solo dejamos constancia del hecho que quitaba á las visitas de ciertos hombres eminentes el carácter altruista y elevado de una misión genuinamente intelectual. — El trabajo mental se debe pagar y se debe pagar bien. — Sobre esto no hay duda. — Pero tampoco es menos indudable que mucho de lo que nos han traído, bastante manoseado anteriormente, por los demás, en otras tribunas, ya lo habíamos pagado adquiriendo los libros en que todo eso estaba escrito ó pensado. Sabíamos que no se nos visitaba por conocerse nos, por hacer estudios de nuestro ambiente, por observar, medir y analizar nuestra cultura y nuestras aptitudes. Sabíamos que, después de dejar nuestras plazas, se nos olvidaría sencillamente. — Y llegamos á saber más: que para engolosinarnos se iba á hablar de nosotros, al día siguiente de la

(1) De *El Día*. Montevideo, Octubre 9 de 1909.

llegada, mirándonos del balcón del hotel y que se iba á decir de nosotros, delante de nosotros, lo que ignorábamos por no haber sucedido jamás!—Ni como factores de propaganda nos servirían nuestros huéspedes eximios, pues fuera de cuatro palabras triviales, han olvidado todo lo bueno que les brindara una observación segura, para recordar simplicidades aldeanas, con menosprecio evidente para los que produjeron menos... Las impresiones ulteriores se han medido también por la etiqueta.

El Sr. Altamira está en otras condiciones: su misión y su carácter son otros.—El, sí, es un mensajero intelectual en toda la pureza del término.—Es el representante eminente de un gran centro de enseñanza que viene á estrechar vínculos y relaciones, á solidarizar esfuerzos mentales, á acercar y conocer factores locales de cultura, para realizar una obra fecunda de confraternidad, de compenetración espiritual, entre la madre común y los pueblos nuevos que se entroncan en su tradición.—Altamira transporta, consigo, su cátedra de Oviedo y hace de nuestras Universidades y centros educativos, su propia aula, provisoria, demasiado breve infelizmente.—Y así como viene á enseñar, viene á aprender; viene á decirnos lo que él piensa de varios problemas; pero viene también á saber cómo pensamos nosotros, cómo sentimos, cómo nos criamos y nos creamos á la vez, dentro de moldes personales propios, singularísimos.—En Buenos Aires, como en Santiago, como en Quito, como en Nueva York, como en Montevideo, el profesor de la gran universidad española es, sin desdoblarse su personalidad, el profesor local de la cátedra que ocupa, en nombre de su claustro, no por interés subalterno; en nombre de una alta finalidad solidaria y altruista, no en nombre de una razón exclusiva de bolsillo ó de empresa.

He ahí porque, á la vez que admiramos y aplaudimos el talento del profesor Altamira, consideramos y respetamos su personalidad, sin que una sombra desmerezca la integridad de sus prestigios intelectuales.—No hay detrás de él un empresario; hay toda una universidad que él representa y él dignifica. Nuestro claustro se honra con su presencia.—Y estamos seguros de que él, el eminente profesor de Oviedo, ha de saber decir á su claustro, cuando á él vuelva, más laureado que nunca, que en nuestro país ha hallado también universidades y profesores que pueden, sin desdoro, participar de la confederación intelectual que él prepara y auspicia con la fecunda iniciativa de su noble embajada.



LA PARTIDA DEL MAESTRO

Impresiones que lleva é impresiones que deja

Terminada la breve y brillante serie de conferencias iniciadas en la Universidad, abandona hoy el suelo uruguayo el ilustre pensador y escritor alicantino Rafael Altamira.

Pocos días ha permanecido el autor de «Cosas del día» entre nosotros, empleándolos en hacer conocer de los universitarios, de los maestros, de los intelectuales en general, una España casi ignorada y una fuerza casi insospechada: la fuerza que la madre patria tiene en sus hombres de estudio, en sus hombres de talento, en los hombres que, alejados del mundanal ruido, buscan en la cátedra, en la escuela, en el libro, la educación del pueblo y el mejoramiento por lo tanto, de la raza.

Altamira no vino, como la mayor parte de los conferenciantes que nos han visitado, á descubrir mundos ni á deslumbrar espíritus: vino sencillamente á hablarnos de cosas serias, de cosas útiles, de cosas necesarias para la cultura, para el bienestar, para la vida espiritual de estos países en relación con España, y viceversa. Y eso lo ha hecho admirablemente, magníficamente, sin poner en su empeño noble, que es el empeño de la Universidad de Oviedo, más que su ilustración profunda y su alma franca, sincera, de sinceridad verdaderamente castellana.

El éxito brillantísimo que ha conseguido en su misión—éxito tan brillantísimo como merecido para el académico y para el hombre de letras—se debe á esa sencillez que fluye espontáneamente de toda su persona, y que dá más prestigio, más actividad, más fuerza á su frase galana, que encanta y sugestiona, que suena á música deliciosa en el oído y deja al propio tiempo en el espíritu una sensación de deleite infinito... No ha sido el artista el que se ha impuesto con su actitud arrogante, con su dialéctica sonora, con la amenidad de sus temas, sinó el hombre de ciencia, el universitario, el sembrador de ideas, el que con la lógica de sus razonamientos, con la verdad de sus afirmaciones, con los resplandores de su cerebro, en plena irradiación de vida, ha conquistado todas las simpatías, todas las admiraciones, todas las amistades que le han servido de cortejo desde su llegada á Montevideo y que le acompañarán en su noble peregrinación por los países que va á visitar y le seguirán luego hasta su silencioso retiro de Oviedo.

Mucho bueno nos deja el ilustre escritor y mucho bueno también lleva de nuestro afecto hácia él y hácia España, cuyo espíritu nuevo encanta de manera prodigiosa. Deja aquí Al-

tamira la semilla, que ha de ser fecunda, de su pensamiento altísimo, y se lleva en cambio la impresión de un pueblo joven, que ama la sinceridad sobre todas las cosas, y que si bien no ha adquirido todavía el grado intelectual deseado, trata por todos los medios de conquistarlo. Deja aquí, en todos los que le oyeron y le trataron, una impresión de bondad, de sencillez, de altruismo sincero,—adivinada ya al través de sus libros de historia, de ciencia, crítica, etc.,—y lleva consigo, en cambio, el cariño y respeto de un pueblo que, al agasajarlo, no ha perseguido un simple gesto de vanidad, sinó que ha traducido fielmente en sus manifestaciones habladas y escritas, el placer grandísimo con que ¡al fin! ha podido saludar á un espíritu superior, verdaderamente superior, que venía á buscar, no el interés material de su labor de artista ó de sabio, sinó el placer de recoger sensaciones, á trueque de las que él traía en su maleta de viaje, para hacerlas conocer en los viejos pueblos de Europa. Y en este sentido, lo repetimos, el pasaje rápido de Altamira por esta capital ha sido y será fecundo. Para nosotros, desde luego, más que para las universidades españolas, que no injustamente gozan de fama mundial, como para nosotros

también todos los honores de la visita del insigne conferenciante, que señala con su presencia un momento magnífico y hasta ahora único en nuestra vida intelectual...

El maestro nos abandona esta tarde, llamado por otros públicos, por otras universidades que desean oír también su autorizada voz; pero no nos abandona con el ánimo de no volver más á estas playas, que como suyas recordará siempre, porque como á uno de los suyos y de los más preferidos ha recibido. Promete el notable escritor estar aquí pronto, dentro de un año y medio, á fin de continuar estrechando vínculos universitarios y de concluir la obra emprendida ahora y que tanto ha de influir en tiempo no lejano en la mayor difusión y solidez de la cultura de los pueblos latinos.

LA RAZON, que en la mañana del 2 de Julio de 1909 se trasladó á bordo del «Avón» para adelantar su saludo de bienvenida al ilustre catedrático de Oviedo, envía hoy su más cordial ¡hasta la vista! al hombre que, al revelar en sus conferencias la nobleza de sus sentimientos y la lealtad de sus ambiciones, puso en transparencia el alma grande y luminosa de España nueva, vigorosa, sedienta de saber, de humanidad y de justicia...



Conferencia dada por el Profesor Don Rafael Altamira ⁽¹⁾

En el Prince George's Hall á la FEDERACION
UNIVERSITARIA el 30 de Septiembre de 1909.

Amigos míos: No quiero sentarme detrás de la mesa porque eso daría á esta charla un aire de conferencia. Yo no quiero una conferencia, quiero un rato de expansión de espíritu con vosotros.

En ese rato voy á pensar en voz alta de mis compañeros de trabajo, delante de mis estudiantes. Voy á ir diciendo lo que brote quizá de una manera incoherente de mí espíritu; pero, tened la seguridad de que aún por falta de sistema esta conversación sea inferior á las conferencias que la han precedido, será superior en la espontaneidad y en la sinceridad profunda de los conceptos que en ella vierta.

Cuando llegué á Buenos Aires, cuando el vapor tocó en vuestro muelle, cuando se tendió la escala

y comenzaron á subir los que esperaban á los viajeros, se hizo una irrupción de caras desconocidas para mí. Yo luchaba en mi espíritu entre el desasosiego que produce siempre la llegada á un país extraño (que es, por mucho que uno haya leído respecto de él, una incógnita, un interrogante psicológico) y el deseo de que terminase de una vez el viaje y me encontrase en el terreno de la acción, para lo cual venía enviado por la Universidad de Oviedo; y en aquella incertidumbre, en aquella lucha de sentimientos—un poco de temor de un lado, un poco de deseos de comenzar, por otro—me ví de repente trasladado á la tierra asturiana. El milagro se había operado por una circunstancia feliz. A mi lado, de pronto, se habían congregado seis estudiantes de la Universidad ovetense; seis alumnos míos; seis muchachos en los cuales yo había puesto algo de mi espíritu—con el afán con que hago mi cátedra—y

(1) Publicada en la Revista «Círculo Médico Argentino y Centro de Estudiantes de Medicina» de Buenos Aires.

que se encontraban, por una serie de circunstancias, en tierra argentina y venían á saludar á su antiguo maestro.

Me parecía que de repente el «Avon», el Puerto de Buenos Aires, el grandioso espectáculo de esta Ciudad inmensa que se abría ante mis ojos, desaparecía y volvía otra vez el tenue gris de la tierra asturiana y la silueta de la alta torre de la Catedral que casi sombrea el edificio de la Universidad.

¿Por qué venían aquellos muchachos á recibirme? ¿Por qué me rodeaban? ¿Por qué me producían en el mismo momento en que yo entraba en tierra extraña, la ilusión de que se unían mi cuerpo y mi espíritu, con la tierra que acababa de dejar?

Venían, porque á pesar de haber salido de la Universidad, entre ellos y yo quedaba un lazo. Ese lazo, era un lazo de afecto! Ellos me querían, y me querían como quieren á mis compañeros ovetenses. Nos quieren por la forma especial de vida que hacemos allí.

En primer término, porque ellos saben que nosotros tenemos como principal interés de la enseñanza, el de su propio aprovechamiento; que preside á todos nuestros actos el deseo, por lo menos, de la más absoluta justicia y que aún en ese trance desagradable del examen — que yo considero como la falla de la carrera del profesor — en ese trance que suele separar á los alumnos y á los maestros, que suele suscitar rencillas y animosidades que á veces duran toda la vida y que se cobran en el momento propicio; — aún en ese trance, la relación de afecto no se rompe entre ellos y nosotros, porque saben bien que podremos engañarnos pero que jamás cometemos á sabiendas una injusticia.

Y de aquí el fenómeno curioso de que los estudiantes de Oviedo salen siempre los mejores amigos de los profesores de quienes han recibido ó no molestias.

Saben bien que allí no tenemos el fin, pedantesco y pueril, de algunos profesores que yo he conocido andando por el mundo y que tienen como lema de sus relaciones con los discípulos en este particular, la de reventarlos todo lo posible. Allí por el contrario tenemos un sentimiento tan profundo cuando alguna vez tenemos que decirle á algún muchacho: «Vd. no puede continuar», que podría recordar al Alcalde de Totana que se moría de pena porque le habían sacado corto el chaleco á un vecino... Os lo digo sinceramente: nos suele causar un disgusto que puede ser mayor que el que tiene el alumno al recibir la noticia...

Por otra parte, nosotros hacemos una vida muy familiar con ellos. Vida familiar en la cátedra, donde los agregamos á nuestra labor. Oviedo es una ciudad pequeña, provinciana, familiar, donde nos conocemos todos, donde nos encontramos á cada momento, un

día en el bar, otro en la plaza, ó paseando, más de una vez en grupos que forman conjuntamente profesores y alumnos sin distinción de ningún género, como buenos compañeros, como buenos amigos que en los momentos de descanso de la vida de academia charlan sobre la multitud de cosas que preocupan á los hombres y que no pueden tratarse dentro de las horas de trabajo universitario.

Y luego, de cuando en cuando, salimos al campo, visitamos monumentos, admiramos paisajes y vamos juntos maestros y discípulos como camaradas, con nuestra merienda en los bolsillos, dispuestos á regodearnos en plena naturaleza, á sentarnos sobre la yerba fresca de los prados ovetenses y dispuestos á gozar en una charla familiar, íntima, de las delicias del paisaje y del placer, del solaz espiritual que el cambio de ideas produce...

Y todavía más, porque tenemos un día de fiesta,



LA PLATA.—Avenida de «Rafael Altamiras», antes Bosque de Santa Catalina.

de asueto, en que profesores y alumnos, en que los grupos de cada año universitario con el grupo correspondiente de sus profesores, hacen una excursión un poco más larga, pero con la misma intimidad, en las mismas condiciones de vida familiar; y tened en cuenta que eso se hace unos días antes de los exámenes, y puedo aseguraros que jamás atravesó por la imaginación de nadie la preocupación de que días después aquellos compañeros van á convertirse los unos en reos y los otros en jueces, ni cupo jamás en la mente de un estudiante de Oviedo que por aquella comunicación familiar fuéramos á faltar á principios fundamentales de nuestro ministerio!

Pero todavía creo que nos acerca mucho más que estas cosas, otra que tiene influencia grandísima en la vida docente; y es, que de la misma manera que nosotros los tratamos á ellos como compañeros en todas las manifestaciones del vivir; que los consideramos como muchachos que, á parte del contacto puramente docente, tienen otra porción de cosas, mediante las cuales se ponen naturalmente en relación con nuestro espíritu,—nosotros nos descubri-

mos á ellos con entera franqueza y están habituados á vernos, no con la autoridad de «dómine» que mantiene siempre la superioridad sobre el discípulo y que guarda secreta la cuchilla del maestro, sinó como hombres que sinceramente, si hay lugar á ello, dicen que una porción de cosas de la ciencia que cultivan, no las saben; que respecto de otra porción de cosas, dudan; y que se consideran siempre en situación de ser rectificadas ó de ser superados por un estudiante que con penetración verdadera, especializa en el mismo campo que ellos trabajan.

Y esa sinceridad con que nos mostramos á ellos; esa manera natural con que deponemos en absoluto la vanidad del profesor (que suele ser la valla más honda que separa al maestro de sus discípulos) creo yo que es lo que más nos acerca, dejándonos ver así de una manera sencilla al igual que ellos, como hombres que no tienen más superioridad que la de haber empezado más temprano el camino.

Es así como nosotros fortalecemos el lazo que une á los estudiantes, después de haber transcurrido muchos años de vida universitaria, conservan el mismo calor, la misma frescura de sentimientos para con sus maestros.

Pero, con respecto á vosotros, yo me encontraba en la incertidumbre sincera que tengo siempre respecto de mi trabajo, en la duda que me acomete á cada momento en cuanto á todo aquello en que pongo la mano. Yo me decía: ¿Pero qué habré hecho yo en la Argentina para que los estudiantes se acuerden de mí? Ellos que están cansados de cátedras, de conferencias! Una cátedra más, una serie de conferencias ¿qué había de importarles?; antes, lo natural sería que les cansase;—y en vez de eso, yo me encuentro con el fenómeno extraño, inusitado, que ellos expresan hacia mí una corriente de simpatía de las que, por la franqueza de sus manifestaciones, no pueden de ninguna manera colocarse en el campo de las cosas que pertenecen á la pura cortesía. Y pensando en como podría haberse esto verificado, no habiéndose producido el contacto con ellos como lo pude tener con mis discípulos de Oviedo, pensando en esto, cayó en mis manos un número de cierto periódico de Buenos Aires, que relata una interview con uno de vuestros presidentes y en ella, hablando de la Federación Universitaria, de sus anhelos, de los fines que perseguía, encontré esta nota: «Nosotros, una de las cosas que queremos es llegar á propiciar la intimidad con los profesores, viviendo con ellos en un pie de familiaridad, de compañerismo en el trabajo, haciéndonos verdaderos colaboradores y fundiéndonos en un mismo espíritu dentro de la obra universitaria.» Y dije: Aquí está la explicación del enigma. Esto, que es una aspiración de los estudiantes de Buenos Aires; esto que es una aspiración de la Federación Universitaria, esto que ellos quieren convertir en la ley de la vida su Casa, esto lo han visto en mí como representante de la Universidad de Oviedo. Saben que allí vivimos formando un solo cuerpo los unos y los otros, y el fenómeno que se ha producido es sencillamente este: Aquél pequeño grupo de 6 ó 7 alumnos de la Universidad de Oviedo,

que me rodeaban en el vapor *Avon* se ha extendido, se ha ampliado y comprenden la Federación Universitaria.

Y ahora os diré por qué me interesan á mí los estudiantes.

Me interesan por tres cosas: En primer lugar, desde el punto de vista de la obra de la enseñanza, porque yo considero que ellos son el verdadero factor activo dentro de ella: el factor con que es preciso contar en primer término para que la enseñanza sea lo que debe ser, porque si él no muestra verdadero afán, si él no pusiera lo mejor de su espíritu en esa obra, sería perfectamente inútil todo esfuerzo que el profesor hiciera. Me interesan porque yo veo en ellos almas que comienzan á abrirse, espíritus que inician su contacto con la realidad, todos llenos de ansias, todos llenos de esperanzas, cuajados de cualidades—las unas buenas, las otras malas, como cada hijo de vecino; y siento por ellos la inquietud que se siente por algo que pudiera llegar á ser un fruto saneado, un fruto que rinda consecuencias excelentes por su patria, puede por concatenaciones difíciles de evitar en la vida, malograrse y convertirse en algo inútil para la patria é inútil para sí mismo! Y esa misma inquietud que sentían antiguamente los teólogos y los moralistas por la salvación del alma, desde el punto de vista religioso; esa inquietud sentía yo por cada espíritu joven, por la salvación suya en la vida. Siento el temor de que todas aquellas cosas buenas que comienzan á florecer, que todos aquellos ideales puros, que toda aquella posibilidad de entusiasmos grandes por las grandes cosas de la vida, se malogren y se agosten al contacto del egoísmo, de las pequeñeces, de la ruindad del medio ambiente, y acudo solícito, en toda la parte que á mí me es posible, á evitar todo error, á evitar todo extravío en el camino, á salvar un espíritu más—en aquella parte en que un espíritu puede inflir sobre otro, sabiendo ya de antemano que, por muy grande que sea el esfuerzo que uno haga sobre otra alma, siempre habrá un elemento absolutamente imposible de prever que tendrá allí actuación tal vez mayor. Y como yo he visto fracasar tantos espíritus; como yo he visto tantos jóvenes destinados á ser grandes lumbreras en su país, á ser un exponente de progreso en la patria suya, malograrse y extraviarse por completo y ser inútiles para sí propios y también para el mundo entero—¡considerad con cuanto temor, y al mismo tiempo con cuanta solicitud, he de seguir paso á paso ese movimiento del alma que se presenta ante mis ojos, que va poco á poco esbozando el reflejo de todas las impresiones que recibe y que muchas veces se hunde, sencillamente porque no tiene una mano que se le tienda á tiempo y que lo salve del abismo.

Y por último, amigos míos, hay otra cosa por la cual me interesáis también. Esa cosa ya no se refiere á vosotros mismos. Se refiere á algo que está por encima de vosotros. Se refiere al porvenir de la patria y de la humanidad. El está en vuestras manos. Vosotros sois nuestros herederos naturales. Lo que la patria tenga que ser, lo será por obra vuestra. Así,

vuestro acierto en la vida lleva consigo, no el porvenir y la felicidad de un individuo, sino el porvenir de un mundo entero. ¡la humanidad! y ésta es cosa demasiado seria para que un profesor que en cierto modo es un parteador de espíritus, un padre de almas que se abre a la vida nueva, y considere que cumple perfectamente con su misión estando una hora detrás de una *mesa* explicando cosas que están perfectamente dichas, en la mayor parte de las veces, en un libro!...

De ahí que mi contacto con los estudiantes salga de los límites propiamente docentes. Yo aspiro á ser para ellos algo así como un confesor, como un hombre que, dotado de la experiencia que los años cargan sobre nosotros—queramos ó no queramos—cree que uno de los deberes de su vida consiste en volcar esa experiencia y ponerla al servicio de los que comienzan la vida.

Y usando de ella, usando de esa fuerza que en mí está por razón de la diferencia de edades que hay entre vosotros y yo, quiero deciros algunas cosas que se refieren á vuestros propios problemas.

Uno de ellos es este: Váis á tener vuestra casa. Váis á tener un centro material de cohesión. Váis á tener hogar. El hogar estrecha siempre. El hogar une. El hogar crea costumbres en la vida, allí se vinculan y se estrechan y de esa manera matan muchos prejuicios, muchas antipatías puramente sentimentales y los espíritus aprendan á conocerse, que es como aprender á amarse.

Pues bien, yo os digo que cultivéis vuestra casa, no sólo con ánimo de ostentación, no sólo como lugar de actividades donde os reunáis para las fiestas extraordinarias, sino como sitio en que os encontréis á diario; como sitio en que conviviáis verdaderamente para todas las cosas que puedan importar en la vida estudiantil y en la vida humana, á que pertenecéis también! Cultivad la sociabilidad. Ella es planta un poco rara y difícil de vivir en tierra de raza latina. Tenemos un exceso grande de individualismo; ya nos lo han visto los psicólogos. Ese individualismo ha sido creador de grandes obras; pero ha sido también, creador de grandes desdichas. Corregillo, infundiendo en el alma latina, á la cual pertenecemos vosotros y nosotros, esa firmeza que han sabido crear y mantener de una manera alta, los pueblos sajones. Hacedlo de manera que cuando forméis vuestra sociabilidad y os separéis, el hogar en que habéis vivido la vida estudiantil y el de la universidad, opere de tal manera que el lazo no se rompa de ningún modo y que ese lazo social os acompañe en todas las acciones futuras, á tal punto, que por encima de las diferencias de edad ó de intereses, reconozcáis siempre en la vida al hermano de la universidad y le tendáis la mano, que tengáis el gesto generoso de tenderle la mano malogrando todos los intereses y todas las cosas que puedan seros contrarias!...

Además, de esto amigos míos, no séais pedantes. Permitidme que os lo diga. Esa es una enfermedad de la juventud. Como yo la he pasado, no tengo reparo ninguno en decirlo y lo comprobarán todos

los que sean sinceros.... sólo que es una enfermedad que en algunos pasa, en otros dura toda la vida! Es preciso que procuréis que no dure más que algunos años, esos años en que la pedantería es como la excrecencia de la afirmación de la propia personalidad, que asegura su potencia de creación en frente del mundo y se cree capaz de grandes obras. ¡Esa es una fuerza! Pero cuando esa fuerza perdura en momentos en que es preciso sumar y no restar; en que es preciso hacer obra colectiva y no egoísta y separada, entonces se convierte en un mal, se convierte sencillamente en el egoísmo, en la afirmación de que yo no sólo soy lo que valgo más en el modo, sino que el mundo entero tiene que estar mirándome.

Si vosotros queréis seguir por el camino de la ciencia, la pedantería será un pesadísimo bagaje, porque estará poniendo un obstáculo constantemente en el camino de los descubrimientos de la verdad, si esa verdad la ha de descubrir otro. Ahora bien. Los grandes sabios han sido siempre los hombres que no han tenido dificultad ninguna para reconocer la obra que otros han aportado. Hay una vanidad que se puede conceder al científico: es la vanidad del hacer; pero la vanidad comparativa, que consiste en creerse más que el resto de los trabajadores, está completamente reñida con toda obra fecunda.

Vosotros tendréis que hacer obra seria en todos los órdenes de la actividad. La haréis en las artes, en la política, en las letras, etc., la tendréis que hacer todos los días y alguna vez, resolviendo graves problemas. ¡No os cuidéis solo de las vuestras, y resolvedlos en bien de la humanidad.

Por último, amigos míos, os diré otra cosa. No tengáis prisa, no tengáis prisa por llegar. Llega el que quiere—todavía más que el que puede.

Pero el querer en este caso consiste en hacer labor serena, solícita; en difundir la propia originalidad sobre la base del trabajo; en tener derecho á que el mundo se fije en uno y lo llame. ¡Cuando es el mundo quien llama, se tiene la seguridad de ocupar un puesto dignificado y hacer una obra seria! ¡Cuando se fuerza la opinión y se precipita uno en el terreno que todavía no tiene derecho á ocupar, el fracaso es seguro! Porque aún cuando no venga el fracaso, viene otra cosa. ¡Viene la usurpación!... Y en los momentos de honda meditación con nosotros mismos, en los momentos de examen de conciencia, que el que no es puramente frívolo—y el que lo sea no nos importa—tiene alguna vez con su propio espíritu, él nos acusará con la vergüenza por las cosas que en el mundo hacemos sin derecho bastante y por las que obligamos á los demás á que hagan respecto á nosotros!

Tiene Leopardi, entre sus hermosas poesías, una que concluye de este admirable modo: (Está hablando del día de la fiesta que termina, de las últimas horas en que se despierta—los estudiantes lo saben todavía mejor que nadie—otra vez la tristeza del nuevo día de trabajo.)

Questo di sette è il piú gradito giorno,
Pien di spene e di gioia:
Diman, tristezza e noia
Recherán l'ore, ed al travaglio usato
Ciascuno in suo pensier farà ritorno.

Este es el día de fiesta, la tarde del día de fiesta, verdaderamente triste. Va á empezar el mañana y volverá el fastidio de la labor cotidiana, y todo el mundo traerá sobre sí el peso del trabajo, que implica la vida y que le da esa tristeza del poeta.

Y sigue dirigiéndose al muchacho á quien describe la fiesta.

Garzoncello scherzoso,
Cotesta etá fiorita
E come un giorno d'allegrazia pieno
Giorno chiaro, sereno,
Che precorre alla festa di tua vita.

Gode, fanciullo mio: stato soave,
Stagion lieta é cotesta.
Altro dirte non vó; ma la tua festa
Ch'anco tardi a venir, non ti sia grave.

Seguid el consejo de Leopardi. No os preocupe que vuestro día de fiesta tarde algo. El vendrá cuando sea razón.

Y ahora, antes de separarme de vosotros, dos palabras todavía; sintiendo que esas palabras tengan que referirse á mí.

En vosotros ha surgido una idea que se me refiere. Una idea que yo he conocido por los periódicos y respecto de la cual lo único que me ha preocupado es saber esto. La espontaneidad con que se ha producido en el seno de los estudiantes argentinos. Me basta eso. La idea en sí, yo no la puedo discutir. Esa es una de las cosas que se acatan, que no se discuten. Pero á mí me importa sobre todo, esto: Que ella sea de vosotros, que sea de estudiantes y de estudiantes argentinos, por lo cual yo os voy á pedir un favor: Que si la idea sigue su camino, no aceptéis el concurso de nadie que no sea trabajador intelectual argentino, quiero decir, alumno presente de un establecimiento de enseñanza de vuestro país ó que mantenga con ellos lazos de relación íntima y próxima. Deseo que vuestra idea, si alguna vez es realidad, sea una obra enteramente argentina.

Todavía os tengo que pedir otro favor y es que si se realiza, permitáis que en ella, el nombre de vuestra patria se ostente en primer término. Si ese hogar con que me ha brindado vuestra simpatía llega alguna vez á levantarse, usando de una palabra francesa, pero que ha entrado ya en el idioma castellano, con las que designamos las casas modestas donde vive independiente una familia, esa casa yo quiero que se llame así: «VILLA ARGENTINA». Es el último favor que tenía que pedirlos.

Estas palabras del profesor Altamira, acogidas por un numeroso auditorio de estudiantes con prolongados aplausos, fueron precedidas por un saludo con que el Sr. Héctor A. Taborda recibió en el escenario al ilustre conferenciante.

He aquí dicho discurso:

Señores: El Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, reunido en Montevideo en Enero de 1908, emitió el voto de que las delegaciones á él concurrentes gestionaran en sus respectivos países el reconocimiento del 21 de Septiembre, pri-

mer día de primavera, como Día de los estudiantes. Respondiendo á tan bello propósito, la Federación Universitaria de Buenos Aires, por su parte, requirió la sanción correspondiente ante la Universidad, y ésta puso inmediatamente su visto bueno á la solicitud, declarándolo día feriado.

Los estudiantes teníamos, pues, nuestra fiesta anual y era menester celebrarla con dignidad y alegría. Delicada empresa, por cierto. Había que apartarse de los rituales comunes, con un gesto nuevo que á un tiempo fuera revelador de sana energía y alta aspiración. Algo que trasuntara en su eficiente realidad todos los íntimos anhelos de progreso, grandeza y saber de la juventud universitaria. Y como la voz de la raza estalla cordial en la hora de las faustas celebraciones, ella nos recordó—¡loada sea esa voz!—que sobre el suelo de la patria refulgía la preclaramente de un gran hijo de nuestra amada España. El espíritu colectivo se expande en sus instantes felices y salva inesperadamente los más vastos límites. Podíamos acudir á la brillante intelectualidad de nuestro país en aquella demanda; pero, la presencia del eminente profesor de la Universidad de Oviedo, don Rafael Altamira, uniformó en el acto todas las opiniones y estuvimos prontos á escuchar su palabra.

No obstante, deberes preexistentes priváronos de oírla en aquel momento, y aunque la fecha haya pasado, permitid, señor Altamira, que al hablaros en nombre de la Federación Universitaria, recuerde lo que entonces tenía pensado deciros, ya que en vos existió el deseo de cooperar al éxito de nuestra fiesta, y para nosotros estaréis siempre ligado al recuerdo de ella.

Sr. Altamira: Acaso nuestra resolución de pedirlos una conferencia para celebrar, por vez primera en el país, el Día de los Estudiantes, haya determinado en nuestro espíritu una sensación de sorpresa. La juventud, en todas las regiones del globo, y singularmente la juventud universitaria, tiene fama de expansiva, jovial y estrepitosa en la exteriorización de sus triunfos, ó la celebración de sus grandes días. Hasta diríase que el romanticismo, proscrito de la literatura y las costumbres sociales, se ha refugiado en la juventud de las universidades europeas, la cual viste uniformes característicos ó lleva distintivos especiales en su paso por las aulas. Y bien, señor, los estudiantes argentinos no constituimos una excepción á esa regla natural. Llevamos el alma orlada de los mismos grandes ensueños y también alentamos en nuestra briosidad idealidad un gran anhelo de vida romántica, que materialmente ha de concretarse, dentro de poco tiempo, en lo que, según ya sabréis, se llamará para orgullo nuestro y garantía de un porvenir mejor, la «Casa de los Estudiantes.» Allí habrá un alojamiento suntuoso para los profesores y hombres de ciencia que visiten este país. ¡Y podéis imagináros la satisfacción mayor que experimentaríamos, si construido ya aquél vasto y caluroso hogar, os hubiéramos recibido en él, con el hondo cariño de discípulos que abren su alma para hospedar á un dilecto maestro que anda por lejanas tierras difundiendo el verbo luminoso de la verdad! Porque,

señor, la inmensa familia estudiosa del mundo es una sola. Idénticos móviles la impulsan, análogos procedimientos la acompañan, fines semejantes la orientan. De ahí que, antes de haberlos visto, conozcamos y admiremos á muchos maestros, deseando estar junto á ellos alguna vez. Sabíamos de vuestras raras aptitudes pedagógicas, que en Oviedo vuestra cátedra es rica fuente de saber, que bregáis con abinco por la extensión de los conocimientos propiciando así la necesaria y legítima intervención de las universidades y de los universitarios, en la elevación moral é intelectual del os pueblos. Y dilatando aún más la esfera de vuestro pensamiento y vuestra acción, transponéis las fronteras de la patria, surcáis el océano venís á sorprender nuestra deliciosa ansiedad con la primavera gallardía de vuestros años. Porque vuestras canas cubren, ó mejor dicho platean una juvenilidad desusada en espíritus, que tras largo empeño alcanzan las cimas del saber.

Esa figura de varón sabio y fuerte, cubierta de nieve, pero siempre con la radiante alegría del ideal, esa es la que nos ha conmovido hasta lo más íntimo. Y como queríamos celebrar nuestro Día por vez primera, buscábamos algo que á un tiempo fuera digno —tal vez vuestra palabra henchida de experiencia— y desbordante del gozo de vivir,—tal la inmarcesible primavera de vuestro espíritu. Por eso quisimos poner bajo los auspicios de vuestro nombre aquella conmemoración inicial.

Hémos ahora en el adiós de la despedida. Cumplido ya brillantemente vuestro ciclo de conferen-

cias, estáis á punto de retornar. Es la ley inexorable que hoy nos congrega en suave calor de efusiones y mañana nos desparrama por el haz del orbe en cumplimiento de nuestros destinos.

Pero es incierto que os vayáis. Los que dejan afectos, se quedan. Y vos, señor, por el privilegio de vuestra digna mentalidad, habéis vinculado extensamente vuestro nombre á nuestros anales universitarios. Os recordarán siempre los que escucharon vuestra docta palabra; el alma que anima las aulas de la vieja Universidad de Buenos Aires y de su floreciente hermana platense, conservará el eco de vuestra enseñanza; la figura del maestro de Oviedo palpitará en su seno como una incitación permanente á la fraternidad internacional, porque, para decirlo todo, vuestra visita nos regocija, más que por sus consecuencias intelectuales, por su cordial eficacia. Con vuestra presencia hemos sentido despertar vivas simpatías por la juventud universitaria española. Los discípulos de allá y los de acá nos hallamos unidos en un mismo sentimiento de admiración y entusiasmo ante el maestro común.

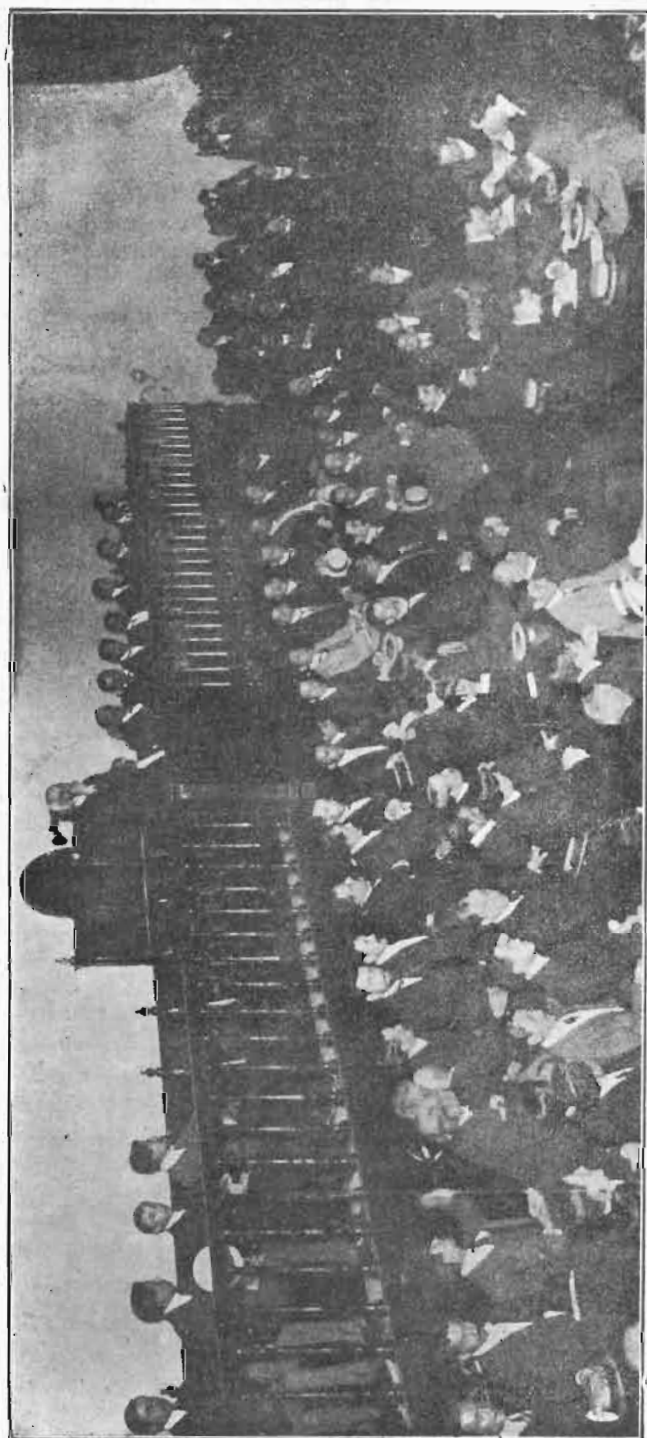
¡Sirva esta feliz circunstancia para anudar por siempre el alma estudiosa de las aulas peninsulares y argentinas!

Por todo ello, señor Altamira, no podemos decir adiós. Consideraremos vuestra partida como alejamiento temporario del maestro que ha de volver á repartir el fruto de sus nuevas meditaciones entre sus discípulos ultramarinos.





CONFERENCIAS que el ilustre maestro Altamira dió en las diferentes Facultades y Escuelas especiales, de las distintas regiones hispanoamericanas, en donde hizo su viaje triunfal de «Intercambio Universitario».



FERÚ.—Conferencia del Sr. Altamira en la Facultad de Letras.

Buenos Aires

Facultad de Derecho.—En esta Facultad de Derecho, explicó el Sr. Altamira, un curso de DIEZ lecciones sobre «Organización de los estudios jurídicos é Historia general del Derecho español».

Facultad de Filosofía y Letras.—En esta Facultad de Filosofía y Letras, explicó también el señor Altamira NUEVE lecciones sobre diferentes temas de *Pedagogía, Literatura é Historia.*

Argentina

Universidad Nacional de Santa Fe.—En esta Universidad dió el Sr. Altamira UNA interesante conferencia, sobre el tema «El espíritu universitario».

Universidad de Córdoba.—*Rosario de Santa Fe.*—En esta Universidad dió también una conferencia sobre educación á los maestros y otras TRES conferencias más sobre materia jurídica.

Universidad de Montevideo.—En esta Universidad explicó también el Sr. Altamira CUATRO conferencias sobre asuntos universitarios é Historia de España.

Otra conferencia que dió á los maestros sobre «El espíritu de la educación.

Perú

Universidad del Perú.—En esta Universidad dió TRES conferencias, sobre «Extensión universi-

taria de la Universidad moderna», «Método de la Historia». UNA para los estudiantes sobre «Los ideales de la vida». OTRA en el Ateneo sobre «El sueño de una noche de verano» con música de Mendelson. UNA á los obreros sobre «Educación popular» y varios discursos pronunciados en diversos banquetes y actos de recepción oficial.

Méjico

Universidad de Méjico.—En esta universidad dió el señor Altamira CUATRO conferencias sobre «Estudios jurídicos.» UNA en la Escuela Nacional Preparatoria sobre «Organización universitaria». OTRA en la Escuela de Artes y Oficios sobre la «Extensión universitaria». OTRA en el Colegio militar, sobre la «Educación jurídica de los militares». OTRA en la Academia de jurisprudencia sobre «Las ciencias jurídi-



LIMA.—Comitiva de los estudiantes al salir de la conferencia dada por el Sr. Altamira en la Facultad de Medicina.



LIMA.—Comitiva de los estudiantes al salir de la conferencia dada por el Sr. Altamira en la Facultad de Medicina.

cas españolas del sig'o XVIII». TRES en el Colegio de Abogados sobre «Ideas jurídicas modernas en España». «El Renacimiento romanista del siglo XIII» y «El problema del respeto á la Ley en la literatura griega». OTRA en la Asociación de Ingeniería y Arquitectos sobre las «Funciones sociales de estas profesiones». OTRA en el Centro Asturiano

sobre «Educación de los emigrantes». OTRA en el Centro de Abarrotes, sobre la «Misión de las Colonias españolas en América». Dos en el Casino español sobre «El progreso americanista de la

Universidad de Oviedo» y El «Peer Gynt» de Ibsen. UNA en Veracruz sobre «La Universidad de Oviedo y el viaje á América. UNA en el Museo histórico mejicano sobre los «Principios de la Ciencia de la Historia». Varios discursos en diversos banquetes y actos de recepción oficial.

Mérida de Yucatán

Dió TRES conferencias organizadas por la Colonia española y las autoridades provinciales. Dos discursos: UNO en el Casino español y OTRO en la Liga de Acción Social. UNA conferencia en «Progreso» en el Centro Español sobre los «Resultados del viaje á América»

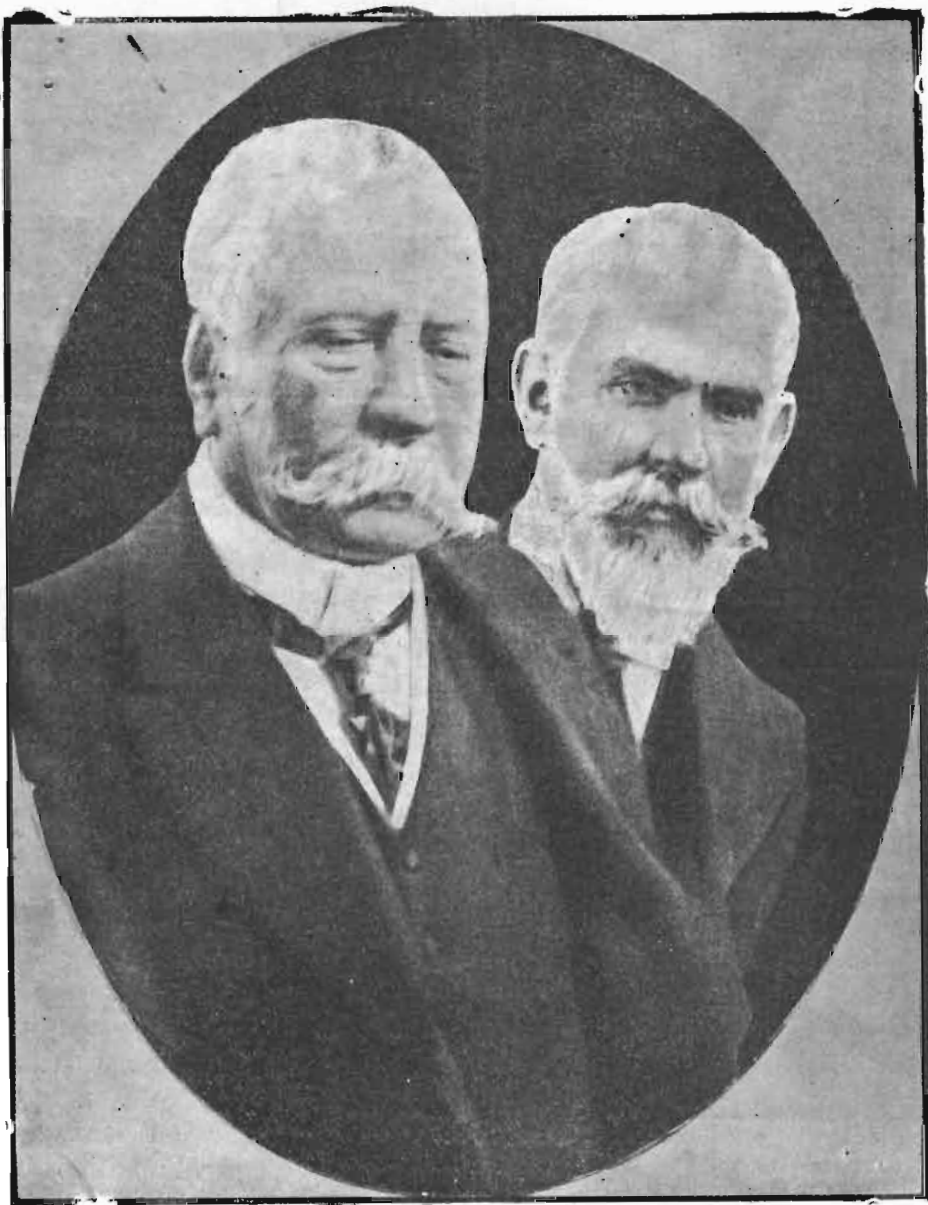
y un discurso en el banquete dado por la Colonia en honor del Sr. Altamira.

Cuba

SEIS conferencias en la Universidad sobre temas de Derecho, Pedagogía é Historia. UNA á los estudiantes en la Universidad sobre «Los deberes sociales de la clase escolar». OTRA en la ve-

lada de la Colonia española sobre las relaciones entre Cuba y España. OTRA en el Instituto de 2.^a enseñanza sobre «Organización de los estudios de cultura general». OTRA en el Ayuntamiento

discurso en el banquete dado por la Colonia sobre «Los deberes de los españoles en América». OTRO en el Centro Asturiano sobre «Asturias». UN discurso sobre la «Unión del maestro», en la



El Presidente de la República de Méjico y el Sr. Altamira.

de la Habana sobre «El Municipio en la vida nacional». UNA conferencia en la Academia de Ciencias sobre las «Relaciones entre las Ciencias.» OTRA en el Ateneo de la Habana. OTRA en Pinar del Río, Matanzas y Cienfuegos. UN

fiesta escolar de la Habana. DIEZ discursos de salutación en las sociedades regionales españoles al ser invitado el señor Altamira para visitarlas. Varios discursos en banquetes dados por los estudiantes y profesores americanos y españoles.



La obra americanista de la Universidad de Oviedo

Discurso pronunciado en la Universidad de la Habana.

SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD: El Dr. Altamira tiene la palabra.

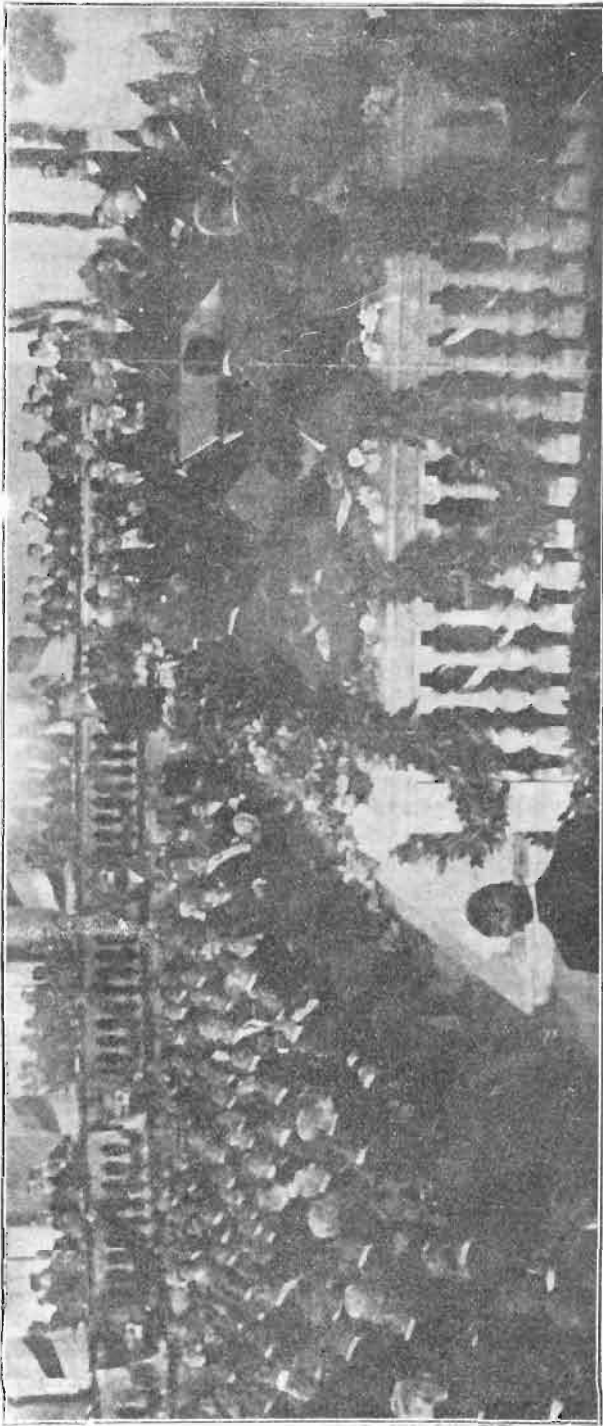
DOCTOR RAFAEL ALTAMIRA: Honorable señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes; señor Rector de la Universidad; señores Decanos y Profesores; señoras; señores: Si no fuese un deber de cortesía, sería una exigencia irreprimible de mis sentimientos, el que las primeras palabras que pronuncie desde esta Cátedra de la Universidad de la Habana, fuesen palabras de gratitud; palabras de honda, de profunda, de sincera gratitud. Las debo al Gobierno de la República de Cuba, en primer término, porque se ha anticipado á facilitar mi entrada en esta tierra y la ha rodeado de todas las delicadezas de su atención para que yo no encontrase diferencias entre aquella que abandoné para esta empresa santa de fraternidad y esta tierra hermana de Cuba: las debo á la Universidad, que desde el primer instante me ha hecho sentir que yo era uno de los suyos, que yo era un compañero, que yo no era ningún desconocido ni un extraño, sino alguien que venía aquí á ocupar un puesto en la labor de la formación del espíritu cubano, si no con el mismo derecho de aquellos que han nacido en este país, con el mismo amor, os lo puedo asegurar, y con el mismo empeño de ser útil, que podría tener cualquiera de vosotros. (Aplausos.)

Las debo á esa juventud entusiasta que ha calentado mi espíritu con sus afectos, su adhesión sincera y espontánea; las debo á la sociedad toda cubana, que desde el primer instante me ha rodeado de tal género de halagos, de tal género de atenciones, que ha realizado el milagro de que lo futuro se haga presente y que no sea ocasión esta de hablar del día de mañana, y de hacer augurios y votos porque mi permanencia en Cuba me sea grata, porque todo eso se ha realizado en un momento; yo he vivido toda mi permanencia en Cuba desde los primeros instantes en que pisé esta tierra. (Aplausos.)

Señores: La misión que me encomendó la Universidad de Oviedo no puede ser entendida, en lo que propiamente significa, con toda la precisión y

con toda la claridad que nosotros deseamos, si yo no comenzara por evocar ante vosotros la situación especial por la que atravesó España en sus relaciones con las Repúblicas Hispano-Americanas durante un siglo: aquella situación de apartamiento, aquella situación de alejamiento entre unos y otros, perfectamente lógica por parte de los que habían creado su personalidad y habían tenido que crearla con violencias, rompiendo los lazos que la sujetaban, y que significó desconocimiento—modesta y humildemente lo confesamos—por parte de la Madre Patria, de los deberes que le incumbían, incluso, y quizás más que con todos, respecto de aquellos hijos que se emanciparon y empezaban á tener vida propia. En esta situación ha transcurrido un siglo, en el cual la vida intelectual de España y de los países hispanoamericanos ha corrido por caminos diferentes, y en el cual España no ha hecho nada porque esta situación de apartamiento se rompiese en forma sistemática, en forma ordenada, que viniese á enlazar lo que se había roto de momento. Verdad es que ni sangre española, ni espíritu español dejó de venir á fecundar esta tierra durante todo ese tiempo, porque nosotros enviamos bien pronto nuestros emigrantes, que iban á fecundar las riquezas naturales de los territorios hispano-americanos, y enviamos profesores, enviamos maestros, no dejamos de enviar libros nuestros también; pero todo esto respondía á un orden de la vida muy diferente del orden intelectual, ó eran esfuerzos aislados, sueltos, empujes espasmódicos, que no ligaban entre sí, y que no acaban de romper aquella costra de indiferencia, de hielo, que traía consigo el desconocimiento del valor real de las cosas, que había ido acentuándose día por día; y como los pecados llevan inmediatamente su penitencia, aquel pecado que cometíamos nosotros de mantener ese aislamiento por más tiempo del que hubieran aconsejado, incluso consideraciones de orden diplomático, llevó la penitencia de que alrededor del nombre y del espíritu español se levantasen fácilmente las leyendas que tendían á desconocer lo que había hecho y lo que seguía haciendo para el mundo.

Cierto es que la cuestión no se presentaba de igual modo respecto de Cuba: en primer lugar, porque apenas se ha producido aislamiento entre vosotros y nosotros; en segundo lugar, porque aquí la inmigración no ha sido tan compleja como



L.I.M.A.— Conferencia del Sr. Altamira á los estudiantes de la Facultad de Medicina.

en otras Republicas hispano-americanas, y el contingente español, con todo lo que representa, con todo lo que significa, con toda la obra admirable que ha efectuado en esta tierra, ha continuado siendo el principal, el más numeroso. Luego porque aquí, quizás por ese mismo efecto de que el

apartamento ha sido menor, ha podido actuar durante menos tiempo la leyenda y no ha cobrado tantas alas, no se ha desarrollado en forma monstruosa, como la he encontrado en otros países hispanoamericanos. Y, en fin, porque ese mismo contingente de hombres españoles que vienen continuamente á trabajar juntamente con vosotros, ha sabido, aprovechando las condiciones afectuosas del espíritu vuestro, compenetrarse tan hondamente con vosotros mismos, que toda labor provisional que necesitaria la Universidad de Oviedo para que fructificase la estricta obra intelectual que ella va á emprender, ó sea, la existencia previa de un acuerdo social, en el cual se borren las diferencias y los hombres se hermanen por aquello que une, y no se distancien por aquello que diferencia, todo eso lo he encontrado hecho, perfectamente hecho, en esta sociedad cubana, en la cual andan del brazo los nacidos en la tierra peninsular y los nacidos en la hermosa Isla y hablan el mismo idioma, tienen los mismos gustos, los mismos ideales y los mismos amores. A pesar de esto, la necesidad persistía aquí como en otras partes, y la Universidad de Oviedo tuvo la conciencia del deber que le incumbía á ella, como representante de la vida intelectual y docente española, de romper esa situación, de acabar con ese equívoco, de hacer que terminase ese aislamiento. Y nació esa conciencia en ella, no por azar, no porque allí prendiese la semilla como hubiera podido prender en cualesquiera otra parte, sino porque es allí donde debiera haber nacido, ya que las cosas no ocurren sino en los sitios que tienen condiciones para que ocurran; y Oviedo, por un conjunto de circunstancias que la imaginación distraída llama «casualidad», y que el saber de la ciencia de los pueblos no se atreve todavía á bautizar (como ligeramente lo bautizaba la antigua filosofía) con nombre ninguno que sponga doctrina, hizo que allí en tierra asturiana, floreciesen los americanistas más empeñados en esta labor de confraternidad y de conocimiento mútuo, y que allí se congregasen todos los que más ó menos modestamente habíamos tenido la misma preocupación y habíamos escrito acerca de la necesidad de emprender esta campaña; y por el conjunto de todas estas circunstancias, sirviéndonos, mútuamente, de su gestión, los unos á los otros, fué haciéndose un depósito de hondas energías que no esperaban más que el momento para estallar y para fructificar en una obra práctica y positiva, y ese momento, lo acaba de recordar el Dr. Dihigo: fué el momento de las fiestas del tercer Centenario de la Universidad, que hizo saltar la chispa é hizo lucir rápidamente, ante nosotros, como en relámpago, la visión de toda la obra que habíamos de emprender. Y fué—ahora sí quiero

pronunciar la palabra—fué por un dictado providencial de la historia: un profesor de la Universidad de la Habana, quien hizo de causa ocasional en esto. Allí, en presencia suya—él lo recordará—en uno de los banquetes en el que quisimos testimoniarse toda la simpatía, todo el afecto, todo el amor que había despertado en nosotros, fué cuando, espontáneamente, sin llevar nada preconcebido respecto del asunto, el Rector de la Universidad de Oviedo, contestando á una indicación del doctor Dihigo, se levantó y dijo: yo prometo en esta ocasión, solemnemente, que la Universidad de Oviedo irá á visitar á la Universidad de la Habana. Desde aquel momento la obra americanista de nuestra Universidad empezaba á vivir. (Aplausos.)

Con esto, señores, la corriente sentimental estaba ya establecida. Nosotros teníamos la seguridad de que seríamos recibidos con afecto, con cariño, que encontraríamos ambiente para la obra nuestra.

Pero no basta esto; cierto es que el sentimiento constituye una de las fuerzas primordiales de la vida, á tal punto, que cuando la idea se queda en mera idea, viviendo en él esfera pura de la inteligencia, con toda la sequedad y con todos los ángulos cortantes que tiene esta vida, y no encarna en un fondo sentimental que haga vibrar hasta lo más hondo de nuestro corazón y lo traduzca en obra, la idea queda infecunda y no se realiza jamás en la vida. (Aplausos.)

Pero si es verdad que nos hace falta el sentimiento, si es verdad que no haremos nada en la vida si no lo amamos previamente, también es verdad que corremos riesgo, si dejamos que las cosas queden en puro sentimiento, de que se desvanezcan y se esparzan y extiendan sus fuerzas infecundamente, en una pura explosión de sentimentalidad; y entonces pase, como un fuego fatuo, sobre la tierra, algo que ha de vivir eternamente. Y sintiendo nosotros esto, es por lo que queremos precisar el pensamiento nuestro, traer, otra vez, del campo del sentimiento al campo de la inteligencia la idea de nuestro viaje y de nuestra obra americanista y queremos fijar esa obra en concepto, queremos razonar sus motivos, queremos convencer de sus fines, y queremos, sobre todo, evitar equívocos que una ligera inteligencia ó una malicia, tal vez, pudiera hacer nacer alrededor de la obra nuestra. Por eso es exigida la explicación que yo he de hacer en esta tarde.

Y empiezo, señores, por fijar los caracteres que distinguen la obra americanista de la Universidad de Oviedo; y digo que el primero de estos caracteres es el de ser una obra universitaria y sistemática, con lo cual se diferencia de todas las obras individuales, de todas las iniciativas que no han procedido de un cuerpo docente. Y por eso, por ser la primera vez que una Universidad española va á llamar amorosamente á las puertas de las Universidades hispano-americanas, y la primera vez también, que, como en otros tiempos, los buques españoles recorrían y daban la vuelta al mundo, una Universidad española ha dado la vuelta al mundo

intelectual hispano-americano, por eso esta obra excluye, en absoluto, todo factor personal, y separa, al que es representante de la Universidad de Oviedo, de cualquiera cosa que no corresponda, de una manera estricta, á la representación que trae aquí. El dejó, al partir de la casa aquella, todo lo individual para no ser más que el delegado de un centro docente que tiene un programa pedagógico en el cual comulgan, felizmente, los hombres de todas las procedencias y de todas las ideas, y que por eso puede ser programa colectivo, y ser invocado por quien ha dejado, repito, á las puertas de la Universidad, cuando salió de ella, toda su significación personal. (Aplausos.)

Por esto mismo, por ser una obra universitaria, es la que vengo realizando, una obra fundamentalmente docente, que se dirige en primer término, á los centros docentes análogos, á las Universidades hermanas, á toda corporación, á todo grupo de hombres que se interesen por la obra de la educación general, ya que, felizmente, entre vosotros y entre nosotros, la Universidad no se preocupa sólo de la pura instrucción superior, sino que tienen también su amorosa mirada hacia la obra entera de la formación del espíritu nacional, preocupándose tanto del maestro primario, como de los Doctores y los Licenciados.

Pero, con ser esto, hay que decir que se engañaría mucho quien entendiese que es obra de vanidad, que es obra de exhibición. La Universidad de Oviedo no quiere, no pretende enseñar nada; no viene á officiar de maestro, no viene á mostrarse para que la admiren, ni ha enviado para realizar su obra americanista un hombre que busque lucir cualidades personales, que lleve dentro de sí ni el más leve deseo de reclamar un aplauso, una admiración, ni mucho menos la idea de hacer, ante el público que acude, por mera curiosidad á estas cosas, como la exhibición de un tenor que va á dar notas inverosímiles, y que en eso estriba todo el éxito de su misión. (Aplausos.) La Universidad de Oviedo nunca pretendió enviar tenores; pero si hubiera pensado en ello, no hubiese sido, ciertamente á mí á quien hubiese enviado. (Risas.)

Por las mismas razones, las conferencias, que en otros casos de acercamiento y de relaciones intelectuales entre los pueblos son un fin, en el caso presente, son un medio y un medio entre muchos. Hay que dar conferencias, porque esta es la única manera de ponerse en comunicación con el gran público, porque es preciso decir las cosas ante grandes concurrencias en las cuales prenda, por lo menos, el fondo sustancial de la idea; pero las conferencias no significan más, para nosotros, que ocasiones que aprovecha la Universidad de Oviedo para hacer declaraciones respecto á su obra ó para daros á conocer lo que ella trabaja, lo que trabajan otros centros docentes españoles y cómo es el espíritu español en todo aquello que pueda importar para darle títulos con que poder llamar

á vuestras puertas y desvanecer algo de aquella leyenda de que os hablaba anteriormente.

Por último, señores, la obra de la Universidad de Oviedo en este respecto, como no es obra de vanidad, tampoco es obra patrioterá. Y esto hace falta que yo lo explique.

Pudiera creerse, que al venir una Universidad española á las Universidades hispanoamericanas buscando el intercambio, buscando que suene aquí su voz y el eco de su espíritu, pretendemos *españolizar* la América hispana en el orden intelectual, haciendo que desapareciese absorbida por la influencia nuestra, la nota propia y característica del espíritu de cada uno de los pueblos. Esa creencia sería, si la hubiese, absolutamente falsa; en primer término, porque nosotros no venimos á pedir solamente que se nos abran las puertas de las Universidades hispanoamericanas para que se escuche aquí la voz del espíritu español: pedimos también que los profesores de las Universidades hispanoamericanas vayan á las nuestras para que allí sea conocido, igualmente, el espíritu de vuestros pueblos. Nosotros no venimos á dar sólo y á reflejar sobre nosotros nuestras ideas, sino que venimos, también, á pedirlos, que vengáis á España para reflejar sobre nosotros vuestro espíritu y vuestra obra científica. (Aplausos.)

Y al propio tiempo que hacemos esta petición (que envuelve ya un cambio recíproco de influencias y excluye esa interpretación á que aludía antes), nosotros venimos á decir á los pueblos hispanoamericanos—y yo fundamentaré esto después en otras consideraciones que se refieren á nuevos puntos del programa—venimos á decirle: mantened la obra propia, sed vosotros mismos con la más potente originalidad y virtualidad con que podáis serlo, dando á la obra entera de la civilización humana lo más sano, lo más propio y personal que tengáis. (Aplausos.)

Y así como España, en vez de querer absorber con su influencia lo que constituye el fondo sustancial del espíritu de vuestros pueblos, que tienen ya personalidad hecha, (y la tienen incluso aquellos que la andan buscando á tientas cuando la llevan hondamente en el fondo de su alma) al mismo tiempo que España, digo, no intenta en manera alguna, borrar este carácter propio de los pueblos, no intenta tampoco en lo que se refiere al intercambio, reducir y encerrar en un coto exclusivo las influencias que pueden servir para formar y enriquecer el espíritu hispanoamericano, negándose á otros influjos que pueden ser fecundos y beneficiosos.

En primer lugar, el pretender esto sería loco y sería vano; pero es preciso decir, señores, que ni por un momento lo hemos pensado en España, y menos que nadie podía pensar esto la Universidad de Oviedo, por cuanto sus miembros, que se enorgullecen de ser un producto de la obra educativa de centros españoles, han fecundado su espíritu, sin recelo alguno, abriéndolo ampliamente á todas las influencias del mundo, yendo á colaborar y á

estudiar con los profesores de todas las Universidades, cualquiera que fuese el idioma que hablasen y cualquiera que fueran las naciones á que pertenecieran.

Lo que nosotros pedimos aquí, es un puesto al lado de las demás influencias que tienen derecho á formar vuestro espíritu, un puesto nada más; y con esa petición, más bien que ejercer un derecho, cumplimos un deber, porque somos los más afines á vosotros en sangre y también en espíritu; porque hablamos vuestro mismo idioma, y ya en aquellos tiempos en que se condensaban los orígenes del espíritu alemán moderno, aquel gran profesor que se llamaba «Fichte» dijo, cómo el lazo que unía á todos los hombres de un mismo sentido humano, era la lengua común hablada por todos ellos y les decía: entended que una lengua no es sólo una colección de sonidos y de palabras distintas de los sonidos y palabras que usan otros pueblos; es toda una mentalidad, es una manera de ver la vida, es todo un sentido para la obra entera, espiritual y corporal del hombre, es lo que marca el sello indeleble de un pueblo en la obra de la civilización. (Aplausos.) Y como tenemos vosotros y nosotros, ese fondo común, tenemos consiguientemente un deber especialísimo, superior á otro cualquier deber, y para cumplirlo venimos, aquí á entendernos con vosotros. Ese fondo común traerá consigo como una consecuencia (que es al mismo tiempo, condición de la obra misma,) el que todas las ideas que concibe el espíritu de los pueblos de idioma ajeno al nuestro, al pasar por el molde del habla castellana las hagamos plenamente nuestras por traducirse en palabras cuyo íntimo sentido, por encima del diccionario, aprende por intuición imperiosa el niño desde que comienza á balbucear las primeras voces de su lenguaje, porque palpita en el fondo del espíritu nacional; y esas ideas, así comunicadas, serán mejor entendidas que cuando se nos comuniquen en un idioma extranjero. (Aplausos.)

Y esto no es orgullo ni vanidad; es el ser de las cosas. Y puesto que nos encontramos el campo preparado en esta forma, laboremos en él y aprovechemos todo lo que sea necesario aprovechar para que luego la madre humanidad no nos diga que somos holgazanes ó rezagados. (Risas.)

Pero eso mismo, señores, por ese fondo común que hay en vosotros y en nosotros, por esa sangre y ese espíritu que tenemos de nuestra mentalidad y de nuestra manera de ser, por eso mismo nuestros ideales, por encima de los puros límites de cada una de las naciones particulares que constituyen el mundo hispanoamericano se levantan á otras cosas más altas se levantan á lo que es troncal, á lo que es ancestral en todos y en cada uno de nosotros por sobre las diferencias que nos pueden separar; y por eso nosotros apeteecemos despertar ó fortalecer en el alma de los pueblos hispanoamericanos la conciencia y el sentimiento de esa nota común y fundamental en la cual comulgamos todos y que es el sentido propio de nuestra obra

civilizadora en el mundo. Sabido es que no son los pueblos, como utilidades nacionales y políticas, los únicos grupos que se caracterizan en la historia con notas de originalidad; no son sólo las naciones, cada una de por sí en su pura individualidad, las que tienen una forma de civilización propia. En esfera más ancha, los grupos de pueblos que reconocen un tronco común, por cuyas venas corren gotas de sangre común también, constituyen un ambiente superior, en el cual la civilización se caracteriza de una manera precisa y exacta, que la diferencia de la civilización de otros grupos humanos; y el grupo hispano tiene su nota propia, tiene su sello especial, ha dejado en la historia, no solo cosas perecederas sino algo que es fundamental y continúa caracterizándolo profundamente en el concierto de las civilizaciones que se han repartido la obra común humana.

Y esto no lo decimos nosotros solo, no lo reconocemos nosotros solo en la introspección que cada uno pueda verificar por sí mismo, reconociendo en su espíritu la nota propia que lo diferencia del espíritu de otro hombre que pertenezca á un grupo diferente de civilización, sino que lo dicen también los de afuera. Lo decía, en son de desafío y en son de amenaza, el mismo Fichte, á quien yo recordaba antes, cuando separaba radicalmente, y de una manera dura para nosotros los latinos, el mundo germano, del mundo latino que se formó sobre la base de la civilización romana. Y lo dijo aquel historiador alemán que siguió las huellas de Fichte, y es uno de los creadores de la ciencia histórica alemana, Gervinus, cuando hacía la misma distinción basando su estudio en hechos concretos de la historia europea moderna. Y lo acaba de decir en otra forma, no en sentido de hostilidad, sino de simpatía y amistad, ese gran psicólogo del pueblo español, el inglés Havelock Ellis, que ha estudiado de la manera más profunda que yo he visto hasta hora, los fundamentos íntimos, más fecundos, y grandes del espíritu español y nos señala notas perfectamente distintivas que se extienden en lo que es común, á todos aquellos pueblos á cuyo nacimiento hemos colaborado de alguna manera. Ahora bien; trabajando por la nota común, trabajando por la civilización hispana, y todavía más arriba, por la nota peculiar de la civilización latina, nosotros trabajamos por la humanidad; y así como hemos sacado, primeramente de las estrecheces de la patriotería nuestra obra y la hemos elevado á un carácter generoso y amplio, y después la hemos sacado de aquí y la hemos elevado todavía más á la consideración de una obra que abraza diferentes naciones, cada una de las cuales tiene su independencia, y nota propia, ahora la vamos á ver poniendo su vuelo por encima de todas las limitaciones de grupos y de pueblos y haciendo obra por la humanidad entera; porque, señores, sabido es que así como el individuo no puede, por sus fuerzas, por su limitación ingénita, por su espíritu, por su organismo todo, realizar á la vez, y con igual valimiento, todos

los órdenes de la actividad humana, sino que cada uno con su propia aptitud y por las circunstancias de la vida, escoge un campo en el cual trabaja (y feliz él si ese campo coincide con las cualidades fundamentales de su espíritu) de la misma manera los pueblos no pueden realizar á la vez todo el ideal humano; cada uno de ellos se caracteriza con algo que conviene bien con las cualidades fundamentales de su espíritu y lo deja como legado para la obra intelectual humana, para que sea recogido después por los pueblos que no tienen aquella característica y lo sumen con la suya propia. Y ha sido así, juntando los esfuerzos de unos y otros, como se ha ido haciendo la obra general de la civilización. (Aplausos.)

Pues bien señores, faltaríamos á nuestro deber si descuidáramos nosotros, los del tronco hispano, los del tronco latino, el cultivo de nuestra nota propia, si no continuáramos haciendo, de la manera más intensa posible, aquello que podemos dar como obra original y propia al mundo; porque no tenemos derecho á cometer la insensatez de restarle á la Humanidad un elemento fundamental de civilización y consentir que esta quede reducida á una unidad absorbente de las cosas más originales y más propias que el espíritu humano pueda hacer, quitándole la variedad de que la obra humana necesita para fructificar y desarrollarse en todos sentidos.

Debemos no olvidar, señores, que así como nadie se forma solo, y no hay espíritu, ni individual ni social, que llegue á representar algo útil en la vida sin haberse fecundado antes con la influencia de todos los espíritus ajenos, nadie llega tampoco á producir obra útil si no llega á asimilar y hacer carne y sangre propia las influencias ajenas, y si no les imprime el sello de su originalidad, porque solamente entonces es cuando puede presentarse como elemento estimable también para la obra común de la civilización. Y así no teneis más que registrar la historia y ver cómo los pueblos que han dejado huellas de su actividad son pueblos que se han formado al contacto de miles de influencias, como Grecia, ninguno de cuyos elementos fundamentales de civilización dejarían de encontrarse en la civilización oriental; pero son á la vez pueblos que han tenido moldes bastante originales para fundir todo lo ajeno y darle la apariencia de una obra nueva y le han impreso el sello de su propio espíritu. Así necesitamos ser nosotros; necesitamos cultivar la nota propia, porque ella es lo más grande y más perfecto que podemos entregar á la obra de la civilización nutriéndola con las más variadas influencias; pero no nos empeñemos en hacer lo que no está dentro de nuestra mentalidad; jamás haremos nada tan bien como aquello que se compadece con nuestra vida espiritual. (Aplausos.)

Así, señores, con esta amplitud, con este altruismo dentro del cual no cabe suspicacia de ningún género, así soñé yo la obra esta en aquellos días en que se incubaba en mi espíritu, en que la discutía conmigo mismo y la veía adquirir, cada vez que me en-

frentaba con ella una nueva faceta de lo que representaba y un nuevo sentido de su significación. Así la soñaba yo, tan grande, tan inmensa; pero, por un efecto que se produce en todos los espíritus que aman verdaderamente la obra y por amarla se sienten pequeños ante ella, cuando llegó el instante de realizarla en el momento en que la Universidad de Oviedo me dijo: «ve allá; ve á realizarla en nombre nuestro;» todo aquel grandioso fantasma se desvaneció y yo no ví más que la modesta y sencilla visita de un profesor de una Universidad española á las Universidades hispano-americanas: un sitio reclamado en la tribuna, un rato de comunicación intelectual, unas cuantas manos estrechadas, una serie de lazos de afecto creados para el delegado de la Universidad ovetense y para España. Y con esto empecé á poner en ella desde el primer momento, todo ese amor vivo y hondo con que la había engendrado en mi espíritu—porque el amor es engendrador de suyo—del que emanó enseguida la conciencia, la seguridad, de que no me faltarían fuerzas físicas para realizar la obra. Pero ésta como todo lo que es ideal y á sí propio se fecunda, y por la acción se va ensanchando el entusiasmo fué agrandándose á medida que se realizaba y recobrando, al contacto propio y ajeno, las proporciones gigantescas con que la soñaba allá en mis soledades de Oviedo y fué convirtiéndose ante mis ojos asombrados, como en un centro de nueva vida para todos los pueblos que hablan el idioma español. (Aplausos.)

¿Y en nombre de quién venimos á hacer esa obra? Venimos á hacerla aparentemente en nombre de una modesta Universidad provincial de España que piensa en una patria nueva, la patria que todos llevamos en el fondo de nuestra alma y que por llevarla, la haremos—porque no hay fuerza más grande que la fuerza del querer—en un espíritu que siente, además con desinterés absoluto el bien colectivo del mañana, porque acaso no seremos nosotros

los que recojamos los frutos; pero, por eso mismo, nuestra representación excede de la Universidad misma y es, propiamente, la de la España nueva y al propio tiempo castiza y tradicional en lo más sano de su alma, la España trabajadora, la España abierta de espíritu, la España generosa, la España del programa quijotesco en lo más alto que ella tiene, la España que ha olvidado en absoluto, que quiere olvidar completamente, (porque recuerda que ella es la patria de Vitoria y de Concepción Arenal) aquella enfermedad que sufrió en su día como otras naciones la están sufriendo hoy de la dominación y del imperialismo del mundo. (Aplausos.) Hablamos en nombre de la España que quiere ser así, y que si no fuera así, preferiría dejar de ser, y que apetece lavar sus culpas de imperialismos pasados y quiere ser ahora el porta-estandarte de la fraternidad entre las naciones, el mantenedor de los derechos nacionales y del respeto á todas las independencias. (Aplausos.)

Esa España no piensa más que en ser factor útil de la obra de la civilización humana; y como quiere que en esa labor ella sabe bien que si va con sus solas fuerzas, quizás naufragaría en el camino, viene á vosotras, no solo á infundiros algo del entusiasmo que ella tiene, sino á pedirnos, también, vuestra ayuda, para que nosotros salvemos, también, nuestra crisis, que la tenemos, y juntos podamos elevarnos á ese alto ideal de la patria hispana común, de la patria hispana espiritual que yo aquí, con mi palabra torpe, os he querido pintar y de la cual estoy seguro que habréis visto, á través de lo torpe de la frase, que no acertar jamás, por mucho que yo la torture, á expresar el fondo de mi pensamiento, habréis visto digo, por las vibraciones de la palabra misma, todas las cosas que no dije, que están debajo del signo, y que vosotros entenderéis perfectamente. (Gran ovación.)



TE-DE-UM (1)

¡Silencio!... ¡Descubrios!... Ya el Apóstol
de la Gran Religión toma en sus manos
el corazón llagado y siempre noble
de la Madre inmortal!... Ya nos lo ofrece,
como el Cristo, palpitante y rojo,
lleno de heridas y de amor henchido...
y, en comunión inmensa, bajo el temolo
donde brillan cual cirios las estrellas
y sollozan los mares la plegaria
misteriosa y solemne de lo arcano,
con la hoguera del sol por aureola
y por altar la fúlgida esperanza,
lo reparte, en pedazos, a sus hijos...
¡Última y santa maternal ofrenda
de la Anciana Gloriosa, que anhelante,
no pudiendo brindarnos, como un tiempo,
calor y vida, y luz, y fuego, y alma,
cual ardiente mensaje, intenso y hondo
se arranca el corazón y nos lo envía!...

¡Escuchad sus palabras humilladas!
¿No sentís el temolor que agita al mundo?
¿el toque del clarín no habéis oído
ni el alegre clamor de las campanas,
ni surgir de las selvas estremecidas
de ternura y de dicha, las más dulces
melodías del rey de pardas plumas
que en la suave garganta, avaro, esconde
el himno que elevaron los querubines
en la aurora feliz, junto al pesebre?...
¿No veis del cielo en el azul radioso
esplendor como en sueño de venturas
las divinas miradas deslumbrantes
y vestirse de púrpura los bosques?...
¿No aspiráis el perfume de las rosas
ni sentís palpitante en el espacio
en angusto latido, que, del pecho
se escapó por los labios del Apóstol?...

¡El instante supremo se aproxima!
Ya se acerca y deslumbra la victoria!...
No el efímero triunfo del combate
en que hay un vencedor y hay un vencido
y el hermano en el pecho del hermano
con impia ansiedad hunde el acero,
sino el eterno triunfo milagroso
de la paz y el amor, el que no mancha
su blanca veste con el rojo tinte
ni ennegrece con humo su bandera...
El triunfo de la ciencia y las artes
de la página, el mármol, los sonidos,
y la palabra que al brotar hirviente,
a través de los siglos canta y vibra
perpetuando las glorias de una raza,

cuyo origen se pierde entre las sombras
que tendió el Creador sobre la cuna
ignorada y remota de los pueblos!...

Si en época de duelo y llanto y luto
el tirano ideal quebró los lazos
que ataban á un hogar siempre querido
á la Madre y la hija enamorada,
no en vano fué, que al empaparse el suelo
con el agua encendido, que, á raudales
de las venas brotara, mezcló el polvo
la de los enemigos paladines;
y fué una sola sangre la vertida
en la extensa llanura y en el monte;
y al aspirar sus cálidos effluvios
los que unidos en pos de la tormenta
lloraron juntos en la enorme tumba
sin pararse á mirar hasta qué frente
livida y noble se filtraba el llanto,
en el acre perfume indefinible
respiraron, al par, dos heroísmos
y el amor infinito de dos patrias!...

¡Fué horrenda la batalla! ¡Fue espantosa!...
¿Y cómo no, si en los opuestos bandos
era uno solo el impetu indomable
y uno solo el valor que lo inspiraba?...
Hijos y padres en tremenda lucha,
en confusión horrible combatían,
y cada golpe, al resonar, certero,
dos heridas causaba á un tiempo mismo:
una en la carne de vencido heroico
y otra en el corazón de su adversario!...

¡Noche sangrienta, pavorosa y triste,
surcada por relámpagos, y llena
de estampidos, lamentos y estertores,
de abismos insondables y de vértigos!...

¿Y no fué triunfo el triunfo, ni derrota
la derrota, ni goce la alegría!...
¡Nadie puede vencer contra la madre
que lo abrigó, en su regazo,
y perdona los dardos que se clavan
en su amplio corazón, todo indulgencia,
si, cuando ya abatida y ahelosa
se rinde á la gallarda rebelión,
de nuevo se alza y su bandera impone
con la fuerza invencible del cariño!...

¿No lo oís?... Desde el seno de la tierra
surge un grave murmullo plañidero,
una voz misteriosa, augusta y santa,
que estremece las rocas y los valles
y nos dice, profética y divina:
—«¡Hijos de España y Cuba!— alzad los ojos
á el eterno ideal que os ata y une!

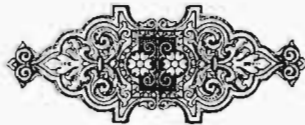
(1) Del *Diario Español* de la Habana. — Poesía leída en la velada que en honor de D. Rafael Altamira, se celebró en el Centro de la Colonia Española de Pinar del Río la noche del 6 de Marzo de 1910.

»Seguid de vuestros muertos el ejemplo!
 »Confundidos soñamos en la fosa
 »donde el rencor nos arrojara un día,
 »vencedor y vencido entrelazados
 »en un perpétuo abrazo, estrecho y frío!
 »De nuestros huesos la ceniza helada
 »se ha revuelto y fundido de tal modo,
 »que no sabemos ya á quien pertenece
 »el blanquecino polvo inseparable...
 »¡Sabemos que es de todos los caídos
 »de las ramas distintas del Gran Arbol!
 »¡Estrechaos también, como nosotros,
 »que no en vano sois hilos de una fuente
 »que regó por el mundo á borbotones
 »las fecundas corrientes de su vida,
 »y una sola es la fuerza que os alienta
 »y una misma la fe que os da refugio
 »y uno mismo el idioma en que los duelos
 »sollozáis y rugís el himno ardiente...
 »que al uníros con lazo indisoluble
 »bajo el palio de luz esplendorosa,
 »sonriendo españoles y cubanos
 »tembláremos de gozo en el sepulcro...»

.....
 ¡Ya lo oís! ¡Dios lo quiere! Y yo os afirmo
 que está en manos seguras el Gran Caliz
 y que no empañarán sus resplandores
 el cieno impuro ni la furia extraña...
 Y os juro que si un día peligrase
 el tesoro de gloria inmarcesible
 que España nos legó, frente al Destino
 sus hijos sobre el Mundo se erguirían;
 y ante el vil pensamiento insostenible
 de humillarse á otra casta y otro yugo,
 mi patria revolviéndose iracunda
 en sacudida formidable y recia,
 desgarrando y rompiendo sus raíces
 que en la profunda Atlántida se pierden,
 de sus hondos cimientos de granito
 con soberbia, á la vez se arrancaría
 y en vuelo portentoso, alta la frente
 con luz de estrellas y rumor de palmas,
 terror y admiración de las naciones,
 surcaría el espacio, estremeciéndolo
 para arrojarse, inmaculada y pura
 en los brazos robustos de la Madre!...
 ¡Embrazaos sin temor el áureo escudo
 oh pueblos de la América latina!
 ¡todos los que bebisteis en la Fuente
 de la excelsa Matrona incomparable
 que nos contempla con amantes ojos,

el vigor y la esencia de los héroes!...
 ¡Ya el heraldo de amor en vuestras manos
 el corazón de España, abierto puso;
 si otro tiempo os erguisteis vencedores
 hoy se rinde tenaz el noble empeño!...
 ¡Entonad el Te-Deum bendecido!
 de esa fausta victoria indescriptible
 y decid á la patria de las patrias:
 —«¡Venciste, madre España!... el triunfo es tuyo!...
 »¡Es tuyo sí, que tu hidalguía hermosa
 »de nuevo ha realizado la conquista
 »del Continente espléndido y magnífico!...
 »¡Y has fundado tu gloria, no en la guerra
 »que separa á los hijos de los padres,
 »sino en el puro amor que nos enlaza
 »con vínculos perennes é inrompibles
 »en la Iglesia ideal de los ensueños
 »y en el común origen de los hombres!»
 ¡Que comience el Te-Deum!... Ya la hora
 del triunfo que no muere, en la alta nube
 coronado de rayos y de estrellas,
 Símbol de esperanzas, ha sonado!...
 Y ante el Gran Sacerdote que ha venido...
 del materno solar, alta la frente,
 llena al alma de ensueños y de aromas,
 y el labio de himnos, cantos y poemas,
 sobre los huesos rotos de los héroes
 y la sangre vertida en las sábanas,
 desde los Andes que, en gigante esfuerzo
 con sus diademas que la nieve cubre
 perforan orgullosos lo infinito,
 hasta los verdes valles encantados
 en que rodaron en sublime instante
 Martí y Vara de Rey, Ruiz y Maceo,
 en honor de la fúlgida memoria
 de los que sucumbieron en la lucha,
 alcemos sobre el templo, con empuje
 digno de perdurar en la leyenda
 frente á los nuevos bárbaros del Norte
 el egregio estandarte consagrado...
 y de los veinte pueblos indomables
 tejamos las banderas diferentes
 en una que á los aires desplegada
 sobre todas se eleve como un símbolo
 y reuna en sus múltiples colores
 los anhelos de España y de la América,
 en un inmenso pecho en que palpita
 el corazón de todos los hermanos...
 ¡El sonoro estandarte del idioma!
 ¡la gloriosa bandera de la raza!

Guillermo de Montagú.





REGRESO Á ESPAÑA DEL SEÑOR ALTAMIRA



De *La Voz de Galicia*.—30 de Marzo de 1910

EN LA CORUÑA

ANTES DE LA LLEGADA

La Coruña que tiene la suerte de ser el primer pueblo de la península que saluda á Altamira á su regreso á la patria, va á cumplir con entusiasmo el alto cometido, dentro de pocas horas.

Es un deber y es á la vez una consoladora satisfacción del espíritu: España entera rinde tributo de admiración al hijo ilustre que retorna después de haber recorrido América con la suprema misión del intercambio intelectual, poniendo muy alto el nombre de esta patria amada. Y España entera, asociándose de todo corazón al homenaje que hoy prepara La Coruña, parece delegar en nuestra ciudad la misión de dar albricias al sabio catedrático que fué heraldo y fué verbo de la ciencia española en aquellas tierras, hermanas nuestras por la progenie y por el habla.

De todas partes llegan telegramas expresando el deseo de que seamos intérpretes de la efusión con que se asocian montañeses y levantinos, castellanos y astures á los honores que se preparan aquí al hombre preclaro. Sepamos interpretar lo intenso de este ruego y sirva ello para patentizar, los primeros, á Altamira, en las pocas horas que va á permanecer entre nosotros, cuán unánime es la voz de la nación que lo aclama.

Será mañana Santander, serán luego Alicante, Valencia, Madrid, Oviedo, quienes rindan al insigne autor de la «Historia de la civilización española» el tributo fastuoso de sus fervientes cariños y respetos, pero contribuyamos todos á que el nombre de la capital de Galicia quede hoy grabado en el ánimo del maestro

con la impresión amorosa de las más gratas efemérides.

Bienvenido el sabio que es honra de la cátedra española, y que con su talento, con su palabra, con sus energías de luchador de la idea, tantos triunfos acaba de conquistar para España.



CORUÑA.—Llegada y desembarco en dicho puerto del Sr. Altamira

La Coruña sabrá darle hospitalidad tan cariñosa como so merece.

Todo dispuesto

Ayer mañana comenzaron en el muelle de hierro los preparativos para la recepción al sabio Altamira.

Se han colocado mástiles con banderas y escudos.

La matrícula de La Coruña flamea al lado del pabellón nacional.

Se ha rogado á todos los armadores de buques pesqueros y á los consignatarios de los

demás barcos que se hallan en el puerto que engalanan estas embarcaciones tan pronto llegue el trasatlántico alemán «Kromprincesin Cecilie» en que el ilustre profesor viaja.

Está grabada ya la inscripción de la copa de plata repujada que ha de ofrecerse á Altamira en la recepción municipal ó á bordo, si no tuviese tiempo á desembarcar. La inscripción dice: «La Coruña á Rafael Altamira al volver á pisar tierra española.—Marzo de 1910.»

Las lanchas de vapor «María Pita,» «Julia,» «Lothus,» «Henry» y «Cuatro de Enero,» así como los remolcadores de la Junta de obras del puerto, están dispuestos para atracar al muelle de hierro, á la escalerilla del lado Oeste, para recoger las comisiones tan pronto se conozca por el vigía de Montealto que el buque se halla á la vista.

Una salva de bombas anunciará entonces al vecindario que es llegado el momento de tributar al insigne viajero el testimonio de admiración y respeto que merece.

Todas las sociedades, corporaciones y entidades diversas que han de ir á bordo llevando la representación de la capital de Galicia, circularon anoche y esta mañana convocatorias entre sus miembros á fin de que estén prevenidos para personarse á tiempo en el muelle.

También concurrirá la música del regimiento de Isabel la Católica.

En el salón de actos del Ayuntamiento todo está dispuesto para la recepción popular, en el caso de que llegue á efectuarse, pues como va dicho, todo depende del tiempo que se detenga el Kromprincesin Cecilie» en la bahía.

Y esto es lo que continúa ignorándose, pues el vapor tanto puede entrar esta mañana como esta tarde, aunque se cree que suceda lo primero.

Ayer llegaron á La Coruña, en representación del Claustro de la Universidad de Santia-



CORUÑA.—Altamira con el Alcalde y diputados provinciales

go, nuestros distinguidos amigos los ilustrados catedráticos D. Salvador Cabeza de León y don Casimiro Torre.

Vienen á dar la bienvenida al insigne Altamira, á su llegada á nuestro puerto.

Ha producido excelente efecto el envío de esta prestigiosa representación de la Universidad Gallega, para asociarse á la manifestación de entusiasmo y afecto que La Coruña prepara.

Vigo se asocia también al homenaje

El presidente de la Asociación de Cultura, señor Borrajo, envió ayer un telegrama á La Coruña, saludando al ilustre catedrático señor Altamira, al regreso de éste de su excursión, verdaderamente triunfal, á las repúblicas hispanoamericanas.

«Faro de Vigo» dirigió al ilustre profesor ovetense el siguiente telegrama:

«Rafael Altamira:

Redacción «Faro de Vigo» salúdale al regresar á la Pátria, después de haber laborado eficazmente con su elocuente palabra por la compenetración intelectual de España y sus hijas.—*Eladio de Lema.*»

Ambos telegramas serán hoy entregados, con otros muchos de Oviedo, Santander, Alicante, Valencia y Madrid, al sabio catedrático.

Ayer se distribuyó profusamente una hoja suelta dirigida á los coruñeses por el señor Méndez Saavedra, un antiguo discípulo de Altamira, que accidentalmente se halla en La Coruña, encareciendo que se tribute al ilustre apóstol de nuestra cultura en América un recibimiento entusiasta.

El ilustrado cónsul de Méjico en esta plaza, D. Manuel F. Trasierra, tuvo la atención, que le agradecemos, de enviarnos ejemplares del periódico «El Imparcial,» que se publica en aquella capital, en que se reproduce una poesía de Salvador Rueda, titulada «Collar de España,» y se da cuenta de la remisión á la Universidad de Oviedo, por el Museo Nacional de Arqueología, Etnología é Historia, de varias obras regaladas al señor Altamira, como homenaje á sus grandes talentos.

A las tres de la madrugada ha dado fondo en nuestra bahía el «Kromprincesin Cecilie.»

Ya tenemos, pues, á Altamira en La Coruña.



EN SANTANDER (1)

La representación de Alicante

En el tren correo de Madrid llegó ayer á Santander el alcalde de Alicante D. Luis Pérez Bueno, que fué comisionado por aquel Ayuntamiento para representarle en el recibimiento que en esta población se prepara al ilustre catedrático de la Universidad de Oviedo, señor Altamira á su regreso de América.

Le esperaban en la estación el Alcalde, señor San Martín; los concejales Sres. Simavilla, Polo, García del Moral, Mateo, Toca, Martín Pérez, López del Moral, Herrero, Gómez y Gómez, Nardiz, Callejón, Lama y Zamainillo, el secretario Sr. Valcárcel, y D. Julián Fresnedo.

El Sr. San Martín presentó al Alcalde de Alicante á todos los señores concejales, y luego, andando desde la estación, se dirigieron al Hotel de D.^a Francisca Gómez, donde se les tenía preparado el hospedaje.

Después de descansar breves momentos, el Sr. Pérez Bueno se trasladó, acompañado del Sr. San Martín, al Palacio municipal, recorriendo todas sus dependencias y visitando con detenimiento el Museo y Biblioteca.

El Sr. Alcalde de Alicante, persona de gran cultura y de un gusto artístico muy delicado, hizo algunas observaciones en su visita al Museo, y prometió regalar una valiosísima medalla por él guardada como una reliquia.

Más tarde visitó el parque de bomberos municipales.

Por la tarde y acompañado del Alcalde señor San Martín y del concejal señor García del Río, dió un paseo en coche por el Alta, visitando el depósito de las aguas.

Luego se dirigieron al Sardinero, del que hizo el Sr. Pérez Bueno grandes elogios.

Continuando el paseo, llegaron á la Mag-

dalena, visitando las obras del Palacio Real, que están muy adelantadas.

El Alcalde de Alicante admiró el hermoso sitio donde se levanta el palacio y elogió mucho el edificio.

El regreso á Santander se hizo por los paseos de Pérez Galdós y Menéndez Pelayo, bajando por Molnedo á la Estación de Biología Marina, visitando el Acuarium y el dique de Gamazo.

El señor Pérez Bueno tenía curiosidad por ver la machina donde ocurrió la catástrofe del «Cabo Machichaco» y se dirigieron á Maliaño.

También vió el Sr. Pérez Bueno la nueva estación de los ferrocarriles de la Costa, desde donde se dirigieron al Real Club de Regatas.

Allí fué obsequiado con champagne y pastas, y el vicepresidente de la Sociedad, don Avelino Zorrilla, entregó al Sr. Pérez Bueno el título de socio de honor y mérito del Real Club de Regatas, distinción que el Alcalde de Alicante agradeció muchísimo.

Para satisfacer sus aficiones arqueológicas, á cuyo estudio el Sr. Pérez Bueno dedica preferente atención, hoy irá con algunos concejales, el Alcalde y el Sr. Fresnedo, á visitar la histórica villa de Santillana.

La señora de Altamira

La ilustre señora de Altamira llegó anoche á Santander acompañada de su señor padre.

La recibieron en la estación los alcaldes de Alicante y Santander, algunos concejales, otras varias personas y una comisión del Real Club de Regatas, cuya Sociedad se encargó de buscarla hospedaje.

En coche se trasladó al Hotel de doña Francisca Gómez.

Las representaciones de Oviedo

Esta noche, en el tren de Oviedo, llegarán las representaciones oficiales de aquella capi-

(1) Publicado en «El Cantábrico» del 29 de Marzo de 1910.

tal, que vienen á esperar la llegada del insigne Altamira.

El Ayuntamiento de Oviedo enviará al Alcalde y cinco concejales.

La Universidad estará representada por el rector Sr. Canella y los catedráticos señores Mur y Buylla, y una comisión de estudiantes.

También llegarán esta noche representaciones de otros centros particulares.

Una comisión de estudiantes de Santander se nos ha acercado para que en su nombre roguemos á todos sus compañeros bajen esta noche á la estación á esperar á los que vienen de Oviedo.

Adhesiones

La colonia aragonesa de Santander se ha adherido á todos los actos que se celebren en honor de Altamira.

* * *

(1) En nuestro puerto desembarcarán en la mañana del día de hoy los señores Altamira y Alvarado, catedráticos de la Universidad de Oviedo, que tan brillante campaña han realizado en América en pro de nuestra patria.

Santander se siente orgulloso de ser el puerto donde rindan viaje aquellos ilustres representantes de la intelectualidad española, y sabrá dispensarles el recibimiento cariñoso y entusiástico que merecen.

Después de perdido nuestro dominio político en el nuevo mundo por nosotros descubierto y civilizado, hemos estado expuestos á perder toda influencia moral, todo lazo de unión de espíritus, tan necesario para llegar á la inteligencia económica y á la confraternidad como pueblos de una misma raza, de un mismo idioma, casi de una misma historia y de comunes intereses y tradiciones.

A impedir aquel mal se ha dirigido la labor del Sr. Altamira y de su compañero el señor Alvarado, y aunque sería aventurado decir que han realizado la reconquista moral de la América que constituyó nuestros antiguos vireinatos, sí puede afirmarse que han puesto los jalones para esa obra, que han cimentado sólidamente las bases, y que hoy entre España y América, entre América y España, van y vienen corrientes de simpatía, de amor, de mútua consideración é inteligencia, nacida de la labor de aquellos maestros, de sus esfuerzos por la cultura y de su trabajo para que el genio de la raza no se oscurezca entre los pueblos jóvenes, antes bien, en jóvenes y viejos resurja con más vigor, con más energía, con más fe en sus ideales y en su porvenir, para constituir un todo fuerte, poderoso, rejuvenecido, capaz de realizar la

gran misión de esa raza ibérica en la historia mundial.

Saludemos al maestro, al sabio Altamira y á su colaborador señor Alvarado; como españoles estamos satisfechos de cuanto han hecho por la patria común en las Repúblicas americanas, como montañeses nos sentimos orgullosos de que hayan escogido nuestra tierra como punto de regreso á la Península, y como amigos cariñosos que de ellos somos, les enviamos la más afectuosa bienvenida.

A través de las olas del Atlántico resonaron aquí los aplausos que les tributaron en América; hagamos hoy que, salvando tan larga distancia, se oigan en la Argentina, en Chile, en Perú, en México, en Cuba, en todos los pueblos que pisaron y donde tan gratas simpatías supieron conquistar y donde tantos agasajos recibieron, los vivas y las felicitaciones que les prodiguemos, hasta que confundidos los ecos de aquellos aplausos y enhorabuenas, formen un solo himno de agradecimiento y de cariño que todos los españoles y americanos entonan en loor de quienes son honra de nuestra raza y de nuestra mentalidad.

✦ ✦ ✦

EL ALMA DE LA RAZA (1)

Día grande para nuestra Montaña este de ayer, en el que, sobre el escenario de nuestro teatro Principal, vibró pujante y vigorosa el alma de la raza. No fueron los cariñosos abrazos de por la mañana, ni los saludos efusivos, ni los vivas unánimes, ni los acordes de la Banda municipal, los que trajeron á nuestra mente la visión augusta del ideal. Fué la palabra generosa, vibrante y avasalladora de Rafael Altamira, la que penetró hasta lo más profundo de nuestras almas, removiendo todo el sentimiento de la raza que en ellas auida. Fué su verbo generoso, su mirada de águila, su unción de apóstol peregrinador por el yermo de la indiferencia, su energía simpática y comunicativa, removedora de las fibras más íntimas de nuestra conciencia de ciudadanos.

Al oírle, al ver cómo su ademán vigoroso mostraba claramente su energía interior, una á manera de radioactividad despertadora de entusiasmos, alumbradora de nuevos derroteros, guía infalible de nuestro resurgir nacional, creímos por un momento que el ideal de confraternidad hispano-americano palpataba hecho carne generosa, y que desde la presidencia de la mesa abría sus brazos fraternales llamando á sí á todos los hombres de buena voluntad.

Allí estaba el alma de la raza, desbordándose labios abajo del ilustre Altamira; de ese moderno sembrador de ideas, que á través de las Repúblicas hispano-americanas ha dejado abierto un surco por donde correrá fructífera una corriente espiritual que florecerá en hermoso ramillete de Progreso y de Amor. Allí estaba España representada por ese hombre, por ese profesor de energía que ha llevado sobre sí el peso de toda la civilización española, para ofrecerla en conjunción amorosa á la moderna civilización americana. Y allí estaba la nueva orientación pedagógica de nuestra nacionalidad, clamando á voz en grito por

(1) Publicado en «El Cantábrico» de 31 de Marzo de 1910.

(1) Información hecha por «El Cantábrico» los días 1 y 2 de Abril de 1910.

el concurso de todos los españoles, por la ayuda y el entusiasmo de cuantos sientan en sus corazones el sagrado fuego del ideal.

Y allí estaba el público, premiando con entusiásticas, nutridas ovaciones, las generosas palabras que en nombre de un ideal de humanidad hasta ellos llegaban.

¿Qué mejor homenaje que esta coincidencia espiritual, que esta colaboración de entusiasmo en las palabras del orador? Bien puede decir Altamira, que no solamente ha sembrado ideas de patriotismo é ideales de humanidad allende los mares: los sembró anoche en el teatro de Santander y ellos fructificarán políticamente.

Al reiterar hoy nuestro saludo al insigne huésped, que nos ha honrado con su palabra, hacemos votos porque sus ideales, que son los nuestros, hallen pronta y eficaz realización en el sentimiento y en la voluntad de los españoles todos.

A la vista

Poco antes de las cinco de la mañana avistó la atalaya el vapor alemán que traía á su bordo al ilustre catedrático D. Rafael Altamira, de regreso de su glorioso viaje por la América latina, estableciendo el intercambio intelectual entre aquellas repúblicas y España.

Conocida la noticia por cuantos con verdadera ansiedad le esperaban, no tardaron en acudir al muelle aquellas personas á quienes unían lazos de familia ó de verdadera amistad con el sabio sociólogo.

A las seis de la mañana salió del muelle el remolcador «Cuco», engalanado con el telégrafo de banderas, que había sido contratado por el Real Club de Regatas, llevando á bordo á la distinguida señora de Altamira, al rector de la Universidad de Oviedo, señor Canella; al catedrático Sr. Mur; al Alcalde de Alicante; al director de la Estación de Biología Marina, Sr. Rioja, y á los representantes del Club, señores Toca (don B.), Herrera y Sañudo.

El «Cuco» fué al encuentro del «Kromprinzessin Cecilie» hasta algunas millas fuera del puerto, y ya el Sr. Altamira estaba en el puente del buque acompañado del distinguido catedrático de «Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo, Sr. Alvarado, que con el Sr. Altamira hizo la excursión que éste venía de realizar por América; de la oficialidad del buque, y de algunos otros pasajeros, admiradores del ilustre alicantino.

Desde la distancia que ambos barcos debían conservar, se cambiaron los primeros saludos entre el Sr. Altamira, su esposa y sus amigos.

Más tarde salieron otros vaporcitos al encuentro del «Komprinzessin Cecilie» entre ellos el «María Luz» y el «San Agustín», llevando éste á la Sanidad del puerto y á los representantes de la casa consignataria de la Compañía Hamburguesa.

En el puerto

El «Cuco» vino escoltando al trasatlántico alemán hasta el fondeadero, frente á San Martín.

El «Kromprinzessin Cecilie» amarraba á la boya de los correos á las siete en punto de la mañana.

Volvieron á cambiarse nuevos saludos entre los de á bordo y los que en el «Cuco» se encontraban, siendo obsequiados éstos con galletas que desde la borda del alemán les arrojó el Sr. Altamira.

Se aproximó el «San Agustín» á la escala del trasatlántico, y por el médico de á bordo supo el señor director de la Sanidad del puerto que durante la travesía había fallecido un pasajero de tercera que se dirigía al Havre, por cuyo motivo traía el buque la bandera de popa á media asta.

Subió á reconocer el cadáver el médico segundo de Sanidad, y mientras tanto trasladaron del «Cuco»

al «San Agustín» las personas que en aquél habían embarcado, con objeto de subir cuanto antes á abrazar á los que sobre cubierta y á la entrada de la escala les aguardaban ya impacientes.

Pero hubo que esperar un largo rato, hasta que apareció el médico de Sanidad y comunicó al señor Riancho que se trataba de una peritonitis.

Entonces se puso el barco á libre plática, subiendo á bordo de él la señora de Altamira y sus acompañantes.

No es necesario decir la emocionante escena desarrollada entre los dos esposos al volver á verse después de varios meses de ausencia y la cariñosa acogida que el Sr. Altamira dispensó á cuantos tuvimos la satisfacción de ser los primeros en estrechar su mano, al regresar de nuevo á España.

Verdaderamente conmovidos se abrazaron los señores Altamira y Canella.

También fué objeto de demostraciones de sincera amistad y admiración el profesor Sr. Alvarado, á quien, con los demás, acudió también á recibirle uno de sus hijos.

Al comedor y luego al fumador pasaron las personas que á saludar al Sr. Altamira fueron á bordo del «Kromprinzessin Cecilie», donde conversaron con los dos ilustres viajeros.

Poco después fueron llegando, para estrechar la mano del insigne catedrático, los Sres. Fresnedo de la Calzada, los comisionados obreros de Oviedo y Santander, á quienes acogió el Sr. Altamira con efusivas demostraciones de cariño; el delegado de Hacienda, Sr. Chápuli Navarro, alicantino; una comisión del Círculo Mercantil de Oviedo, y más tarde, el Guineador civil interino, Sr. Agüero.

Después de abrazarse como amigos particulares que son, el Sr. Agüero comunicó al Sr. Altamira el encargo que llevaba del Gobierno y muy especialmente del Presidente del Consejo de ministros señor Canalejas, de darle en su nombre la más cordial bienvenida y el más respetuoso saludo al rendir viaje en tierra española.

Conferencias

Breves momentos se retiraron á conferenciar con el Sr. Altamira, los Sres. Canella y Alcalde de Alicante.

El Sr. Altamira les comunicó la buena impresión que traía de su viaje por las Repúblicas hispano-americanas, expresándose en sentido muy favorable para los americanos, cuyo sincero españolismo ha tenido ocasión de apreciar.

El Sr. Altamira manifestó que su viaje á dichas Repúblicas ha superado en mucho á las esperanzas que tenía al embarcar, considerando firme y seguro el intercambio intelectual que allí fué buscando para bien de las Repúblicas americanas y de España.

No cesaba de elogiar el sabio catedrático las atenciones que en toda América le dispensaron, considerándole como embajador de la intelectualidad y de la cultura españolas.

Estas mismas manifestaciones oímos también nosotros al Sr. Altamira.

Como detalle curioso, recogemos el siguiente: El Sr. Altamira embarcó en Vigo el 8 de Junio del pasado año, y ha regresado á España el 31 de Marzo del año actual.

En esos diez meses ha recorrido en sus viajes, por mar y tierra, unos 80.000 kilómetros.

Una insignia

El Sr. Canella, luego de abrazar al Sr. Altamira, colocó en su solapa la insignia de la Universidad ovetense, única que hasta ahora se ha hecho y que será el primero en lucir el ilustre catedrático.

Fotografías

A pesar de que el tiempo no se prestaba mucho, pues la mañana amaneció lluviosa, el fotógrafo señor Torre, sacó algunas fotografías del Sr. Altamira y sus acompañantes para la popular revista «Letras Montañesas.»

A tierra

A las nueve y media regresó á tierra con alguna de las personas que la habían acompañado, la distinguida señora de Altamira.

D. Rafael Altamira embarcó á las diez en la lanchita de la Junta de Obras del Puerto, con los señores Canella, Mur, Argüero, Pérez Bueno, Chápuli y representantes de la Prensa.

El pasaje y personal del hermoso buque alemán hicieron al Sr. Altamira una cariñosa despedida, como prueba de admiración que sentían hacia el sabio sociólogo español, que durante la travesía y en las dos conferencias que les dió, hacía oír su elocuente palabra.

Los pasajeros todos que continuaban su viaje hasta el Havre y la oficialidad del barco, desde la borda, agitaban sus pañuelos despidiéndose del señor Altamira, dando vivas al sabio educador español y al propagandista de la cultura española, mientras la charanga de á bordo tocaba la Marcha Real.

Desde el vapor el Sr. Altamira agitaba su sombrero despidiéndose de aquellos que habían sido durante algunos días sus compañeros de viaje.

La despedida no pudo ser más entusiástica.

En el embarcadero

Además del Ayuntamiento en corporación y de as comisiones oficiales de Oviedo y Santander, numerosísimo público acudió al muelle á las diez de la mañana á recibir al ilustre catedrático de la Universidad ovetense.

Al acercarse al embarcadero la lanchita de la Junta de Obras, que le conducía, el Sr. Altamira, descubierta y de pié, dió un viva á Santander y otro á España, que fueron unánimemente contestados por el público, siendo objeto el insigne catedrático de una gran ovación.

Al desembarcar, el Alcalde, Sr. San Martín, le dió la bienvenida en nombre de la ciudad de Santander, y el Sr. Altamira contestó con frases de reconocimiento.

Inmediatamente pasaron á la caseta del embarcadero, donde se organizó la comitiva que había de llevarle hasta el Palacio municipal.

El recibimiento

Precedida de dos heraldos á caballo, y yendo á la cabeza nuestro Ayuntamiento, cuya presidencia ocupaban el Sr. Altamira y los Alcaldes de Alicante, Oviedo y Santander, se puso en marcha la comitiva.

El recibimiento que Santander dispuso ayer al cultísimo maestro que á América llevó la más alta y grande de las representaciones españolas, la de nuestra literatura, fué tan grandioso y espontáneo como merecía el hombre que nos honraba, escogiendo nuestro puerto para regresar á su amada patria, después de haberla glorificado en las antiguas posesiones españolas.

Los vivas, los aplausos, las manifestaciones de respetuosa admiración que á su paso por nuestra ciudad oyera el eminente catedrático, mezclados con los vivas á Oviedo, Alicante y Santander, las tres capitales refundidas ayer en una soía, no bastaban á pre-

miar la labor inmensa, meritísima que en beneficio de España ha realizado el sabio alicantino en las Américas latinas.

Un viva hubo á la Democracia, que el Sr. Altamira contestó rápidamente con otro á los Trabajadores.

Por el bulevar de Pereda desfiló la comitiva entre las aclamaciones del gentío que se agolpaba á los dos lados de la ancha vía.

En este paseo se dió la nota más simpática del recibimiento. Cubriendo la carrera se había colocado á los niños y niñas de las escuelas municipales, que arrojaban ramos de flores al paso del Sr. Altamira, uno de los cuales cogió éste y se lo puso en el ojal de la solapa.

La mayoría de los balcones de las casas del Muelle, lo mismo que las de todo el trayecto, estaban engalanados con coladuras, y desde ellos elegantes y distinguidas damas saludaban con sus pañuelos y aplaudían al Sr. Altamira.

Este descubierta y dando vivas á Santander y á España, saludaba á todos visiblemente emocionado.

Al llegar al Puente, ocupado totalmente por una muchedumbre, se le hizo otra ovación, que no cesó ya un momento hasta entrar en el Ayuntamiento, donde se repitió con mayor entusiasmo.

En la Alcaldía

Al entrar en la Alcaldía, el alcalde, Sr. San Martín, ofreció la casa al Sr. Altamira, quien contestó á las palabras del Sr. San Martín, que habiendo comenzado modestamente su labor, quería terminarla modestamente también, y que por eso agradecía aún más esta nueva prueba de cariño que le daba Santander.

El numeroso público que se agolpaba frente al Ayuntamiento, obligó á salir al balcón al Sr. Altamira, con los señores Canella y Alcaldes de Alicante, Oviedo y Santander.

—Santanderinos:—dijo el gran Altamira—las flores que me dedicáis no han de ser para mí, aunque yo en el alma os las agradezca. Las dedico, parte á Alicante, donde se conservan las cenizas de mis padres, parte á la Universidad de Oviedo, que lo es también montañesa, por que allí nació la idea por mí realizada de llevar á las repúblicas americanas algo de España, y otra parte á vosotros mismos la dedico como recuerdo de este día, que no se borrará de mi memoria.

Los aplausos los recojo también para dedicarlos todos al ilustre rector de la Universidad de Oviedo, que fué el iniciador de la empresa de unir á España y América con fuerte lazo de afecto y cariño.

A todos los santanderinos, á los españoles todos dirijo desde aquí mi saludo, y en la imposibilidad de abrazaros, lo hago con el Alcalde de Santander, representante de la ciudad hidalga y hospitalaria.

La ovación dura largo rato, dándose vivas á Alicante y Oviedo.

El Sr. Altamira se retira del balcón y, en unión de varios amigos, permanece descansando en la Alcaldía, mientras se organizaba la recepción que estaba anunciada y para asistir á la cual iban acudiendo las comisiones.

La recepción

Comenzó á las doce en punto.

En el salón de la Alcaldía ocupó el lugar de preferencia el Sr. Altamira, teniendo á su lado al Gobernador civil, Sr. Agüero; á los catedráticos, señores Alvarado, Buyla y Mur y á los Alcaldes de Alicante, Oviedo y Santander.

Las comisiones desfilan por el siguiente orden:

Ayuntamiento de Santander, Audiencia, Ayuntamiento de Oviedo, Delegación de Hacienda, Gobernador militar con su ayudante, coronel del regimien-

to de Valencia, obreros de Santander y Oviedo, Instituto de Santander, Escuela Superior de Comercio, D. Luis Martínez y D. Roberto Besáñez, Escuela Superior de Industrias, Biblioteca Municipal, Cámara de Comercio de Oviedo, Cámara de Comercio de Santander, Círculo Mercantil de Oviedo, Círculo Mercantil de Santander, Círculo de Recreo de Santander, Casino de Oviedo, Extensión Universitaria de Santander y la provincia, Diputación provincial de Oviedo, Diputación provincial de Santander, Cuerpo Consular.

El Sr. Altamira se dirige á los señores cónsules de las repúblicas que visitó en su viaje por América y les ruega comuniquen á sus respectivos Gobiernos los recuerdos que de ellas conserva, y que hace fervientes votos para que los lazos de fraternidad con España no se interrumpan.

Liga de Contribuyentes, comisión de indianos, señor marqués de Hazas, Prensa de Santander y Oviedo, Real Club de Regatas, estudiantes de Oviedo, Colegio de Doctores y Licenciados, Estación de Biología Marina, Sección de la Sociedad de Historia Natural, Academia Mata.

Numerosa comisión de estudiantes de Santander.

El Sr. Altamira les dirigió algunas palabras, recomendándoles un gran amor á España.

Médicos forenses.

Empleados municipales. El señor secretario hace entrega de la preciosa placa que como homenaje á su talento, le dedican los empleados del Municipio de Santander.

El Sr. Altamira, muy emocionado, les dice que guardará siempre en su alma este delicado recuerdo y que su gratitud la demuestran con más elocuencia sus ojos.

El Sr. Altamira llora.

Unión Cántabra Comercial.

Y termina la recepción, que resultó muy brillante.

Al Hotel

Acompañado de los Sres. Canella y Alcaldes de Oviedo y Santander, marchó luego en un coche al Hotel de doña Francisca Gómez, donde se hospeda, el Sr. Altamira.

A la salida del Ayuntamiento el numeroso público que allí le esperaba le hizo objeto de una nueva y calurosa ovación.

Banquete

El Sr. Escalante, en nombre de los Claustros de Profesores del Instituto general y técnico y de las Escuelas de Comercio é Industrias, ofreció ayer un banquete al Sr. Altamira, que éste aceptó agradecidísimo.

El banquete se celebrará hoy á la una y media, en el Hotel Continental.

A Alicante

El Sr. Altamira marchará en el tren correo de hoy para Madrid, de paso para Alicante.

A su regreso á Madrid dará conferencias en la Universidad Central, en la Unión Ibero-Americana y en el Ateneo.

Telegramas

El Rector de la Universidad Sr. Canella, recibió ayer los siguientes telegramas:

«Gijón, 30. — Claustro Instituto Jovellanos ruega V. E. salude al insigne colega Altamira

en su feliz llegada á España, cuyo nombre enalteció tan sabiamente.— *Adellac*, director.»

«Gijón, 30.—Ruégole salude ilustre maestro Altamira en nombre Escuela Superior Comercio Jovellanos.—Director, *Escolar*.»

El Sr. Altamira recibió también el siguiente despacho:

«Oviedo, 30.—Recibido telegrama Coruña. Todos agradecemos profundamente afectuoso saludo. Rector dirále cuán de corazón asociámonos entusiasmo España entera feliz regreso. Aclamaciones todos pueblos coronan viaje triunfal. Mucho siento no poder ser de los primeros en abrazarle *Valle Come*.—*Sela*.»

El Sr. Alcalde de Alicante recibió ayer el siguiente telegrama del Alcalde accidental:

«Ayuntamiento Alicante acordó unánimemente en sesión de anoche expresar á Su Señoría, concejales y pueblo Saniander, su profundo agradecimiento por las atenciones, honores y deferencias tributadas al alcalde Pérez Bueno y ofrecerles cariño, saludo y testimonio de afectuosa consideración.»

El Círculo Mercantil recibió ayer tarde el siguiente telegrama del presidente del Círculo Mercantil de Oviedo:

«Oviedo, 31—16,40.—Tenemos noticias recibimiento hecho por esa Sociedad á nuestros representantes. No es este telegrama un simple saludo de cortesía ó de pura etiqueta. Vean en estas palabras, sentimiento, intensa gratitud, afecto y cariño fraternal hacia ustedes. Descamos llegue pronto día de corresponder á tan exquisitas atenciones.—*Armán*.»

Nuestro Círculo Mercantil ha contestado con el siguiente:

«Presidente Círculo Mercantil.—Oviedo.—Recibido su telegrama agradecemos sus manifestaciones cariñosas. No hacemos más que cumplir lo que el deber impone tratándose de hermanos, sintiéndonos satisfechos tener presente ocasión de patentizarles, aunque incompletamente, nuestro fraternal afecto, del que son pequeña muestra nuestros actos. Abrazamos efusivamente á esos queridos compañeros en personas sus representantes. *Prieto Lavín*.»

El Gobernador civil comunicó ayer al Ministro de Instrucción Pública la llegada á nuestra ciudad del Sr. Altamira.

El señor conde de Romanones contestó con el siguiente telegrama, que el Sr. del Campo trasladó á D. Rafael Altamira:

«Recibido su telegrama, ruégole salude en mi nombre al Sr. Altamira y le dé bienvenida, al propio tiempo que le felicito por la obra de

alto interés patriótico que ha realizado en América.»

Una carta de Altamira

Antes de abandonar el «Kronprinzessin Cecilie», el señor Altamira dejó á bordo la siguiente carta:

«Santander, 31 Marzo de 1910.—Sr. D. S. Berliner, Mayordomo primero de «Kronprinzessin Cecilie».

»Muy señor mío: Terminado mi viaje y y á punto de desembarcar, tengo el gusto de expresar á usted mi completa satisfacción por el cuidado y las atenciones de que, como pasajero, he sido objeto, nueva demostración del excelente servicio que se encuentra en los vapores de esta línea. Y muy singularmente quedo á usted reconocido, señor Berliner, por su exquisita cortesía, sus amabilidades para conmigo y el constante celo con que se preocupa de hacer grato el viaje á todos, y que conmigo ha tenido especial demostración.

«Consideraré para mí una dicha repetir esta travesía en el buque en que usted sirve. En todo caso, me ofrezco de usted atento y seguro servidor q. b. s. m., *Rafael Altamira.*»

Una visita

Ayer tarde tuvimos el gusto de recibir en nuestra Redacción la visita de los representantes de la Cámara de Comercio de Oviedo, rogándonos hiciéramos constar su agradecimiento á la Cámara de Santander, Club de Regatas, Círculo de Recreo, Círculo Mercantil, Alcalde de Santander, ex-Alcalde D. Luis Martínez y á la Prensa, por los agasajos y atenciones de que han sido objeto durante su permanencia en esta capital.

En el Centro Obrero

Apenas desembarcado, el tan modesto como culto catedrático de la Extensión Universitaria de Oviedo, señor Alvarado, anunció al presidente de la Federación local de Sociedades Obreras que á las seis de la tarde iría á visitar el Centro Obrero de Santander.

A esta hora estaban congregados ya en el Centro de la calle de las Animas un no pequeño número de obreros, que habían tenido noticia de esta visita. Y de haberse podido extender más el anuncio de ésta, seguramente hubiera sido imponente el número de trabajadores que hubieran acudido.

El concejal socialista Macario Rivero, hizo en pocas palabras la presentación del Sr. Alvarado, y éste, á continuación, habló en términos sencillamente elocuentes á la concurrencia.

Saludó, en primer término, á los obreros, en nombre suyo y en el del Sr. Altamira, quien hubiera tenido una íntima satisfacción en poder haber llevado personalmente el saludo que á él encomendaba.

La labor de Altamira en América fué explicada por el Sr. Alvarado en términos clarísimos y breves, coincidiendo justamente con lo dicho luego por el sabio alicantino en su admirable discurso del teatro.

Terminó el Sr. Alvarado con un efusivo saludo y frases de aliento y entusiasmo, recibiendo una prolongada y cariñosísima ovación de los trabajadores allí congregados.

El banquete

A las ocho y media de la noche, como se había anunciado, se celebró el banquete Corporativo en el Teatro Principal.

Lo mismo el vestíbulo que el salón, estaban adornados con profusión de plantas y guirnaldas, entre las cuales se mezclaban innumerables flores naturales, camelias en su mayor parte, blancas y encarnadas, completando en la amplia sala, iluminada con verdadero lujo de luz, una decoración de muy buen gusto.

En el descanso del primer piso de palcos, tocaba la banda municipal.

Los palcos, las galerías y todo el anfiteatro alto, estaban ocupados por numeroso público; en las localidades bajas se veía buen número de distinguidas señoras y señoritas de familias de autoridades y de otras distinguidas personas.

La mesa, colocada en forma de herradura, con amplios espacios en el centro y ambos costados, estaba servida con gran lujo de detalles. Los cubiertos ascendían á ciento catorce.

Ocupó la cabecera el ilustre Altamira. A su derecha, se sentaban el Alcalde de Santander y el de Oviedo; á su izquierda, el Gobernador civil, señor del Campo y el alcalde de Alicante. Después, en la misma cabecera, á uno y otro lado, ocupaban los puestos de preferencia todas las demás importantes personas, autoridades y representaciones de Corporaciones y Centros oficiales de Oviedo y Santander que han figurado en los demás actos oficiales.

El banquete fué espléndido, servido con cuidadosos detalles por el restaurant del Suizo.

He aquí el menú:

Ostras.—Entremeses.—Puré Condé.—Frito de ave á la Suiza.—Salmón en salsa tártara.—Solomillo á la Perigord.—Espárragos á la Napolitana.—Pavillo á la Imperial.—Helados.—Postres.—Vinos: Sauternes, Riscal, Pommer y Gréno.—Café.—Licores.—Habanos.

Al comenzar el banquete apareció en un palco principal del centro la distinguida señora de Altamira, acompañada de la esposa del doctor Rioja y otras personas, y fué ovacionada con entusiasmo durante largo rato.

La comida se celebró dominando en toda ella el alegre rumor de las animadas conversaciones en que fraternizaban amablemente montañeses, alicantinos y asturianos; nos parecía más una íntima y hermosa fiesta de cariñosos y entrañables amigos, que un banquete de etiqueta oficial.

Al destaparse el champagne, inició el Alcalde de Santander los brindis. Pronunció el señor San Martín breves y discretas frases, por las que fué muy aplaudido.

Dijo que obligado por deberes del cargo que desempeñaba y en cumplimiento de encargos que el Excmo. Ayuntamiento le confiaba, no sabía cómo llenar el vacío de sus modestas facultades en aquel trance solemne. En cambio—añadió—siento ahora la satisfacción y la honra de cumplir tales deberes saludando al insigne Altamira, como sentí honra y satisfacción al cumplir hace poco otro deber oficial cerca del ilustre Menéndez Pelayo, y estas satisfacciones bien compensan las amarguras de otros trances á que estos puestos oficiales conducen.

Dirigió un cariñoso saludo en nombre de la ciudad al eminente profesor y á la ilustre dama, su esposa, que presenciaba el acto, haciéndolo extensivo á sus hijos, á los representantes de Alicante y Oviedo, al Rector y Universidad de Oviedo, y á la prensa, que ha dado á conocer la trascendental labor del maestro en América, rogándola haga constar cómo se le recibe y glorifica.

El Alcalde de Oviedo

Síguele en el orden de los discursos el señor Alcalde de Oviedo, que habla también brevemente.

Dirige un saludo respetuoso á las señoras que presencian el homenaje de cultura al insigne Altamira y dice que es hora ya de que rindamos honores á los conquistadores espirituales de pueblos para el cariño de la madre España.

Termina diciendo hállase ya en Santander como en su propia casa, por obra de la sin igual cortesía y hospitalidad afectuosa de este pueblo, al que envía en la persona de su Alcalde un estrecho y cariñosísimo abrazo.

El Alcalde de Alicante

Recojo los aplausos, dice, y los uno á las flores que los niños arrojaban al Sr. Altamira á su paso por las calles, para ofrendar unos y otras en el altar de mi pequeña patria alicantina, en el que reverencio con toda mi alma á la patria grande.

Con palabra fácil, fluída, correctísima, sin pretensión de discurso, hace el Sr. Alcalde de Alicante uno bellísimo, que es á la vez un canto á la gloria de Altamira y un himno de gratitud y de entusiasmo entonado en honor de la Montaña, «tierra de rancieros hidalgos, solar de tradicional cortesía y bondades; cuna del admirable Pereda, que aunque desgraciadamente para nosotros no existe ya, goza, por suerte para él, la inmortalidad y la gloria; cuna de Menéndez Pelayo, loco asombroso de la luz de la Ciencia.

En un precioso párrafo, que arranca grandes ovaciones, recuerda una poesía de Salvador Rueda, en la que aludiendo á Altamira, dice que éste conquista sin espada y que, en cáliz de oro, ha dado á los espíritus españoles y americanos la grandiosa comunión de afectos de la raza latina.

Termina, en nombre de la Prensa de Alicante, saludando á la Prensa de Santander, sin distinción de matices ni de ideas, á la Prensa de Santander, que, por sana y honrada, es orgullo de la de España. (Grandes aplausos.)

(Por no poder hacer uso de la palabra en el banquete mas que las personas designadas para hablar allí, no pudimos los periodistas contestar entonces al delicado y afectuosísimo saludo que el Sr. Alcalde de Alicante nos hizo en nombre de aquellos compañeros. Recogémosle ahora, por nuestra parte, agradeciéndole en el alma y correspondiendo á él con toda la efesión y cariño que merece.)

El Rector de Oviedo

Levántase á hablar el Sr. Canella en medio de una extraordinaria ovación. Su discurso, fogoso, viril, levantadísimo y á la vez lleno de sentimiento, conmueve á todos. Dice que ha llegado el momento grandioso de su vida, el día de la realización de sus sueños, viendo la unión de América y España por la gran Cruzada del siglo xx levantada por el genio de Altamira para reivindicar los antiguos lazos de la unión de la raza. Como antes surgió Feijóo, ha surgido ahora el genio de Altamira, el caudillo, el capitán, que por la ley del amor ha levantado un Ejército para reconquistar aquellos hermosos países.

¡Ay de mí—exclama lleno de emoción—que al declinar de la vida no puedo ya ver fructificar la semilla que echó Rafael Altamira en los hermosos surcos de América! ¡Ay de mí, que no veré la cosecha que se logre de la siembra bendita de este hombre ilustre!

Brinda por Altamira; por la hermandad de las escuelas de América y España; por los obreros de ambos países, siempre generosos y buenos, por los estudiantes, de quienes tendremos mañana la patria

espiritual más grande que nunca; por los jefes ilustres de los Estados americanos que recorrió Altamira; por sus ministros de Instrucción; por sus profesores, por su Prensa; que de todos se guardan en la Universidad de Oviedo documentos que son notabilísimas ejecutorias de amor á nuestra obra, y, en fin, dice, después de un tiernísimo período dedicado á la familia de Altamira: brindo, para que quede algo dulce en mis labios, por las mujeres de esta tierra, facetas irisadas de la piedra diamantina que se llama Montaña.

Dicen—concluye—que está España entre los países moribundos. Y yo digo: Si vive Altamira, ¿cómo ha de morir España? (Colosal ovación.)

El señor Altamira

Después de un largo rato, se hace el silencio y habla el maestro. Su voz, vibrante, poderosa, llena los ámbitos del teatro, conmoviendo á todos.

No podemos seguir su magistral y emocionante palabra. Sería vanidad necia intentarlo. Altamira habla en tono levantado, en estilo grandilocuente, pero, como siempre, claro, rotundo, preciso, admirable.

Dice que sus primeras palabras debieran ser de agradecimiento, pero que todas las lenguas son pobres en signos de expresión para la expresión de mis conmovedores estados de espíritu. Además, tendría que hablar de un hombre, de Rafael Altamira, y es preciso ocuparse de algo más grande.

Sin embargo, sigue, debo la gratitud de poder decir que esto es algo que está sobre mí, como la voz de una misteriosa corriente humana ideal, de unión de una raza, de la que he sido yo felizmente el instrumento en un dichoso instante de mi vida.

Dice que sintió alguna vez flaquezas y desmayos en su viaje y en su labor, pero que, en aquellos instantes de vacilación que pudieron conmovérle, la voz del deber se le impuso, porque era la voz de su apellido, la voz de la memoria idolatrada de su padre y de su nombre sin tacha; la voz de la Universidad de Oviedo; la voz de la Patria que allí representaba en la obra que le había encomendado. Gracias á estos santos estímulos, no se rindió un momento. Así creo que pensarían, dice, aquellos férreos conquistadores del siglo XVI para vencer las dificultades enormes que se opusieron á sus empresas. Acaso he sido yo un caso de atavismo de la raza, sintiendo los portentosos alientos de aquellas generaciones.

En los instantes de la lucha, la visión augusta de la Patria, me iluminó y sentí el patriotismo á la luz de la humanidad. He visto por ella la patria española con una grandeza incomparable, imposible de pintar, porque, allí, no se ve nada de lo pequeño y accidental que nos separa, porque eso se borra en tan lejanas líneas, sino sólo lo que corona de grandeza la imagen de la Patria.

He oído nuestra hermosa lengua, pura y castiza, mejor conservado el idioma tal vez que en la propia Península, y he advertido que con ella alientan y discurren poderosísimas y fecundas mentalidades.

No he hecho obra personal, sino de Corporación. No he olvidado ni un momento que era en nombre de la Universidad como yo iba y laboré con neutralidad absoluta, sacrificando mis ideales particulares al éxito de la empresa, sacrificio que estoy dispuesto siempre á repetir, pues en esta labor corporativa y no individual hay que sumar en todos los momentos. Otra cosa sería un error funesto.

Tampoco fué obra estrecha y mezquina para españolizar América, ni obra de absorción ni de conquista, puesto que no hubo ni vencedores ni vencidos; fué obra de amor, de afecto, de intereses, de ideales, declarando cuando fué preciso el error, porque la honradez debe consistir en no padecer la ceguera de sostenerle á todo trance cuando exista,

ofreciendo lo que pueda servir de nuestra labor y carácter para la grande y hermosa obra de la civilización humana.

En bellísimos párrafos, que no podemos seguir glosando por falta ya de espacio, dice que los ministros de Instrucción de varios países y los profesores le declararon que antes no buscaban jamás un libro español, pero que, desde ahora lo harán con entusiasmo; afirma que hubo comerciante español que le expresó su gratitud por la obra que realizaba, pues había logrado con ella aumento de crédito para los productos españoles y cuenta que al Hospital Español de Montevideo se le ha eximido de pago de los terrenos municipales que ocupaba por virtud de los afectos despertados allí por la obra que se ha llevado á cabo para despertar el dormido amor á la madre España.

Termina en brillantes períodos recomendando que se prosiga por todos los españoles, cada uno en su esfera y situación, la labor comenzada, para no defraudar las nobles esperanzas que han despertado en América sus promesas, hechas en nombre de la Patria, y dice que es preciso que este anhelo suyo aliene en todos para bien nuestro y para bien de la humanidad.

La ovación al terminar el Sr. Altamira, es conmovedora. Muchas veces antes fué interrumpido con estruendosos aplausos, pero el final fué colosal verdaderamente.

Los asistentes al acto, puestos en pié, le aclamaban y dan vivas á América y á España, á Altamira, á la Montaña, á Alicante y á Oviedo.

El acto terminó á las doce de la noche.

Visitas de despedida

Acompañado del Sr. Fresnedo de la Calzada y del Rector de la Universidad de Oviedo Sr. Canella, el Sr. Altamira dedicó la mañana de ayer á despedirse de las autoridades y otras varias personas.

Estuvo primero en el Real Club de Regatas, donde le recibieron los Sres. Zorrilla, Toca, Herrera, Sañudo y otros, con objeto de hacer presete á aquella Sociedad su más grande reconocimiento y su gratitud más inmensa, por los agasajos, atenciones y deferencias que á su esposa dispensaron desde que llegó á esta población para esperar su llegada.

Los representantes del Club testimoniaron nuevamente su admiración al gran Altamira, manifestándole que había sido un deber gratísimo el que cumplieran estando siempre á disposición de su distinguida señora, en los días que ha permanecido en Santander.

En el Gobierno civil

Desde el Real Club marchó el Sr. Altamira al Gobierno civil, con objeto de despedirse del señor del Campo.

Como éste había traído de Madrid el encargo del Sr. Canalejas, Presidente del Consejo de ministros, de rogar al Sr. Altamira que no dejase de verlo á su paso por la Corte al dirigirse á Alicante, la visita tuvo también por objeto el deseo del sabio maestro de comunicar al Sr. del Campo que había telegrafiado á Canalejas pidiéndole hora para visitarle hoy é indicándole sitio á que ha de enviarle la contestación.

Los Sres. Altamira y del Campo estuvieron conversando algunos minutos acerca del viaje del primero por Cuba, donde el Sr. Gobernador permaneció varios años.

El Sr. Altamira habló también con el doctor Morales, que se encontraba en el despacho del Gobernador, del proyecto que el inspector provincial de Sanidad tiene de establecer particularmente, en esta

capital, en la hermosa finca de Campogiro que perteneció á los Sres. de Ruiz de Velasco, un sanatorio hispano-americano para enfermos del aparato digestivo.

El Sr. Altamira elogió mucho la idea que le expuso el Sr. Morales, diciendo que era muy necesario en España, donde aún no había uno de esos establecimientos montado, como ha de estar el del doctor Morales, con arreglo á los más perfeccionados del extranjero.

En la Alcaldía

También fué el Sr. Altamira al despacho del Alcalde de Santander, á despedirse del señor San Martín y de la ciudad en su representación, expresando el más vivo reconocimiento por las manifestaciones de simpatía que le hizo Santander al desembarcar anteayer en este puerto.

Entre los Sres. San Martín y Altamira se cambiaron frases de mutuo afecto.

Desde la Alcaldía regresó el señor Altamira al hotel donde se hospeda.

Las comisiones de Oviedo

En el primer tren de la mañana marcharon á Oviedo los comisionados del Círculo Mercantil de aquella ciudad, siendo despedidos por algunos socios del de Santander.

En el tren de la una y media de la tarde, marcharon también los señores diputados provinciales y comisionados de la Cámara de Comercio, Casino y representantes obreros de Oviedo.

Despidieron á las respectivas comisiones varios diputados, socios de la Cámara, del Círculo de Recreo y un numeroso grupo de obreros.

Hoy marcharán las restantes comisiones que vinieron con motivo de la llegada de Altamira.

Banquete

En el restaurant del Hotel Continental se verificó ayer, á la una de la tarde, el banquete ofrecido por los centros docentes de esta capital á D. Rafael Altamira.

Asistieron al acto el rector de la Universidad de Oviedo, señor Canella; el catedrático de la misma, señor Mur; el Sr. Redondo, profesor del Instituto de Oviedo; el director del Instituto, señor Escalante; el director de la Estación de Biología Marina, señor Rioja; el director de la Escuela Superior de Industrias, señor Torriente; profesor de la Escuela Superior de Comercio, señor Requejo; en representación del director del centro, que estaba enfermo; los profesores del Instituto señores Palacio, Llabris, Bárbara, Buil, Vignolle, Alonso, Rodríguez; de la Escuela de Industrias, señores Simavilla, Fresnedo de la Calzada, Bravo, Fernández Mirapeix, Santiago; los de la Escuela de Comercio, señores Olarán, Santocildes, Pórcel Jiménez; de la Escuela de Artes y Oficios, señores Cospedal (D. N.), Roviralta, Colongues; el director de la Escuela de Artes y Oficios de Torrelañega, señor Alcalde del Río.

Cuatro alumnos de la Universidad y Escuela de Industrias de Oviedo y cuatro alumnos del Instituto y Escuela de Artes y Oficios de Santander.

El menú, que se sirvió admirablemente, fué el siguiente: Entremeses.—Ostras.—Sopa Juliana.—Pastelillos de ave y jamón.—Lubinas salsa tártara.—Solomillo á la Parisien.—Menestra del tiempo.—Pollos y perdices con ensalada.—Mantecados á la vainilla.—Quesos.—Frutas.—Dulces.—Vinos.—Champagne.—Café, licores y cigarros.

A la hora de los brindis se levantó el señor Es-

calante para decir que se había acordado suprimir aquéllos, concretándose él á ofrecer en nombre de todos el banquete al Sr. Altamira y á proponer que la canastilla que adornaba el centro de la mesa se enviase á la distinguida señora del ilustre catedrático.

El señor Altamira agradeció el banquete, y dijo que la nota más simpática de él había sido el acuerdo de suprimir los brindis.

Terminado el banquete el Sr. Altamira se retiró para dirigirse á su hotel, con objeto de unirse á su señora y marchar á la estación del Norte.

La despedida

Media hora antes de la salida del tren, los andenes estaban llenos de gente de todas las clases sociales, siendo materialmente imposible dar un paso.

Al presentarse en la estación el señor Altamira con su señora, fueron ovacionados y vitoreados.

También se dieron vivas al rector Canella y al alcalde de Alicante que marchaba acompañando al Sr. Altamira.

El señor Canella les acompañó hasta Torrelavega, donde pensaba tomar el tren para Llanes.

El señor Altamira se despidió afectuosamente de todas las autoridades, profesores y amigos particulares.

El entusiasmo del público por Altamira, era delirante, repitiéndose las ovaciones á cada momento.

La despedida fué colosal, grandiosa. Al arrancar el tren, dió un viva al pueblo de Santander y otro á España, que unánimemente se contestaron.

El ilustre catedrático marchó diciendo: «Santanderinos: hasta muy pronto.»

Entonces aquella muchedumbre que acudió á despedirle á la estación, rompió en una salva de aplausos y le aclamó, vitoreando también al rector de la Universidad de Oviedo y al alcalde de Alicante, señor Pérez Bueno, que no cesaba de dar vivas á Santander.

La ovación no cesó hasta que el tren se perdió de vista.

El señor Altamira iba en la ventanilla saludando con el sombrero.

Un ruego

El brevisimo tiempo que el Sr. Altamira ha permanecido entre nosotros le ha impedido despedirse personalmente de todas las personas que le han favorecido con su visita ó con atenciones, y contestar á todos los saludos postales y telegráficos que ha recibido. Nos ruega, pues, que hagamos pública esta manifestación y que le sea admitida esta forma sumaria de agradecimiento extensiva al pueblo todo de Santander. De todos modos, aunque fuera muy amplia y detenida su estancia, no podría nunca agotar el sentimiento hondo con que se reconoce eternamente ligado á la Montaña y á todos los españoles que le han alentado y fortalecido con su adhesión y simpatía.

El señor Alvarado

Este distinguido catedrático de la extensión universitaria de Oviedo, que en su viaje á América acompañó al señor Altamira, realizando también una labor muy meritoria, salió ayer, en el tren de la mañana, para Oviedo.

Le despidieron algunos amigos.

Telegramas

El señor Gobernador civil, que había comunicado al Presidente del Consejo de Ministros el feliz arribo del Sr. Altamira y le dió cuenta del resultado del banquete celebrado en el Teatro Principal, recibió ayer el siguiente telegrama del Sr. Canalejas:

«Me felicito del éxito del banquete que con tanta oportunidad y justicia ha organizado ese culto Municipio en honor ilustre Altamira. Agradezco á este los inmerecidos elogios que me tributa.»

Del Alcalde accidental de Oviedo recibió ayer el señor San Martín el siguiente telegrama:

«Oviedo, 1.

«Alcaldía, Ayuntamiento y pueblo Oviedo, no saben como agradecer atenciones y obsequios tantos dispensados á comisiones de este Municipio y pueblo, y recibimiento sin igual hecho al señor Al-



Los Sres. Altamira, Canella y Alcaldes de Santander, Alicante y Oviedo en la estación del Cantabrico, en Santander, momentos antes de emprender la marcha para Madrid y Alicante.

tamira. Reconocimiento eterno para ese Ayuntamiento espléndido y hospitalario pueblo hermano. —Alcalde, *Carlos Menéndez.*»

Los concejales ovetenses

El Alcalde y concejales del Ayuntamiento de Oviedo estuvieron ayer tarde en el despacho de la Alcaldía á despedirse del señor San Martín y del Ayuntamiento de Santander, expresando su reconocimiento por las atenciones que se les había dispensado durante su corta estancia en esta capital.

Saldrán mañana para la capital de Asturias.

El señor Alcalde de Oviedo estuvo también á despedirse de nuestra Redacción, honor que agradecemos mucho.

Solo deseamos que pronto se presente nueva ocasión de festejar á los representantes asturianos, pues nunca pagaremos las atenciones que ellos nos dispensaron al visitar Gijón y Oviedo los representantes de nuestras Corporaciones.

A Oviedo

Según dijo ayer el señor Altamira, el 17 del actual llegará á Oviedo, de regreso de su viaje á Alicante y Madrid.

Con este motivo se prepara una excursión á Oviedo para recibir al señor Altamira, con la que, probablemente irán algunos representantes de Corporaciones.



EN ALICANTE ⁽¹⁾

El recibimiento

Ni el cambio de lugar y hora de llegada, ni lo desapacible del día, ni el mal estado del piso de la población, á consecuencia de la lluvia que había caído durante toda la noche, fueron motivo suficiente para deslucir la manifestación incomparable de cariñoso entusiasmo, que Alicante tributara ayer al Sr. Altamira.

El Ayuntamiento, que en la organización de estos festejos ha demostrado tanta actividad como acierto, había rogado á la compañía de M. Z. y A., que permitiera bajar hasta la explanada el coche que condujera al ilustre viajero, con objeto de evitar los inconvenientes que lo reducido del andén, habían de oponer á una buena organización del recibimiento.

El sábado por la mañana, se recibió la contestación negativa del director de la citada compañía; agotando los recursos, se telegrafió al Sr. Francos y se telefoneó al Sr. Pérez Bueno, á fin de que consiguieran el deseado permiso.

El acierto de estas medidas lo probaron los telegramas que se recibieron algunas horas más tarde, anunciando que se había conseguido el permiso para que el tren bajara á la Esplanada.

Todas estas gestiones, necesitaron tiempo y cuando se supo que se había conseguido la autorización eran cerca de las ocho de la noche del sábado, y por más que se enviaron copias de los telegramas á los cafés y sitios donde la gente se reúne á esas horas, fueron muchos los que durante las primeras horas de la mañana se dirigieron á la estación, no obstante que las músicas que recorrían la ciudad iban anunciando el lugar donde se había de efectuar el recibimiento.

Este tuvo lugar frente al templete de la Esplanada, en cuyo sitio se situaron las corporaciones y representaciones oficiales que fuera ocioso citar, por que más adelante hemos de hacerlo al hablar del homenaje popular.

Hora y media de retraso trajo el tren, sin que tan larga espera fuera causa de la deserción

de uno solo de los millares de individuos que llenaban los andenes del amplio paseo y las terrazas y balcones de los edificios situados en la carrera que había recorrer la comitiva.

Los saludos

Un disparo de morteretes anunció al público que el tren había llegado á la estación y minutos después entre los vivas y aclamaciones de la muchedumbre avanzaba el tren por la vía del puerto hasta situarse frente al lugar en que esperaba el Ayuntamiento y las comisiones oficiales.

El alcalde accidental Sr. Mendaro, saludó al Sr. Altamira en nombre del pueblo de Alicante, manifestando que bendecía la feliz circunstancia que le permitía á él, alicantino de corazón, encarnar los sentimientos de este pueblo, sentimientos que condensó en un viva á Altamira, que fué contestado por millares de personas.

El Sr. Mendaro, saludó también á la bella y distinguida esposa del sábio profesor, á la cual entregó un precioso ramo de flores.

Desde aquel momento, es imposible seguir paso á paso lo ocurrido. El Sr. Altamira fué secuestrado por los brazos de cariñosos amigos, entre los vivas, los aplausos y las demostraciones de afecto de más de veinte mil personas.

La carrera

Rodeado de los concejales, del gobernador del senador Sr. Palomo y otras distinguidas personas, que formaron una especie de cuadro de defensa en derredor del Sr. Altamira, se puso en marcha la comitiva por las calles de San Fernando, Victoria y Princesa hasta el Ayuntamiento desfilando entre las aclamaciones del gentío que se agolpaba al tránsito y que ocupaba balcones y terrazas en número incalculable.

Al llegar al Ayuntamiento, hubo la nota simpática de hallarse ocupado el vestíbulo y los balcones por niños de las escuelas, que vitoreaban al sábio pedagogo.

La mayoría de los balcones de las casas de la ciudad, se hallaban adornadas con elegantes colgaduras y en los balcones del tránsito ele-

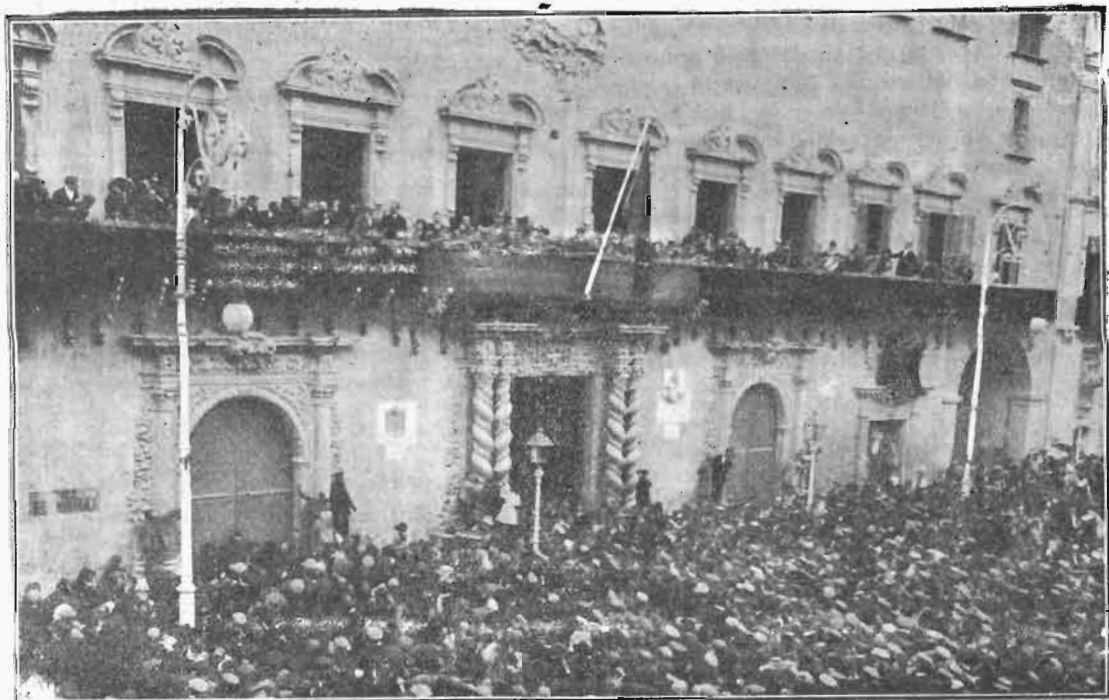
(1) De *El Eco de Levante*—4 Abril 1910.

gantes y distinguidas señoritas saludaban con sus pañuelos al Sr. Altamira.

A petición del público que llenaba por completo la plaza de Alfonso XII y calles afluentes, hubo de asomarse el Sr. Altamira al balcón del Ayuntamiento pronunciando un corto y elocuente discurso, en el cual puso de manifiesto los sentimientos de inalterable cariño que le ligan con esta tierra en la que nació, en la que reposan sus padres, y en la cual quiere él exhalar el último suspiro.

Desde el Ayuntamiento se dirigió el viajero á su casa de la calle de San Fernando, por donde desfilaron⁷ infinidad de amigos y comisiones.

ra intancia y municipal, Normal de maestros, Monte Pío Mercantil, La Peña, Comisión de extensión de la enseñanza, Ayuntamiento de Alicante, de Machamiel, de San Vicente, del Campello, de Villena, del Elda, de Concentaina, Diputación Provincial, Junta de Obras del Puerto, Senadores por la provincia, Círculo Unión Mercantil, Club de Regatas, Abogados del Estado, Asociación de la Prensa, Obras públicas y Servicio agronómico, Tiro Nacional, Cámara de Comercio, Colegio de Procuradores, Sociedad «La Unión», Cruz Roja, Ateneo Científico y Literario, Escuela de Ciegos, Cuerpo de beneficencia domiciliaria, Económica de Amigos del País, Orfeón de Alicante, Juven-



ALICANTE.— D. Rafael Altamira hablando al pueblo desde los balcones de la Casa Ayuntamiento.

La recepción

A las cuatro y media de la tarde, los concejales Sres. Romeu, Guardiola y Soto, se dirigieron en el soberbio automóvil de este último á casa del Sr. Altamira, conduciéndole al Ayuntamiento, cuyo salón de actos había sido adornado con plantas, colgaduras y banderas de los países visitados por el sábio catedrático.

A las cinco en punto comenzó la recepción popular.

Ocupó el Sr. Altamira el lugar preferente en el estrado, teniendo á su lado al alcalde y á los concejales antes citados, que formaban con el Sr. Mendaro la comisión de recibo.

Las comisiones desfilaron en este orden:

Instituto Provincial, Escuela de Comercio, Abad de la Colegiata, Delegación de Hacienda, Colegio de Abogados, Juzgados de prime-

tud Radical, Sociedades Obreras, é infinidad de personas distinguidas, entre las que recordamos á los Sres. Madrazo, Verdes, Miró (don Gabriel y D. Juan) y otros.

Muchas de las sociedades y representaciones, entregaron oficios al Sr. Altamira, nombrándole hijo adoptivo de los pueblos, presidente de sociedades ó socio honorario de las mismas, debiendo citar al Círculo de la Dependencia Mercantil, que le entregó el acuerdo en artística plancha de plata, y el Orfeón, que cantó admirablemente el himno de Alicante y otras obras.

Adhesiones

Entre los telegramas y cartas recibidas ayer adhiriéndose al homenaje del Sr. Altamira, vamos á copiar algunos de los más salientes.

«Ministro Instrucción Pública á Alcalde.—Lamento que ocupaciones urgentes me hagan imposible acompañar profesor Altamira; asícieme á homenaje que le prepara Alicante y saludéle en mi nombre.»

«Gobernador Valencia á Alcalde.—Identificado con esa hermosa ciudad, satisfácenme sus alegrías. Recibís hoy al hijo predilecto de Alicante Rafael Altamira, y al presentarle el homenaje que el sabio é ilustre profesor de Oviedo tiene tan merecido por su campaña científica en América, os honrais de modo extraordinario; siento en el alma no estar ahí para estrechar su mano. Dignáos, señor Alcalde, hacerlo en mi nombre.»

«Alcalde de Alcoy al de Alicante.—Copiosa nevada ayer tarde, impidió salir comisión Ayuntamiento. Sírvase asociarme nombre pueblo alcoyano, brillante homenaje que esa capital trata rendir á su preclaro hijo don Rafael Altamira, gloria de España.—*Vicente Pascual.*»

«Alcalde Villena al de Alicante.—Villena se asocia con entusiasmo al homenaje que trátase de tributar al alicantino ilustre Rafael Altamira, y al efecto incorporárise Comisión Ayuntamiento mañana á su paso por esta población.—*Luis García Catañá.*»

«Madrid 1.º de Abril de 1910.—Sr. Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Alicante.

»Distinguido señor mío: Contesto con el mayor gusto su atenta carta en la que se participa la próxima llegada á esta ciudad, para mí tan querida, del sabio catedrático D. Rafael Altamira, ilustre y predilecto hijo de Alicante y en la que se me invita á tomar parte en los actos de debido homenaje y merecidísimo enaltecimiento á dicho señor, con motivo de su regreso de la América española, en la que á tanta altura ha sabido colocar el nombre de España, procurando por medio de su elocuente palabra y de su cultura inmensa, el mayor arraigo y penetración de los vínculos de confraternidad con aquellos pueblos hermanos y dejando grabado un sentimiento de sincero afecto y de simpatía ferviente á la madre patria entre aquellos jóvenes pueblos hijos de nuestra raza, con los que nos une el lazo poderoso é inalterable de la hermosa lengua castellana.

»Honradísimo con la invitación, faltaría á un deber inexcusable si no me dispusiera á aceptarla y á que mi modesta personalidad figure entre los que con mayor entusiasmo se adhieren á los actos nobilísimos que la ciudad de Alicante y su Excmo. Ayuntamiento organizan y preparan, mucho más, teniendo en cuenta que, por la voluntad unánime de esa queridísima provincia, hace ya varios años ostento orgulloso su representación en el Se-

nado español. Al propósito indicado, el sábado próximo día 2 del corriente mes, me propongo marchar para esa ciudad, en la que permaneceré todo el tiempo que duren las fiestas y los actos solemnes que para festejar al eminente catedrático de la Universidad de Oviedo organiza su pueblo natal, honrándose grandemente en ello, pues no hay nada más justo y más legítimo que el honor que reciben los pueblos cuando enaltecen á los hijos que le honran de la manera grandiosa y admirable, como ha sabido hacerlo D. Rafael Altamira.

»Con este motivo, saluda con el mayor respeto y profunda consideración á ese excelentísimo Ayuntamiento y á su digno Alcalde su servidor devotísimo.—*Luis Palomo.*»

«Excmo. Sr. D. Ernesto Mendaro, Alcalde de Alicante.

»Muy señor mío: Recibo su apreciable del 28 en la que se sirve usted invitarme para asistir al recibimiento que en esa ciudad se prepara al esclarecido hijo suyo, señor Altamira.

»Mi salud me lo impide.

»Me asocio al homenaje que se tributa y le ruego lo haga constar.

»Devuelve á usted afectuoso saludo y le envía el testimonio de su más distinguida consideración, su afectísimo amigo *Antonio Torres Orduña.* Valencia 1-14-10.»

«Ilmo. Sr. D. Ernesto Mendaro, alcalde de Alicante.

»Muy distinguido señor mío: De todo corazón y con el mayor entusiasmo, me asocio al homenaje que nuestra culta ciudad de Alicante se dispone á tributar á su preclaro hijo Sr. Altamira, distinguido compañero mío en el profesorado universitario.

»Con mucho gusto hubiera aceptado la invitación con que usted se digna honrarme, si obligaciones de mi cátedra no se hubieran acrecentado estos días con el ineludible deber de cortesía y cooperación que tengo con el eminente profesor de Antropología Mr. Cartailac, que, con otros profesores de la Universidad de Tolosa, enviados por el Instituto de Francia, está cumpliendo en la nuestra de Madrid una misión semejante á la que con tanta prez y resonancia ha desempeñado en en América nuestro ilustre paisano Sr. Altamira.

»Le agradecerá á usted se digne hacer constar públicamente este sentimiento de adhesión al homenaje á Altamira, su atento seguro servidor q. l. b. s. m. *Manuel Antón Ferrandis.*—Madrid 2 Abril, 1910.»

El banquete

A las nueve de la noche, como se había anunciado, se celebró en el Ayuntamiento el banquete organizado por esta corporación.

Desde el vestíbulo hasta el salón azul, en el cual se había colocado la mesa, estaba todo el edificio adornado con plantas y flores, luciendo estas con profusión, en la amplia sala convertida en comedor iluminada con verdadero lujo de luz.

La mesa, colocada en forma de herradura, con amplios espacios en el centro y ambos costados, estaba servida con gran lujo de detalles.

Los cubiertos ascendían á ochenta.

Ocupó la presidencia el ilustre festejado, teniendo á su derecha al gobernador civil, gobernador militar, y delegado de Hacienda y á su izquierda, al alcalde de la ciudad, comandante de Marina y presidente de la Audiencia. En la misma cabecera, ocupaban los demás puestos importantes personas, autoridades y corporaciones oficiales.

El banquete, en cuya organización han intervenido los concejales Sres. Soto y Pobil, fué espléndido, servido con cuidadosos detalles por el Victoria Hotel.

He aquí el menú:

Huitres de Marennes.—Comsomé Royal. Pin-Kiff Moderne.—Dorade sauce Remoulade.—Vol-au-vent Financiere.—Asperges á la creme.—Roastbeeff á 1^a Anglaise.—Salade de foison.—Glecé aux Avelines.—Desserts.—Vins: H. Barsac.—H. Graves.—Marqués de Riscal.—Moet et.—Chandon, Café.—Liquens.

La comida se celebró dominando en toda ella el animado rumor de las agradables conversaciones en que todos fraternizaban amablemente. Parecía más una íntima y hermosa fiesta de cariñosos y entrañables amigos, que un banquete de etiqueta oficial.

Los brindis

Al destaparse el champagne, inició los brindis el alcalde de Alicante pronunciando un corto y elocuente discurso que fué muy aplaudido.

Ofreció al Sr. Altamira el banquete como homenaje que el Ayuntamiento, fiel representante del pueblo é intérprete de sus sentimientos, rendía á su hijo predilecto.

Hizo un hermoso parangón entre la exaltación del orador al inmerecido cargo de alcalde que le permitía ofrendar el cariño de Alicante y los merecimientos del Sr. Altamira, al cual calificó el primero y más preclaro de los hijos de esta noble ciudad.

Modestamente se excusa de relatar la obra realizada por el Sr. Altamira en América, pero como prueba de lo fecundo de su labor, habla del homenaje que en España entera se rinde al sabio catedrático y del cual ha sido testigo desde su salida de Santander hasta el arribo á esta población.

En nombre del Gobierno y especialmente en el de su presidente Sr. Canalejas, saluda al

Sr. Altamira y le anuncia que es voluntad de los que dirigen los destinos de la nación, recompensar sus afanes con la medalla de Alfonso XII con que se premia al mérito científico.

Termina el Sr. Pérez Bueno su discurso abrazando en nombre de Alicante al señor Altamira.

Al levantarse éste, es saludado con una estruendosa salva de aplausos.

Después de un rato se hace el silencio y habla el maestro. Su voz armoniosa y vibrante llena el salón conmoviendo á todos.

Inútil es seguir siquiera sea á grandes rasgos su brillante oración, pues su estilo preciso, rotundo, jugoso, no puede imitarse.

Dice que al acudir al que se había llamado banquete íntimo, se había creído que se le dispensaría de hacer manifestaciones, que harían perder al acto el carácter que se había querido dar. Además para justificar su parquedad en el decir, ha de recordar los versos del clásico.

«son las once, yo me duermo.»

y el sueño y el cansancio dice que le agobian.

Sin embargo—dice—debo recoger la última parte del discurso del alcalde, para dar las gracias al presidente del Consejo, por la merced que me dispensa al concederme la honrosa distinción que me ha sido anunciada.

Dice que sin falsa modestia acepta lo que atribuye más que á sus méritos á las bondades con que siempre le ha distinguido su antiguo y querido amigo el Sr. Canalejas, y de las cuales le viene dando elocuentes pruebas desde que puso el pié en España.

En cuanto al homenaje que se le rinde, él lo declina en la Universidad de Oviedo y en la patria española, en la cual, dice, llegó á dudar á fuerza de amarla, y en la cual hoy cree y confía.

En inspirados y patrióticos períodos canta las glorias de nuestra nación y traza un bosquejo de la obra que le está encomendada entre los pueblos que fueron nuestros.

Habla de la visión augusta de la Patria, que le animó en toda su campaña y anuncia que ante el pueblo entero de Alicante contará el resultado de la misma, declinando modestamente el honor alcanzado.

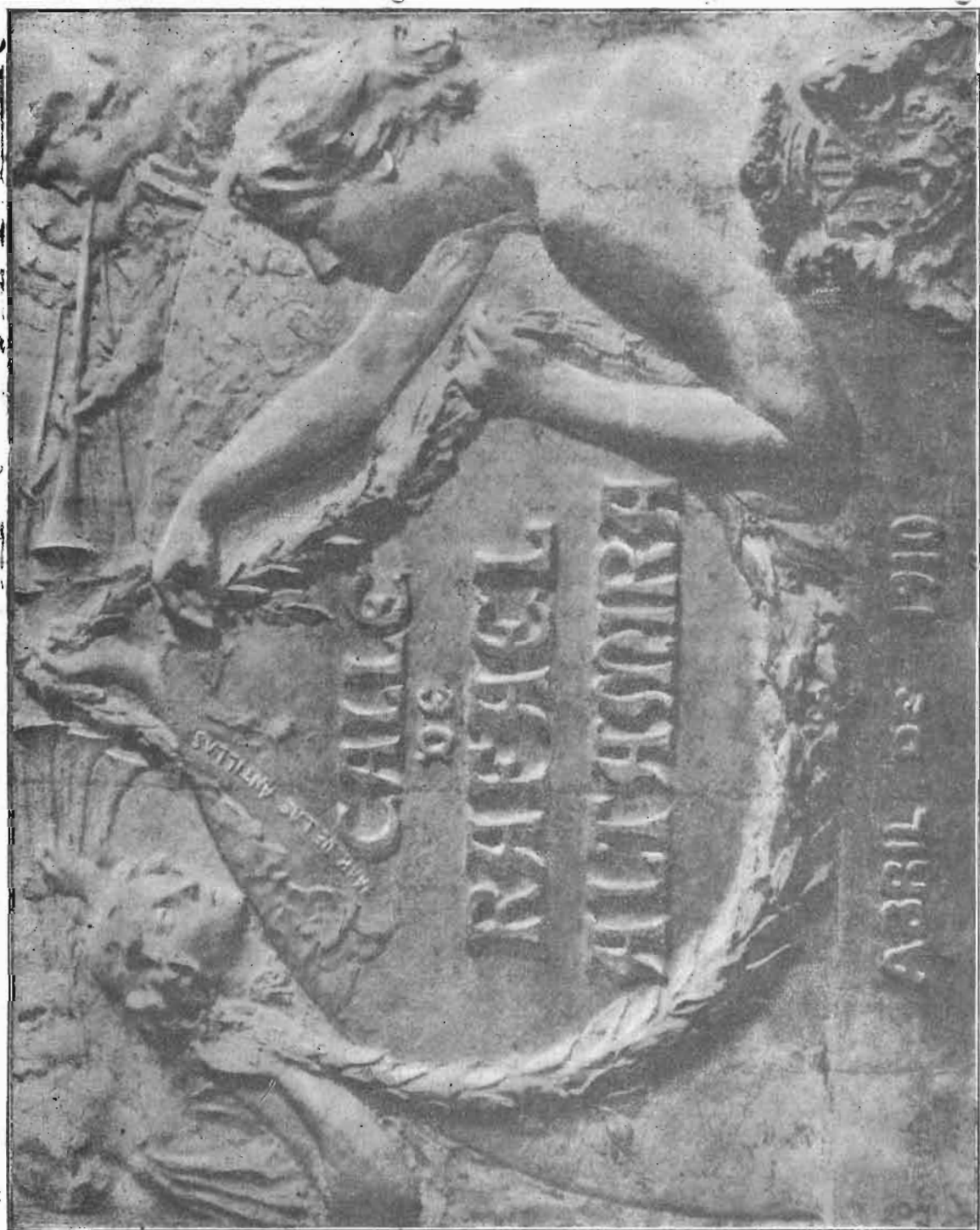
El Sr. Altamira fué ovacionadísimo al terminar su brillante discurso.

Terminado el banquete, nuestro queridísimo amigo el alcalde de esta población D. Luis Pérez Bueno, ha remitido al excelentísimo señor presidente del Consejo de ministros el siguiente telegrama:

«Cumpliendo honroso encargo V. E., anoche banquete Ayuntamiento honor Altamira asistencia autoridades, corporaciones, cuerpo consular, saludé al festejado en nombre Gobierno, comunicándole propósito otorgarle

gran Cruz Alfonso XII. Altamira contestó agradeciendo saludo y aceptando condecoración, reiterando á V. E. singularmente profundo reconocimiento y sincero afecto, terminando el acto.»

del reino Sr. Palomo, y en los pueblos del tránsito se incorporaron comisiones y amigos del Sr. Altamira, que quisieron cuanto antes darle cariñosa bienvenida.



ALICANTE.—Lápida conmemorativa de la calle.

Viajeros

Con el Sr. Altamira han venido desde Santander su bellísima esposa y su señor padre, y el alcalde de esta ciudad Sr. Pérez Bueno

En Madrid se unió á los viajeros el senador

Descubrimiento de la lápida

A las doce horas del día, como se tenía anunciado y con gran solemnidad, se ha verificado el popular acto de descubrir la lápida que perpetuará el nombre de nuestro querido

paisano D. Rafael Altamira Crevea, que dicho sea de paso, es una joya artística debida al cincel del genial Vicente Bañuls; dicha lápida representa al mundo; encima de él, el nombre de Rafael Altamira; á la mano derecha el escudo alicantino y la fecha 4—Abil—1910, y por encima dos ángeles con una trompeta cada uno pregonando la fama mundial del campeón del torneo intelectual celebrado en la América del Sur.



ALICANTE —Calle de Rafael Altamira.

La corporación municipal compuesta por los tenientes de alcalde Sres. Mendaro, Ripoll, Langucha y los concejales Rojas, Guardiola, Palazón, Escolano, Gomis, Boti, Soto, Carbonell y Valero, presidida por nuestro digno é ilustrado alcalde Sr. Pérez Bueno y por el Síndico Sr. Albiach, que tremolaba el glorioso pendón de Castilla, y escoltada por la guardia

de municipales montada á la cabeza y cerrando la marcha, la sección de infantes, se dirigió desde el Palacio del pueblo hasta el sitio donde está colocada la lápida, Princesa, esquina á la plaza de la Constitución, en donde había instalado un pequeño estrado.

Nuestro alcalde dirigió al inmenso gentío estacionado en todas las bocacalles que afluyen á la Princesa, y á los que ocupaban los balcones de los edificios, una sentida alocución, concebida en los siguientes términos:

«Alicantinos: En los cuarteles de vuestra Ciudad se ostentan con caracteres de oro, los honrosos títulos de «Noble é hidalga»; hoy, vuestros representantes, queriendo demostrar que no sin razón se puede hacer gala de ellos, dedica á su predilecto y preclaro hijo el ilustre mantenedor de la cultura española en el Nuevo Mundo D. Rafael Altamira, el perpétuo acuerdo de dar su nombre á una de las más principales vías de la población. ¡Viva Alicante! ¡Viva Altamira!»

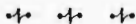
Indescribible ovación siguió á lo manifestado por el señor Alcalde, impidiendo ver como Altamira trataba de dirigir su palabra al público desde un balcón del Banco de España; y una vez notada su presencia, se sintió el pueblo posesionado de religioso silencio, escuchando de labios del venerable profesor las siguientes frases de agradecimiento:

«Hermanos míos queridos todos: Alicante, la más hermosa tierra de levante, fué nuestra madre; por ella todos sus hijos se desviven y á ella dedican todos sus afanes, todos sus esfuerzos. Yo, al verme hoy tan festejado por mis amados paisanos, únicamente por mi comportamiento en las poblaciones sud-americanas, comportamiento que me

era obligadísimo, pues á ellas fuí mandado á establecer el intercambio profesional, me siento emocionado, no sabiendo cómo demostraros todo el sentimiento que mi pecho encierra para todo lo que con Alicante se relaciona, pues en él tengo enterrados los restos de mis inolvidables padres y en él he experimentado los más felices días de mi vida, los encantos

de la juventud cuando estudiante, y el que en este momento estoy sintiendo al ver el amor de mis paisanos y el inmerecido premio que me conceden.»

No pudiendo continuar, retiróse del balcón desde donde dirigía sus sentidas frases al inmenso público que le escuchaba, por encontrarse embargado por la emoción y con los ojos preñados por las lágrimas.



LA EXTENSION UNIVERSITARIA

Su primera conferencia

El Sr. Altamira, accediendo gustoso á los deseos del Instituto general y técnico de Alicante, iniciador de la idea de implantar la «Extensión Universitaria,» ha prometido dar una serie de conferencias en pago de la deuda de gratitud que tiene contraída con sus paisanos por los muchos favores que de ellos tiene recibidos.

Así se expresa el ilustre profesor al dar comienzo á su primera conferencia, de hora y media, entrando luego de lleno en la materia y cuyo extracto he creído conveniente insertar en esta Revista por tratarse en ella principalmente de los comienzos y organización actual de nuestra «Extensión Universitaria» con las instituciones anexas de «Grupo excursionista» y de «Clases Populares.»

He aquí su texto:

«El nombre de Extensión Universitaria es la traducción de una frase inglesa, pues en Oxford y Cambridge es donde nació esta clase de enseñanza, siendo Inglaterra la que ha dado el primer impulso en esta democrática orientación de la transmisión de la cultura.

Y se explica este nacimiento por el carácter tan aristocrático de sus Universidades, las cuales, al comprender la necesidad de extender sus privilegios á los demás, abrieron sus puertas con objeto de que pudieran participar de sus enseñanzas los desheredados que estuviesen sedientos de ilustración.

Desde un principio, la Extensión Universitaria tuvo un fin marcadamente utilitarista. Quería formar á sus alumnos entregándoles títulos ó diplomas de suficiencia, en condiciones económicas, que les habilitasen para el ejercicio de ciertas profesiones.

Por eso, desde mediados del siglo XIX en que dió principio esta especie de enseñanza, el público que disfruta estas ventajas, se viene reclutando de entre la clase media, cuyos individuos quieren poseer con poco sacrificio el rico tesoro de la cultura inglesa que se adquiere en sus magníficas Universidades.

La Extensión Universitaria de Oviedo, es algo distinta de la de Inglaterra. Responde al sentido social y democrático de nuestro tiempo y es una verdadera Universidad popular.

Para mejor comprender su especial modo de ser, hay que saber cómo nació. Fué en 1898, en aquel terrible año de catástrofes y desalientos patrios. Cuando el egoísmo exaltado de algunos malos españoles sembraba la división separatista

en ciertas regiones de la Península, hubieron algunos grupos de nobles y esforzados patriotas que, oprimiendo su dolorido corazón, gritaban frases de esperanza para la España nueva que surgía después de la espantosa convulsión de la derrota. (Grandes aplausos).

Estos buenos españoles fueron los de Oviedo, que, aún teniendo vivísimas sospechas de que había algo podrido en el alma nacional, creyeron que lo notable y lo patriótico era seguir combatiendo á pesar de las calamidades y tristezas. (Aplausos entusiastas).

Como optimistas, pensando en el bien de la patria, se vió que era imposible que un solo hombre ó grupo aislado pudiera realizar la empresa. El deber estaba en preguntarse cada cuál qué es lo que debía laborar para producir aquel resurgimiento. Y entonces se contestó en Oviedo: la Universidad ha de ejecutar su obra por completo, lanzando á las luchas por la patria espíritus fuertes y magnánimos decididos á sacrificar sus egoísmos por el bien general del país. (Aplausos).

Mas esto no basta. La experiencia demostraba que se salvaban pocos de los alumnos oficiales de la rutina secular de fabricar titulados del montón.

Existía una gran masa del pueblo que ansiaba saber y engrandecerse y no encontraba los medios de adquirir esa preciada luz del espíritu.

Su público se formó por esas masas populares, y así se creó la Extensión Universitaria popular.

La Universidad de Oviedo no quiso ofrecer á los proletarios nada que se relacione con el aumento de salario ni con los intereses materiales; pero sí esclarecer su conciencia con los destellos de la ciencia para que supieran hacerse cargo de su dignidad.

Así comenzó dicha enseñanza: vaga é indecisamente, como todo lo que encierra una gran dosis de ideal. No se sabía nada concreto, pero luego se pensó que lo fructífero no es lo que en sus comienzos se ve ya con todos sus detalles. Había que definir obrando, ver el camino por seguir mientras se iba caminando.

Por eso la Extensión universitaria de 1910 no se parece á la primitiva. Comenzó confusa y rudimentaria, demasiado abstracta y elevada, en que se notaba mucho el aspecto académico del profesor. Recundada por el espíritu del pueblo, fué evolucionando paulatinamente y tomó su verdadero carácter.

Produce su bienhechora acción en una serie de instituciones que iremos reseñando.

Una de las primeras son las «Conferencias» que se dan en la Universidad todos los jueves, á donde acude todo el que lo desea para escuchar pintorescas disertaciones sobre ciencias naturales, arte, viajes, audiciones musicales, idiomas, etc. Conferencias que por su gran variedad y carácter ameno han de resultar de efecto positivo muy escaso. Pero esto no es obstáculo, pues lo que se busca con ellas es acostumbrar á ciertas gentes, tanto del vulgo indocto como del letrado, á expansionar su ánimo una vez por semana y hacerles exclamar sorprendidos: «¡Hay en la naturaleza y en la vida cosas más hermosas que las que yo creía.» (Aplausos).

Y tendremos muy bastante con que esa grata impresión pueda conducirles más tarde al trabajo serio y reposado de la biblioteca popular.

Pero es que con estas conferencias se consigue algo más grande todavía, y es que en los bancos del aula pueden sentarse juntos la dama aristocrática pulcramente ataviada y el obrero con su blusa, el soldado y el dependiente de comercio. (Muchos aplausos.)

De este modo logramos acortar las distancias entre las clases sociales, procurando ir realizando en esa esfera de la práctica la fraternidad humana.

Todavía era poco esta enseñanza para comple-

tar la labor educativa, porque había muchos oyentes que deseaban sistematizar esos estudios. Y entonces vino la segunda institución que señalábamos: *Las Clases Populares*.

Su público es eminentemente obrero, matriculados todos ellos, en cuyas clases cada grupo de alumnos sigue todo un Curso con regularidad, sin más sacrificio que su puntual asistencia á la clase. Estas clases son puramente familiares. El profesor toma su silla junto á los alumnos y conversa con ellos amigablemente sobre las materias de estudio.

Además, en estas clases, los mismos alumnos se trazan el programa de las materias que han de aprender, y cuando no existen en la Universidad los profesores que hayan de explicar lo que los obreros solicitan, se buscan en otras partes; y se evita el inconveniente de que los estudiantes vayan á clase, no impulsados por la vocación y el atractivo, sino forzados por un plan que le imponen los profesores.

Los dos tipos de enseñanza analizados, las Conferencias y las Clases populares, se han llevado á toda Asturias, porque no hay rincón de aquellas hermosas tierras donde no se haya pedido la Extensión Universitaria.

Y hay que ver la exposición de sublimes teorías, el continuo desfilar de multitudes que acuden á las Conferencias y se reúnen en los centros mineros, en talleres, fabricas, en medio del campo y en las ciudades; gentes redimidas por la instrucción, arrancadas del vicio, la taberna y de los focos de corrupción.

Conseguido este objeto, nuevas necesidades iban surgiendo, provocadas por la constancia y la feliz iniciativa de los mismos obreros.

Una de ellas fué el problema de la lectura, pues la Extensión Universitaria no podía hacerlo todo. Había que despertar en los oyentes la segunda colaboración de sus inteligencias por medio de la lectura.

A primera vista se creería que para esto bastaría con establecer una sencilla biblioteca; pero la experiencia probaba que, si bien al fundarse cualquier centro ó sociedad, nunca faltaba su correspondiente biblioteca, en cambio se observa en todas partes la escasa concurrencia de lectores.

Indagando la causa de esta indiferencia, se vió que era debida á la falsa suposición en sus organizadores de que todo el que deletrea de corrido podrá comprender lo que vaya leyendo. Esto es inexacto: la lectura de lo que no se entiende bien, acaba por aburrir al más entusiasta de los lectores. Era, pues, necesario formar buenos lectores que encontrasen placer en la lectura.

Y esto se hizo espontáneamente creando pequeños núcleos de lectores con un director especial que con gran sencillez y claridad no dejara pasar un solo párrafo que no fuera comprendido. Siendo todos compañeros para poder expansionarse mutuamente sin temor á confesar su ignorancia ante un público numeroso.

Principió esta obra en las Sociedades obreras de Oviedo, en donde los humildes se han enterado ya de maravillas naturales, históricas, literarias, artísticas, etc., con plena conciencia de lo que las palabras encierran y los grandes libros atesoran. Y no ha sido raro ver que alguno de los asiduos lectores, emocionado ante la vista de un buen párrafo, lo ha señalado cuidadosamente con el propósito de repetirlo entre las dulzuras del hogar.

Al finalizar el primer año de estas clases, se pensó que los cursos no debían acabar de un modo frío y académico, y que así como durante el año había existido la armonía de las inteligencias, hubiera también al despedirse la grata conjunción de los corazones.

La Universidad invitó á los obreros á un café, y en amable compañía todos departieron sobre lo

que se había realizado y se pretendía ejercitar en lo sucesivo.

Los obreros quisieron devolver esta fineza y nació la idea de las *Excursiones* al aire libre, en naturaleza, preparando al efecto un modesto almuerzo á las orillas del Nalón, ese pintoresco río, que desemboca en el Cantábrico, después de sembrar á su paso la riqueza y la poesía en paisajes cuajados de bellezas. (Ovación entusiasta y prolongada cuando termina su brillante descripción del paisaje asturiano.)

¡Hermosa mañana de Mayo la de aquella memorable excursión en que obreros y catedráticos charlaron satisfechos sobre sus gratas esperanzas, olvidando por unos momentos las negras tristezas de la vida diaria! Todos preguntando á cada paso sobre lo que despertaba su viva curiosidad; gozando con esa franca alegría del espíritu que no rompe vasos ni embriaga los sentidos. (Ruidosa ovación.)

Esa excursión fué como el bautismo de la obra y por tácito acuerdo se convino en que finalizasen de modo tan placentero todos los Cursos.

Y así se ha venido repitiendo, hasta que se vió su influencia y se pensó en convertir aquellas excursiones en correrías semanales; habiéndose extendido tanto esta costumbre que, los que antes mataban su tiempo en la taberna y el café, ellos mismos preguntan con interés por el sitio destinado para la excursión.

La más hermosa que recuerdo es la que realizaron á la ciudad de Santander. Cada uno de los obreros reunió la cantidad de 30 pesetas con objeto de pasar tres días en aquella importante población. Y 150 obreros, conducidos en tren especial, se alojaron en fondas confortables, visitando con calma todo lo más saliente de Santander, y al terminar, después que se hubieron reorganizado los distintos grupos, los santanderinos exclamaron alborozados: —¡Señor, no se ha roto ni una so'a copa!

Y lo mismo que á Santander, estos obreros serán llevados á Madrid, á Barcelona, á otras capitales, y vendrán igualmente á nuestro Alicante. (Aplausos.)

Todo con el propósito de que conozcan de veras á su patria, de que borren sus prejuicios y errores regionales que sólo crean vallas de odio entre ellos y conociéndose mutuamente todos los trabajadores, brotará la fuente del amor entre los hombres.

La Extensión universitaria ha tenido que pensar finalmente, en el grave problema de «La educación de la mujer.» A las conferencias dominicales acuden varias mujeres de las menos desheredadas; pero las más pobres no disponen del tiempo suficiente, por su costumbre de velar, y había que evitar esa injusticia.

El problema de la mujer y su importancia en el hogar, es de los que no admiten espera, y hay que afrontarlo con su cruda realidad. Hay que evitar dificultades para que sea la mujer nuestra verdadera compañera en el espíritu y en las ideas. Así, las esposas no pondrán el obstáculo de su cariño para que el hombre cumpla sus altos deberes; pues de haber triunfado siempre el egoísmo del hogar, se hubieran suprimido de la historia las más grandes empresas de la humanidad. (Grandes aplausos.)

¿Con qué se hizo la Extensión Universitaria de Oviedo? Tiene un carácter original que le han reconocido los mismos extranjeros asombrados de que se llevara á la práctica con tan exiguos medios.

No tiene juntas ni reglamentos, ya que el interés que en ella reina no precisa el formulismo del articulado. Tampoco tienen consignado presupuesto; comenzó sin un céntimo y se sostiene de cierto modo, pues en ella no hay gastos de carácter personal.

Como locales, disponen de la Universidad y demás Centros docentes y casas particulares; la luz

es la misma que tienen esos locales; y en cuanto á los gastos de viaje, el Centro pagaba el hotel y un billete de tercera, si contaba con recursos, y si no podía con la carga, la abonaba la misma Universidad arañando su reducido presupuesto. O se dirigía á los hombres de buena voluntad para que así contribuyesen á la gran obra, y ni una sola vez se ha negado nadie á esta ayuda; no siendo rara la ocasión en que pagó los gastos el mismo que daba la conferencia.

Pasando al sentido que informa esta obra, nos dijo que nunca fué profesional, sinó de orden meramente intelectual, imponiéndose pronto el carácter eminentemente social que es el que más la distingue.

No se ven en ellas alumnos y maestros como profesores y discípulos, sinó como simples factores de una gran obra de solidaridad entre los hombres; como obra altamente humanitaria que no ofende al desheredado que recibe sus beneficios.

En cuanto á sus resultados, no se pretende hacer sabios ni individuos pedantes que se consideren por fuera de su verdadera posición social. Se trata de formar hombres prácticos con clara conciencia de la importancia de su vida y de la grandeza de su destino; hombres conscientes de sus deberes en la sociedad que no pretendan definir mientras las dudas y obscuridades se abriguen en su alma y que sepan gozar la verdadera libertad que no es la que en las leyes se consigna. (Aplausos entusiastas.)

Además, la obra de la Extensión universitaria era de necesidad nacional, porque no nos basta con la minoría de intelectuales que se codean con los de otras naciones; es preciso también una cultura media que sea más general, pues esta nota es la que más señala á los pueblos en el concierto del mundo civilizado.

Y en fin, se ha podido contar con un factor que vale más que todo: con el entusiasmo y el amor á los demás que no repara en sacrificios y va derecho hacia el ideal.

Lo han sentido de este modo no sólo los catedráticos y profesores de Asturias y Santander, sinó infinidad de maestros, abogados, médicos, profesores de artes y oficios, farmacéuticos, etc., que brindaron sus aptitudes y conocimientos.

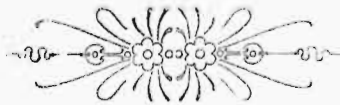
Y al lado de ellos, los mismos estudiantes, la juventud generosa de la Universidad y demás centros que cooperan sin descanso en esta cruzada de la enseñanza.

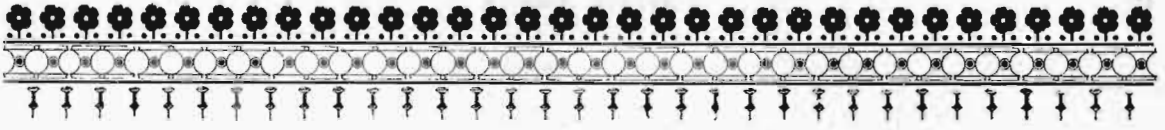
Ahora bien, lo que se ha hecho en Oviedo se puede realizar en Alicante. No se llamará verdadera Extensión universitaria, porque aquí lo que tenemos es Instituto, pero puede hacerse indudablemente, porque sin lisonja podemos asegurar que existen intelectuales para ello y espíritu alicantino para iniciarlo y sostenerlo.

La historia nos dice que el pueblo de Alicante es liberal, noble y magnánimo y ante una empresa como ésta no debe faltar el entusiasmo.

Quince mil personas de toda Asturias exclaman de continuo: ¡Viva *nuestra* Universidad! al referirse á la que les prodiga sus enseñanzas; y una institución que de tal modo anida en la entraña del pueblo, vivirá eternamente y progresará seguramente.

Hasta llegar por este medio á conseguir que las luchas sociales entre el capital y el trabajo, entre blancos y negros, se resuelva finalmente mediante un grandioso choque de corazones y un solemne apretón de manos. (Ovación final que dura mucho tiempo.)





EN MADRID

EN LA UNIÓN IBERO-AMERICANA

Conferencia pronunciada por el Sr. Altamira el día 14 de Abril de 1910

Señoras y Señores:

Mi venida á esta casa, era inexcusable; yo le debo muchos agradecimientos por las bondades continuas que ha tenido conmigo, y además, aunque no mediase esta condición que me obliga rendidamente, habría la consideración debida á una Sociedad que se ha interesado siempre por los problemas americanos, caracterizadores de su acción especial, y que constantemente ha puesto lo mejor de sus fuerzas al servicio de la obra patriótica de enlazar nuevamente el espíritu español con el espíritu de las naciones nacidas de nuestra colonización en América.

Yo hubiera deseado que mi conferencia aquí hubiese comprendido la totalidad de los puntos que pueden interesar al público español respecto de mi viaje á América; pero esto era tarea enteramente imposible, porque entonces la conferencia hubiese necesitado varios días, de los que yo carezco en este período de mi estancia en Madrid; y de otra parte, como ya manifesté en el Ateneo, la fatiga natural, que comprenderán todos, á que están sometidas mis fuerzas, á pesar de la reacción que procuro hacer continuamente, me impide un trabajo prolongado, y esto hubiera sido siempre óbice á mis deseos en el sentido que acabo de manifestar. Por tal motivo, he tenido que dividir la relación de mis excursiones en dos partes. Una de ellas fué la que constituyó la materia de mi conferencia de ayer en el Ateneo; y como quiera que parte del público que me honra escuchándome y que ha tenido la bondad de venir esta noche, no pudo oír la conferencia aquella, y como, por otro lado, la de hoy es como una continuación de la del Ateneo, yo creo de necesidad el hacer un resumen de lo que ayer dije para enlazar perfectamente los dos términos de la cuestión.

Se puede resumir la conferencia de ayer en el Ateneo, en dos puntos que voy á indicar. Hice notar, en primer término, la generalidad del movimiento producido en América inmediatamente que comenzó el delegado de la Universidad de Oviedo á realizar la misión que le había sido encomendada; esta misión se reducía por condiciones que eran inexcusables y de prudencia elemental en la Universidad de Oviedo, se reducían, digo, según la intención del Rector y del Claustro, á entablar relaciones con los centros docentes análogos de América y á no salir de la esfera puramente universitaria; pero de tal manera se abrieron ante el paso del delegado de la Universidad de Oviedo, espontáneamente, las colectividades todas de las naciones hispanoamericanas en sus va-

rias manifestaciones sociales, que él hubo de extender su acción, necesariamente á todos aquellos sitios en donde se demandaba la presencia del profesor español. Así pudo hacer constar en la conferencia de ayer que todos, absolutamente todos, desde los profesores universitarios, (á quienes preferentemente se había de dirigir) hasta las últimas clases sociales; los estudiantes, como las entidades educativas aparte de la Universidad; los obreros, las Sociedades que se ocupan de los problemas de cultura y del problema económico; las colectividades españolas; los niños de las escuelas y el personal docente primario; el elemento militar, como el eclesiástico; todas las representaciones sociales, en fin, de los diferentes pueblos americanos visitados por mí, pidieron que se extendiera la acción de la Universidad de Oviedo á cada una de ellas, y eso pudo realizarse afortunadamente.

Por otra parte, fué nota también (juntamente con esta difusión del movimiento, que hizo salir al Delegado de la Universidad ovetense de su centro propio universitario para dar á su misión un carácter ampliamente social) la del sentido del españolismo, que en unos sitios no hizo más que encontrar motivo para expresarse (porque estaba tan á la superficie y tan vivo, que no necesitaba sino una ocasión para salir afuera), y en otros puntos fué como un renacimiento de cosas que estaban dormidas y latentes, esperando una ocasión para surgir. Este españolismo se significó singularmente, en el respecto que ahora indico, como un movimiento sentimental, como una renovación del lazo de amor y de afecto de los hijos de España hacia la madre Patria; era el cariño; era el respeto, era la consideración hacia el pueblo que había infundido en aquellos países, en aquella tierra de América, los principios de la civilización europea occidental y que, á pesar de las diferencias políticas y de las luchas sobrevenidas hace un siglo, no ha borrado la huella de su paso en aquellos corazones, los cuales, individual y colectivamente se sienten todavía como hijos, y como hijos que están dispuestos á olvidar todas aquellas cosas que pudieran producir resquemor con respecto á la madre, y se acogen ansiosa y fervorosamente á ella, ya que, cumpliendo con un deber incumplido durante cien años, tendía ahora francamente su mano amiga á las jóvenes naciones nacidas de su seno. (Muy bien, muy bien.) Así hubo manifestaciones en el viaje como aquellas que recordaba en mi conferencia de ayer; como aquel hecho de que, en alguna parte, los españoles avecindados desde hace mucho tiempo me

dijesen (y eran testigos de mayor excepción), que por primera vez, desde larguísimo años que se acercaban al siglo, por primera vez se gritaba en aquellos sitios: ¡Viva España!

Otra de las manifestaciones que yo quiero recordar en este instante, porque no lo hice ayer, fué aquella grandiosa, verdaderamente emocionante, con que me despidieron los estudiantes cubanos en el momento de salir para España. Era el anochecer; los estudiantes habían fletado un vaporcito para acompañar al trasatlántico hasta la salida de la bahía, y cuando la sombras de la noche hicieron imposible que nos viéramos, resonó como un cántico, en el cual se expresaba el deseo de hermanar nuevamente los dos países (y resonó entonado por aquellos estudiantes en quienes residía el resquemor más vivo respecto de España), resonó, digo, el canto de la Marcha Real juntamente con el canto de la Marcha nacional cubana. (Muy bien, muy bien.) Y á la vez que de este modo herían mis oídos las notas que representaban á mi patria ausente y aquellas que representaban á la nueva nacionalidad cubana, sentida y querida por todos nosotros y por cuya inde-

la vida, en forma que cada uno de los pueblos aporte, en la medida de sus fuerzas, los medios necesarios para acentuar, fortalecer y difundir el sentido característico de la civilización hispana contra toda absorción y toda posible desfiguración por obra de elementos extraños.

Por último, señoras y señores, hubo otra cosa que resultó de una manera directa de las conferencias y de las manifestaciones que hube de hacer en todas partes; porque yo iba á hablarles allí, no tan solo del intento de establecer relaciones entre Claustro y Claustro, sino también de la moderna España, de la nueva y trabajadora España, que desea cultura, que anhela trabajar y ponerse al nivel de los pueblos progresivos y europeos; y esa España era para muchas de aquellas gentes una España desconocida, una España velada por la leyenda, de la cual no tenían noticia ninguna, porque estaban acostumbradas á ver nuestro país á través de una representación puramente fantástica, bajo una forma imaginativa y deprimente, infundidas ambas por las relaciones de viajeros y de escritores extranjeros, que no siempre han mirado á España con la suficiente serenidad.



MADRID. — Llegada del Sr. Altamira á la Corte, acompañado de su distinguida esposa.

pendencia eterna hice votos en nombre de la nación española (sabiendo que en aquel instante interpretaba los sentimientos de todos los españoles), al mismo tiempo que esto ocurría ellos pedían luz, pedían que se iluminase la banda del vapor para que la cara del profesor español fuese vista hasta los últimos momentos y recibiese el saludo de los estudiantes cubanos. (Aplausos).

A la vez que ésta, ha sido nota también distintiva de mi viaje, y yo la recordaba el día de ayer, el despertamiento del sentido de unidad de la civilización que ha fundido desde un principio y ha dado una misma dirección, una misma orientación en la vida, á todos los pueblos de tronco hispano. Y era no solo el movimiento intelectual y el cariño á la vieja Patria, cualquiera que fuese su representación; era también, como digo, la idea, la iluminación nueva en la conciencia, de algo común que hay entre unos y otros, y de que ese algo común constituye el primer deber de tutela, de vigilancia, de conservación, en todos los elementos que, procedentes del mismo tronco y con aquel sentido de unidad en los ideales primeros, desearan nacimiento de órganos de acción común y de colaboración en diversas direcciones de

Esa visión de la España resurgida, de la España nueva, obró inmediatamente como un reactivo en aquellos países, y estableció una justa esperanza, una confianza generosa de que exista en nosotros algún título para llamar á la puerta de los pueblos hispano-americanos, y que este título es suficiente para recibir á sus representantes como colaboradores en la formación del espíritu americano. Había, en efecto, como digo, muchas leyendas respecto de nuestra actuación intelectual, de nuestra manera de ser relativamente á la cultura. La existencia de esas leyendas y el desvanecimiento de ellas, pué expresarse perfectamente en estos dos hechos: de una parte, en la frase final, en la frase de los últimos días que oí repetidas veces de labios de profesores argentinos, y entre ellos, de labios del mismo Ministro de Instrucción pública, que decía lo siguiente, refiriéndose de un modo especial á los tratadistas de Derecho y de ciencias sociales é históricas: «Hasta ahora no leíamos libros españoles, porque creíamos no tener nada que aprender en ellos; pero desde que usted nos ha dicho cómo se trabaja allí y nos ha revelado nombres desconocidos para nosotros, los libros españoles formarán una parte integrante de

nuestras bibliotecas.» De igual manera que escuché esto en la República Argentina, como resultancia de mi trabajo de propaganda, de difusión de los buenos discos y de las obras ya realizadas en la España actual, tuve la satisfacción de ver en Méjico, por ejemplo, que personas que se habían apartado sistemáticamente del cultivo y trato de los textos y libros españoles, creyendo que ellos podían representar tendencias contradictorias del espíritu de los tiempos modernos, después de las conferencias en que hablé de la moderna literatura científica española, pidieron inmediatamente los libros que rechazaban antes.

Señoras y señores: á esto (decía yo, terminando ayer mi conferencia,) á esto hay que responder, y mi respuesta sería así: tan insensato es creer que lo podemos todo, como lo sería creer que no podemos nada. Nosotros debemos proceder en nuestra política americanista de orden intelectual, y en todas las consecuencias que ella pueda traer, debemos proceder, digo, sobre la base del sincero reconocimiento de todas nuestras deficiencias, sin baladronadas de ningún género. La Universidad de Oviedo no las ha tenido; ha procurado constantemente hacer entender que ella no tenía la pretensión de ser un modelo en ningún orden, intelectual ó pedagógico, ni representar tampoco una aspiración absorbente, como si tuviese fuerzas bastantes para pretender esto, dado que la pretensión fuera lícita y fuera prudente tenerla. Es preciso que persistamos en esa base, que partamos de ella; pero, á la vez, es necesario que, con igual sinceridad y franca modestia, contestemos á las preguntas despectivas de algunos extranjeros y al pesimismo de algunos españoles, que hacen preguntas como aquellas que yo oí cuando salía de mi patria: «¿Qué es lo que vá á hacer España; qué es lo que puede ofrecer España en el orden intelectual á los pueblos americanos?» Es necesario que, ante esas preguntas que implican una negación anticipada, afirmemos la posesión de obra intelectual propia de ofrecer, mas ó men's profunda, pero al fin y al cabo obra útil, que puede injertarse en el tronco de la cultura de los pueblos americanos. Después de todo, el que esa obra no sea igual en todos los órdenes; el que no podamos nosotros ofrecerla de igual manera y con los mismos resultados prácticos en todas las direcciones de la vida intelectual, es cosa que ocurre en todos los países. Unos descuellan más en ciertos órdenes de estudios; otros, en otros. Hay notas características y exclusivas en el espíritu de los pueblos; cada cual ofrece lo que tiene; lo esencial es no tener pedantería ni pesimismo que desdeñen la obra propia por miedo pueril á parecer inmodesto, porque sería incluso faltar á un deber de humanidad el que cada cual viniese á excusarse, por exceso de modestia, de aquello que respetuosamente puede ofrecer á los otros como obra de su espíritu, con que quiere contribuir á la civilización humana.

Y precisamente ocurre con nosotros que lo que más nos puede ligar con el espíritu de las naciones hispano americanas, aquello que puede producir una intimidad más grande, porque se refiere á las notas fundamentales é íntimas del alma de los pueblos, es lo que está aquí más cultivado, lo que tiene más tradición, y en lo que nosotros podemos ofrecer mayor número de elementos para la obra de una colaboración intelectual. Así ocurre con el Derecho, el cual tiene, como todo el mundo sabe, una orientación general, resultante de una mentalidad jurídica especialísima, común á todos los países hispanoamericanos, los cuales poseen, además, en su legislación, elementos positivos que han tomado de España, que continúan tomando de España, y que á veces, no son más que el mantenimiento ó resurrección en algunos casos, de las Leyes de Indias que nosotros dimos y que todavía están vigentes en algunos asuntos. Tenemos el campo de la Historia, en el cual se hallan

de tal manera enlazados los hechos de unos y otros países, que el español que estudie la Historia de España á partir de fines del siglo XV, no podrá menos de estudiar también la historia de América, así como el americano, al remontar en sus orígenes como pueblo moderno, habrá de internarse en la Historia española. Y lo mismo ocurre con el sentido ético que yo creo que tiene nuestra civilización y nuestra manera de entender la vida y de ver en ella la relación entre los hombres, con características perfectamente diferenciadas de las que pueden distinguir la vida y la orientación de este orden en otros países: sentido dentro del cual se puede encontrar mucho que es fundamental para la existencia de los pueblos y cuya depuración trae aparejada la depuración también de las fuerzas substanciales en la esfera moral, sin la que las naciones bien pueden prosperar materialmente, pero no representarán de una manera sólida, robusta, un factor esencial de la vida de la civilización, que, sobre todo, tiene que reposar en el cultivo del orden moral, en el cultivo de los sentimientos que se refieren á la vida doméstica, á la relación de familia y á la estimación general de la dignidad y el derecho de los hombres. Y como ocurre con esto, ocurre con la organización social, en que podemos decir sin jactancia que España ha adelantado mucho, estudiando de una manera profunda, serena, ecuánime, la serie de cuestiones que englobamos bajo el nombre de problema social, trabajando seriamente en su resolución razonable y pacífica, ejercitando iniciativas sinceramente organizadas y presentando ejemplos recomendables de legislación. Y no digo nada de la literatura y de las artes bellas, porque la importancia y la influencia de estas cosas no se han discutido jamás. Esa misma explosión de hispanismo que ha seguido en los Estados Unidos á la exposición de obras de arte de dos grandes pintores españoles, prueba que esto que digo no es chauvinismo, sino pura y sencillamente reconocimiento de un algo que está en la realidad de los hechos. Y aún podría añadirse sin inmodestia, á todos esos elementos, el de una doctrina pedagógica española, que puede hombrarse con la más progresiva de cualquier otro país y cuya práctica y cuyos frutos, allí donde se ha implantado, marcan direcciones educativas que ninguna persona enterada de estas cosas desdeñará, y que yo he visto apreciar muy justamente en los pueblos de América.

Pues bien, decía yo: todas estas cosas que se enlazan íntimamente con la vida social, con el presente y con el porvenir y con lo más hondo, fundamental y plausible de la vida de los pueblos hispanoamericanos y del español, esto es precisamente aquello en que nosotros podemos ofrecer condiciones ventajosas y un elemento útil y aprovechable para nuestra colaboración en la obra intelectual y en el intercambio universitario entre España y América. Pero además, en lo general, en aquello mismo en que España no sea más (hoy por hoy y salvo individualidades que son excepciones personalísimas) que una imitadora de las corrientes intelectuales de otros países más avanzados, nosotros, inevitablemente, queramos ó no queramos los hombres, constituimos, con relación á los pueblos hispanoamericanos, el órgano de comunicación más perfecto para que la corriente entera del pensamiento, pasando á través de nosotros, sea presentada en condiciones asimilables, aprovechables hasta lo último y más íntimo, por aquellos pueblos que hablan nuestro idioma. Porque el idioma, como todo el mundo sabe, no significa solamente la comunidad de una serie de palabras, sino la comunidad de una mentalidad entera, la cual lleva dentro de sí (aparte la significación general que puede encontrarse en los diccionarios para cada una de las palabras) cierto sentido profundo que sólo habiendo nacido en el ambiente de donde ha brotado la palabra, puede entenderse y penetrarse; sentido íntimo y profundo, que siempre será negado al extraño, á aquél que

no haya sido educado, que no se haya amamantado en sus primeros días con la leche del idioma que hablamos. (Muy bien).

Y eso, que nos da una gran superioridad sobre otros países de lengua distinta, constituye, repito, una ventaja grande en la relación con los pueblos hispano americanos. Ellos lo saben bien, y por eso en diferentes países me han manifestado, como uno de sus deseos, como una de sus aspiraciones más vivas, la de que España emprendiese en mayor escala la traducción de obras extranjeras, de todas las obras que representen el pensamiento moderno, y de que fuesen las traducciones fieles y completas; porque los hispanoamericanos, por movimiento natural, han de acudir primeramente, para ponerse en contacto con el pensamiento ajeno, al texto español, que así viene á representar el centro de comunicación con las literaturas y la ciencia de todos los países.

Lleva esto consigo dos problemas. De una parte, el que nosotros nos preocupemos hondamente de esta función que podemos representar en cuanto órganos de comunicación entre los pueblos cuyo idioma no está muy difundido por el mundo y que tienen, sin embargo, tantas cosas que enseñarnos, y los países que hablan la nuestra y donde todavía las traducciones de obras serias no son numerosas, y que durante mucho tiempo tendrán que valerse de los traductores españoles. Y esto tenemos que hacerlo con espíritu alto, desinteresado, patriótico, pensando que en aquel momento quien trabaja y traduce no solo está ganándose unas pesetas que le son necesarias para la vida, sino que está ejerciendo de verdadero funcionario público, en representación de la raza, en representación de la Patria, y haciendo algo que, si está bien hecho, puede ser uno de los elementos de penetración del espíritu troncal, y si mal hecho, un descrédito para las manifestaciones intelectuales del país. Y adviértase que si no lo hacemos pronto y bien, lo harán por nosotros (como ya comienzan á realizarlo) los franceses, los alemanes y los norte-americanos.

El segundo problema que hay en esto, es la divulgación de nuestro libro en América, colocándolo en posibilidad de que circule fácilmente y sea comprado en condiciones económicas tales, que pueda llegar hasta los últimos lectores de la escala social, aquellos en los cuales el afán de la cultura es vigoroso, pero no va ordinariamente unido con la posesión de medios económicos para ser satisfecho. Porque yo me he encontrado, señores, con el hecho no solo de que los libros españoles cuesten, á veces, cantidades exorbitantes en relación con el precio que tienen en España, sino que sea imposible, muy á menudo, encontrarlos; y en algunos sitios como en Chile, me han dicho Profesores de la Universidad: «Señor, á nosotros nos es más fácil adquirir libros españoles pidiéndolos á Friburgo ó á París, que por el intermedio de los libreros corresponsales de los madrileños ó barceloneses».

Este es un hecho que no admite réplica, pero ante el cual debemos hacer algo; porque si nosotros permitimos que los órganos de comunicación de la cultura europea sean los centros extranjeros, vamos inmediatamente á lo que ya se anuncia de una manera clara en América: á que los libros españoles sean impresos en el extranjero y de allí enviados directamente, y nuestras librerías mueran, y, por tanto, nuestra intervención directa se pierda completamente.

Pero el libro no basta. No hay nada que pueda sustituir á la impresión personal de las cosas, á la visión directa de la realidad. Es, pues, preciso, si queremos hacer obra americana de colaboración intelectual, si queremos rehacer, como decía ayer, la unidad moral de la raza, el tronco hispano, es preciso que vayamos á ellos.

Hace muchos años, cuando prologué cierto libro

argentino, decía: «Llevo algún tiempo ocupándome de la psicología de mi país, pero tengo todavía en este punto ideas poco seguras, porque me falta el conocimiento de una parte del problema; pues por mucho que conozca el alma de la Península, no conozco más que la mitad del alma española, cuya otra mitad está más allá del Atlántico». (Muy bien, muy bien). Pero no se puede ir allí como ordinariamente se va; es preciso ir preparado para ello, es preciso que nosotros preparemos á las gentes que hayan de ir á la América, con una serie de conocimientos inexcusables, necesarios, para que su actuación ó su residencia, por muy breve que sea, obtenga todos los resultados que deseamos obtener, y para que no demos el espectáculo de ir absolutamente limpios de aquellas nociones elementales necesarias para comprender un país y aún para trabajar en en él con provecho. El no hacerlo así indicaría, por nuestra parte, una falta de interés y una desconsideración respecto de aquellos países que vamos á visitar, y nuestro castigo sería vernos arrollados en la competencia con otras emigraciones.

Por último, es preciso que nosotros ofrezcamos ocasiones y motivos para que los hombres trabajadores y la juventud estudiosa de las Repúblicas hispanoamericanas, vengan á laborar en nuestro suelo, dentro de nuestra España, y se pongan en comunicación con nosotros.

Tales son los tres grupos de medios con que, de momento, podríamos cumplir la obligación en que estamos de responder á la manera espontánea y franca con que América se ha ofrecido á nuestra acción y está dispuesta á entenderse con nosotros en el orden intelectual. Detallaré el contenido de esos tres grupos.

En primer término, tenemos el intercambio de profesores. Esta es una institución tan difundida ya en el mundo, que no necesita explicación ninguna. Se ha establecido entre Universidades españolas y francesas, y hay también un principio de ella entre Universidades españolas (ó por lo menos, entre universitarios españoles) y Universidades norteamericanas. Se trata, pues, de llevar esto, que es conocido, á la América latina.

La Universidad de Oviedo pensó en ello antes que en nada, y la misión que me encomendó tuvo por base el deseo de que un profesor suyo predicara con el ejemplo el hecho mismo, del intercambio, la comunicación entre el profesorado de uno y otro mundo. Pero este intercambio de profesores, ¿cómo se ha de organizar? Mi opinión sería esta: Yo creo que el intercambio debe ser una obra completamente universitaria, que entable, gestione y organice cada una de las Universidades españolas con cada una de las americanas, como hasta ahora se ha hecho y como se hace en todo el mundo. Y esto por tres razones: en primer lugar, para darle á esta función docente toda la autonomía que necesita; en segundo lugar, porque cada Universidad sabe mejor que nadie cuáles son los elementos reales de que puede disponer, y está en condiciones insustituibles de seleccionar su personal en relación con las necesidades de la Universidad á la cual va á ir, debiendo gozar para ello de una independencia superior á la que supondría la intervención de cualquier poder central, que, aún cuando bien intencionado, no siempre conoce las necesidades y las interioridades de cada uno de los centros docentes; y, en fin, porque este sería un estímulo para que iniciasen, por propio esfuerzo, nuestras Universidades españolas, su vida de relación con las hispanoamericanas; ¡que no estamos tan sobrados de estímulos espontáneos, para que neguemos una ocasión más de producirlos, ni es bien que todos los días suspiremos por autonomías, para cerrarles el camino á la primera ocasión».

Hay que advertir, sin embargo, respecto al intercambio y de lo que puede originar, que no es en manera alguna, una ocasión de lucro. Todo el mundo sa-

be que la profesión docente no es una profesión de ricos, sino de pobres, y el trabajo intelectual en ninguna parte del mundo, salvo excepciones raras, está considerado y pagado como el trabajo manual, el «económico», ó el de las ciencias aplicadas. Y es preciso entender que, tal como se halla establecido el intercambio, no constituye, repito, una ocasión de lucro para el profesor que lo ejerce, y por lo tanto, que todo género de aspiración que intente salir del campo desinteresado, ideal, científico, en que debe moverse aquella institución, queda descartado por sí mismo.

Pero es claro que si la obra (en su iniciación y en la selección del personal; en las relaciones y en el establecimiento del género de estudios que han de darse en cada una de las Universidades que cambian), debe ser siempre, fundamentalmente, una obra universitaria, también es cierto que las Universidades españolas carecen de medios materiales para realizarla, como todo el mundo sabe, y que necesitarán, pues, para esta función, (que se acumularía á las anteriores suyas), un auxilio del Estado, un socorro dedicado especialmente á recibir y alojar dignamente á los profesores de las Universidades hispano-americanas que viniesen á dar aquí conferencias ó cursos breves.

Sabido es que en el intercambio hay, por lo que hace á este punto, dos sistemas: uno consistente en que los gastos del viaje y estancia los pague la Universidad que envía el profesor; y otro en que esos gastos los sufrague la Universidad que lo recibe. Cualquiera que sea de ellos el que adoptemos nosotros, traerá gastos; si el segundo, los dispendios serán superiores á los del primero; pero necesario, indispensable es que las Universidades dispongan de fondos, de créditos en los presupuestos generales de la Nación, los cuales, aplicados y justificados debidamente, les permitan recibir bien, tener con todo el decoro necesario y alojar al profesor extranjero que viene á dar conferencias ó cursillos. Aún en el caso de que adoptemos el primer sistema, aún en el caso de que sea la Universidad que envía el profesor la que pague los gastos de éste, necesitamos dinero para aquellas atenciones y cortesías que son inexcusables, aunque venga el profesor extranjero con todos los gastos satisfechos. Esto, además, nos obligaría á enviar á nuestros profesores en las mismas condiciones, y el crédito para ello también sería indispensable.

De modo que el concurso económico del Estado es absolutamente necesario para que esta institución pueda prosperar. Hasta ahora ha vivido milagrosamente en las manifestaciones que ha tenido en Zaragoza, en Oviedo y en otras Universidades, en algunas de las cuales los profesores que han ido á Francia se vieron obligados á satisfacer de su peculio particular (con patriotismo que el Estado no ha agradecido) el coste del viaje y estancia. Desde el momento en que esto se amplíe, cuando tome las proporciones que tiene que tomar sino abandonamos locamente el empeño, es preciso que los presupuestos del Estado vengan en auxilio del bolsillo exhausto de las Universidades españolas.

La segunda forma de relación es la de pensiones de estudio. La Universidad de Oviedo no se podía atrever, en manera alguna, á solicitar el envío á ella de alumnos hispanoamericanos, mucho menos á otras Universidades cuya voz no llevaba. No podía hacerlo, porque esto hubiera parecido una pedantería de parte suya. Ella modestamente cree que, aún cuando hace todos los esfuerzos imaginables por educar á sus alumnos del mejor modo posible para darles una dirección que les permita formarse cierto criterio propio, no puede todavía tener la vanidad de ofrecerse como un Centro que merezca ser preferido á tantos otros superiores que hay en el mundo, y que han de ser naturalmente buscados por los hispano-americanos; pero indicó el desecho de que llegue el

momento en que se produzca ese contacto de las dos juventudes, y de que la España del día de mañana y la América del porvenir convivan en la representación de las generaciones nuevas, en cuya alma laten todas las grandes aspiraciones, sin que hayan sido manchadas por las impurezas de la realidad, por el sentido llamado práctico, por las miserias de la vida que cortan las alas del ideal.

Pero ésta, que puede ser una de las formas de atracción á nuestras Universidades, ha de hacerse de una manera discreta todavía; y en la forma del envío de nuestras muchachos á América, se puede hacer perfectamente desde ahora, porque tenemos, por fortuna, una institución de que echar mano: la de pensiones de ampliación de estudios en el extranjero. Todos saben cómo se ha constituido la Junta directiva de esas pensiones y cómo el presupuesto del Estado contiene para ella un crédito, que probablemente en lo futuro se aumentará. Todo problema consiste en lo siguiente: en que capacitándonos de la importancia que tiene para nosotros que nuestros estudiantes, no solo vayan á Europa y á la América del Norte, sino también á la América latina, se destine un tanto por ciento de esas pensiones, todos los años, á viajes de estudio en aquellos países. De esta manera se tendrán á cubierto las necesidades económicas de nuestros estudiantes americanistas, y de un modo regular podremos ir enviando, cada vez, un número mayor de jóvenes que irán á ver en la realidad lo que son aquellos países, aprenderán lo mucho que tenemos que aprender allí y, sobre todo, se pondrán en comunicación con la juventud americana. (1)

Esto aparte, me parece ser un deber inexcusable para nosotros no desoir ninguna voz, no desperdiciar ninguna petición que proceda de América, ni dejar de concurrir á todos aquellos actos á que se nos llame. Debemos aprovechar todas las ocasiones en que elementos representantes de la intelectualidad hispanoamericana pidan el concurso, ó la convivencia durante tiempo más ó menos largo, de representantes de la vida intelectual española; y como hay casos presentes, palpitantes, que todavía no se han resuelto, yo quiero aludir á algunos de ellos; quiero aludir sobre todo á ese Congreso de estudiantes de Colombia á que me referí ayer.

De aquella República escribieron al profesor de la Universidad de Oviedo señor Posada, notificándole la reunión de este Congreso y pidiéndole que él, como profesor español, fuese á presidirlo. El señor Posada, todo el mundo sabe que va ir á América, solicitó por la Universidad de la Plata (en gestión que ésta tuvo la bondad de encomendarme) y no podría ir á Colombia en la fecha que ha sido señalada para el Congreso; pero es necesario que España, que aún no ha respondido á ese llamamiento, responda, y ya sea un profesor de la Universidad de Oviedo, ya otro que pueda llevar nuestra voz, acuda á ese Congreso y no se desperdicie esa ocasión como se han desperdiciado otras muchas anteriores; que nosotros no tenemos el derecho, ahora menos que nunca, de abandonar el puesto para que sea ocupado por otros, ó para que se nos diga que todo el interés que manifestamos por América es cosa puramente de labios afuera, pero no está arraigado en nuestro corazón y en nuestra mente. (Muy bien, muy bien).

Otra forma de relación es la de envío del personal á centros docentes hispanoamericanos. Todo el mundo sabe que, de una manera esporádica, individual, no sistemática, esto, en realidad, ha existido siempre, más ó menos. Con personalidad mayor ó menor, siempre ha habido profesores españoles, re-

(1) Esta idea ha sido inmediatamente aceptada por el Ministerio de Instrucción Pública, como puede verse en la R. O. de 16 de Abril, cuya ejecución, en esta parte, es de esperar que hallará en la Junta de ampliación de estudios todo el interés y la actividad que requiere el caso.

presentantes de nuestra cultura, en aquellos países: unas veces, para dar un giro nuevo á todo un orden de la educación; otras, sencillamente para ocupar plaza en un grupo de profesores americanos. Pero estas solicitudes se han repetido á mi paso por América, y he tenido algunas, que recordé en mi conferencia anterior, para profesores de la nueva Universidad nacional de Santa Fe, que ha pedido tres catedráticos españoles, así como en otros puntos han demostrado el deseo de obtener profesores de Filología formados en España. Como precedente importante en este orden, mencionaré la repetida instancia del Gobierno de Costa Rica para que un individuo de la Universidad de Oviedo fuese á encargarse de la reforma de la segunda enseñanza. El profesor solicitado, por una porción de razones que no vienen al caso, creyó que no debía ir; pero el Gobierno de aquel país deseaba que se enviara á uno de los nuestros para que se pusiese al frente de la reforma, y por eso la Universidad de Oviedo propuso al Doctor Pérez Martín, que á ido á Costa Rica hace algunos años, que allí está trabajando y de quien puedo autorizadamente decir que las autoridades y los estudiantes de Costa Rica, el pueblo todo y los elementos escolares están completamente satisfechos. Esto hay que regularizarlo, ordenarlo; y la condición fundamental para que esa manera de envíos prevalezca en la obra educativa de aquellos países, y de que sus consecuencias sean fructíferas, es que tengamos la mayor escrupulosidad en punto al personal que enviamos. La Universidad de Oviedo, solicitada en la persona de su representante de una manera directa, para que ella tomase la iniciativa en este asunto y fuese el intermediario en su realización, se ha ofrecido, como no podía menos de ofrecerse, á serlo en las medidas de sus fuerzas y en el orden del personal que está más en contacto con ella. Y lo ha hecho así, poniendo delante esta declaración explícita: que cuando encuentre el hombre á propósito para la función, lo enviará, pero cuando no lo encuentre, de una manera rigurosa y franca dirá que no lo tiene, que no lo puede dar en las condiciones que las necesidades del centro requieren, y que, por lo tanto, de ninguna manera se hará responsable de enviar alguien de quien no crea en conciencia (dentro de las posibilidades humanas de conocer á los hombres) que puede desempeñar perfectamente su misión y llevar muy alto el nombre de España en aquellas repúblicas.

Decía antes que necesitábamos no solo ir á América, sino que necesitábamos formar las gentes que han de ir á allá. Creo esto de una importancia extraordinaria. Hay que formar cultura de las cosas americanas antes de lanzar á nuestros hombres á aquellos países. Es por lo tanto necesario que nosotros cultivemos de una manera intensa los estudios americanistas, que los cultivemos en todas las direcciones á que ya proveen, en cierta manera, las Escuelas superiores de emigrantes de otros países, en virtud de las cuales los hombres de las demás naciones europeas van á los países hispanoamericanos con un bagaje superior al que nosotros solemos llevar.

¿Dónde formaríamos ese personal? ¿Cómo lo podríamos formar?

Yo creo que en estas cosas del «hacer», y de un «hacer» tan importante como es el «hacer espíritus», todo lo que se trabaje es poco, y todos los factores que puedan concurrir á la obra han de ser bien venidos. Algunos están ya constituidos, algunos pueden ya empezar á trabajar, algunos han hecho ya este trabajo. Pero, aparte de esto, como es preciso defendernos, ganar tiempo, hacer rápidamente, por una labor intensa, lo que ya realizan otros países, yo creo que sería un medio utilísimo el auxiliar, para la formación de cátedras nuevas ó de centros de estudios americanistas, á las Universidades que tomaran iniciativas á este respecto y pusieran algún esfuerzo

al servicio de esa obra de cultura social; y á la vez que esto é independiente de ello, y aprovechando y orientando los empeños diferentes de todos los elementos que persiguen el mismo fin, crear un centro especial que, abrazando todas las manifestaciones de la obra americanista, tendiese á completar el espíritu y la cultura de los hombres que vayan á América en todas las disciplinas que no tienen ya representación en el organismo de nuestra obra docente, oficial, donde los estudios de aquel género están únicamente representados por una cátedra superior que existe en la Universidad de Madrid.

Y como en ésto, es preciso que vayamos pensando también en la constitución de una Biblioteca, juntamente con un Museo americano, que podrían ser centros de cultura dirigidos en aquel sentido, donde se encontrasen principalmente los instrumentos de trabajo intelectual para los que quieran ir á América y para los que, sin salir de aquí, deseen conocer los diferentes aspectos de la vida de los pueblos americanos. Y claro es que para esto se habían de utilizar los centros que han realizado ya trabajos en este sentido. La Universidad de Oviedo ha hecho en este punto todo cuanto le ha sido posible, dentro de la modestia de sus fuerzas, para, con un fondo muy nutrido de publicaciones y objetos, llegar á constituir su pequeña Biblioteca y su pequeño Museo americanistas. Y en esto como en todo, la Universidad de Oviedo se ofrecerá, con el mismo sentido patriótico con que se ha ofrecido siempre á unir su esfuerzo al esfuerzo y á la buena voluntad de los hombres que quieran seguir la misma línea de acción.

Claro es que esto, el fomento de la Biblioteca, y en general, la necesidad de que el espíritu de los hombres interesados en estos problemas pueda estar al tanto, continuamente, del desarrollo de las ciencias, de las artes, de la literatura de las naciones americanas, pide el establecimiento de un cambio regular de publicaciones, de Escuela á Escuela, de Universidad á Universidad. Para ello, me parece lo más natural la comunicación directa, de centro á centro. Pero ese cambio de publicaciones exige dos cosas: de una parte la existencia de especialistas de cultura americanista en los centros docentes, lo cual va enlazado con la organización de esa clase de estudios; y de otra, una intervención del Estado, para la concesión resuelta, terminante, absoluta, de la franquicia de entrada á todo libro hispanoamericano que se destine á un centro docente español; porque aunque parezca mentira, esto no existe, y se han dado casos en que cajones de libros regalados por aquellos establecimientos de enseñanza á otros españoles de carácter público, dependientes del Gobierno español, han tenido que ser abandonados en la Aduana y comprados después, de segunda mano, para que llegasen á su destino. (Grandes rumores de extrañeza y condenación.)

Ésto es preciso que acabe; es preciso que el mismo espíritu de alta cultura por el cual los Reyes Católicos eximieron, á fines del siglo XV, de todo derecho á los libros que se introdujeran en España, renazca en lo relativo á América; es preciso que se declaren libres de entrada todas aquellas publicaciones conducentes á que fructifique y se ensanche el sentido de la civilización en nuestro país, y á que aumente y crezca la comunicación con los países hermanos; es indispensable que abramos enteramente las puertas á las producciones de aquellos centros que hablan nuestro mismo idioma, que tienen nuestro mismo modo de sentir y nuestro mismo carácter, y que muchas veces se ven imposibilitados de donaciones cuantiosas á las Universidades españolas, porque encuentran trabas en las Aduanas, trabas que no podemos vencer aquí porque nuestras Universidades no tienen dinero para pagar los derechos del arancel.

Una de las cosas que se exigen, dentro de nuestra reglamentación de Aduanas, es que se dé una

nota de todas las publicaciones procedentes de América. Muchas veces la Universidad no puede darla, porque *no sabe ella misma* qué libros la envían, ni ha recibido previamente catálogo de la donación. Otras veces exigen la entrega de un ejemplar duplicado, cuando lo natural y lo corriente es que en esos envíos sólo se regale un ejemplar de cada obra. (Siguen los mismos rumores). Toda este género de trabas es preciso que concluya. Es tan sencillo realizarlo, que basta una buena voluntad. Los intereses fiscales españoles bien poco se quebrantarían con ello. (Muy bien, muy bien.)

Vengamos á otra cosa. Decía yo que es preciso aprovechar todas las ocasiones para que, dentro de la modestia de nuestras fuerzas, ofrezcamos motivo de atracción para que los estudiantes hispanoamericanos, y el mismo profesorado, vengan á la Península. Pensando en esto, uno de los temas en que insistí más durante mi viaje á América, fué el de establecer, en provecho principalmente de los eruditos de aquellos países, Institutos históricos americanos para estudiar sistemáticamente el Archivo de Indias, formar el archivo particular de cada República con la copia de los documentos referentes á ellas, y salvar de la destrucción ó del olvido millones de documentos que hay en aquel depósito, que no ha visto nadie y que no se sabe qué curiosos conocimientos nos reservarían para la Historia americana.

Pues bien; sabido es que hace poco se ha creado en España un Centro de estudios históricos que va á ser á manera de una Escuela de altos estudios. Ese Centro creado para organizar y perfeccionar aquel género de estudios, podría ser un organismo oficial de comunicación. Puesto que la Historia es un campo común, en gran parte, á los americanos y los españoles, cabría aquí, bajo la dirección de profesores nuestros y con la colaboración de otros hispanoamericanos, concentrar una parte de la juventud estudiosa que quisiera saber y escribir la historia de su país, la cual vendría á realizar esa labor en nuestro territorio, en conjunción con los estudiantes españoles. Relacionado ese Centro, más ó menos íntimamente, con los citados Institutos Históricos Americanos, ofrecería doble base de relación entre los trabajadores intelectuales de América y España.

Otra institución de la cual he oído hablar estos días, en la cual creo que se piensa, podría ser también un centro que brindásemos á los estudiantes hispanoamericanos; me refiero al proyectado «hall» ó residencia de estudiantes, que ofrecería condiciones de seguridad y de orientación ética en la vida á escolares españoles, extranjeros ó hispanoamericanos, porque no me resuelvo á considerar como extranjeros á los hijos de aquellos países. (Muy bien, muy bien.)

Ese «hall» tutelar, organizado con un alto sentido ético, para salvar á la juventud de todos los peligros que encuentra en la vida y en los cuales no han pensado todavía las Universidades, ese «hall» podría ser un Centro al cual acudiesen sin recelo los estudiantes hispanoamericanos que constantemente vienen á Europa, y que es de presumir que de día en día vengán más, aunque sólo sea de paso, á ver cuáles son las cosas útiles que en España pueden entrar. (1)

En México precisamente, hablando yo —y sin tener conocimiento de ese pensamiento á que me he referido— con el Sr. Ministro de Instrucción pública y con otras personalidades docentes de aquel país, del grave problema que representa el envío de pensionados al extranjero, y de la necesidad de hacer algo para que esos pensionados trabajen y no sean absorbidos por el medio, ó se distraigan á pesar de su buena voluntad, les indicaba cómo, por medio de la Junta de ampliación de estudios, habíamos conve-

nido una forma de vigilancia, de fiscalización y de dirección propiamente moral, para defender el espíritu de los muchachos de las tentaciones de disipación ó de abandono en que muchas veces caen porque sencillamente no tienen una mano que en el momento oportuno los levante. (Aprobación.) Caen sin culpa propia, por culpa ajena, por culpa de todas las sollicitaciones de las cosas nuevas que el mundo ofrece á sus ojos juveniles, que, naturalmente, se iluminan con todos los colores de la ilusión; y los hombres experimentados que saben esto, creen, sin duda, que se puede dejar impunemente solos á los jóvenes y después se les puede reñir y castigar porque faltan. (Muy bien, muy bien.)

Pues bien, yo les decía: podríamos, ó establecer una cosa análoga en México, ó bien concertar una conjunción, una inteligencia con la Junta española de ampliación de estudios, para que los pensionados mejicanos aprovechen nuestra organización. Así tendrían ustedes la seguridad de que mientras ellos estén en España ó en países en que España tenga pensionados, los profesores españoles, los hombres que se preocupan hondamente de estas cosas, serían tutores, padres y vigilantes de los muchachos hispanoamericanos. La idea fué aprobada de una manera inmediata, en términos generales, y puede ser otro punto de conjunción.

Hay un orden de actuación social en nuestro país, al cual aludía yo antes, y que tiene una importancia y una fama bien adquirida: es aquella que se refiere á las instituciones que representa y crea el Instituto de Reformas Sociales.

Sabido es que el Instituto de Reformas Sociales lleva el camino de establecer, en los países hispanoamericanos por de pronto, y en ellos más que en ninguna otra parte, sucursales. Pues bien, podría ser esto un nuevo organismo de colaboración, de comunidad de vida, de penetración de unos y otros países. El Instituto iría estableciéndolas en todos aquellos lugares que pudiera, y haría á todos ellos el ofrecimiento de organizar sucursales de instituciones de previsión, de protección á los trabajadores, etcétera, como ahora se acaba de establecer en Cuba la del Instituto Nacional de Previsión.

Por último, y aparte del cambio de publicaciones, otro capítulo importante es el cambio de material de enseñanza.

He observado en América, con una gran satisfacción para las doctrinas y la orientación que había recibido aquí de mis maestros, que el material de trabajo, en las escuelas primarias y Normales, está sufriendo aquella modificación que durante tanto tiempo habíamos ansiado nosotros: la que consiste en que no dependa el profesor únicamente del material que fabrica una casa editorial con más ó menos discrección pedagógica, sino que se prepare y disponga al profesorado para ser el verdadero constructor y hacedor de su material, con todas las adaptaciones que necesita si ha de atender en cada caso á la disposición intelectual del grupo de alumnos con que trabaja y á lo que el hecho del día ofrece, para producir una impresión mayor en el espíritu. Y he visto, digo, que las Escuelas Normales de la Argentina (y el Museo Pedagógico de Montevideo) forman ya, en gran cantidad, su material de trabajo, mediante colecciones de productos de la comarca ó región y la reunión de trabajos manuales de todo orden que en ellos se verifican, y que no sólo consttuyen así un material propio para las sucesivas exigencias de la enseñanza, sino que lo cambian de escuela á escuela, de Normal á Normal, y el Museo Pedagógico de la Argentina es el órgano de comunicación de esos cambios.

Ahora bien; es preciso que este movimiento tan interesante, esta forma de colaboración, se refleje en España también; y por eso propuse el cambio de estos grupos de material hecho por los mismos alumnos para que viniesen aquí colecciones de las

(1) El R. D. de 6 de Mayo último, ha venido á realizar esta idea expresada en la conferencia.

que forman las Escuelas Normales de la República Argentina, á cambio de las que nosotros podamos ofrecerles. Inmediatamente, en el acto (porque soy hombre práctico, aunque en otro orden pueda tachárseme de idealista), le pedí al Sr. Ministro de Instrucción pública de aquel país, que una colección de los grupos de material de enseñanza fuese enviada al Museo Pedagógico español, á cambio de que el español le enviase lo que pudiera y, desde luego, que la Estación de biología marina de Santander remitiese dos de las colecciones zoológicas que forma y distribuye, una, para el Museo Pedagógico de Buenos Aires, y otra para la Escuela de Lenguas Vivas, á que fui llevado, cuyos ejercicios presencié, y que es uno de los centros más interesantes, de más espíritu, de más intensidad en la vida intelectual, y de más amor á la cultura entre los de su grado, que hallé en la República Argentina. Y también esos envíos de material hay que eximirlos de derechos de Aduanas.

Tales son las cosas con las cuales creo yo que inmediatamente podría cuajar, de una manera que no exigiría varios dispendios por parte del Estado, ni grandes discusiones, la obra de nuestra relación intelectual con los pueblos hispanoamericanos.

He querido limitar á esto (que es lo principal, que en parte está ya hecho, que no necesita sino aplicarse á la obra americanista) mi exposición, porque entiendo que una de las condiciones de las obras para ser fecundas, es que no las fundemos en exageraciones, es que no les pidamos más de lo que pueden dar de sí, contentándonos con alcanzar, dentro del medio en que vivimos, aquellas condiciones primordiales viables. Tal es la realidad de las cosas: ó

nos sometemos á ella de una manera serena y formal, ó tenemos que vivir en perpétua lucha y disgusto con nosotros mismos y con todas las cosas que nos rodean, suponiendo que no responden maliciosamente á nuestras solicitudes y á nuestros merecimientos, para venir al fin á que se reproduzca una vez más ese fenómeno, tan frecuente y tan característico de la posición espiritual romántica, de creer que si las cosas no se hacen á medida de nuestro deseo personal, es porque el mundo no se ha percatado de lo mucho que valemos; en vez de creer que cuando las cosas no ocurren como deseamos, es porque no pueden de ninguna manera ocurrir así, ó porque no hemos sabido realizarlas como las pensamos.

Si nosotros, aún sin salir de esta esfera de medios que he explicado, emprendemos de un modo caluroso, fervoroso, con amor, con cariño, nuestra obra, estemos seguros que ella prosperará, y que todas aquellas finalidades que pueden parecernos ahora puras divagaciones, anhelos sin base alguna, irán realizándose, proyectándose como realidades en la vida. Porque, señores, al fin y al cabo, el amor es algo fecundo en todas las direcciones de la existencia, y si el amor preside nuestra obra de americanismo, estemos seguros que engendrará, para el día de mañana, criaturas cuya conformación y manera de ser no podemos ni siquiera imaginar en estos momentos, pero que superarán bastante á nuestras esperanzas de hoy, á tal punto, que si nos fuera dado contemplarlas, nos asombrarían con su grandeza y con la inmensa serie de consecuencias que pueden traer consigo. (Grandes y prolongados aplausos).





EN OVIEDO

LLEGADA DE ALTAMIRA ⁽¹⁾

DESDE Alicante, su patria natural, después de haber sido recibido triunfalmente en Santander, Madrid y León, regresa á Oviedo, su patria adoptiva, nuestro ilustre amigo D. Rafael Altamira, doctísimo catedrático de la Universidad asturiana y Delegado de la misma cerca de los centros docentes y culturales de América española, habiendo recorrido y ocupado las más elevadas cátedras de las Repúblicas Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Méjico y Cuba, tras rápida excursión á los Estados americanos del Norte, aquí con misión especial en un Congreso de historiadores.

A las naciones hispanoamericanas marchó á nombre de la Universidad de Oviedo en nobles vísperas del Centenario de la Independencia de los pueblos españoles del Nuevo Mundo, afirmando relaciones de confraternidad, que unen especialmente á españoles y americanos-latinos, desarrollando allí un programa de asuntos y materias exponiendo la orientación moderna de la enseñanza y de la ciencia españolas, á la vez que doctrinas de especiales estudios culturados por el Sr. Altamira, como historiador, jurisconsulto, literato, pedagogo y americanista. Allí disertó, entre incantes aplausos, sobre la importancia é intensidad del idioma español en América; el carácter y consecuencia de la emigración y colonización madre españolas; el enlace de condición y pensamientos comunes entre la nación madre y las naciones hijas; la conveniencia de comunión incesante y docente entre ellas; la organización paralela de los centros docentes; la ventaja mútua de una solidaridad de raza por historia, legislación y comunes intereses morales y políticos, recogiendo palpitaciones del alma americanista y latidos del corazón hispano, acentuando la nota de común civilización, deshaciendo recelos atizados por ingerencias extrañas y, en una palabra, procurando estrechar una unión indestructible entre

ramas del mismo tronco, que tuvo la más grandiosa representación en la historia mundial.

El Sr. Altamira ha coronado su obra con un éxito verdaderamente colosal que—por encima de reservas y diferencias contadas, hijas naturales de la apreciación libre—proclaman unísonos las altas representaciones gubernamentales de dichas naciones americanas con documentos de sus Gobiernos, Universidades, múltiples Centros intelectuales, Escuelas y Asociaciones, Prelados é Instituciones nacionales, publicistas, maestros y estudiantes y las masas populares de las Repúblicas indicadas, como asimismo de nuestros Representantes diplomáticos y Cónsules, Casinos españoles y Centros regionales, de todo lo que se guarda en nuestra Universidad testimonios irrelutables, ensalzando la labor prodigiosa del catedrático ovetense. Con estos documentos guárdanse igualmente en nuestra Escuela las manifestaciones de la prensa española y americana. Porque hay que decirlo lisa y llanamente; desde la Independencia americana se ha cometido el gran error intelectual, político y económico de apartarse España de sus antiguas colonias, debilitando en provecho ajeno la autoridad moral de la madre patria sobre las patrias hijas, impregnadas, á pesar de todo, de su tradición grandiosa.

Renovando relaciones amortiguadas, trabajó el Sr. Altamira con singular acierto, cautivándose corazones y simpatías, desenvolviendo el problema americano en todos sus aspectos de un modo verdaderamente magistral, no superado ni siquiera igualado en el aspecto de su misión por otras personalidades ciertamente muy distinguidas.

Innumerables fueron sus conferencias, lecciones, discursos, brindis, etc., en toda clase de Centros é Instituciones. Poco á poco se irá conociendo su obra, todavía no expuesta, ni mucho menos, en todos sus aspectos y alcances que entre aplausos de muchos y censuras de otros,—porque todo es discutible y son las

(1) De «El Correo de Asturias» (17 de Abril de 1910).

cosas del color del cristal con que se miran, — siempre resultará que la empresa patriótica y cultural de la Universidad de Oviedo, fué una empresa eminentemente española, docente, pedagógica, de rehabilitación histórica, de confraternidad y acercamiento, (muy por encima de fines y criterios políticos, bandería, sectarismos), siempre imparcial, justificada, respetuosa y de relieve universitario para intercambios profesional y escolar, y levantando siempre el nombre de España y su papel histórico en lo porvenir del mundo por ella descubierta.

En las Escuelas hispanoamericanas, muy abiertas y populares, saturadas de criterio y de adelantos modernos, aquellos claustros incorporados al profesor Altamira en su gremio, mientras los mismos presidentes de las Repúblicas, acompañados de sus ministros, asistían á sus lecciones y le distinguían en condiciones inusitadas.

Ante los resultados, que no tenemos espacio para concretar, la nación española rinde ahora merecidos homenajes de admiración, aplauso y gratitud al Sr. Altamira, embajador intelectual de la Universidad de Oviedo y de toda la Universidad española acerca de los pueblos fraternales de América.

Diez meses se cumplieron desde la marcha del Sr. Altamira, cuando el pueblo ovetense, congregado en nuestra Estación del Ferrocarril del Norte le despidió entre vítores y aclamaciones, poniendo en él esperanzas, que ha visto después superadas con los triunfos americanos. Diez meses ha que le despidió con entusiasmo grandioso la culta ciudad de Vigo, asociándose á la obra de nuestra Escuela, disponiendo además que D. Francisco Alvarado, estudioso profesor de la Extensión Universitaria ovetense, le acompañase como auxiliar y secretario, sufragando todos los gastos del caso, como así fué, prestando este culto y modesto amigo nuestro muy valioso auxilio en la abrumadora tarea del Sr. Altamira, que tuvo así un colaborador entusiasta.

El Rector y los catedráticos de Oviedo, que enviaron á tan sabio compañero con la misión expuesta, han prestado un patriótico servicio á España; y fuera de desear que esta empresa fuese sostenida y continuada por todas las Universidades y Centros docentes nacionales, y muy principalmente que nuestros Gobiernos se preocupasen de semejante problema incorporándolo con decisión á sus programas y desarrollándolo constantemente con los medios que son necesarios. Grandes ventajas se obtendrán con ello.

En el Ateneo de Madrid, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas y en la Unión Hispano-Americana las ha expuesto el señor Altamira, y hemos de oírlas en Oviedo y en toda la provincia, tan unida á los pueblos

hispanoamericanos. Por estas y otras razones, la Diputación y el Ayuntamiento de Oviedo toman parte principal en el recibimiento y homenajes populares al Sr. Altamira, y otra vez nuestra hermana La Montaña envía sus representantes asociándose á los merecidos honores que se tributarán en estos días al sabio catedrático.

El Correo de Asturias se asocia efusivamente al recibimiento y fiestas de significación cultural é hispanoamericana.

Santander-Oviedo

Por la vía del Castábrico, llegaron á Oviedo las comisiones que Santander, la provincia hermana, envía para toma parte en el homenaje á Altamira.

La Diputación, el Ayuntamiento, el Centro Mercantil, el Claustro Universitario, la Extensión, etc., en los andenes de la Estación se hallaban para recibir á los distinguidos huéspedes, recibimiento en el que también tomó parte el pueblo de Oviedo, apesar de lo tempestuoso del tiempo.

Gruesos cohetes anunciaron la llegada del tren y los vivas á Santander y Oviedo sonaron entusiásticos.

En varios carruajes se trasladaron las comisiones á sus respectivos hoteles.

La Diputación de Santander viene representada por su Presidente D. Ramiro Pérez Izaguirre, vicepresidente de la Comisión provincial D. Salvador Ajer y los diputados señores D. Francisco Escojadizo y D. Aureo Gómez Setién.

Al Ayuntamiento lo representan los concejales D. Luis Escalante, representando al Alcalde y los Sres. D. Manuel Toca, D. Mariano López del Moral y D. Eduardo Ruiz.

Representan al Circulo Mercantil los señores Madrazo (D. Joaquín y D. Eusebio), Sánchez Real, Riva, Peña (D. Joaquín) y el Secretario del Circulo Sr. Mezquida.

Por la Cámara de Comercio vienen el vicepresidente D. Severiano Gonar, con el Secretario D. Dionisio Ajenjo y los socios D. Arturo de la Escalera y D. Jorge Mowinkel.

El Circulo de Recreo envió á los señores D. José Estrada, vicepresidente y D. José María Aguirre y Escalante.

Están también entre nosotros representaciones de la Extensión Universitaria y alumnos de la Escuela de Comercio.

A todos nuestra cariñosa bienvenida.

* * *

Por la noche, á las diez, concurrieron los señores representantes á la función que en su honor se celebraba en nuestro hermoso coliseo. Ocupaban diferentes palcos, confraternizando con las comisiones de las corporaciones y entidades ovetenses.

Durante el espectáculo fueron objeto de infinitas pruebas de simpatía.

«Los intereses creados», que era la obra puesta en escena, fué admirablemente interpretada, conchando sus intérpretes muchísimos aplausos.

* * *

Las Comisiones del Ayuntamiento y del Círculo Mercantil de Santander, se hospedan en suntuosas habitaciones del «Gran Hotel Francés».

A esperar á Altamira

La Federación de Sociedades Obreras asistirá hoy domingo, con las banderas de sus respectivas localidades, á la Estación del Norte.

A las diez de la mañana se reunirán en el Centro Obrero todas las agrupaciones federadas, dirigiéndose desde allí en formación á la estación del Norte.

Teatro Campoamor

El próximo martes 19, á las nueve de la noche, se celebrará una función extraordinaria y fuera de abono de *gran gala*, que nuestro Excmo. Ayuntamiento, de acuerdo con el señor Villagómez, ha dispuesto en honor del ilustre caedrático D. Rafael Altamira, para celebrar su regreso á la madre patria, después de su brillante y beneficiosa campaña, para los intereses patrios, por varias repúblicas americanas.

El programa de esta función se está ultimando y próximamente podrá darse al público.

Anticipamos á nuestros lectores, que además de la representación de una obra escogida entre lo mejor del selecto repertorio de la Compañía Villagómez, habrá lectura de poesías de autores célebres, por la Sra. Mesa y el Sr. Villagómez.

* * *

Noticias oficiales nos comunican que el Sr. Altamira llegará hoy domingo 17 en el tren de las 11 de la mañana á la estación del Norte, donde acudirán las comisiones, representaciones populares, admiradores y amigos á esperarle, y á las doce de la mañana, el docto profesor recibirá en la Cámara de la Extensión Universitaria de nuestra Universidad, á todas las comisiones de Asturias, Santander y demás sitios, como asimismo á las diferentes instituciones de Oviedo, que deseen asistir á saludarle.

El lunes, á las once y media de la mañana,

las Comisiones oficiales se reunirán en el Salón de Actos de nuestro Ayuntamiento, con el objeto de asistir al descubrimiento de la lápida del Sr. Altamira, en la antigua calle de la Lila.

* * *

En la Universidad se recibió el siguiente telegrama:

«Rector Universidad Oviedo.

»León, 16; 15, 11. — El Centro Obrero leonés, saludando al ilustre Altamira, realiza un homenaje de admiración y gratitud á la labor hispanoamericana de esa Universidad.—*Castaño*, Presidente.»

* * *

La llegada de Altamira ⁽¹⁾

Como hemos anunciado repetidas veces, en el tren correo del domingo llegó á esta capital el sabio Catedrático de la Universidad ovetense D. Rafael Altamira y Crevea.

Poco antes de las once, los andenes de la estación del Norte eran incapaces para contener á la multitud allí acumulada y muchísimas personas se agrupaban en los alrededores de la misma, situándose otras á todo lo largo de la hermosa calle de Uría, bastantes de cuyos edificios ostentaban lujosas colgaduras.

El entusiasmo aumentaba por momentos, subiendo de punto al oirse los gruesos palenques anunciadores de la entrada del tren en agujas.

En la estación, donde entre la multitud inmensa, se hallaban las comisiones santanderinas, con las Corporaciones y entidades ovetenses y gijonesas (cuya detallada cita no es necesaria, pues eran todas sin excepción), óyense atronadores vivas á Altamira, á España, á la Universidad y otros.

En tanto las bandas de música de Langreo y Oviedo, ejecutaban pasos dobles.

El Sr. Altamira es saludado efusivamente.

El gentío era tan enorme, que se hizo difícil la salida de la estación, y momentos hubo en que temimos ocurriera alguna desgracia.

Pasado algún tiempo, durante el cual no cesaron las aclamaciones al Sr. Altamira, á Santander, á Oviedo, á su Universidad y á España, pudo organizarse la comitiva, emprendiéndose la marcha.

Y rompen filas las banderas y estandartes del Ateneo de La Friguera, con la notable banda de música de Langreo, que ejecuta hermoso pasodoble; Ateneo de San Martín del Rey Aurelio; Centro de Sociedades Obreras (diversas secciones); Coral Avilesina, la Musical Obrera de Avilés, y el Orfeón Ovetense. Estas últimas daban escolta al mag-

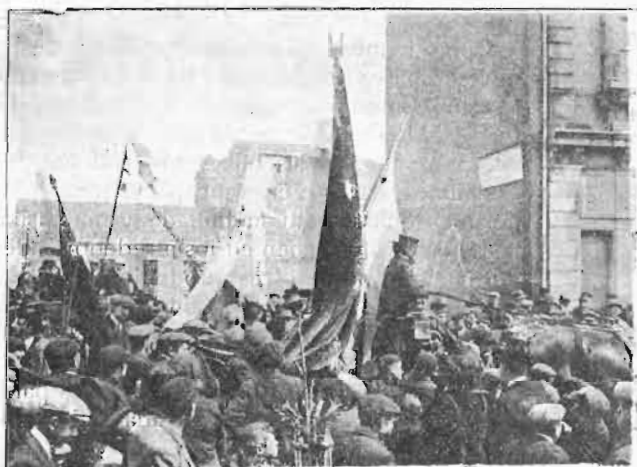
(1) Publicado en «El Correo de Asturias» de 19 de Abril de 1910.

nífico landeau del importante industrial de esta ciudad Ilmo. Sr. D. José Cima, en el que tomaban asiento el Sr. Altamira, acompañado de los alcaldes de Santander y Oviedo y de un niño del Sr. Altamira.

En otro carruaje, también lujosísimo, enviado galantemente por el Excmo. Sr. Marqués de Canillejas, iban la distinguida esposa y familia del Sr. Altamira, á quien acompañaba el Ilmo. Rector de la Universidad señor Canella.

Seguía después interminable fila de carruajes conduciendo á Comisiones y particulares.

Los vivas se repetían incesantemente en todo el trayecto de la calle de Uría, contestando á todos emocionadísimo, sombrero en mano.



OVIEDO - Llegada de Altamira. Paso de la comitiva por las calles de la Ciudad.

La comitiva siguió por las calles de Fruela, Jesús, Plaza Mayor, Cimadevilla, Rúa, San Juan, Plaza del Porlier y Universidad.

Esta lucía las colgaduras de gala, y en una de las galerías ostentaba cortinas de terciopelo azul, con los escudos de Santander y Oviedo.

Al penetrar en el patio central el Sr. Altamira, oyense aplausos y vivas ensordecedores.

En el paraninfo de la Universidad celebrábase seguidamente la recepción de comisiones y autoridades, ejecutando, en tanto, la brillante banda de música de Langreo, que dirige el distinguido profesor D. Cipriano Pedrosa, una delicada obra que mereció los honores de la repetición, pedida insistentemente por el público.

Obligado á ello, desde uno de los ventanales del pasillo del primer piso de la Universidad, habló el Sr. Altamira.

Puso á los piés de la Universidad todos los agasajos y las simpatías que adquirió su labor modesta. No pronunció un discurso—dijo—porque mi ánimo no está para ello, ni soy orador. Solo tengo para mi Oviedo querido

palabras de gratitud sincera; y termina dando vivas á las Repúblicas americanas, á la civilización, á Santander, á Asturias y á España.

Los vivas eran contestados con efusión por las incontables personas que allí se hallaban.

El recibimiento del Sr. Altamira fué como pocos se recuerdan: digno del catedrático ilustre y de su campaña de cultura y de unión de los pueblos que hablan la lengua de Cervantes.

* * *

Las comisiones de Santander, acompañadas de sus similares de Oviedo, en diferentes carruajes puestos á su disposición, concurren por la tarde á la becerrada estudiantil, donde se les brindó uno de los bichos.

Por la noche han asistido á la función del Campoamor.

* * *

A media noche, bellísimas señoritas y señoras, asaltaron los salones del Casino, improvisándose un baile de confianza.

El digno Presidente de la aristocrática Sociedad Sr. San Román (D. José), con el simpático secretario D. José Buylla y Junta Directiva, obsequiaron á sus distinguidas *asaltantes* con pastas, licores y champagne, obsequio de que también fueron objeto las comisiones y prensa de Santander, á los que se ha colmado de atenciones.

* * *

En los salones del Círculo Mercantil se expuso el domingo por la tarde un magnífico diploma (obra primorosa de caligrafía debida al competente empleado del municipio D. Carlos M. Berjano), nombrando hijo adoptivo de Oviedo al ex-alcalde de Santander D. Luis Martínez.

* * *

La banda municipal de Langreo se situó el domingo por la tarde en el Paseo de los Alamos, ejecutando selectísimo programa.

Afinación, delicadeza, gusto irreprochable, todo imperaba en la ejecución, mostrándose la citada banda como una de las mejores de Asturias, por no decir la mejor, y no estaría mal dicho.

Su director, D. Cipriano Pedrosa, háse mostrado un profesor competente, *trabajador*, capaz de altas empresas; y los aplausos entusiás-

ticos cosechados por la banda, á él iban en su mayor parte, pues que supo colocarla á la altura envidiable en que se mostró.

Un aplauso más: el nuestro.

* * *

El Rector de la Universidad, ilustrísimo señor D. Fermín Canella, salió el domingo en el mixto á recibir en Mieres á su entrañable amigo el Sr. Altamira y á su querida señora y familia.

En la estación de Mieres, el docto Altamira fué objeto de magnífico recibimiento, en el que tomaba parte el Ayuntamiento, sociedades diversas y el pueblo en masa.

Se dispararon gruesos cohetes, ejecutando airosos pasodobles la banda municipal de música.

La calle de Altamira

El alcalde Sr. Díaz-Ordóñez, acompañado de muchos concejales, del rector de la Universidad y claustro universitario, de las comisiones santanderinas y de nutridas representaciones de las principales corporaciones y sociedades de esta ciudad, se dirigieron á la calle de la Lila, con objeto de descubrir la lápida con el nombre de *Rafael Altamira*, que en lo sucesivo habrá de llevar dicha calle.

El acto, que fué presenciado por numeroso público, dió principio leyendo el secretario de la Corporación municipal Sr. Argüelles, el acta de la sesión en que se adoptó el acuerdo de dar á la mencionada calle el nombre de Altamira.

Después, el alcalde Sr. Díaz-Ordóñez, en sentidas palabras, expresó la satisfacción que sentía al cumplir solemnemente la resolución del Municipio en honor del sabio catedrático de esta Universidad, que tan bien había sabido cumplir la misión que le llevó á América, de estrechar el mutuo afecto entre aquellas jóvenes Repúblicas y la madre Patria.

Terminado su breve y entusiasta discurso, el Sr. Díaz-Ordóñez descubrió la lápida, entre repetidos y delirantes vivas y aplausos.

* * *

La comisión del Centro Mercantil de Santander con la de Oviedo, salieron á las ocho de la mañana de ayer por el ferrocarril del Vasco, con objeto de visitar á San Estéban de Pravia.

De regreso de este pintoresco lugar, visitaron también la fábrica de cañones de Trubia, siendo muy bien acogidos por el personal téc-

nico y administrativo de este importante establecimiento nacional.

Asimismo la comisión de la Diputación provincial con la de Oviedo visitaron la mencionada fábrica de Trubia, regresando á esta ciudad muy satisfechos de su excursión.

Esta última, con las del Ayuntamiento, Cámara de Comercio y otras de Santander, estuvieron ayer tarde en la Fábrica de la Vega, visitando detenidamente todos los talleres y dependencias.

El banquete oficial

Comenzó á las nueve, próximamente, y estuvo admirablemente servido, mereciendo justos elogios el propietario del «Hotel Tranoy», ya acreditado D. Amando Arias.

Ante las bien decoradas mesas, tomaban asiento representaciones de las Diputaciones, Ayuntamientos, Centro Mercantil, Cámara de Comercio, etc. de Santander y Oviedo; Colegio de Abogados, Institutos de Gijón y Oviedo, Universidad, Sociedad Económica de Amigos del País, Escuela de Artes é Indus-



OVIEDO.—Recepción oficial celebrada en el salón paraninfo de la Universidad.

trias, Extensión Universitaria, Cámara de la Propiedad Urbana y distintas personas, aparte de otras entidades.

También se hallaban allí la prensa de Santander y Oviedo.

El menú, delicado y aculento, como hemos dicho, fué consumido entre amena y divertida charla, y cuando el champagne se vació en las copas, entre los aplausos de la multitud, que ya entonces ocupaba plateas, palcos y otras localidades, comenzó á brindar el alcalde de Oviedo, D. Agustín Ordóñez, quien, en frases hermosas y levantadas, recordó la labor de Altamira y la confraternidad de Santander y Asturias, cuyos vínculos de amistad deben perdurar.

Y no habían terminado los aplausos cuando se levantó á hacer uso de la palabra la representación de Santander, D. Luis de Escalante, joven y simpático.

Habla en tonos patrióticos recordando á las dos Asturias, la de Pelayo y la de Santillana, hoy más identificadas, hermanas más bien, afianzado su amor con haber pisado primera tierra en Santander el sabio Altamira, á su regreso de la labor progresiva hecha en América.

Es aplaudido con verdadero frenesí.

Es colosal, inenarrable, la ovación que se dispensa al docto Altamira, al levantarse á hablar.

Ahogan los aplausos sus primeras y vibrantes palabras.

Su discurso, magistral, no puede describirse en pocas líneas. Sería profanarle; por eso no damos de él un extracto. No podríamos, á fé.

Habló, no de su labor, sí de la que ha hecho la Universidad, que le nombró su mensajero; recordando á Chile, Méjico, Cuba, etc., pues en todas partes la voz de España tuvo acogida incapaz de cifrar, quedando vivos los sentimientos y las esperanzas, la fé de que nuestra Nación es un pueblo vivo, que siente y piensa, que está dentro de la intelectualidad á la altura de las más progresivas y que quiere elevarse más.

Terminó mostrando deseos de que los nuevos emisarios no vayan á apagar la llama encendida y brindando por la fraternidad universal, aspiración santa y hermosa que nos ha de proporcionar la verdadera civilización que dimana de la cultura.

* * *

A las doce y media, cuando abandonábamos el teatro, resonando aún en nuestros oídos los aplausos que el patriótico, magistral dis-

curso del Sr. Altamira había arrancado de los miles de personas que le escuchaban, su distinguida señora y familia eran objeto de manifestación general.

El bouquet de flores que decoraba la mesa presidencial, para la señora de Altamira fué, como recuerdo de una noche en que se comendaba en un tomo la labor universitaria ovetense, realizada por uno de sus más ilustres profesores.

✦ ✦ ✦

Viaje de Altamira (1)

En esta Universidad se recibieron los siguientes telegramas:

«Rector Canella.—León, 16-19. — Reunido Claustro extraordinario del Instituto de León en honor ilustre Altamira, éste y nosotros enviamos al Rector y Claustro Universidad de Oviedo homenaje cariñoso de solidaridad.—*Berrueta.*»

«Pola de Siero, 17, 9-10.—Alcalde Siero en nombre de este Municipio se adhiere homenaje Altamira.—*Celestino Miranda.*»

* * *

Teatro Campoamor

Gran función de gala en honor del sabio catedrático D. Rafael Altamira, para hoy martes 19 de Abril, á las nueve de la noche.

Estreno de la comedia en tres actos, en prosa, original del escritor santanderino don Ramón de Solano y Polanco, titulada *Las domadoras.*

Lectura de poesías escritas para esta función por eminentes autores, por la Sra. Mesa y el Sr. Villagómez.

(1) D. «El Correo de Asturias» de 19 de Abril de 1916.



TRABAJOS LEIDOS Y DISCURSOS PRONUNCIADOS

EN EL

GRANDIOSO HOMENAJE

Celebrado en el Teatro de Campoamor

EN HONOR DEL MAESTRO

ALTAMIRA

Y DE SU OBRA DE

INTERCAMBIO

LA TARDE DEL DOMINGO 29 DE MAYO DE 1910



LOS ORGANIZADORES

COMO broche que habría de cerrar los comienzos de una «obra», elevadamente patriótica, coronada por incalculables éxitos obtenidos en su primer viaje del ilustre delegado de nuestra Escuela, D. Rafael Altamira, algunos alumnos de la Facultad de Derecho y miembros á la vez de la «Extensión Universitaria, institución anexa á la Universidad ovetense, tuvieron la feliz y noble iniciativa de organizar un «festival», que sin ser este literario exclusivamente, como suelen hacerse generalmente este género de actos, tuviera cierto aspecto cultural y de propaganda de «intercambio universitario,» al propio tiempo que se hiciese señalar en este acto grandioso y solemne, como todos aquellos en que el pueblo entusiasta y sincero toma una parte muy principal, los indiscutibles méritos alcanzados por el eximio representante de esta Universidad, en las regiones hermanas de la América hispana.

Más claro aún. Se pretendía, y este era el pensamiento de sus organizadores, D. Julio Argüelles y D. Alberto Jardón, entusiastas admiradores de la obra «americanista», conmemorar una labor que la Universidad de Oviedo, la más humilde quizá de las Universidades españolas, había iniciado y comenzado á practicar con el viaje de su enviado, el señor Altamira, que en Junio del año pasado había partido en el «Avon», hacia las cálidas regiones de la América latina, en busca de un bello ideal de unión intelectual de dos pueblos que necesariamente habrán de estar siempre unidos en lazo fraternal, por características indiscutibles y superiores á cualquier otra: el idioma y la raza.

Pero, para llegar á la posible realización de este «homenaje», era preciso acudir á la cooperación entusiasta de individuos y entidades, que con su valioso apoyo, contribuyesen de un modo efectivo al mayor éxito y realce de una fiesta tan altamente popular y patriótica, como la iniciada por sus entusiastas organizadores.

En efecto, no se dejó esperar mucho la deseada cooperación de personalidades ilustres y de entidades amantes de la cultura, quienes desde el primer momento ofrecieron su incondicional apoyo en favor de la obra, tomando parte muy activa y principal en la organización y mayor éxito de la «fiesta».

La suscripción popular, idea propuesta por los mismos organizadores Sres. Argüelles y Jardón, con su ilustre Sr. Rector Canella á la cabeza, dió halagüeños resultados.

Todos, sin distinción de matices ni de ideas, pues se trataba de una obra intelectual y en ella no habrían de existir diferencias de ideas ó partidos políticos; todos, repetimos, han contribuido, cada uno en la medida de sus fuerzas, á la realización feliz de este festival, suscribiéndose, desde el más humilde obrero hasta el banquero más acaudalado, con una cuota voluntaria y variable en cantidad, según la posición económica del mismo donante.

Sucesivamente y en los diarios de la localidad, se iban publicando los nombres de los señores donantes con la cuota á que se había suscrito, así como también las diferentes adhesiones que se recibían de personalidades y entidades ilustres de los demás centros de cultura de España, nombres y adhesiones que repetiremos aquí, que y en ello tenemos un alto honor, á fin de que permanezca más de una vez, vivo el recuerdo de aquellas personas que con un noble y sincero entusiasmo, han levantado el espíritu de una obra de confraternidad cultural, que ahora comienza á germinar y que en tiempo no muy lejano sabrá recojer el fruto de sus incesantes trabajos.

He aquí, pues, la nota completa de los señores cooperadores, por el orden mismo que se han suscrito:

Don Ignacio Herrero.

» José Blanco y Hermano.

Círculo Mercantil de Muros.

» Jacinto Quirós.

» Sabino Fernández.

» Pedro Sánchez.

» Cipriano Martínez.

» Acisclo Muñiz.

» Manuel González.

» Antonio Muñoz.

» Eduardo Serrano.

» Joaquín González.

» Francisco de las Barras.

» José Tartiere.

Extensión Universitaria de Oviedo.

Don José Mur.

» Demetrio Espurz.

» Enrique Urios.

» Benito Buylla.

» Rogelio Jove.

» Gerardo Berjano.

» Enrique de Benito.

» Víctor Díaz Ordóñez.

» Antonio Mena.

» Armando Rua.

» Aniceto Sela.

» Alejandro P. Martín.

» José González Alegre.

Asociación de Dependientes del Comercio.

Oviedo.

Don José Muñoz.

- » Juan Arango.
- » Fermín Canella.
- » Leopoldo Escobedo.

Sociedad Popular de Sama.

Don Ricardo Pérez Alvarez.

Casino del Entrego.

Don José Robles.

- » Bernardo Valdés.
- » Indalecio Corujedo.
- » Leandro Corujo.
- » Secundino de la Torre.
- » José Quevedo.
- » Manuel Díaz.
- » José Parres y Sobrino.
- » Rogelio Masip.
- » Víctor García Alonso.
- » Ramón Ochoa.
- » Gregorio Jesús Rodríguez.
- » Valentín Acebedo.
- » Valentín Acebedo Agosti.

Centro Obrero de Laviana.

- D. José Cima.
- » Manuel A. Santullano.
- » Angel Corujo.

Asociación de Maestros de Oviedo.

Don José Buylla y Godino.

- » Jesús Arias de Velasco.

«El Castropol» (Diario).

Varios amigos de la Universidad.

- » Manuel Argüelles Cano.
- » Emilio del Peso.
- » Policarpo Herrero.

Universidad popular de Mieres.

Don Vital Buylla.

- » Ricardo Rodríguez.
- » Juan Fandiño.
- » Marcelino Fernández.
- » Adolfo F. Vega.
- » Armando Argüelles.
- » José Ureña.
- » Eterio Saiz Gaité.

Ateneo y Casino Obrero de Gijón.

Don Ramón Hernández.

- » Plácido Alvarez Buylla.
- » José García Braga.
- » Bautista Clavería.
- » José Rodríguez.
- » José Cañedo.
- » Un quidam.
- » Fernando García Vela.
- » José Cepeda.
- » D. José Alvarez González.
- » Manuel Fernández Rodríguez.
- » Isidro García.
- » César Argüelles.
- » S. González.
- » Pedro Diz Tirado.

Ayuntamiento de Sama.

Grupo Auxiliar de Extensión Universitaria de Infiesto.

- » Adolfo Villaverde.
- » José Concheso.
- » Un cualquiera.
- » José González Llamazares.



ADHESIONES

Con objeto de no hacer demasiado pesada la enumeración en estas columnas, de la infinidad de adhesiones y cartas entusiastas que de muchas per-

sonas se han recibido felicitando á la «Comisión» por su «idea» de celebrar un «homenaje» en honor de nuestra Universidad y de su ilustre Delegado, prestando su incondicional apoyo al mayor éxito de la fiesta, solo indicaremos aquí los nombres de aquellas entidades que oficialmente comunicaron su adhesión, y de algunas personas ilustres que en la sociedad intelectual por excelencia tienen merecidos prestigios y elevada representación.

- D. Joaquín Costa
- » Felix Pio de Aramburu.
- » Adolfo Posada.
- » Adolfo A. Buylla.
- » Rafael María de Labra.
- » Vital Aza.
- » Aniceto Sela.
- » Fermín Canella.
- » Enrique De Benito.
- » Secundino de la Torre.

Centro Mercantil de Oviedo.

Asociación de Dependientes del Comercio de Oviedo.

Grupo auxiliar de «Extensión Universitaria» de Infiesto.

Ilmo. Sr. Director del Instituto de Oviedo.

«Círculo Obrero» de Muros de Pravia.

«Centro Obrero» de Laviana.

Centro «Juventud Trubieca» de Trubia.

Universidad popular de Sama.

Ilmo. Sr. Director y profesor del Instituto general y técnico de León.

Ateneo y Casino Obrero de Oviedo.

Asociación de Agricultores de Gijón.

Grupo Auxiliar de «Extensión Universitaria» de Sama de Langreo.

Grupo Auxiliar de «Extensión Universitaria» de Avilés.

Ayuntamiento de Ribadesella.

Id. de Langreo.

Grupo auxiliar de «Extensión Universitaria» de Mieres.

Asociación de Maestros de Oviedo.

Centro de Sociedades Obreras de Oviedo.



CUENTAS SALDADAS

Todos sabemos muy bien que, el formar á «priori» un presupuesto, es una cosa bastante difícil, precisamente cuando por circunstancias especiales no pueden calcularse con exactitud los gastos que pudiera originar la realización de una obra ó empresa de alguna importancia, tal como ha sucedido en el caso presente de celebración de un festival.

La Comisión organizadora de este acto, teniendo en cuenta la gratuidad de muchos servicios prestados por personas

entusiastas y desinteresadas, había tenido la completa seguridad de creer que los gastos que pudiera originar un festival de esta índole, no podrían ser en modo alguno excesivos, como en un principio se habían presentado las cosas, afirmando repetidas veces sus organizadores á cuantos les preguntaban por el resultado obtenido en la suscripción popular, que «era la suficiente cantidad recaudada para sufragar todos los gastos que ocasionara el «homenaje», teniendo aún probabilidades de obtener un cierto *superabit*.

Pero no sucedió así; la fatal realidad deshizo bien pronto los que se suponían acertados cálculos, llegando incluso hasta convertir en *déficit* lo que á los ojos de la Comisión había sido en un principio su deseado *superabit*.

Cualquiera que haya trajinado estas cosas, habrá visto que se suceden en el curso de la organización de actos como el celebrado, infinidad de detalles que se imponen necesariamente en un momento dado, llegando á ocasionar muchísimos gastos que el hombre más previsor y calculador no ha podido tener en cuenta.

Ahora bien; expuestas estas observaciones y otras más que el lector *avexado* á estas cosas presumirá, vamos á dar en esta sección exacta cuenta de los ingresos obtenidos por suscripción

popular, aún cuando no lo hagamos detalladamente, bien por tomar mucho espacio, del que no disponemos, ya también porque la enumeración en estas columnas de los diferentes conceptos que en la liquidación habrán de aparecer no es propio de una Revista como la presente, que reviste cierto carácter intelectual.

No obstante, si algunos de nuestros lectores, cooperadores ó personas interesadas directa ó indirectamente en este asunto desearan hacer alguna observación respecto al estado de cuentas, podrá hacerlo siempre que tenga por conveniente, dirigiéndose para ello á la Comisión organizadora, que tendrá sumo gusto en ofrecerle cuantos datos necesite.

Por ahora, solo nos limitaremos á consignar el resultado definitivo de la liquidación, que es el siguiente:

Ingresos por cuotas de sus-	
cripción.	1.023 Ptas.
Gastos totales realizados en	
el festival de «homenaje».	1.173 Ptas.
Resultando un déficit de	150 Ptas.

Que la Comisión tiene por liquidar aún, debido á la falta de recursos, pero que lo hará efectivo en su día, una vez ultimados los trabajos de propaganda y venta de esta Revista.





EN EL TEATRO DE CAMPOAMOR

Seguramente pretenderían ver algunos en este acto solemne y grandioso, un acto como todos ó casi todos los que se celebran de esta índole; un acto puramente personal, no: el acto de referencia tiene mayor importancia y trascendencia que todo eso; representa algo esencial con resultados más prácticos.

Acostumbrados como estamos á que con bastante frecuencia se realicen este género de homenajes, hace creer que el acto de honor hacia el Sr. D. Rafael Altamira celebrado, venga á ser como el remate de las fiestas que en honor de sus triunfos colosales por las regiones hispanas de la América latina, se han verificado en Oviedo desde el regreso del sabio profesor. Es algo más trascendental é importante, como decimos al principio; es el remate, en efecto, pero no de un *honor* personal, sino de todo un programa que la Universidad ovetense pretende desarrollar, en la medida de sus fuerzas, con objeto de aunar y estrechar una vez más las relaciones intelectuales y á la vez económicas de nuestro pueblo con las jóvenes repúblicas americanas.

Es un deber nacional y patriótico que la Escuela ovetense se ha impuesto, al comenzar sus relaciones de intercambio intelectual y universitario con los centros culturales extranjeros.

De aquí, que acto dicho sea la iniciación de una campaña americanista que los demás centros docentes de España proseguirán y que el Gobierno secundará con su apoyo económico y político.

Bien lo hace señalar el Sr. Altamira al comenzar su hermoso discurso cuando dice: «Yo no vendría aquí, á este sitio, si se tratara de celebrar un acto personal, en honor de mis pequeños merecimientos por la campaña de América realizada hace poco tiempo; pero

tengo á gran honor y distinción asistir á este acto, porque interpretando fielmente el pensamiento de sus organizadores, he visto con hondo regocijo y satisfacción que este «Homenaje» viene á ser como una continuación de la campaña americanista y de intercambio iniciada por mi querida Universidad; labor altamente patriótica, por su desinterés y los nobles fines que persigue, y de la que me siento orgulloso de haber tenido la suerte de ser su primer delegado».

De la solemnidad del acto celebrado en el teatro Campoamor, nada diremos, pues otros colegas nuestros se ocuparon con bastante extensión de ello.

El teatro, artística y severamente engalanado, con preciosas guirnaldas, cubiertas de hermosas flores que pendían desde lo alto de la grada general al patio de butacas, ofrecía un aspecto brillantísimo, estando ocupadas las plateas, palcos y butacas por lo más selecto de nuestra sociedad ovetense.

A las cuatro menos cuarto en punto de la tarde comienza el acto con los vibrantes acordes de la Marcha Real, admirablemente ejecutada por la banda de música de la Fábrica Nacional de Trubía, que exprofesamente para este «Homenaje» vino á Oviedo en el tren de las 2,20 de la tarde.

El telón sube lentamente, y el distinguido público ovetense con ademán respetuoso se pone en pie, prorrumpiendo al mismo tiempo en sinceros y entusiastas vivas á España y á la América latina, nuestra hermana.

En el salón escénico se encontraban representaciones de los Ayuntamientos y juntas de Extensión Universitaria de la provincia, representación de la prensa asturiana y cubana, entidades oficiales y particulares y el elemento escolar representado por los organizadores de este acto, Sres. Argüelles y Jardón.

Al levantarse el telón, hemos visto con gran admiración nuestra el efecto hermoso que ofrecía su conjunto, destacándose entre las artísticas guirnaldas los escudos de las repúblicas americanas, en donde el querido maestro Altamira estuvo por espacio de diez meses explicando notabilísimas conferencias de Extensión é intercambio.

En los palcos principales aparecían colocadas en las columnas de sus balconillos, unas rosetas de buen tamaño figurando en cada una de ellas una *letra* formada de hojas de laurel, resultando del conjunto combinado la siguiente inscripción: «Viva Altamira.»

Presidió el acto el ilustrísimo señor Rector, D. Fermín Canella y Secades, quien sin dar alientos á su entusiasmo, escuchando los armoniosos acordes de la marcha Real, exclama con un grito de «Viva España,» «Viva América,» comenzando su discurso de apertura del acto, discurso hermoso, lleno de vida y entusiasmo hondo hacia la patriótica labor americana, iniciada por su Universidad.



COMISIONES

Los grupos auxiliares de «Extensión Universitaria» y muchas entidades adheridas enviaron nutridas comisiones que representaran á dichas colectividades en el hermoso acto de «homenaje» al maestro Altamira y á su obra americanista, y cuyos nombres publicamos en estas mismas columnas:

Por la Comisión del Ayuntamiento de Ribadesella
Sres. Alcalde Presidente y un concejal.

Grupo auxiliar de la Extensión Universitaria de Infesto.

Sres. D. Bonifacio García Cabañas.
» Julio Gavito Pedregal.
» Pío González Rubín.
» Emilio Fernández Corujedo.
» Manuel R. Salas.

Asociación de Dependientes de Comercio

Sres. D. Santiago García.
» Germán Sánchez.
» Bonifacio García.

Juventud Trubieca.

Sres. D. Benigno Iglesias Piquero.
» Luis Fernández.
» Amaro Zuazua.
» Oscar López.
» Epifanio Sánchez.

Ayuntamiento de Langreo.

Sres. D. Juan Alberti García Bernardo.
» Servando Sánchez.
» Emilio Menéndez Rodríguez.

Centro Obrero de Laviana.

Sres. D. Esteban Riera.
» Celestino Suárez.
» José Coucheso.
» Adolfo F. Villaverde.

Círculo Obrero de Muros.

Sres. D. Salvador González.
» Gerardo González.
» Benjamín Díaz.

Universidad popular de Sama.

Sres. D. Aurelio Delbrouck.
» Gumersindo del Valle.

Ateneo y Casino Obrero de Gijón.

Sr. D. Wenceslao García.

Extensión Universitaria de Sama.

Sres. D. Alfredo Pumariño.
» Constantino Fernández.
» Valentín Ochoa.

Extensión Universitaria de Mieres (Universidad popular.)

Sres. D. Juan Velasco.
» José Sampil.
» Atanasio Rodríguez.
» Francisco Peña.
» Justo Vigil.
» Faustino Alvarez.
» José María Loza.
» Vital Buylla.

Asociación de Maestros de Oviedo.

Sres. D. Vilallave.
» Usero.
» Seselle.
Sra. Chamorro.
» Armán.
Srta. Laviada.

Ayuntamiento de Mieres.

Sres. D. Tadeo Huelmo.
» Luis Closse.
» Juan González.
» Vital Buylla.



Lectura de trabajos y discursos

Empresa la más difícil de todas en este género de actos, es la formación de un *programa* que cumpla las aspiraciones de todos, es decir, que sea lo más breve posible en su conjunto y que cada uno de los trabajos leídos ó discursos pronunciados, sean lo más claro y sencillos, procurando amenizar el interés del público que asiste y no dándole motivo alguno de aburrimiento, cosa muy frecuente en estos casos é inevitable mu-

chas veces, debido sin duda al entusiasmo mismo de colaborar todos en una obra común y eminentemente popular.

Pero esta dificultad han procurado salvarla los Sres. Argüelles y Jaudón redactando un *programa* sencillo y breve, dividido en dos partes; la primera que comprende trabajos de índole esencialmente «americanista», referentes á la obra de «intercambio» iniciada por la Universidad ovetense; y la segunda, de «homenaje» á su ilustre delegado don Rafael Altamira.

Este programa se imprimió en artísticas cartulinas mafile á tres colores (azul, blanco y rosa pálido,) apareciendo en su portada anverso, un retrato del señor Altamira y en el reverso el del ilustrísimo señor Rector, D. Fermín Canella y Secades.

He aquí el programa, tal como se ha redactado.

Primera Parte

- 1.º «Marcha Real Española» ejecutada por la banda de música de la fábrica nacional de Trubia.
- 2.º «Apertura del acto.»—Discurso del señor Rector, D. Fermín Canella y Secades.
- 3.º «Canto nacional de Buenos Aires» por la banda.
- 4.º «Mi voto,» por D. Rafael María de Labra.
- 5.º «Una carta,» D. Félix Pío de Aramburu.
- 6.º «Himno nacional del Uruguay,» por la banda.
- 7.º «El programa de España en América,» por don Rafael Altamira y Crevea.
- 8.º «El viaje de Altamira.»—Algunas reflexiones, por D. Adolfo Posada.
- 9.º «Canto nacional chileno,» por la banda.
- 10.º Discurso.—D. Alvaro de Albornoz.

Segunda Parte

- 1.º Discurso.—D. Enrique de Benito.
- 2.º «Epitalamio,» por D. Alberto Jaudón Santa Eulalia.
- 3.º «Canto nacional del Perú,» por la banda.
- 4.º «Un voto de adhesión,» por D. Rafael María de Labra y Martínez.
- 5.º «Las nuevas espadas,»—Homenaje al Sr. Altamira.—(Poesía.)—Salvador Rueda.
- 6.º «Himno nacional de Méjico,» por la banda.
- 7.º Discurso.—D. Teodomiro Menéndez.
- 8.º «Soneto.»—D. Vital Aza.

9.º «Discurso.»—D. Benigno Iglesias Piquero por la «Juventud Trubieca.»

10.º «Himno nacional de Cuba,» por la banda.

11.º «Los obreros de Laviana en el Homenaje de Altamira.» A la Universidad de Oviedo. Poesía por don Adolfo Fernández Villaverde.

12.º «Romance,» por D. José Quevedo.

13.º Y final. Marcha Real española, por la banda

La compañía de declamación cómico-dramática, que en la época de celebración del «homenaje» estaba actuando en el regio Teatro de Campoamor, se ofreció incondicionalmente desde el primer momento, á prestar á la Comisión organizadora, cuantos servicios le fueran útiles para el mayor realce de la fiesta.

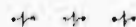
El Sr. Porredón, director artístico de la compañía con su primer actor don Francisco A. de Villagómez y la genial actriz Sra. Mesa, acordaron celebrar en la noche del mismo día en que se hizo la fiesta de la Universidad una función de *gran gala*, poniendo en escena las siguientes é interesantes obras dramáticas:

1.º La comedia en dos actos y en prosa, original de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, titulada:

DOÑA CLARINES

2.º El boceto de comedia en un acto, original de Jacinto Benavente.

EL MARIDO DE LA TELLEZ



Discurso del Sr. Rector

Designado por la circunstancia de mi cargo académico, comienzo diciendo el Sr. Canella, para presidir este acto solemnisimo, con la íntima satisfacción que me produce su objeto, he de pronunciar brevísimas palabras porque el programa de la fiesta es extenso y no debo molestar con pobre discurso la atención del público, al que esperan los encantos de oradores elocuentes y la voz persuasiva del insigne Profesor á quien con toda justicia se ofrece este homenaje.

Con verbo burilado, ya os dirán aquéllos cuán grandes son los merecimientos contraídos por el insigne Rafael Altamira, á quien la Universidad de Oviedo confió difícil y altísima misión patriótica, coronada por tan sabio maestro con éxitos los más brillantes y positivos. Movidos por estos sentimientos los admiradores de Altamira, donde en conjunción amorosa han coincidido estudiantes y obreros,

profesores y personalidades de todas clases, asociaciones diversas y juntas locales de Extensión Universitaria, dispusieron esta fiesta cordialísima para poner más laureles y flores, entreverados con alientos de constancia y persistencia, en la estela que dejó a su paso el ilustre Delegado de nuestra Escuela, recorriendo progresivas y florecientes Repúblicas hispanoamericanas.

Esto significa el nuevo hemanaje dedicado al Embajador intelectual de España cerca de naciones hermanas y de sus Centros docentes, donde brilló esplendorosamente el hijo adoptivo de Oviedo como jurista, como historiador, como orador y publicista, como americanista y pedagogo. Ante su voz y sus libros, al ocupar allí las cátedras más prestigiosas, entre aclamaciones populares y con las más altas consagraciones académicas, almas, corazones y cerebros se volvieron hacia la madre patria, rompiendo obstáculos de interesadas ingerencias extrañas y abriendo ancho cauce de inteligencia y confraternidad, más aún, de solidaridad hispanoamericana, como lo demandan historia, vínculos e intereses de la raza española señalada en lo pasado con el relieve de su civilización tan grandiosa entre las fundamentales que han dirigido el mundo.

Altamira ha dado la voz de alerta y trazado camino para el porvenir hispanoamericano, como lo organizó la Universidad de Oviedo. Altamira ha vuelto triunfador y depositó sus impresiones gratísimas en la Corporación a que pertenece, donde recientemente se concretó en planhacedero y práctico de prosecución de la obra, que está solamente comenzada con esperanzas de avance en las que la opinión pública debe interesarse para saturar el ambiente popular y gubernamental con un programa de continuación firme y constante hasta lograr nuestra compenetración en América y la América en España. Nada más propio ni más español en la vida exterior nacional que competir,—por razones de historia gloriosísima y hermandad de espíritu,—con intrusiones extranjeras, que pretenden apartarnos de aquellas tierras, cuando por ley providencial son y deben ser eternamente solariegas nuestras, y están marcadas con el sello cervantino de nuestra lengua. Esta promesa de constancia para la obra emprendida por la Universidad de Oviedo con Altamira es lo que seguramente será más grato al eximio maestro, á quien rendimos pleitesía de reconocimiento y afecto entrañables. Hagamos, pues, firme promesa de seguir ayudando á la Universidad y á su enviado, y congreguémonos periódicamente para que la pública opinión agite sin cesar á los Poderes públicos; y juntas de este modo la acción gubernamental y la iniciativa particular sostengan uno y otro día el fuego secular que con unión autorosa encendieron España y América española, empujando además equivocaciones comunes de apartamiento político é intelectual á partir de la Independencia, cuyo centenario conmemoramos unidos con el mismo fraternal regocijo.

Saturemos en estos ideales el homenaje que ofrece como al gran Altamira, de admiración y aplauso, con sentido español, únicamente español, y con propósitos de seguir la obra hispano-americana, que no debe ser flor de un día y fuego de artificio. También tenemos otros homenajes de gratitud que rendir, á consecuencia del viaje de mi colega querido, y este es el momento para consagrarlos de un modo público y solemne á su presencia y ante la de la *alma mater*.

Debemos á muchas entidades reconocimiento profundísimo por su cooperación y sus alientos.

A los estudiantes y á las clases populares de Oviedo—con singularidad á los obreros—que avivaron la trascendencia de la empresa, y sobre los

railes del ferrocarril del Norte se congregaron para despedirla y esperarle con entusiasmo delirante.

A los pueblos gallegos de su paso, á las gentes de la *tierra* poética gemela de la *tierra* astur, que le aclamaban sobreponiéndose al estruendo de la locomotora; al pueblo cultísimo y adelantado de Vigo, que no dejó un momento á nuestro Rafael hasta que el trasatlántico se perdía en la remota línea del horizonte.

Vigo todavía hizo más, y con generoso arranque dotó al maestro ovetense de un compañero y colaborador estudioso y modesto, como lo fué Francisco Alvarado, en Oviedo tan querido.

Y una vez en la América, allí debemos gratitud á todos; á las masas populares, siempre generosas y grandes, á los Gobiernos, á las Corporaciones y emigrados, á quienes la lejanía de la patria dota de doble pensamiento, para convivir en el rincón nativo de los recuerdos y en la tierra escena de su trabajo.

Creo, pues, ser intérprete de nobles sentimientos asturianos ofreciendo aquí público testimonio de la más acendrada gratitud á las naciones Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Cuba y México; á los insignes Presidentes de estas Repúblicas, á sus Ministros, y en especial á los de la Instrucción pública; á los Rectores y Decanos, Catedráticos y estudiantes de las Universidades de Buenos Aires, La Plata y Córdoba; de Montevideo y Santiago; de Lima, Méjico y Habana, con las que la de Oviedo mantenía relaciones, ahora íntimas y familiares. Estimación y obligación perennes debemos sentir siempre á los favores de las demás sociedades y Corporaciones de todas clases. Gratitud debemos á la gran prensa americana, que fatigó los rotativos con historia y relación interesante de la cátedra y conferencias de Altamira, llegando á formar voluminosos libros, que son como Memoria, Crónica ó mejor Diario de la misión universitaria ovetense. A más de los mencionados, otros pueblos hispanoamericanos nos han llamado y felicitado; y allá, como á los ya recorridos, debemos ir una y más veces, si la empresa perdura.

Y presentados estos tributos de agradecimiento, otro muy íntimo brota seguramente en los labios de todos, dedicado á las «Colonias españolas, allí asentadas y consideradas con el prestigio y ejecutoria de su origen, con el respeto á su honradez y actividad debidos y con la hermandad de sangre y sentimientos. Aquéllas Sociedades y Centros de todas clases, ya centrales ó nacionales, unas y otras con nombres de las regiones españolas, prestaron un apoyo indecible, siendo heraldos y escolta de honor del misionero de la Universidad, enardeciendo los aires al gritar: *Viva España!* grito sacratísimo repetido con igual fervor por argentinos y uruguayos, chilenos y peruanos, mexicanos y cubanos, que abrazados á los españoles mezclaban sus lágrimas y se decían: «Somos y debemos ser unos.» ¿Quién hay que narre estas escenas y pinte tales cuadros que presenciaron, sobrecogidos Altamira y su auxiliar Alvarado?

Por la circunstancia natural de la partida de nuestro Embajador insigne, por inclinación tradicional que los asturianos tienen a su Universidad—que representa como la resurrección provincial desde hace tres siglos—los hijos de Asturias se congregaron bizarrísimos al lado de Altamira y contribuyeron á coronar la obra de manera indecible, nunca bastante agradecida.

Fueron los «americanos» de allá, trabajadores y amantes, generosos y alentadores como los de acá, á quienes debe nuestra provincia la mayor y mejor parte de su bienestar y engrandecimiento.

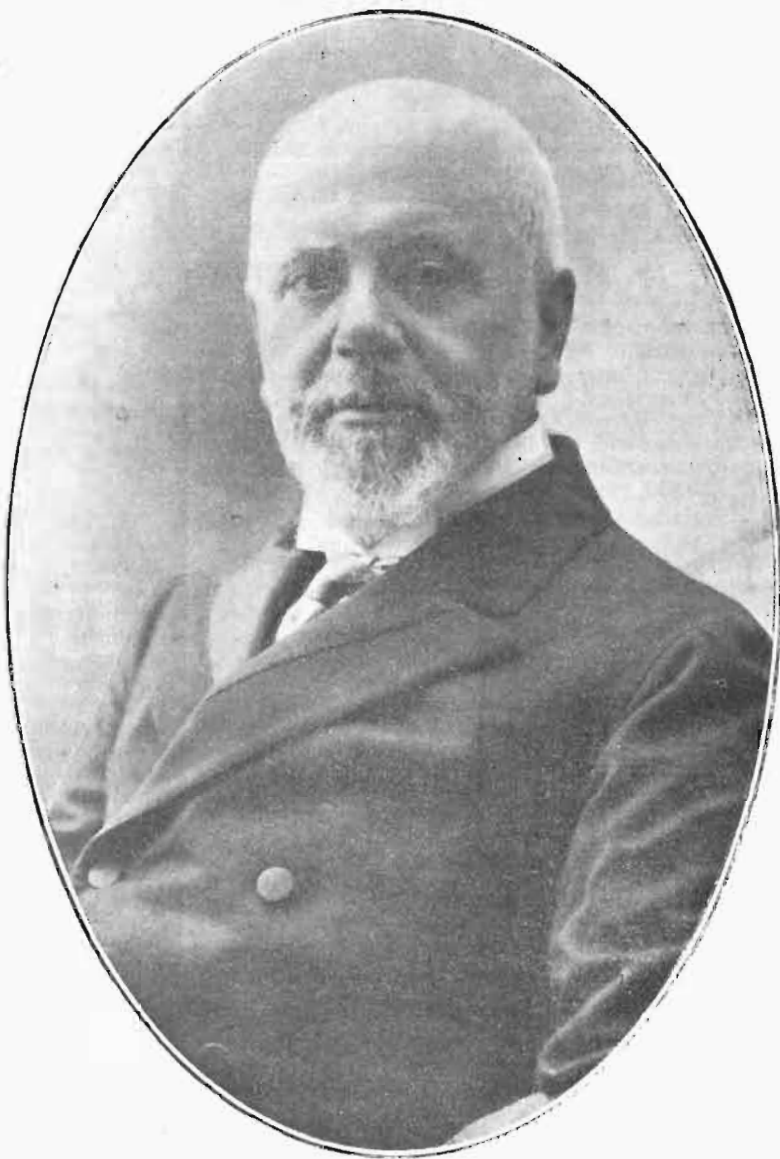
No descansan unos y otros después de muchos años de fatiga, y colaboran esplendidos y animosos en la industria, comercio y agricultura de

la tierra amada. Ellos fueron de los primeros en aplaudir la empresa de la Universidad, y en los meses que duró la ausencia de Altamira agitáronse, deleitándose en la obra hispanoamericana. Son los que principalmente conocen su trascendencia y cuanto pueden significar el comercio cultural entre España y América, como la mejor preparación de nuestros emigrantes, con propósito de que,—sobre la condición preciada de su origen español,—puedan aportar educación adecuada tal como los presentes tiempos la demandan, á fin de competir siempre, más y mejor, con adelantadas emigraciones de otros países, á la postre extranjeros en América, donde no lo son los españoles. No habré de citar nombres de paisanos altruistas ausentes y presentes, americanos de vivos, fundadores ó favorecedores de escuelas en muchos concejos de Asturias y con instituciones ahora orientadas á dicha finalidad, ya abiertas algunas con intervención de la Universidad de Oviedo, y otras en vías de realización próxima.

Estos patriotas de verdad tienen, por lo tanto, puesto principal en este homenaje de significación hispanoamericana y con ellos comparte gustoso Altamira sus merecidos lauros.

Y para terminar, ofrezcamos también homenaje de gratitud á las cultísimas ciudades de la Coruña y Santander, que recibieron regocijadas al gran maestro ovetense, estimando sus servicios á España y expansionándose en amorosas comunicaciones con la Universidad, tan favorecida siempre en la espléndida montaña. Sintamos, como recaídas en un hermano nuestro, aquellas manifestaciones de amor soberano y grandioso que tuvo Alicante para con su hijo predilecto, arrancando cuantas flores esmaltaban los vergeles, que se miran en el cielo azul de Levante, para arrojarlas á Altamira y ponerlas á los pies de la distinguida dama, dichosa compañera de su vida. Ofrezcamos asimismo homenaje de gratitud á S. M. el Rey y al gobierno, que distinguieron y premiaron á Altamira con actos y justos honores, que deben completarse concretando en leyes y apoyo moral y material del Estado, el indicado programa de bases prácticas, que ha elevado al Ministerio de Instrucción Pública la Universidad asturiana, y que fué aprobado en reuniones claustrales, aunque privadas, seméjense á esta magna y pública de toda Asturias porque fueron en homenaje de Altamira en días próximos á las aclamaciones y recibimiento entusiasta, que éste mereció en vísperas como en días posteriores de su inolvidable y triunfal regreso á Oviedo, para compartir aquí todos, al lado de la Universidad, en incesantes homenajes de gratitud á Altamira; gratitud tan merecida como la que nuestra Universidad conmovida guarda para todos los españoles,

americanos y extranjeros, que aplaudieron su obra; y en Asturias, á todos, á los de arriba y á los de



Ilustr. Sr. Rector de la Universidad de Oviedo, D. Fermín Cardeñal Secades

abajo, á individuos y colectividades, como á la prensa provincial, siempre animosa.

A tan íntimo reconocimiento para el maestro y compañero muy querido y á los anhelos por asegurar la empresa hispanoamericana de nuestra Universidad, (que ahora va á continuar otro ilustre profesor ovetense, Adolfo Posada, publicista de renombre mundial, antiguo y laureado alumno de nuestra Escuela, cuya representación lleva también á la América hispana) debemos contribuir todos.

Al escuchar vosotros seguidamente la majestuosa marcha española y los himnos americanos, entre los escritos y la palabra de ilustres personalidades, comprenderéis lo que yo no acerté á decir, y entonces, estaréis dispuestos á ayudarnos en nuestra patriótica empresa.

Querer, sentir y hacer, deben ser siempre nuestras armas.

Y como en las fachadas, oscurecidas por el tiem-

po, de la Universidad y de los templos de Oviedo, el Claustro académico y las corporaciones docentes ponían antiguamente en rojos monogramas y nombres los *victores* tradicionales á los maestros triunfadores en certámenes, escribamos nosotros, puesto siempre el pensamiento en el Nuevo Mundo.

Vitor! ¡América Española!

Vitor! Universidad de Oviedo!

Vitor! Doctor Altamira!

* * *

MI VOTO

Asóciome fervorosamente al homenaje que los elementos intelectuales y sobre todo la entusiasta juventud de Oviedo rinden á Rafael Altamira, cuya reciente obra en Amé-

rica reviste el triple carácter de una empresa mundial de cultura, un empeño de política transcendental y un esfuerzo magnífico de patriotismo.

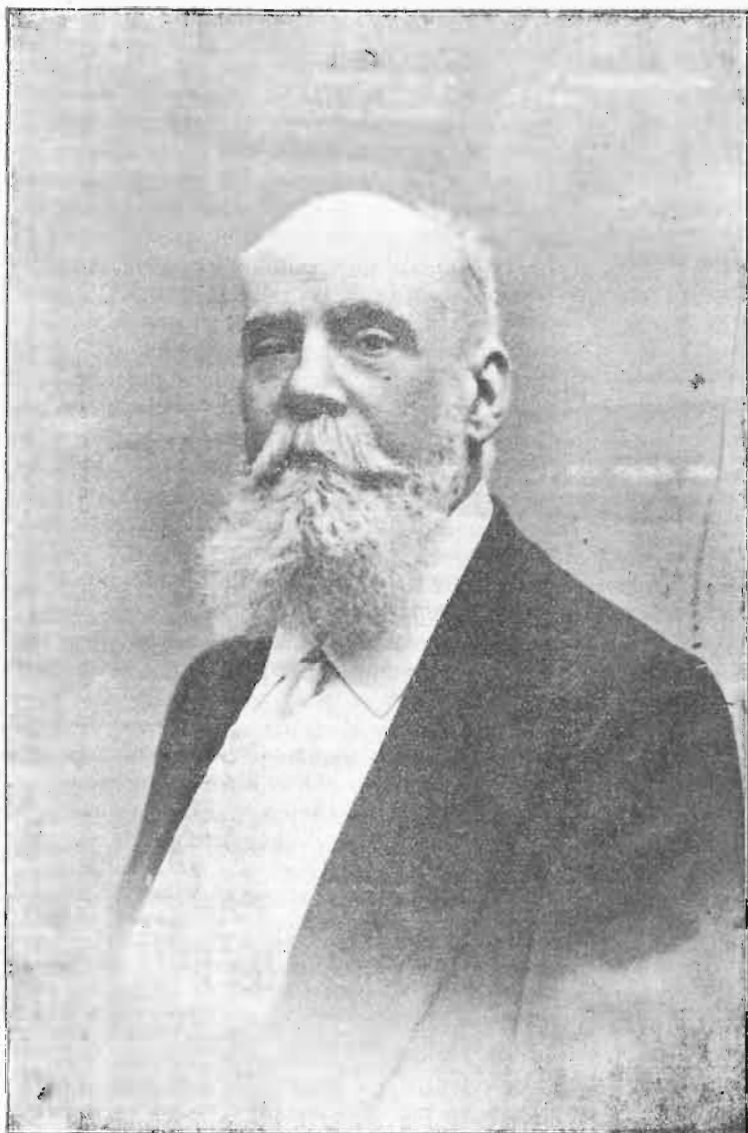
Rivalizan con estas notas, aunque aparezcan en otro plano, las de una gran fé en la virtualidad de las ideas, una incontrastable conciencia del valor y la eficacia de la propaganda y una perseverancia ejemplar en la acción, que libra á ésta de toda sombra de fugaz entretenimiento y toda apariencia de ociosa fantasía.

Por todo ello bien está cuanto ahora se diga y haga en honor de Altamira que, en otra esfera y conforme á los nuevos tiempos, recuerda á los españoles del siglo XVI que descubrieron y colonizaron á América.

Y bien está por lo que merece Altamira, por lo que acredita de parte de los que le rinden ese homenaje y por la ejemplaridad de manifestación tan hermosa.

Con mi modesto aplauso vaya otro para los iniciadores de esa fortificante empresa y singularmente para el rector de la Universidad de Oviedo, magnífico en sus patrióticos ensueños, en sus planes de cultura y exteriorización españolas y en el éxito de sus procedimientos sistemáticos, prácticos y positivos.

Y vayan también mi felicitación y mi saludo al animoso y casi cosmopolita pueblo ovetano que de modo tan peregrino se ha asociado á la obra de Altamira correspondiendo al sentido y las indicaciones del «Instituto popular» representado por nuestros actuales emigrantes, y á los españoles, los gobiernos, los intelectuales y la masa toda de la América independiente, que acogiendo con amor y secundando con brío al propagandista de Oviedo en su afortunada expedición por la deslumbradora tierra de Rivadavia, San Martín, Juárez y D. José de la Luz Caba-



D. Rafael María de Labra.

llero, ensanchan y facilitan la vía á la fecunda «Intimidad Hispanoamericana», que ha sido y continúa siendo uno de los grandes y permanentes ideales de toda mi vida pública.

Rafael María de Labra.

* * *

UNA CARTA

Sres. Jardón y Argüelles.

Mis queridos amigos: Recibida la amable carta de ustedes, había concebido la esperanza halagadora de llevarles personalmente la respuesta; pero dificultado ese propósito hasta el punto de renunciar ahora á él, les diré que mis impresiones acerca de lo realizado por don Rafael Altamira tienen por fuerza que coincidir con las de ustedes mismos; que tal viaje y tal labor, de un patriotismo relevante y de un valor cultural nada comun, fueron realizados con un talento, una discreción, una dignidad, una resistencia moral y física y una fortuna tan constante, que dudo de que pueda repetirse con iguales condiciones un viaje y una labor similares; y por último, que orgulloso y satisfecho de todo como español y como universitario, envío por encima del Guadarrama y del Pajares, para que se unan oportunamente á las de ustedes, en honor de Altamira y Canella, mis aclamaciones y mis aplausos.

Para ustedes y sus compañeros, mil gracias y más afectos.

Aramburu.

Madrid, 13-IV-910.

* * *

Discurso del Sr. Altamira

Comienza el sabio profesor su brillante y hermoso discurso, con las siguientes palabras: «Si el acto de hoy no fuese más, ni tuviese otra significación que la de un homenaje personal, yo no lo hubiera aceptado, ni menos estaría aquí en estos momentos.»

Afortunadamente, continúa, este acto ha sido, desde el primer instante, en la intención de los iniciadores y organizadores de él, y será esta tarde, de hecho, otra cosa: será la reafirmación, por parte del pueblo asturiano, de su fe en la obra americanista de la Universidad de Oviedo, y de su decidida resolución de cooperar á ella en todo lo que puede hacer y le cumple hacer.

Los que no lo entendieron así y pretenden reducir este acto, empueneciéndolo, á una para explosión de lisonjas, aceptadas por una vanidad personal, cúlpense á sí mismos y no á la falta de terminantes declaraciones en contrario. Después de todo, cada cual ve la vida según lo que lleva en su propio espíritu: si este es vulgar, lo verá todo, aún lo más alto, vulgarmente; si es mezquino, raquítico, envidioso, verá las cosas más ideales, mezquinamente y pegadas á un nombre, y no atenderá sinó á la sombra que ellas puedan echar (en la imaginación de los que en todo ven sombras) sobre el resto de las cosas y de los hombres.

Siendo, pues, esta fiesta un acto americanista más que un homenaje personal y así lo veréis en muchos de los más aventajados trabajos que han de leerse no puede estimarse su retraso como un error, sinó como un acierto. Realizado en los días inmediatos á mi llegada, se hubiera quizá confundido con las manifestaciones de diversa índole que se celebraron entonces, y hubiese sido un chispazo más del hervor de primera hora. Realizado dos meses después, significa que el interés persiste, que no fué aquello puro fuego de artificio, y nos permite rectificar un error frecuente entre nosotros: el de creer que las cosas se hacen en un momento, por un acto heroico, terminado el cual, todo queda terminado, en vez de pensar que las obras importantes en la vida, no acaban nunca y piden un esfuerzo constante, tenaz y ardoroso.

La campaña americanista de Oviedo y, representativamente de España, no ha terminado por haber regresado yo á la patria; más bien, puede decirse y afirmarse que ahora empieza.

Es necesario afirmar y continuar una vez más esta campaña con el mismo espíritu nacional, patriótico, impolítico, si cabe aplicar esta palabra, con que se comenzó. Por de pronto, así es y así lo he hecho.

Es necesario para el progreso de la Humanidad que se establezca cada día mayor número de obras humanas neutrales, en la esfera común de los intereses y de los problemas que están por encima de las diferencias de los hombres. De ese género es, con relación á España y á nuestra raza, la obra americanista, y por eso los que pretenden combatirla y de hecho la combaten, son enemigos de España.

Para organizar esta campaña, es preciso que su organización sea sólida, porque, si en el primer embite puede una acción quijotesca ser incluso condición de éxito, para proseguirla hace falta acudir al buen sentido, pero no al de Sancho egoísta sino al que mide y tiene en cuenta el equilibrio de los factores para el triunfo.

La Universidad, su Rector y yo, acometimos esta empresa sin otros medios que nuestro entusiasmo, con la fe y constancia en el ideal, sin percibir para ello subvención alguna... Hacía falta esto para demostrar que se pueden entender obras grandes sin más elementos que el espíritu; pero en las luchas de hoy no se batalla y se lucha con solo el espíritu. Hay que organizarlas y dotarlas de medios. En esa organización corresponde una parte al Estado y otra a los elementos sociales. Del Estado esperamos buen apoyo y ahora comienza a darlo. La R. O. de 19 de Abril y el R. D. de 6 de Mayo, son una prueba palpable. El jefe del Gobierno en reciente entrevista conmigo, me prometió apoyar oficialmente la obra; si lo cumple, como así espero, la labor está realizada, faltando solo otra parte indispensable también para que quede totalmente hecha: el apoyo leal y desinteresado de la opinión.

Y esto, ¿cómo puede hacerse?, dice el señor Altamira; manteniendo vivo el espíritu grande y entusiasta, que hoy vibra en este salón. Es necesario que todos ejerzamos de propagandistas en la obra empeñada, que nos fijemos en la importancia de ella, que para España es grande, muy grande y que nos importa resolver a todos los españoles. Que no sea todo esto flor de un día, luz que se apaga para no encenderse jamás. (Grandes aplausos.)

La emigración, dice el sabio profesor, no puede considerarse como una manifestación de nuestra pobreza; tiene para mí algo de legendario, algo que está dentro del espíritu de la raza, espíritu aventurero, de sincero amor y cariño hacia nuestra hermana América.

Adelantémonos en la obra, dice Altamira, alentemos el espíritu nacional, para que no decaiga en el camino recorrido y procuremos que Alemania, Francia é Italia y otros países extranjeros no nos adelanten, compitiendo ellos mediante el uso de sus mismos medios de cultura, por que es de verdaderos Quijotes locos creer que en pleno siglo XX se pueda luchar con escopetas de caña. (Muchos aplausos.)

Termina el Sr. Altamira su hermosa oración, haciendo un brillante y colorido párrafo, a propósito de la entrega que le ha hecho el Instituto de Matazayas, de un ramo de flores sujeto por una corbata roja, que él como prueba de gratitud y cariño, ofreció entregar a sus compañeros los estudiantes de Oviedo. Las flores se marchitan y no llegarán a mi patria — dijo el señor Altamira, — pero el lazo lo co-

locaré en la bandera de mi Universidad. He lo aquí.

Una ovación colosal cierra el hermosísimo discurso del querido maestro.

* * *

El Viaje de Altamira

ALGUNAS REFLEXIONES

De América, de la América latina, hacia la cual miran con profunda simpatía todos los españoles que buscan ó tienen un «ideal», llegan, sin cesar, á diario, noticias animadoras, satisfactorias en grado sumo, del magnífico viaje de Rafael Altamira, el profesor de Historia de Oviedo, el compañero de inolvidables campañas universitarias.... «por la cultura.»

El éxito personal resulta completo, indiscutiblemente completo en la República Argentina, en la del Uruguay, en Chile, en Perú, en Méjico y en la República de Cuba, en esta joven República, que hoy acentúa, con verdadero calor, su simpatía y cariño hacia España.

Pero con importar este éxito personal muchísimo, importa aún más el otro, el éxito que llamaríamos «objetivo», el de la noble misión, cumplida. Y éste resulta paralelo con el otro, á juzgar por los datos recibidos, de procedencias muy heterogéneas.

¡Ah! Yo me imagino como Rafael Altamira ha sido el obrero digno de su obra, el hombre del momento, de este momento tan interesante, tan curioso y tan excepcionalmente crítico de nuestra historia.

La consideración serena, aquí ante las cuartillas volanderas, á solas con mis pensamientos, del viaje pedagógico de Rafael Altamira, me sugiere algunas reflexiones, que como en asociación de ideas, mezclo con otras de muy distinto valor y alcance y que ya de antiguo, y de tiempo en tiempo, me dominan ó entretienen, siempre que me siento como hoy, para escribir sobre asuntos hispanoamericanos.

Puestas las cosas en su plano respectivo, en viajes como el de Altamira y en cualquier manifestación de nuestras relaciones con la América latina, en un artículo de periodico, por ejemplo, hoy debe haber, toda una «filosofía», algo así como una «idea madre» generadora que desde el punto de vista de su ética, y de la intención, sirva de razón que las explique.

Por de pronto, ¿cómo no ver el viaje de Altamira y en tantos otros análogos, que como es sabido realizan los «intelectuales» y los «educadores» de todos los países, una importante manifestación de la corriente avasalladora, de la grande, hermosa y expansiva *solidaridad* humana, solidaridad que funde en ideales comunes de amistad y de paz á los pueblos, para crear y mantener relaciones de íntima

compenetración entre las gentes de todas las naciones?

Además de esto, ¿cómo no ver en el viaje del profesor de Ovido, la acentuación é intensificación de aquella corriente de solidaridad humana en el mundo, que formamos las gentes del habla castellana: las de «allá» y las de «acá?»

¿Es que queremos elaborar juntos un ideal de vida? ¿Es que nos disponemos á formar juntos, mediante estas comunicaciones indispensables, un espíritu común? ¿Sentimos ya, unos y otros, que hay las apetecibles condiciones necesarias para la penetrabilidad psicológica, y la atracción social, entre América y España?

Si no hubiera todo eso á que aluden las preguntas formuladas, aunque sea todavía en nebulosa; si no se produjera en las raíces mismas de la emoción aquella voluntad de querer aproximarnos y ese sentimiento de las condiciones favorables á las corrientes de atracción entre nuestros pueblos, el éxito del viaje de Rafael Altamira sería perfectamente inexplicable.

Pero, he aquí el gran nudo de estas reflexiones. ¿Qué nos toca hacer á nosotros en este movimiento de aproximación de España y América? ¿qué conducta adoptar?

Tenemos que ver en las Repúblicas hispanoamericanas,—inspirándonos en las exigencias é imposiciones de la historia—mucho de nuestro pasado, algo que nos es más querido, más de nuestro superior é ideal interés, que el resto de los pueblos de la tierra.

Nosotros, los españoles de acá, intelectuales, educadores, artistas, industriales, comerciantes..... pueblo, todo el pueblo, debemos propender cada día, con más resolución y más alma, á formar en la gran comunidad espiritual y cultural de las naciones progresivas; nuestra comunicación con esos grandes pueblos jóvenes, dependerá, en gran parte, de la decisión con que nos compenetrarnos con esa gran comunidad espiritual y cultural: europeizándonos.

Pero al propio tiempo que vamos hacia la vida progresiva, siguiendo al mundo que avanza, debemos acentuar nuestra aproximación más íntima con los pueblos de nuestra lengua é historia, pueblos con los cuales la naturaleza nos ha unido, constituyendo en ellos y en nosotros un fermento étnico común, base firme para que la reflexión pueda impulsar con éxito la unión ideal, los contactos espirituales, las fusiones de intereses, las corrientes de profunda simpatía.

Y, ¿cómo debe intervenir la reflexión en esa grave y difícil labor de formar un espíritu común?

Hay una primera función muy definida y razonada en esta complejísima labor de la «interpenetración hispanoamericana.» Y es la de mostrarnos unos á otros, tal como somos, sin

reservas, sin prejuicios, con franqueza honrada de hermanos..... bien nacidos.

Esta obra de intimidad y comunicación entre pueblos, no puede ser viable ni fecunda si no se asienta sobre una gran «sinceridad.»

Y por lo que toca á la acción intelectual, quiero decir, de los llamados intelectuales, y más especialmente de los que se mueven atraídos por ideales educadores, ó sea los que ponen en su tarea expansiva el impulso ético, el fermento del influjo sobre la voluntad, sobre la emoción, por lo que toca á esta acción genuinamente espiritual, importa que se proceda poniendo al descubierto el alma, y señalando siempre, sin exageraciones, lo que se estime bueno, útil, y utilizable—en el más elevado sentido,—en cada pueblo.

Aplicando el principio á nosotros, yo diría que la acción espiritual desde aquí, debería desenvolverse señalando con la modestia que nos corresponde, las indicaciones que revelen en España la existencia de una corriente cultural, progresiva, orientada hacia donde marchan, con incalculable empuje, los grandes pueblos civilizados del mundo.

Y he ahí, hasta donde puedo juzgar, lo que principalmente ha hecho en su viaje Rafael Altamira.

Claro está que hay, en este problema de las intimidades simpáticas de nuestros pueblos, otras muchas relaciones, pero ellas interesan al comerciante, al financiero, al industrial, al político. Aquí solo se trata de la indicada relación espiritual.

Y en esta relación espiritual, lo que sobremanera importa es producirse, no en la pura retórica, sino por serlo desde las bases del alma, como gentes de ideales, tonificados con las aspiraciones nacionales respectivas tan profundas y arraigadas como sea en cada caso posible, pero presentándolas por los lados de la atracción y de la simpatía, para que se fundan en coincidencias dichosas, que, seguramente, han de contar, con todo lo contrario á lo que supone un freno, en aquél fermento étnico á que hace poco nos referíamos.

Cultivemos juntos nuestro campo, de horizontes que se pierden en lejanísimas perspectivas: cultivémoslo en una gran comunidad espiritual, que solo podrá formarse y sostenerse merced á un íntimo y constante comercio de relaciones personales, y á una incesante colaboración en empresas ideales y desinteresadas.

Y sin rechazar—todo lo contrario—la tarea, á veces tan ingrata y llena de peligros, de las gentes que trabajan por su engrandecimiento material, trabajemos por llevar al fondo de ese engrandecimiento, «el espíritu,» la fuerza impulsora de un ideal humano, con vestidura latina, pensando en el valor inapreciable de la labor de las ideas.

Adolfo Posada.

Discurso de Alvaro de Albornoz

Con verdadero sentimiento dejamos de publicar el discurso que en este mismo acto pronunció el antiguo alumno de la Universidad ovetense, hoy distinguido abogado y diputado á Cortes por la ciudad de Zaragoza, Alvaro de Albornoz.

La carencia de taquígrafos y la brevedad que los resúmenes de los periódicos dieron al relatar el acto, nos privan de elementos para reconstruir la hermosa oración, admirable de poesía y de elocuencia, en que Albornoz, al mostrar la alta significación ideal de la empresa americanista ovetense, cantó las glorias y el destino de la raza latina, pronunciándose contra la leyenda de su decadencia y contra el pesimismo abrumador, que hace á los hombres inactivos y á los pueblos infecundos.

La profundidad doctrinal del fondo tuvo, en este discurso, una expresión artística que en varios párrafos hizo recordar los mejores modelos de oratoria española.

* * *

Discurso de D. Enrique De Benito

Relaciones espirituales entre España y América

Comienza su discurso el señor De Benito aludiendo á los oradores que han hecho uso de la palabra, para manifestar que, en realidad, ya han agotado el tema. Solamente cabe ya tratarle en algunos de sus aspectos generales.

«Pero ante todo me vais á permitir, dice, que formule una declaración previa que estimo que es inexcusable.»

«La buena voluntad con que venimos aquí, personas procedentes de tan apartados campos filosóficos y políticos y el abandono que nos imponemos de algunas de nuestras convicciones y prejuicios, muestran que este problema de las relaciones entre España y América es verdaderamente nacional, exclusivamente nacional, en el que estamos interesados, del Rey abajo todos los ciudadanos de la nación española».

Agrega, que es una cuestión ajena á la política, sin que las preocupaciones malditas y las intransigencias de bandería sectaria puedan en ella intervenir para nada, so pena de empe-

queñecerla y de reducir á la esterilidad iniciativas que tienen derecho á ser fecundas.

«No; en lo que de mi dependa, mientras yo aliente y pueda, esto se mantendrá completamente alejado de la política y para procurarlo así he venido yo á este acto».

Continúa diciendo que el éxito de la obra emprendida por la Universidad de Oviedo está en el desapasionamiento altruista con que hay que ponerse á su servicio.

Aunque en esta iniciativa —prosigue— se halle algo de quimérico, algo de excesivo, es innegable la evidéntisima realidad del problema de las relaciones espirituales entre el viejo solar español lleno de recuerdos y los territorios americanos plétóricos de promesas.

«Por consiguiente —añade— tenéis que aveniros á que hablemos del problema un día y otro día y á que hoy vengamos á pedirnos adhesión para cuanto hace la Universidad de Oviedo para resolverlo.»

Se hace cargo del estado lamentable de la conciencia nacional, según la cual no le queda á España ninguna tarea útil que desempeñar más allá de sus fronteras peninsulares. Combate este prejuicio diciendo que en cuestiones de vida pública una cosa es la teoría y la ilusión y otra cosa la realidad.

«En la vida pública á la realidad hay que aceptarla, aunque internamente repugne por enfadosa».

Afirma que hay dos cuestiones en España: la de Africa que es cuestión de guerra porque es de fronteras y la de América que es de paz porque es cuestión de prescindir espiritualmente de fronteras.

Sostiene que la cuestión de América es cuestión de paz, de amor, de cultura. «Es cuestión de progreso porque aspira á unir á todos los pueblos humanos para afirmar la existencia y la eficacia de nuestra raza en la obra de la civilización».

Dice que no combate la obra colonizadora de España en América por tantos conceptos como otros; pero se lamenta de que cuanto hubimos de crear allí lo abandonamos al primer ocupante, años antes de emanciparse aquellos pueblos. Refiere cuán triste fué á todos los buenos españoles que en 1898 los norteamericanos fuesen recibidos en las Antillas con los brazos abiertos, sin que dentro de la mayor justicia se pueda tener para ellos más que palabras de elogio por su gestión en Cuba. «Prueba de que el espíritu supremo había ido decayendo y laborando contra sí mismo; huyendo del corazón del hijo el recuerdo de su madre».

Censura que á raíz de nuestros desastres se alzara en toda Europa una leyenda de deshonor para España, leyenda en la que los propios españoles contribuíamos á su incremento; porque esa leyenda se extendió á América, acen-

tuando allí injustamente el desprestigio nacional.

«Para los americanos—dice—también España iba siendo como una vieja achacosa, maníática, llena de harapos, que apenas podía sostener la rueca con que se estaba hilando sus propias desventuras».

Describe el espectáculo del desarrollo intelectual de las naciones hispano-americanas y dice que iba incautándose del alma de ellas el espíritu de yankees, alemanes, ingleses y franceses; pero no el de España. El espíritu español iba poco á poco carcomiéndose y apenas conservaban ya de nosotros aquellas repúblicas otra cosa que un idioma adulterado por barbarismos y un sutil recuerdo de los altivos virreyes. El tratado de París vino á poner el *inri* á todo esto.

En una imagen retórica describe como á los efluvios de Europa iban surgiendo en América ciudades, fábricas, universidades, todo. «España tenía que contentarse—dice—con ser la progenitora fatal, con haber parido con harto

Sigue diciendo que el espíritu español, avergonzado y triste, tuvo que refugiarse en las almas de los españoles que vivían allí en la emigración y que alguna vez pensaban con cariño en España entre recuerdos de seres queridos y de emociones de aldea.

«Esto—continúa—no podía seguir sucediendo, por interés de España y de América pero, sobre todo, por algo que hay que poner encima del interés; por pundonor de raza». «Al interés utilitario—dice—se le podrán hacer concesiones; pero al honor nunca, sin caer en el vilipendio».

Afirma que hay dos hechos que legitiman la intervención espiritual de España en América: la comunidad de idioma y raza y el fenómeno importantísimo de la emigración.

Sostiene que en América no queda ya ningún odio hacia España. Dice que no es lo triste la separación de los seres queridos, sino la estela de rencores de que muchas veces va seguida. Dice que si esos rencores existieron alguna vez entre España y América, han desaparecido ya. Se hace eco de los agasajos recibidos por el Sr. Menéndez Pidal, por el Sr. Altamira y, estos días mismos, por S. A. la Infanta Isabel y afirma que esas pruebas de hondo cariño sean dirigidas á España. «De modo—dice—que España no sería buena madre si no prestara á América todo el calor que todavía pueda hallar en el fondo del alma.»

Afirma que América desea esa intervención y continuamente la solicita en mensajes innumerables que de todas partes de aquel continente recibe la Universidad de Oviedo.

Estudia cómo debe ser nuestra intervención que no ha de rebasar la esfera intelectual. Alude á las misiones científicas; al cambio de profesores y alumnos; á las escuelas de emigrantes, etc., y sostiene que por esa senda pudieran en su día correr fecundas iniciativas comerciales.

En un párrafo final, dice que ese es el modo de preparar días felices para el porvenir de España. Canta la confraternidad entre todos los pueblos ibéricos de aquende y allende los mares, incluso Portugal, que lograría que el genio latino, juntamente con el genio germano prendiesen para siempre la obra universal de la civilización. Bendice estos ideales que permiten alimentar tan hermosas esperanzas.



D. Enrique De Benito.

dolor á sus hijas, como si fuese una madre maldita».

E P I T A L A M I O

Es la fiesta de la fama, es la fiesta de una gloria
de una raza que resurge de las ruinas de su historia,
de una raza portentosa que tres siglos se durmió:
nuevo sol de nuevo oriente, sol de nueva profecía,
vida nueva, vida fuerte, que yoglares merecía
de decires más sabrosos, más poéticos que yo.

No las armas homicidas, no los bélicos arreos,
de los Cides castellanos, de los bélicos trofeos
de las iras ancestrales, no á Caliope he de cantar;
canto arrullos de cariño á una cópula pujante,
canto un santo epitalamio, que con verbo fulgurante
deja impreso un caballero en las tierras de Ultramar.

Ya no hierve en nuestras venas la espumosa catarata
de la inquieta sangre hispana, la altanera, la insensata,
que á mil gestas de locura fascinados nos llevó...
Ya las altas aventuras del hidalgo caballero
son misiones religiosas, no conquistas de guerrero:
evangelio sin espada que los pechos encendió.

Grandes yerros cometimos, cuando reyes extranjeros
en manadas nos llevaban por los épicos senderos,
bajo un látigo tirano hermanado con la Cruz...
Ya los campos fueron yermos y desiertas las ciudades,
y mendigos nuestros pueblos en las vastas soledades,
y ceguera nuestra ciencia cuando Europa era la luz.

Y ceguera nuestra patria, lobreguez y pesimismo;
era un cuerpo soñoliento sobre el borde de un abismo,
era un sér desesperado en el trance del no sér:
un fantasma obscurecido por las sombras funerarias,
carne esclava de indolencia, con la abulia de los parias,
sin pensar en el mañana bajo el peso del ayer.

Pero suenan, pero zumban por los ámbitos de España
los acordes redentores de una música que baña
los espíritus cadentes en un piélago de amor...
es el pífano perdido del fakir, de nuevos sonos;
es la voz de un nuevo apóstol, voz de nuevas inflexiones,
la canción de la esperanza, es el himno triunfador.

Y por él la vieja raza de las manos abaciales,
de los campos macilentos de ciudades conventuales,
ya se agita conmovida, en camino de vivir:
la despiertan desde el claustro de una escuela los conjuros
de los hombres que vigilan, que atalayan los futuros
horizontes de los pueblos, los que ven el porvenir.

Un poeta, un caballero, de apacible catadura,
 alma fuerte, rediviva, de la raza fuerte y dura,
 vió los campos amarillos, mortecino vió el hogar...
 vió las sombras de la noche y agitó la viva tea,
 inflamó la incertidumbre en el fuego de la Idea
 de las bodas de esta tierra con las tierras de Ultramar.

Son las bodas de los hijos de una raza de latinos,
 sin inciensos de cartuja, sin dorados pergaminos,
 sin damascos milenarios, sin el séquito oriental,
 son más ricas sus preseas, son tejidas con la trama
 de la ciencia augusta, austera y templadas en las llamas
 de la fragua del obrero, en el yunque menestral.

Los maestros de los hombres, los humanos sembradores,
 que meditan y trabajan por hallar tiempos mejores,
 no desmayan, que amanece con un vívido arrebol:
 la apagada ciencia hispana, hecha luz en Altamira,
 fué el milagro misterioso que inflamó la negra pira,
 es el alba mañanera, nueva vida, nuevo sol.

Alberto Jardón

Un voto de adhesión

Oviedo, la legendaria Ciudad de los Obispos y á la que el inolvidable CLARIN puso el nombre de VETUSTA, luce hoy sus galas de fiesta y canta un himno de alegría y admiración en honor de uno de sus Maestros en la Ciencia Universal y de los más afortunados propagandistas del espíritu y la energía de la gran Familia española.

Hace poco recibía abriendo sus brazos amigos á representantes de Universidades extranjeras. Hoy abre los de hijos, los de hermanos, los de compañeros á un hombre que vuelve á su Patria ciñendo en su frente la corona del triunfo y cargado el corazón de recuerdos cariñosos que mandan por él miles de hombres que nacieron de la Madre España y que hoy viven, constituyendo Estados independientes, fuertes y vigorosos para envidia de otras Naciones y para orgullo y beneplácito de quien fué la primera materia de esa vida de progreso, civilización y cultura.

Cupo en la mente de un admirable *astur* la idea hermosa de estrechar los lazos intelectuales entre madre é hijas y después de asiduo

trabajo y del batallar las ideas en su cerebro nervioso é incansable, fué necesario un hombre que con su palabra y talento sirviera el medio de llevar á la práctica con bríos y gloriosamente lo que tanto tiempo preocupó al ovetense querido y cronista insigne.

Este medio de talento y de palabra fué hallado bien pronto, encomendando la obra pensada por el ilustre y patriota Canella á don Rafael Altamira. Quizá D. Fermín lo escogiera de antemano y fijara en él sus ojos pensando: «He aquí la primera piedra del gran puente intelectual que ha de construirse sobre el Atlántico».

Todo salió como el entusiasta é inagotable Rector de la Universidad ovetense lo pensara y en los primeros días del pasado Junio, entre aclamaciones y vítores, partía de la Tierra asturiana el gran Maestro de Historia, con confianza absoluta que habría de cumplir grandemente el encargo que todos le confiaran.

Después, en tierra americana, fué de triunfo en triunfo abriéndose camino que él mismo con su fama se trillara, separando los abrojos y las espinas y alfombrándolo con laurel y rosas, anduvo toda América, atraído hacia sí á sus

oyentes, creó adictos y pudo con una estela de admiración y otra de simpatía estrechar los vínculos, que no rotos, mas sí decaídos y olvidados existían entre esta querida España y aquella floreciente y rica tierra americana.

El nombre de Altamira resonó en todo el nuevo continente y orlando su cabeza con el nimbo de sabio y poniendo en sus palabras, brotadas de su corazón de español sincero, el más acendrado cariño á su Patria y al viejo Caserón donde tanto enseñó y tanto amor supo crearse, pudo ver coronada su obra hermosa con el batir constante de manos americanas, oír su nombre correr con profunda admiración de boca en boca y leer en la prensa toda artículos encomiásticos de su saber y de su modestia envidiable.

Un periódico, que á mis manos llega, de la Argentina, retrata á Altamira de mano maestra con frases que yo copio para que se estime como en América supieron quién era y cómo era su ilustre huésped.

«La labor realizada en tan corto tiempo, es inmensa. Sesenta y tantas Conferencias ha pronunciado aquí y sus lecciones han tenido por auditorio profesores, abogados, intelectuales y alumnos que no cabían en las aulas; y es tal la simpatía que se ha captado con su ingénita modestia, su bondadosa humildad, su caballerosidad y el poco apego al dinero, que puede decirse de él, que se ha conquistado la Argentina».

Todo cuanto yo quisiera decir en su honor está dicho en estas justísimas y verídicas palabras. ¡Dejo que otros digan lo que mi corazón siente!

Mi proyecto queda cumplido en estas mal trazadas líneas, que ruego se tomen como un acto de gratitud de uno que fué alumno de esa

querida Universidad ovetense, tanto como muestra de una profunda admiración á la labor de mi Maestro y un aplauso sincero á mi amado Rector, por cuanto él, desechando habladurías y enconos mal formados y suposiciones de algo que pudiera creerse irrealizable, llevó la nave á feliz puerto, manejando el timón como experto marino de la vida intelectual y patrón feliz de esa Docta Casa.

Sin semilla no nace la planta y sin planta no hay fruto. Y si así es... ¿por qué no aunar en nuestros elogios á esas dos personas que hoy merecen nuestra consideración abriendo un camino á los que ahora comenzamos la vida?

En nosotros es hoy un deber admirarlos y aplaudir su obra meritísima.

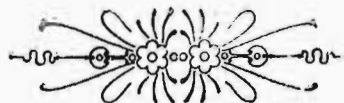
Termino con un saludo para aquellas hermosas tierras, que hoy mejor que nunca nos prueban que su afecto, su estimación y su cariño hacia España no es legajo de la historia. Muestra evidente es la hospitalidad que á nuestros emigrantes vienen dando y yo, por circunstancias que á ninguno se ocultará, sé que aquellas tierras no cuentan en sus escudos y en sus banderas con la odiosa palabra «INGRATITUD.»

Permítaseme en agradecimiento sincero, á lo que aquellas tierras hacen por España y á lo que podrán hacer en días sucesivos, que dé rienda suelta á una expansión inmensa que llena mi corazón de joven y grite, puesto en mi boca todo el amor y cariño que es dable con quien bien se porta:

|| VIVA AMÉRICA !! || VIVA CUBA !!
|| VIVA ASTURIAS !! || VIVA ESPAÑA !!

Rafael M. de Labra y Martínez.

Madrid-Abril-1910



LAS NUEVAS ESPADAS

Homenaje al Sr. Altamira.

Son los inclitos heraldos
de los nuevos horizontes de la raza:
los que truecan por las plumas
las espadas.
Sus rodajas, son los libros;
la poesía, su oriflama;
las palabras llameantes del idioma
combinando pensamientos, sus corazas;
y sus bélicos caballos son los vuelos,
son las alas
del periódico asombroso que en los aires
se dilata,
y recorre como un pájaro estupendo
en vuelo milagroso todo el círculo del mapa.
Esos son los caballeros
que ahora manda
con su amor á las Repúblicas insignes
que engendrara,
la divina, la grandiosa
Madre España.
Ella dió de su ancho seno religioso
veinte pueblos admirables por su impulso
y por su savia,
veinte Estados florecientes
que cual grupo de palmeras se entrelazan;
y á esos pueblos combinados
por la sangre y por el alma,
para ver su juventud y su grandeza,
manda liras, paz, amor la Gran Anciana,
como manda á los hogares de los hijos
quien meciólos en su falda,
todo el fuego de su vida,
á raudales sus arterias, á pedazos sus entrañas.
De esos inclitos heraldos
es el sabio el que trabaja,
el que exprime de los cielos, de los hombres,
de las cosas la substancia...
y que lleva entre los labios religiosos
la palabra.
como lleva el sacerdote entre sus dedos
el copón maravilloso,
que enjuagó con agua santa,
que se esconde entre lo blanco de los mármoles
del ara...
De esos altos faunaturgos,
de esos grandes sacerdotes de la Patria
Altamira es ritmo y verbo,
Altamira es clave y pauta.
Su divino corazón es ascua viva,
llamarada,
metafísico crisol maravilloso
y hostia clara;
... A un gran Corpus se asemejan estos días
florecidos con las rosas y las palmas,
en que lleva el sabio insigne
la custodia del Amor y de la Gracia,
y la posa en los altares de los Pueblos
que brotaron de la España.
Hay también de esos heraldos,
el que viste la casulla de palabras,
la casulla de candelas y de músicas
sagradas,
el Poeta, que por cima de las frentes
de una raza,
lleva al brazo como lanza de torneo
ígnico verso que se alarga, que se alarga,
como aguja de un magnético fluido
coronada,

que presiente los destinos de los hombres,
y es un dedo milagroso que á otros límites señala.
Generales son el Sabio y el Poeta
de esa espléndida Cruzada,
en que en vez de los cañones,
son sus libros los que arrojan lumbraradas;
en que en vez de los estruendos de los carros
de batalla,
son los épicos rumores de la estrofa,
los que zumban con estruendo de montañas,
y en que en vez del truenado
resonante de las balas,
son las rimas las que rompen en los cielos,
y en diluvio de hermosuras se entrechocan, vibran
cantan.

Y bien, Pueblos de la América Latina,
oid todos, oid todos mi palabra:
en el árbol portentoso de los siglos
maduró la profecía milenaria
de formar vuestras Repúblicas gloriosas,
los Estados avenidos de una raza,
la Nación de las Naciones,
la Gran Fuente Americana,
el caudal de hombres modernos
que con son de amenazante catarata,
se destrece por el arco de la Tierra
arrollando con su empuje todo el cúmulo del mapa.
Cada Estado se gobierna con el rayo impetuoso
de su espada,

con su brazo, con su pecho,
con sus libros y sus artes inspiradas;
mas venido un solo Estado á la contienda
con adusta gente extraña,
se le sume el resto insigne de Naciones
enlazadas,

y le presten en la lucha
corazones, pechos, frentes, bríos, lanzas.
Es así como se trenza la grandiosa
afluencia de los hombres de una casta
que cobije la rotunda del gran templo
que elevaron las Repúblicas hispanas.
Sobre el bíblico evangelio de los Andes,
con las manos temblorosas colocadas,
juren todos los latinos de la América
componer un gran collar, solo una Patria.

Y tú, Sabio, Sacerdote, que retornas
al altar de nuestra tierra consagrada,
tú que llevas la ferviente Eucaristia
de los Pueblos enlazados por el habla;
tú que llevas el copón immaculado
donde va la religión de nuestras ansias,
porta el gérmen de esta nueva y poderosa
gran Atlántida,

que será la redentora del Futuro
y alzará su torre magna
que distienda por la comba del planeta
el repique triunfador de sus campanas.
Sostened el palio inmenso, que el Apóstol
vuelve á Europa con el Cáliz de oro y llamas,
y lo eleva á las alturas
en la nueva Misa inmensa de las almas.
De rodillas, de rodillas,
la Hostia pasa:
de rodillas, españoles y cubanos;
¡Viva Cuba! ¡Viva España!

Salvador Rueda

D. Teodomiro Menéndez

Este distinguido orador, persona cultísima y de claro talento, miembro importante de la agrupación obrera de Oviedo é infatigable propagandista de las ideas socialistas, no ha podido tomar parte en este acto, aún cuando se había anunciado, por que asuntos urgentes de propaganda societaria le reclamaban para este día, en el industrial pueblo de Gijón.

Mucho sentimos la pérdida de tan valiosa cooperación.

* * *

¡LEJOS!

Lejos, muy lejos del hogar amado
va el sabio difundiendo su cultura,
y aunque mostrar serenidad procura,
su espíritu está triste y apenado.

Llega al hotel, rendido, fatigado:
abre el balcón, y de la noche oscura
al aspirar la brisa fresca y pura
en vano lanza un suspiro y queda ensimismado.

Y al verle así, preguntase la gente:
«¿Qué idea nueva brotará de su mente?
¿Qué pensará? Sus ojos están fijos...»

Y el sabio no pensaba en otra cosa
que en el cariño de la ausente esposa
y en los ansiados besos de sus hijos.

Vital Aza

* * *

D. Benigno Iglesias Piquero

En nombre de la «Juventud Trubieca,» Ateneo popular creado en los primeros meses del pasado año de 1909, hizo uso de la palabra uno de los miembros más prestigiosos de aquella culta sociedad; el Sr. D. Benigno Iglesias Piquero.

Dijo, que él no venía á este acto á pronunciar un discurso como oportunamente apareció en el *programa-carnet*, pues se consideraba insignificante al lado de personas tan ilustres como las que le han precedido en el uso de la palabra.

Vengo pura y simplemente, á adherirme á esta manifestación de simpatía hacia la obra americanista de la Universidad de Oviedo, en nombre de la «Juventud Trubieca,» á quien representa-

mos en este acto yo y mis compañeros de comisión.

Que la obra es grande, no cabe dudarlo, y por esto precisamente debemos todos los españoles, debe todo buen ciudadano apoyarla y cooperar en ella con cuantos medios tenga á su alcance.

La obra de la Universidad de Oviedo, es una obra patriótica, llena de noble y sincero entusiasmo, regeneradora de muchos prejuicios y leyendas que el desastre nacional nos ha legado.

Por eso, no debemos ni deben desmayar sus organizadores é iniciadores, ante la magna empresa que una pequeña Universidad, un humilde centro docente, la Escuela *asturiana* ha comenzado, haciendo todos, sin distinción de partidos é ideas, votos fervientes por que esta labor se realice, labor que es el comienzo de una nueva era de cultura y de civilización.

En brevísimas palabras felicita á la «Comisión organizadora» por la feliz idea que ha tenido de realizar una fiesta tan patriótica y tan altamente popular como esta, dando por terminado su *discurso* en medio de grandes aplausos.

* * *

Los obreros de Laviana

EN EL HOMENAJE DE ALTAMIRA
A LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO

¡Salve, oh excelsa y veneranda Escuela,
santuario sacrosanto de minervina luz!
Emporio de la ciencia, del patriotismo estela,
arcano de añoranzas del noble pueblo astur.

Tú diste misioneros que al mundo predicaron
sellando con la sangre su fe por el altar,
teólogos y ascetas, que en ciencia descollaron,
artistas y soldados, y héroes del mar.

Tú diste para España los grandes estadistas,
tan grandes, que asombraron al mismo pueblo rey,
y diste leos poetas, eximios alquimistas
y sabios genitores de códigos de ley.

Tú fuiste la que un día de recordancias crueles,
en que la independencia la patria iba á perder,
haciendo de tus aulas baluartes y cuarteles,
tornaras en guerreras las armas del saber.

Cambiaste á tus alumnos el clásico manto
por militar presea de bélica legión,
que presurosa corre, ardiendo en el deseo
de combatir las huestes del gran Napoleón.

Templaste aquellas almas de inclitos astures,
que pactan soberanos con el gobierno inglés,
llevando la esperanza á aquellas latitudes,
que antes aterradas miraban al francés.

Inspiradora fuiste de nuestros campeones



que en Cádiz proclamaran la santa libertad,
en medio de estruendoso fragor de los cañones,
con que el tirano intenta matar su lealtad.

Trajiste á tu recinto á clásicos torneos
los más grandes ingenios del mundo intelectual,
y del trabajo ostentas mecánicos trofeos,
educas tus obreros con celo maternal.

Has sido y serás siempre la vida del progreso,
que en rápidos avances proclama la región,
la guarda de sus glorias, de su historial proceso,
unido á las grandezas que ostenta la nación.

Por eso en este día, al recordar tu historia,
rendimos homenajes de intensa admiración
al sabio que á tus plantas, brindándote su gloria,
los corazones puso del mundo de Colón.

Y ya que el mundo admira su obra redentora,
mirad en Altamira al nuevo precursor
que anuncia para España la deseada aurora
del resurgir brillante del pátrico esplendor.

¡Aurora venturosa que irradia ya en la Escuela...
santuario sacrosanto de minervina luz!
¡Emporio de la ciencia, del patriotismo estela,
arcano de añoranzas del noble pueblo astur!

A. F. Villaverde

* * *

ROMANCE

¿Non preguntábeis por él?
Ahí lu tenéis, miráilo;
vien algo más delgadín,
peru tan tiesu y tan guapo,
y tan campante y tan listu,
y tan correchu y tan sano.

Lo q'el corrió, mete mieu,
si ye que non mete plasmu;
y non así, como quiera,
más d'arreu pedricando,
fechu'un pac misioneru
en sin corona nin hábito.



D. José Quevedo.

pero con'el pieu d'oro
que nin el mesmu San Pablo;
y pa someyar d'afechu
á aquel Apóstole Santo,
bastaráme con decivos
que faló de los milagros,

los milagros de la ciencia,
que sabe de cabu á rabo.

Atocheció al argentin,
l'habaneru, l'ariguayo,
el mexicón, el chilenu,
el yanke y el peruviano.
y talmente se llició
co'nel so discurso mágico,
que por uquiera que diba
salien á festeyalo
semandu el camín de flores,
dándoi vives y estrumiándolo
de puro arimáse á él
con peligro d'afogalo,
porque non se sabe á veces
dónde allega l'antusiasmo.
Pero non dixé entovia
lo más celibre del caso,
y ye que al dir á pagar
de la mantención el gasto,
noi tomaben una perra,
porque todú taba pago;
y enriba de non cobrai,
lo q'el trixo de regalos
cuido pa míu que y'abondo
pa'lllenar un carromato.
El convidálu á xintar
yera cuasimente á dário:
la comida de sartén
y el vino de lo más rancio:
allí carne pe la posta
y magres á todú pasto,
guevos estrellaos, salchiches
y dos sopes p'al entamo.
La manteca y el azúcare
andaben siempre á estajo,
y el café con copa y puru
fasta velos y dexalos.
¿Qué poques ganges se cueyen
como la que voy pintando!
¿Y non parez impusible
que co'nel contino cambio
de comides non tuvies
nin lo que se diz un flato,
nin un dolor de barriga,
nin barruntos de desgano,
nin un mal sabor de boca
e'nel trascurso dun año
soro poco más ó menos
que anduvo l'home viaxando?
¿Y non vos parez mentira
que golvies tan bono y sano,
con tan diferentes climenes,
güenos unos, otros malos,
co'ciu agora nun tren,
faturau después nun barco,
en sin un mal costipau,
listu siempre com'un páxaro,
chando descursos maníficos
sobre asuntos de tiatro
ó cosas del tiempo vieyu
nen les que ti manechu plático?
¡Juasús que don RíEuel!

Ya pel sueñu americanu
pasaron don Anatolio,
Ferru l'italián, y Blaseo
fechos un brazo de mar;
peru non dexaron rastro.
¿Por qué lu dexó Altamira?
¿Por qué? Porque dixo algo,
algo gordo de lo manchu
que lleva endientru del cráneo.
Ansina ye que á otros homes
que fonon aldiricando
pe la América llatina
más faroferos que sabios,

hubo comeys el fiégado
y hubo sorbeyus el hálito.
Por esu ye de razón
y de xusticia el honralo
y fundir con él un peso
en junciones de tiatro,
con descursos y con coples
á lo siñor y aldegano.
Todu lo merez por bono,
todu lo merez por sabio...
Y agora ¡viva Altamira!
digu yo peracabando.

José Quevedo

✦ ✦ ✦

ÚLTIMOS ECOS DE AMÉRICA

Como prueba de que la obra de la Universidad de Oviedo en América no ha sido cosa superficial sino hondísima, y de que allí perduran las vibraciones del espíritu hispano que se reveló al paso del Sr. Altamira, evocado por él, copiamos de los periódicos americanos últimamente llegados á España, y de correspondencias de aquellos países, las noticias que van á continuación:

*
**

En la inauguración de la cátedra de Historia Universal del Instituto de altos estudios comerciales de Buenos Aires, el catedrático Dr. Suárez dió una lección preliminar, de cuyo extracto tomamos este párrafo:

«Respecto al criterio para interpretar la historia del comercio, dijo que podía considerarse consagrada la superioridad del sentido social sobre el sentido individual de la historia, citando al efecto, por vía de ejemplo, la ejecución de Carlos I que no fué obra personal de Cronwell, sino que éste fué el brazo armado del pueblo inglés que castigó las violencias ilagrantes de las libertades adquiridas desde cuatro siglos antes. Lo mismo agregó sobre la ejecución que pagó con su vida una sentencia social que se venía decretando por el pueblo privado de sus derechos desde siglos atrás. Elogió el criterio del profesor *Altamira* sobre la apreciación de los acontecimientos históricos, manifestando que ni podía afirmarse que fueran las deducciones de leyes fijas, como lo habían querido Guizot, Thierry, Taine, etc., ni tampoco fueran la producción de actos singulares como lo sostenía Xenopol. La observación comprueba una continuidad y encadenamiento innegable de unos acontecimientos con otros y de las generaciones sucesivas. Admitir lo contrario, sería dar cabida al utopismo de la generación espontánea que es tan absurdo en el orden histórico social como en el mundo organizado donde Pasteur demostró que no se engendra nada de la nada.»

*
**

De *El Diario Español* de Buenos Aires:

El progreso de Villa Calzada

Inauguración de la escuela Rafael Altamira.

La acumulación de original urgente nos ha hecho retardar la crónica dedicada á Villa Calzada, la naciente población del partido de Adrogué, que ha sido testigo de simpática ceremonia: la colocación de la piedra fundamental de su Escuela.

Esta iniciativa ha sido adoptada por la Sociedad de Fomento de la Villa, que se propone construir á sus expensas el edificio para el colegio, higiénico, cómodo y de vasta capacidad.

El acto despertó sumo interés, y de ahí que se trasladasen de esta capital un numeroso contingente de distinguidas familias, al que debe de agregarse las de Loma, Banfield, Adrogué y la totalidad de los propietarios de la villa. Las calles de la población adornadas con gallardetes, ofrecían un carácter de animación extraordinario.

Se procedió á realzar la ceremonia, que bendijo el R. P. Raimundo Areas, pro-vicario general castrense, siendo padrinos el Sr. Rector de la Universidad Nacional de La Plata y senador al Congreso de la nación, doctor Joaquín V. González, y la señora Celina González Peña de Calzada. Y como homenaje y recuerdo al ilustre catedrático de Oviedo, quedó consagrada la escuela con el nombre de «Rafael Altamira.»

El padrino pronunció un bellissimo discurso, interrumpido por entusiastas aplausos. Manifestó cuán grata era su impresión ante el simbolismo del acontecimiento, y las alhagadoras promesas que entraña para la prosperidad de la Villa.

Terminó diciendo que se sentía honrado al apadrinar la escena, y que como argentino y como hijo espiritual de España se congratulaba de la solemne ceremonia y del homenaje que se rendía al Sr. Altamira, de quien es fervoroso admirador.

Habló también el Sr. Presidente de la Sociedad de Fomento, D. José María Miranda Luaces, pronunciando el siguiente aplaudido discurso:

«Señoras y señores: Bien podemos decir que, después de la solemne inauguración de Villa Calzada, el 18 de Julio de 1909, ha de contar el nuevo pueblo, entre sus fechas memorables, esta en que se coloca la piedra fundamental de este colegio, que se honrará llevando el nombre, ya vinculado á una de las principales calles de la Villa, de Rafael Altamira, del hombre insigne que á tanta altura supo colocar la ciencia española en el continente americano.

Debo cumplir un deber ante todo: el de expresar al ilustre doctor V. González, y á la muy distinguida señora de Calzada que han apadrinado este acto solemne, la inmensa gratitud, de que la villa toda les son deudores por el señalado honor que han venido á dispensarles.

Hago extensiva la gratitud de la Sociedad y de la Villa al Rev. Padre Raimundo Areas, Pro-vicario General Castrense, que ha bendecido la piedra fundamental, al señor presidente de la dirección de Escuelas de la Provincia, doctor Angel Garay, cuya concurrencia á la inauguración es garantía del éxito de nuestra obra y á toda la distinguida concurrencia que ha venido á realzar la brillantez de esta inolvidable ceremonia.

Saludo al señor intendente municipal doctor Atilio Perrando y demás autoridades presentes, y declaro, señores, solemnemente inaugurada la «Escuela Rafael Altamira en Villa Calzada.»

Encontrábase también presente el director Angel Garay, que pronunció oportunas frases.

Procedióse á firmar el acta y en seguida se trasladó la concurrencia al «chalet,» propiedad del señor Miranda Luaces, donde se sirvió un «lunch» espléndido. Con brindis, haciéndose notar la coincidencia de que la escuela se erigía bajo el patrocinio del doctor Joaquín V. González y Rafael Altamira, que simbolizan la más encumbrada representación de la autoridad científica, viniendo á resultar esta simpática conjunción una elocuente muestra del espíritu de confraternidad hispanoargentina.

Pocos instantes después, los concurrentes tomaban el tren para esta capital bajo la agradable impresión de tan hermosa fiesta, regresando también un

grupo numerosísimo de jóvenes, miembros del «Club Atlético de Villa Calzada,» que dedicaron buena parte de la tarde á interesantes ejercicios deportivos.»

* * *

Telegrama de Buenos Aires (26 Junio 1910.)

Madrid, 26, 11 m.

Intercambio intelectual

Cablegrafían de Buenos Aires que el doctor Calzada ha obsequiado con un banquete al catedrático Adolfo Posada, que va á la Argentina á continuar la obra de Altamira.

Asistieron personalidades de las más ilustres, y hubo brindis efusivos y entusiastas para el intercambio universitario y para la confraternidad iberoamericana.

Se dedicaron también entusiastas elogios á Altamira, al claustro de la Universidad de Oviedo y al rector Canella.

* *

De un artículo de D. Leandro G. Alcorta, Director del Instituto de segunda enseñanza de Pinar del Rio (Cuba):

“Ateneo Popular

«LUZ CABALLERO—ALTAMIRA»

(Para La Opinión)

En «La Opinión» de esta capital correspondiente al 12 del mes en curso, el redactor de la sección titulada «Ondulosas,» dedica la misma á explorar mi opinión y á pedir mi modesto concurso, respecto á la conveniencia de organizar en nuestra población una especie de «Asociación de Conferencias y Concursos,» de «Escuela de carácter eminentemente popular,» que llevase por nombre la interpretación que le he dado en el encabezamiento de este artículo, puesto que han de formar parte de la misma «todas las clases populares;» y los nombres de los dos educadores *Luz Caballero* y *Altamira*, son los que estima apropiados, para el caso, como enlace de simpatía cordial de familia.

«Yo la aplaudo con todo el entusiasmo de que soy capaz; y hace tiempo que la hubiese intentado y realizado, si me hubiesen ayudado las circunstancias, porque no vengo propendiendo á otros fines en mis relaciones con la juventud estudiosa, en mis predicaciones y en mis actos. Pero en esa empresa gigante, yo no puedo hacer otra cosa que ponerme por completo á la disposición del amigo y del periódico que tan cariñosamente me invitan, y á la de los demás que pueden contar con mi modesto concurso para la misma.»

* *

En *El Imparcial* de Méjico, leemos que se está discutiendo en la Cámara de Diputados el proyecto de Universidad Nacional presentado por Ministro de Instrucción Pública, D. Justo Sierra. En ese proyecto, figura un artículo en que se establece la Extensión Universitaria, punto sobre el cual, como es sabido, hizo especial propaganda en América el señor Altamira. Reconociéndolo así, el Director de la Escuela Nacional Preparatoria y Diputado, Dr. Porfirio Parra, al apoyar en la Cámara ese artículo, ha dicho: «Precisamente hace poco un distinguido universitario, el profesor Rafael Altamira, conquistó ovaciones aquí y en Sud-América, difundiendo la

poderosa luz del foco educativo de la Extensión Universitaria.»

* *

En Santiago de Chile, la colonia española ha celebrado una sesión solemne para entregar al Rector de la Universidad, D. Valentín Letelier, una placa de oro en que se consigna la expresión de agradecimiento por la acogida dispensada al Delegado de la Universidad ovetense y por las manifestaciones de hondo hispanismo, que hizo el citado Rector y el claustro santiagués. Con este motivo pronunciaron discursos el Sr. Letelier, el Encargado de Negocios de España, Sr. Servet y algunos españoles distinguidos, en todos los cuales se recordó con aplauso y se demostró que seguía viva y produciendo efectos, la obra de la Escuela ovetense y de su representante.

* *

El Colegio Nacional Oeste, «Mariano Moreno,» de Buenos Aires, en que organizó la Extensión Universitaria el Sr. Altamira, oficia, al enviar sus *Programas de trabajos prácticos* (Junio de 1910), diciendo entre otras cosas lo que sigue: «Al redactar estos *Programas*, el personal directivo y docente del Colegio Nacional «Mariano Moreno»—Oeste se ha propuesto, ante todo, realizar y hacer prácticos los sabios consejos del profesor de la Universidad de Oviedo, D. Rafael Altamira.»

* *

De una carta de la Argentina que publica *El Correo de Asturias*, (23 de Junio) copiamos estos párrafos:

«Un estimado amigo nuestro, D. Valentín Echevarría, conocido ovetense y muy competente operario, nos escribe desde Vera (Santa Fé) participándonos la excelente acogida que tienen allí los buenos trabajadores, que saben portarse en sociedad como tales, y añade:

«Lo que se ha negado ahí, trabajo, lo encontré aquí en seguida, siendo tan bien considerado que en cuanto conocieron mis disposiciones, me han encargado del importante taller del depósito de Vera, habiéndome asignado un buen sueldo, y siendo querido y apreciado por los ingenieros y por los operarios.

«En otras cartas le hablaré de la resurrección operada en esta República de todo lo español, gracias á la grandiosa obra de la Universidad de Oviedo y á su dignísimo representante Sr. Altamira.

«Cuanto le diga respecto á esto, es poco. Aún no hace mucho tiempo éramos mirados los españoles con cierto desvío é indiferencia. Hoy se nos agasaja y se nos quiere de veras, especialmente á los asturianos, y el nombre de nuestra Universidad y el del señor Altamira se pronuncian en todas partes con vivísima simpatía.»

* *

La importante Revista de Nueva York que lleva por título *Las Novelades*, en su número de 20 de Junio último, publica el artículo siguiente:

La Argentina y España

(Altamira y Roldán)

Son realmente dignos de seria atención los actos de simpatía que en estos momentos realiza la República Argentina hacia España, en las personas que

representan á ésta en la celebración del Centenario de la independencia de aquélla, y, mayormente, los agasajos de que se está haciendo objeto allí á la Infanta Isabel, que es quien preside la embajada española extraordinaria.

El cable comunica, casi sin interrupción, noticias, sobre los homenajes que se tributan á la Infanta y á las demás personas que componen la embajada.

Banquetes, funciones de gala, paradas militares y navales, manifestaciones del pueblo que sorprenden por el crecido número de los concurrentes, y atronadores vitores á España, que resuenan por toda la pampa argentina, son hasta ahora los actos con que el Gobierno y el pueblo de la joven y fuerte República, han querido demostrar que, si les es amado el recuerdo de su independencia, no es menos amable para ellos el de su vieja estirpe, el de su idioma clásico y el de su secular creencia.

Todo eso es, sin duda, altamente satisfactorio para España y para los españoles de buena voluntad.

Todo eso es, innegablemente, un testimonio valioso de la grandeza del pueblo argentino.

Todo esto, en fin, es la más evidente prueba de que subsisten entre España y la América Latina los vínculos de la raza, que son hoy, frente á las ambiciones políticas de los poderosos, los que más importa asegurar, porque tales vínculos tendrán siempre la incontrastable fuerza de las cosas del espíritu.

Altamira y Roldán...

América y España han platicado; y sus palabras renovaron el viejo rescoldo de sus mútuas afecciones, casi apagado ya por el paso de cien años de independencia y por el peso de cien desastres coloniales.

Altamira y Roldán. En esta hora de los acercamientos cordiales, es natural que tome también parte la justicia. En el fondo de esas noticias que llegan, anunciando la entusiasta acogida de España por la Argentina, nosotros sentimos las palpitaciones del verbo—fresco y vibrante todavía—del ilustre historiador Altamira y del ilustre tribuno Roldán.

Ellos han sido los apóstoles de la idea del acercamiento definitivo entre España y la América Latina.

La mano de Altamira se abrió sobre el fecundo surco de la pampa, para derramar la semilla de amor y de paz que España le confiara. Y Roldán hizo igual siembra en España por encargo de su patria.

Bien puede aplicarse á este caso la devota parábola del sembrador.

A Altamira y á Roldán, que han sido los sembradores de la grande idea, pertenece la gloria de ese grande y primer fruto.

Los discípulos de Altamira

Santiago de Chile 25 de Marzo de 1910.

Sr. D. Rafael Altamira.—Oviedo.

Distinguido y respetado señor: Al saludarlo, deseándole toda clase de felicidades, nos hemos propuesto darle nuestros más sinceros agradecimientos por la grandiosa labor realizada en su viaje á América, que con seguridad ha de reportarnos grandes beneficios. Al mismo tiempo le rogamos se sirva hacer presente estas expresiones á los honorables miembros

de la progresista Universidad de Oviedo, que tuvo la feliz idea de enviarnos, junto con su eminente catedrático, parte de su vida con sus ideales, sabios consejos y cariñosos saludos, tendiéndonos, por último, su noble mano en señal de franca y duradera amistad.

Nosotros, en correspondencia á tantos y tan grandes favores, sólo podemos decirle á usted que los recuerdos que dejó á su paso por Chile están muy vivos aún entre aquellas personas que han sabido apreciar en debida forma: los motivos de su viaje, los elevados intereses que buscaba, la grandeza de esas ideas que fueron tema de sus interesantísimas conferencias, y, finalmente, la suma necesidad que hay de llevarlas á la práctica en nuestro país.

Si, apreciado maestro; grato debe ser para usted el que le comuniquemos que sus palabras, tan inolvidables para nosotros, no han sido desatendidas: suceso bastante extraordinario en estos países, en que todo el entusiasmo de ardor se emplean durante la estada del extranjero, ya sea profesor, ya sea político, ya militar, ó bien simple visitante, y nunca se llegan á tomar, como asuntos verdaderos y serios, las ideas que ellos exponen. Esta vez, como le decíamos más arriba, su activo trabajo despertó dormidas fuerzas, hizo revivir caídos ideales y pronto pudo verse que varias personas se interesaban vivamente por la causa, contándose entre ellas un pequeño grupo de estudiantes, ó más bien dicho unos pocos colegiales, que son los que ahora llegan hasta usted por medio de la presente carta, animados con la esperanza que nos oirá, para ayudarnos, luego después, en la obra que usted mismo ha hecho nacer al comunicarnos en sus conferencias las grandes y bellas ideas que sustenta esa noble y diligente sociedad: la «Institución Libre de Enseñanza.»

Pero antes de continuar, permítanos pedirle perdón por la demasiada confianza que hemos usado, y para ello invocamos su amor hacia los niños, pues somos niños, y de esos que oyen sus benévolas palabras llenas de dulzura, sinceridad y afecto en esos breves momentos que dedicó á los muchachos chilenos antes de abandonar esta ciudad.

Desde entonces ha tomado cuerpo el deseo que teníamos de hacer algo provechoso que correspondiera á nuestros juveniles esfuerzos.

El ejemplo de la Universidad de Oviedo, dado á conocer por usted, venía á indicarnos un camino seguro para guiar nuestros pasos á «ese algo que tanto deseábamos»; pero, desgraciadamente, aquí no contábamos con una ayuda franca y desinteresada, no teníamos maestros que se sacrificaran en bien de sus alumnos (siendo este estado de cosas el más natural) y por consiguiente, cualquier intento en el sentido de llevar á cabo nuestros propósitos, dado el puesto social que ocupan aquí

en Chile los estudiantes, que nada tienen de tales, habría fracasado.

Sin embargo, no era posible dejar perder nuestras energías ante los primeros obstáculos, ¿qué hacer entonces? No había más que optar por el estrecho camino que se presentaba á nuestra vista con insistencia tal, que por fin logró decidírnos.

El papel que nos corresponde desempeñar en la senda ya elegida, es el de unos reformadores y, quizás mejor, el de saneadores; porque, aunque vergüenza dé decirlo, nuestro país está maleado en todos los ramos de su administración, y si no se comienza á medicinarlo como se requiere, la gravedad irá en aumento.

Ante esta situación, hemos pensado que se hace urgente cambiar el rumbo que sigue nuestra educación nacional en todos sus grados, pues, mientras no suceda esto, el estado general del país tampoco cambiará, debido á que los individuos que salen de los establecimientos de enseñanza secundaria y superior son los llamados á gobernar más tarde el país, y como no han adquirido educación y conocimientos necesarios, muy poco ó nada harán en su respectivos puestos.

De aquí se deduce fácilmente que nuestros primeros trabajos deben ser en bien de la enseñanza. Con este fin, teniendo en cuenta que la tarea es menos costosa cuando se vive entre los mismos elementos relacionados con la obra, que en este caso son los profesores y alumnos, hemos resuelto unirnos para formar la «Institución Libre de Estudiantes», tomando por base la Institución de Enseñanza y ayudados por los datos que usted nos proporcionó en sus conferencias del año pasado. Así no usaremos estatutos, no habrá directorios, ni puestos inútiles, los acuerdos serán tomados según lo más razonable, y las votaciones sólo se practicarán cuando todos los otros medios den resultados negativos. A estas medidas siguen otras, asimiladas casi la mayor parte de sus enseñanzas.

Pero, como relativamente dichas enseñanzas fueron muy suscintas, le rogamos se sirva enviarnos, en una próxima contestación, consejos y preceptos que de un modo ú otro afirmen la débil obra comenzada y la hagan prosperar con rapidez, para que en tiempo no lejano se muestre agradecida y orgullosa de sus sabios directores y también de sus humildes obreros.

No encontrando prudente alargar más esta carta, vamos á cerrarla.

Sin embargo, se nos hace necesario pedirle nuevas disculpas por las muchas molestias y faltas que lleva la presente.

Todo lo esperamos de su paciencia, de su buena voluntad y gran afecto por los niños: virtudes especiales, que no han de faltar esta

vez para los chilenos deseosos de seguir sus seguros pasos, aunque sea desde lejos, proponiéndose luchar por las humanitarias ideas que sostienen tan en alto los miembros de la Universidad ovetense.

En la creencia que la comunicación hoy iniciada no se ha de interrumpir, prometemos desarrollar más detalladamente los propósitos, la organización, la marcha y las medidas de nuestra sociedad.

Su contestación, distinguido maestro, puede venir dirigida á la Biblioteca Nacional, con el nombre de nuestro compañero Enrique Laval M.

Llevando á efecto ahora, lo que más arrriba anunciábamos, nos es grato y honroso quedar de usted como sus más fieles y reconocidos discípulos.—*Gustavo González M.—R. Guijón H.—Enrique Sadal M.—Samuel Gajardo C.—Rodrigo Díez K.*

* * *

Congreso de estudiantes americanos.

—**—

Un cablegrama.

«Altamira

»OVIEDO.

»Buenos Aires, 20 Julio á las 12,35.

»Segundo Congreso internacional estudiantes americanos, dirígeos afectuosísimo saludo.—*Taborda*, Presidente; *Menéndez Calzado*, Secretario.»

En este mismo Congreso de estudiantes, se tomaron por aclamación varios acuerdos relacionados con el Sr. Altamira. Uno de ellos fué—según consta en los resúmenes de las actas, publicados en la prensa de Buenos Aires.—consultar con el referido profesor el plan de trabajos conducentes «á vincular de una manera eficaz y definitiva á los estudiantes americanos».

* * *

Universidad Hispano-americana

LIBERTAD, CIENCIA, PAZ.

Guatemala 24 de Junio de 1910.

He leído con singular placer y entusiasmo la valiosa conferencia de V., pronunciada en la «Unión Iberoamericana». (Aún la morfología del calificativo «Iberoamericana»—unido—indica la grata necesidad moral de vivir como los signos ortológicos de una sola palabra, unidos—en estrecha fraternidad americanos é iberos...)

Los sabios conceptos de la sabrosísima conferencia—que revelan el alma esencialmente española y esencialmente contemporánea—son tan atrayentes, que me sacan de los límites de mi carácter, para enviarle á V., por sobre las crecidas olas atlánticas, mi más cordial abrazo, deseando que el joven rey que ciñe la

Corona de España quiera traducir en hechos los anhelos de la Universidad ovetense y de los eminentes pensadores que desde allí nos envían las irradiaciones de su intelecto generoso.

La Universidad Hispanoamericana, que tengo la honra de presidir, trabaja también en el sentido de la verdadera confraternización y unión de la raza, y aprueba con merecido aplauso todos los puntos de la conferencia de V.

Creo que debémosle á V. los americanos mucho agradecimiento, por sus desenos, que vienen directamente al objetivo de la aproxi-

mación de la raza — la cual, en vez de mostrarse débil ante las injustificadas insidias de brutales fuerzas, debe laborar infatigablemente por la grandeza y el prestigio de los pueblos de origen latino.

¡Salud, ilustre campeón del ideal magnífico!

Es de V. consecuente afectísimo seguro servidor,

F. Contreras B.

Al Sr. D. Rafael Altamira. — OVIEDO



CRÓNICA (1)

Despidiendo á Altamira.

Si en la recepción hubo ciertos temores de retraimiento — que sí los hubo — en la despedida se supo de antemano que todos los llamados á decirle adiós al Maestro acudirían al muelle de Caballería. Ninguno de los elemen-

tierrina y, en cierto modo, la negra honrilla pusieron alas á nuestro deseo de abrazar por última vez, en esta etapa de la Extensión Universitaria, á su ilustre representante en América.

Saben á regocijo y orgullo las impresio-



HABANA. — Altamira y profesores de la Universidad.

tos de positivo influjo en la vida cubana, ninguna de las personalidades prominentes de la colonia española, dejó de cumplir los mandatos de la cortesía. Y dicho se está que si los cubanos se dieron cita para esta solemnidad y los españoles fueron en bloque, los asturianos no hemos quedado á la zaga, que el amor á la

nes recibidas el viernes de la semana anterior y al recogerlas y ordenarlas para que revivan en las cuartillas se sublevaran, se atropellan y confunden. Fueran tristes, y se resistirían á airarse; son jocundas y briosas y resulta obra de romanos el reglamentar su exhibición. Y es que de su conjunto surge como un canto de pasión á la labor del Maestro. Su representación cultural y su saber han cimentado respeto y afecto; pero su personalidad tan firme, su carácter tan sincero, su afectividad tan asturiana — y valga la verdad — la espontaneidad con que se nos entregó, y el tacto exquisito que desplegó para evitar competencias, rozamientos, pretericiones, han hecho milagros. Sin molestia para ningún otro representante de la cultura española, podemos afirmar que nadie superará á Altamira en absorber, digámoslo así, todas las simpatías de los cubanos, toda la adhesión de los españoles.

Si los escasos resquemores que en algunos,

(1) Publicado en «Crónica de Asturias» de la Habana, en 26 de Marzo de 1910.

muy pocos por fortuna, quedan del pasado no se borran nunca, y los hechos consumados, fuerza indestructible, no servirán para nada en la historia y en la norma de conducta de los pueblos. Que para Cuba y para España si sirven, se desprende con harta claridad de la despedida que se hizo al Maestro. Ya en el Hotel Manhattan, donde éste se alojó, se sacaba ánima á las tres de la tarde. A la una, hora en que almorzó, solo con el Sr. Alvarado, tuvimos el placer de abrazarle, oír de sus labios frases halagüeñas, y saber cuánta era su satisfacción por la acogida que obtuvo en Cuba.

Desde el Hotel al muelle vino en carrera triunfal; apretujábase la gente en las calles para verle y vitorearle, acompañado por el Rector de la Universidad Sr. Berriel, el catedrático Sr. Dihigo y el presidente del Casino Español. Seguía á la máquina que conducía al señor Altamira gran número de automóviles y coches. Y en el muelle abarrotado de numerosísimo público, el acto fué imponente: entre la enorme masa que se apiñaba en torno del insigne Catedrático de la Universidad de Oviedo, recordamos al ilustre tribuno D. Eliseo Giberga, al ministro de Cuba en Madrid, señor García Vélez; al ministro de Cuba en Washington, Sr. Carrera Jústiz; al senador, don Adolfo Cabello; al Presidente de la Comisión del Servicio Civil, Dr. Emilio del Junco; al Conde de Sagunto; al Marqués de Esteban y á D. Juan Bances.

Al ex-senador del Reino, D. Patricio Sánchez; al Director de la Escuela de Artes y Oficios, Sr. Aguado; á D. Narciso Maciá; Presidente de la Lonja del Comercio; al Presidente de la Asociación de Dependientes, señor Gómez y Gómez; y al del Centro Asturiano, Sr. Fernández (D. Maximino); al Dr. Armando Bances Conde; á D. José María Pérez, Vicepresidente y delegado de la colonia de Matanzas; á D. Julián Orbón; á D. José María Vidal; á D. Enrique Coll; á D. Dionisio Peón; al Dr. Augusto Renté; á D. Juan G. Pumariega, administrador del «Diario de la Marina» y delegado de varias colonias; á D. Juan A. Pumariega, director de la «Unión Española» y representante de las colonias españolas de Cárdenas, Camagüey y Jamaica.

Había además, representaciones de la Academia de Ciencias, del Instituto de Segunda Enseñanza, de la Escuela de Veterinaria, del Ateneo y Círculo de la Habana, de la Asamblea de Maestros Públicos, de la Asociación de Estudiantes, del Casino Español, del Centro Gallego, de la Asociación Canaria, del Centro Euskaro, del Centro Castellano, del Centro Cataián de la Asociación de Dependientes, del Centro Asturiano, del Centro Aragonés, del Centro de Cafés, del Club Ovetense, del Club Covadonga, del Club Gradense, del Club Pilo-

nés, de la Unión Llanisca, de la Asociación de la Prensa y de los elementos de la raza de color; y á la cabeza el ministro de España Sr. Soler Guardola y el secretario de la Legación Sr. Ranero y el Cónsul de España señor Cabanilles. Y por lo menos, un millar de estudiantes.

En nombre del Gobierno cubano despidió al Sr. Altamira, con efusivo abrazo, el Secretario de Hacienda, D. Marcelino Díaz de Villegas, y acto seguido en una de las lanchas del servicio de la Capitanía del Puerto, puesta por el Gobierno á la disposición del Sr. Altamira; embarcó éste, acompañado del Rector de la Universidad, de varios Catedráticos de dicho Centro Docente y algunos profesores del Instituto. Inmediatamente salieron escoltándole los remolcadores «Teresa», «Manuela», «Georgina», «Isabel», y hasta diez más, fletados por el Comité Central de la Colonia, el Centro Asturiano, la Asociación de Estudiantes, el Centro Gallego, la Asociación de Dependientes, el Centro Euskaro, el Club Ovetense, el Centro de Cafés, el Casino Español y otras colectividades.

Al embarcar el ilustre Altamira, el gentío inmenso que cubría los muelles prorrumpió en nutrida y prolongada salva de aplausos, y éi dió un sonoro ¡Viva Cuba!, que fué coreado por la multitud. Al subir al «Cecilia», que le lleva á España, el Sr. Altamira se despidió, con fuertes abrazos, del Rector Sr. Burriel y de los Catedráticos, expresándoles emocionadísimo su profunda gratitud. Ya á bordo, subió á saludarle el general Loynaz del Castillo, y a popa, entre frenéticos aplausos y vivas á Cuba y á España, abrazáronse el intelectual y el soldado, por la España de nuestros días el profesor, por Cuba libérrima el general.

La flotilla desfiló varias veces por la popa del trasatlántico donde estuvo tres horas á pié firme el Sr. Altamira, siempre amable, siempre oportuno de frases cariñosas para todos. Hemos perdido la cuenta de los vivas que dieron los estudiantes bulliciosos y entusiastas, y su entusiasmo tuvo su más vivo acicate en el acto más trascendental que en Cuba realizó el Maestro, —véase el sentidísimo artículo que suscritó por el ilustre Joaquín N. Arambura publicamos en este número tomándolo del «Diario de la Marina» —; y no pudimos anotar cuantos se dieron á Asturias, á Oviedo, á la Extensión Universitaria. Frente al remolcador del Club Ovetense, el hijo adoptivo de Oviedo nos preguntó: —¿Qué queréis «pa les neñes»? — Y nosotros, recios y añorando no sé qué cosas cálidas y sentimentales, contestamos: —¡Queremos les neñes...

Ya anochecido, leva anclas el buque; seguimosle en los remolcadores, rezagados, poco á poco, guardando las últimas palabras del Maestro como una bendición, y pensando en

tantas cosas sagradas y hondas que por mandato de nuestra alma se lleva á nuestra bendita Asturias el insigne profesor de la Universidad de Oviedo. ¡Oviedo!, y se dice esta palabra con la unción de una plegaria...

Juan Rive-ro.

✦ ✦ ✦

BATURRILLO (1)

Borrad eso, borradlo...

Coronamiento espléndido de una gigantesca obra de amor y cultura, apoteosis de confraternidad y de grandeza, fué la despedida de los estudiantes de la Habana al sabio doctor Altamira: no cabía otro final á su fecunda visita ni habría sido posible cerrar con más brillante broche, la serie de agasajos merecidos y de cortesía conmovedora, de que la sociedad cubana le hizo objeto.

Navega ya, rumbo á la patria, el sabio pedagogo; le aguardan allá los am antes brazos de su virtuosa compañera y los tiernos besos de los tiernos hijos; Oviedo, Asturias, España toda se apresta á recibirle como excelso conquistador de almas y victorioso emisario de los más dulces mensajes de cordialidad. Y se irá extinguiendo—que todo lo seca, marchita y aleja el tiempo—el recuerdo de estas conferencias, de esos homenajes y de esas gallardas expresiones de altura moral de dos pueblos. Fructificará ó no, en forma de hechos prácticos, su labor, la noble labor de extensión universitaria y de intercambio intelectual entre España y las repúblicas de ella nacidas. Quizás si todo ello no habrá sido más que un poético ensueño y una generosa aspiración; que poderosas son las corrientes contrarias, persistentes otras influencias étnicas, y avasalladora la actitud de otra civilización.

Mas si nada quedara de estas hermosas fiestas de intelectualismo latino, el almuerzo que los estudiantes ofrecieron al docto catedrático, y los actos realizados por ellos y su festejado, el 17 de Marzo de 1910, tendrá virtualidad bastante y bastante fortaleza, para llenar una página entera de los anales cubanos y perdurar en centenares de corazones, como expresión de un sentimiento que ni las desdichas del pasado mataron, ni las inquietudes y peligros del porvenir matarán.

Idólatras del yanqui, por agradecidos de él ó por rencorosos á España: borrad, borrad si podéis esa página, donde el olivo de agravios y la conciencia del deber trazó signos, cada uno de los cuales es un poema de grandeza espiritual y de compenetración de raza.

Por boca —autorizada boca— del talentoso Emilio Roig, los estudiantes dieron sincero saludo de despedida al Maestro, abriendo para él las puertas de sus corazones, y encargándole de llevar á sus compañeritos de Oviedo, con sus afectos purísimos, sus votos más cumplidos. Y al contestar Altamira emocionado, estas frases dijo: «Es costumbre dedicar las flores de la mesa del banquete, á la esposa del honrado con él. Mas como mi amada compañera está lejos, y abrían perdido color y perfume estas flores si en mi viaje de regreso las llevara, quiero depositarlas, en nombre de mis



HABANA.—Altamira y Representantes de los Centros Españoles.

alumnos asturianos, sobre la lápida que señala el sitio en que cayeron, sacrificados por las torpes pasiones de otro tiempo, los ocho niños, vuestros compañeritos mártires». Y allá fueron, á rendir la ofrenda, húmedos muchos ojos y balbucientes por la intensidad del acto muchos labios.

Borrad eso, borradlo, los que pensáis que después del perdón mútuo, no puede venir el cariño sincero.

Tornó el Maestro al hotel, y al Asilo de Ancianos fueron los jóvenes, á repartir los tabacos del banquete entre los míseros vecinos del sepulcro. Y vieron allí muchas ancianitas, temblorosas y cubiertas de canas, derrotadas de la vida, sin hijos que las defiendan ni hermanos que las amparen. Y como movidos por un resorte, el de la piedad—que es característica de este factor étnico—vaciaron para ellas sus

(1) Publicado en «Crónica de Asturias» de la Habana, en 26 de Marzo de 1910.

bolsillos en el delantal de la Hermanita que las cuida, una monja seguramente, una **creyente** de la iglesia de Roma, á que no pertenecerán muchos de los donantes. ¿Qué importa, si ellos hacían el **bien**, y ella hace el bien: si en nombre del buen Dios vela ella á la cabecera de las ancianitas cubanas?

Vosotros, los fuertes, los intransigentes, los ateos, borrad esto también: para que no se sepa que los estudiantes habaneros, los mismos que tal vez aplaudieron en Armononville á Miró y á Pennino, vacían sus bolsillos en el delantal de una **Hermanita** que **reza** y comulga, porque ella no va á mandar al Papa aquel dinero, sinó emplearlo en socorrer á las viejecitas sin hogar y sin familia.

Y siguieron al **Cementerio**, donde **Altamira** depositaría una corona sobre la tumba de un su deudo, **el General Serrano**. **Altamira**, muerto en cumplimiento del deber militar combatiendo á los separatistas cubanos; caído al pié de la bandera de su patria, bajo los disparos de los cubanos defensores de la bandera de la mía. Y allí estaban los estudiantes, colocando manojos de flores, muchas flores frescas y perfumadas, sobre la losa de un hombre que si se opuso á nuestra independencia, porque ello

era su deber y su sentimiento, patriota y valiente fué; y los valientes y patriotas tienen perfecto derecho, pasada la batalla, al respeto y al amor de los hidalgos.

No era todo; el homenaje, la apoteosis, no estaba completa. El gran español tenía algo más que hacer. Y, arrancando una flor de la corona cedida á su deudo, á la tumba de los **estudiantes** asesinados en 1871 la llevó, y allí la dejó con la misma unción y el mismo cariño con que sus amiguitos dejaban las suyas en la sepultura 746.

Volviéron á la ciudad, estrecharon las manos del Catedrático, Lendián y Dihigo—**dos de** nuestros ilustres—y los generosos **mozalbetes** se separaron.

Tal vez no vuelvan á verse más; tal vez no más tomarán á estrechar aquel pecho ancho y profundo donde tanto generoso sentimiento late, los estudiantes habaneros; pero ni ellos ni él, olvidarán jamás el 17 de **Marzo**, aunque otra civilización seque, descolore y aleje, los recuerdos de estos días.

Ilustrados amigos míos, los **inconformes con estas aproximaciones y estas efusiones sencillas**: ¡borrad eso si **podéis!**

Joaquín N. Aramburu.



Universidad Literaria de Oviedo.



Anastasio Yéboles



FABRICA DE LICORES, JARABES Y AGUARDIENTES

Destilación Especial

CIGALES (Valladolid)

Gran licor '**ALTAMIRA**'

Compite con los mejores licores en su clase, siendo muy recomendable su consumo á las personas de buen gusto y delicado paladar.

La única garantía de su bondad, es la sorprendente aceptación que ha tenido en toda la región argentina de América, consumiéndose en un mes 8.650 cajas de este delicioso licor.

No deje V. de pedirlo en todos los Cafés y Establecimientos de Ultramarinos.

Tiene depositarios en todas las provincias de España. En Oviedo lo es

D. Sabino Fernández

Calle de Fruela.

Frente al Palacio de la nueva Diputación Provincial